

Mark R. Cox

Per

Antología

Cincuenta años de narrativa andina

Desde los años 50 hasta el presente



SAN MARCOS

CINCUENTA AÑOS DE NARRATIVA ANDINA. ANTOLOGÍA
DESDE LOS AÑOS 50 HASTA EL PRESENTE

Primera edición: 2004

© Mark R. Cox

© Anibal Jesús Paredes Galván-editor
Jr. Natalio Sánchez 220 Of. 302 Jesús María, Lima.
Telefax: 330-8553
e-mail: san-marcos@terra.com.pe

Hecho el Depósito Legal según ley n.º 26905
Biblioteca Nacional del Perú
Reg. N.º 1501322004-5284
ISBN 9972-34-021-X

Foto de portada: *Paisaje marquino*, de Ricardo Virhuez.

Prohibida la reproducción total o parcial de la obra
sin la autorización previa escrita del autor y del editor de la misma.

Impreso en Perú / Printed in Peru

Composición, diagramación y montaje:
Editorial San Marcos
RUC 10090984344

000122

Índice

Prólogo. Cincuenta años de narrativa andina: Mark R. Cox	7
Vargas Vicuña, Eleodoro (Pasco, 1924-97) <i>Tata Mayo</i>	13
Zavaleta, Carlos Eduardo (Ancash, 1928) <i>Juana la campa te vengará</i>	17
Yauri Montero, Marcos (Ancash, 1930) <i>Silvia</i>	28
Rivera Martínez, Edgardo (Junín, 1933) <i>Ángel de Ocongate</i>	36
Laura Riesco (Junín, 1940) <i>Teodomira y las flores</i>	39
Cloud, Andrés (Huánuco, 1941) <i>¿Qué espera, Capitán?</i>	48
Chávez, Zelidith (Puno, 1942) <i>La Merciquita</i>	53
Flórez-Áybar, Jorge (Puno, 1942) <i>Alay Arusa</i> (Las voces vienen de arriba)	58
Granadino Penalillo, Cecilia (Lima, 1943) <i>Jalapatu</i>	61
Huamán Cabrera, Félix (Lima, 1943) <i>¡Sangre nuestra!</i>	67
Padilla Chalco, Feliciano (Puno, 1944) <i>Amarillito amarilleando</i>	74
Osorio, Juan Alberto (Cusco, 1945) <i>El júbilo de las sombras</i>	79
Pantigozo Montes, Jaime (Cusco, 1946) <i>El canto del tuco</i>	82
Pérez Huarancca, Hildebrando (Ayacucho, 1946) <i>Cuando eso dicen</i>	89
Cárdich, Samuel (Huánuco, 1947) <i>Día de crecida</i>	92
Colchado, Óscar (Ancash, 1947) <i>Hacia el Janaq Pacha</i>	102
Malpartida Besada, Mario A. (Lima, 1947) <i>Arma blanca</i>	106
Rosas Paravicino, Enrique (Cusco, 1948) <i>Camino de la suerte</i>	113
Jara, Cronwell (Piura, 1950) <i>Hueso duro</i>	119
Zorrilla, Zein (Huancavelica, 1951) <i>Los cilindros de ron</i>	128
Lingán, Walter (Cajamarca, 1954) <i>¡Pacha tikra! (¡Mundo revuelto!)</i>	138
Pérez, Julián (Ayacucho, 1954) <i>Memorial del amanecer</i>	164

Zuzunaga, Sócrates (Ayacucho, 1954) <i>Ayataki</i>	173
Nieto Degregori, Luis (Cusco, 1955) <i>El mimo más famoso del Perú</i>	176
Guevara Paredes, Mario (Cusco, 1956) <i>Cazador de gringas</i>	188
Castro Arrasco, Dante (Callao, 1959) <i>Jacinto Espuelas sigue rondando</i> ...	191
Ventosilla, Walter (Lima, 1959) <i>Dulce huerto</i>	196
Rivas Loayza, Luis (Apurímac, 1959) <i>Esperanza</i>	210
Bossio, Sandro (Junín, 1970) <i>Noche de ronda</i>	214

Prólogo

Cincuenta años de narrativa andina

A mediados del siglo XX el Perú experimenta muchos cambios al convertirse en un país urbano, y la región andina se encuentra en una posición subordinada en áreas como la política, la economía y la literatura. Sin embargo, es imposible conocer lo peruano sin entender lo andino. El concepto de andino se amplía y los estudiosos hablan del proceso de la transculturación, la andinización de las ciudades grandes y la influencia andina en otros países. De tal manera que las expresiones culturales andinas son muy importantes para los que quieran acercarse a lo peruano.

Aunque los escritores incluidos en la presente antología no son escritores indigenistas, todos los escritores peruanos, especialmente los de la vertiente andina, tienen influencia del indigenismo, de mayor o menor grado, el cual es un término complejo, sujeto a múltiples definiciones e interpretaciones. Según Eugenio Chang-Rodríguez, es un movimiento basado en el indígena que describe sus costumbres y aspiraciones, critica los abusos al indígena y exige acciones para acabar con estos abusos (96). Antonio Cornejo Polar sostiene que las raíces de la narrativa indigenista se encuentran en las crónicas, describe una nación dividida por la conquista y, más que una escuela literaria, es una manifestación continua (*Literatura*, 36-37). Es importante subrayar que la narrativa indigenista es un movimiento multifacético que tiene sus raíces en el trauma de la conquista, y que sobrevive, de una forma u otra, hasta el presente.

Dicho esto, es difícil acercarse a una definición adecuada de lo que es un indígena, especialmente en la época contemporánea. Como se sabe, la idea del indio surge con la conquista para diferenciar a los conquistados de los conquistadores. Según Orin Starn, hoy en día las personas tradicionalmente señaladas como indios usan otros términos para identificarse. Además, no existen mundos herméticos, y hay bastante interacción entre el mundo considerado indígena y el mundo considerado occidental (70). Starn cita el caso de un hombre que trabaja como campesino en la

sierra parte del año y como obrero en Lima desde mayo a octubre (73). En la novela *El gran señor* (1994), de Enrique Rosas Paravicino, un personaje lamenta la participación creciente de mestizos en el festival religioso *Qoylluriti*, pero para distinguirlos se enfoca en la ropa que usan. Es obvio que el concepto de indio es más social que racial.

Otro aspecto del dilema de definir qué es el indígena es que es una construcción basada en la perspectiva y la ideología de la persona o las personas que lo definen. Efraín Kristal demuestra que la narrativa indigenista es una parte integral de los debates políticos y antropológicos sobre el indígena. Sostiene que la crítica se equivoca si valora la narrativa indigenista según la precisión de la descripción del mundo indígena (XI). Plantea que lo que sucede es que los críticos escogen a escritores que describen su propia concepción del indígena (8). Luego hay un sinfín de interpretaciones rivales que compiten para tener la representación más correcta del mundo indígena (7-8). En vez de disputar la autenticidad de la descripción en una o más obras, Kristal propone estudiar la relación de la narrativa indigenista con los debates políticos y antropológicos sobre el indígena (xiii). Es decir, la definición del indígena cambia constantemente según las ideologías del momento.

A mediados del siglo XX hay una transición del indigenismo al neoindigenismo, ampliando el enfoque y actualizando los recursos técnicos. Generalmente se habla de la narrativa del siglo XIX como el indianismo, indigenismo romántico o, simplemente, indigenismo. Lo que surge al comienzo del siglo XX normalmente se llama indigenismo, o indigenismo ortodoxo. El neoindigenismo peruano, según Tomás Escajadillo, comienza en los años cincuenta y las características principales son: 1) el uso del realismo mágico o de lo real maravilloso, 2) la intensificación del liricismo, 3) el uso de técnicas narrativas más nuevas e innovadoras, y 4) la ampliación del área representada en la narrativa de acuerdo con el desarrollo de la problemática indígena (19-32).

Es importante considerar el contexto del surgimiento del término neoindigenismo en una época con cambios en las estructuras socioeconómicas y literarias. Entre 1940 y 1980 más de un millón de personas migran a Lima (Starn 70), señalando la decadencia del sector terrateniente. En el campo narrativo, Antonio Cornejo Polar habla de dos corrientes que comienzan en los años cincuenta: una neoindigenista y la otra neorrealista (en Cotler, 296-97). Al mismo tiempo que hay un conflicto por el poder dentro de las clases dominantes, hay una lucha por una posición dominante dentro del campo de la producción cultural. En los años sesenta diversos individuos, grupos e instituciones identificados con el *boom* de la literatura latinoamericana compiten con los asociados con la narrativa

regional y la indigenista. Pierre Bourdieu propone que parte de esta lucha tiene que ver con el poder de definir lo que es un escritor (323). Así, la importancia y el significado de una obra pueden cambiar con las transformaciones del campo (313). Dentro de estos límites, mucha crítica de la narrativa indigenista desde los años sesenta puede ser entendida como parte de la lucha para ganar una posición dominante o como consecuencia de la pérdida de una posición dominante de la narrativa regional. Los *advocados del boom* criticaron las estructuras formales de la narrativa regional e indigenista como defectuosas. Cornejo Polar señala que una estrategia principal era caracterizar la narrativa regional e indigenista como primitiva o impura (*Literatura*, 67). Sostiene que en muchos casos "lo que se buscaba era frecuentemente no más que enfatizar la originalidad adánica de los nuevos narradores hispanoamericanos" (68).

De tal manera que desde los años cincuenta se puede hablar de dos grupos que compiten por el poder y tienen dos perspectivas del mundo, una más occidentalizada y otra con más influencia del mundo indígena. Antonio Cornejo Polar y Luis Fernando Vidal sostienen que una corriente, representada por José María Arguedas, se enfoca en la desintegración del orden social oligárquico y la redefinición de los sectores dominados en la sierra. La segunda, representada por Mario Vargas Llosa, trata de la construcción de un nuevo orden (15-18). Antonio Cornejo Polar habla de dos tipos de modernización, una, promovida por Vargas Llosa, es "la modernización internacionalizadora", mientras que la otra es la "afirmación de la condición andina del Perú" (301-2). En una formulación similar, Carlos Calderón Fajardo divide la narrativa peruana en un grupo que tiene más influencia de modelos internacionales y cosmopolitas, mientras que el segundo grupo se compone de escritores provincianos que combinan mentalidades urbanas y andinas (105-6). Luis Nieto Degregori pone a estos dos grupos en las categorías de criollos y andinos. La vertiente criolla tiene más presencia que la andina en el Perú y se asocia la criolla con la modernidad y la calidad técnica. Participan menos en los concursos literarios porque tienen mejor acceso a las casas editoriales y la crítica periodística. En la vertiente andina hay una expresión más amplia de las culturas prehispánicas, estos escritores tienden a participar más en los concursos literarios, y la distribución de los libros es más informal e inclusive se obsequian (25-26).

Aunque algunos de los escritores incluidos en esta antología ya tienen una posición asegurada en el canon literario peruano, a su vez lo que casi todos estos escritores tienen en común es sufrir las consecuencias de estas batallas por definir la narrativa peruana porque están asociados, en parte, con el grupo menos poderoso dentro del campo narrativo. Hay que aclarar que las corrientes arriba mencionadas sirven para esclarecer unos conceptos, pero muchos individuos no caben fácilmente

dentro de ninguna categoría, porque muchos de ellos producen obras sobre lo andino y sobre otros temas. Lo que une a estos escritores es su aporte a obras narrativas sobre la región andina peruana.

Si los años cincuenta y la Generación del Cincuenta son muy importantes en el desarrollo de la narrativa peruana, los años ochenta marcan el comienzo de otra etapa en la que el país está en vías de cambios drásticos y los narradores se encuentran con un contexto diferente de los años cincuenta. En 1980, después de doce años de gobiernos militares, hay una vuelta a elecciones y aparece la subversión armada de Sendero Luminoso. Los Andes han cambiado radicalmente debido a décadas de migraciones a centros urbanos, reformas agrarias, y la decadencia del sistema terrateniente. Debido a la guerra interna, las instituciones y la infraestructura andina se ven golpeadas, y se intensifica la migración.

A su vez, hacia 1980 aparece el comienzo de una infraestructura que puede ayudar a promover a una nueva generación de escritores provincianos. Lluvia Editores fue fundada en 1978, y se hizo conocida en los años ochenta como una casa editorial que publicaba obras de personas de las provincias. Según Pierre Bourdieu, una función de los concursos literarios es la de conferir consagración institucional a productores contemporáneos (26). En los años ochenta y noventa los dos concursos principales de narrativa han sido el concurso bienal Premio Copé de Cuento, patrocinado por Petroperú, y el concurso anual, "El cuento de las mil palabras", patrocinado por la revista *Caretas*. El Copé tuvo sus inicios en 1979, y "El cuento de las mil palabras" comenzó en 1982. Por esos años hay varios escritores que empiezan a publicar obras narrativas y revistas.

Para entender la narrativa andina son útiles las definiciones propuestas por dos escritores andinos que son catedráticos en universidades provincianas. Jorge Flórez-Aybar sostiene que la narrativa andina comienza en los años ochenta, se incorporan técnicas narrativas innovadoras, hay más énfasis en áreas urbanas que rurales y la violencia política es un elemento importante (64-79). Juan Alberto Osorio también opina que la narrativa andina aparece al mismo tiempo. Similar a los escritores indigenistas, el escritor andino es un intelectual de la clase alta o media provinciana, frecuentemente un profesor universitario, con mucho conocimiento del mundo indígena. Sin embargo, este conocimiento está subordinado al mundo occidental. El referente narrativo es más amplio, incluyendo áreas urbanas y rurales. Se enfoca en las clases medias provincianas, pero incluye a todos los sectores sociales del país. La perspectiva es principalmente urbana y mestiza, expresando racionalidades científicas y míticas, e incluye expresiones culturales del país entero (9-10).

Por lo tanto, la presente antología es un esfuerzo por reunir a un gran número de escritores que ha publicado obras inspiradas por la región andina desde los años cincuenta. En un mundo ideal una antología escogería las mejores obras de los mejores escritores de un período específico. Sin embargo, hay muchos obstáculos para alcanzar esa meta, el principal sería que casi todos estos escritores siguen escribiendo y publicando. La versión original de esta antología iba a reunir a escritores andinos de la Generación del Ochenta, pero varios amigos y colegas me sugirieron que sería mejor incluir a escritores de la Generación del Cincuenta por su calidad literaria y su influencia en la otra generación. Por tal motivo hay más enfoque en los escritores más recientes. Lamentablemente hay omisiones de algunos escritores por razones diversas como no poder ubicarlos, no poder conseguir un contrato del derecho de autor para publicar una obra suya, o simplemente no tener conocimiento de algunos escritores. En muchos casos le he dado la oportunidad al escritor de recomendar un cuento y en otros casos he elegido el cuento. Uno de los requisitos para armar esta antología ha sido el tener un gran número de escritores y cuentos, y poder llegar así a un público grande y a un precio económico. Mi esperanza es que la presente antología llegue a un público mayor que reconocerá la gran calidad de unos escritores ya incluidos en el canon literario y se enterará de varios otros que seguramente serán considerados en el futuro.

Esta antología no habría podido realizarse sin la ayuda de muchas personas. Agradezco infinitamente la participación de todos los autores que aparecen en este libro. También me gustaría agradecer a los siguientes escritores y otras personas involucradas en la cultura peruana por toda su ayuda, sus consejos y su amistad: Ricardo Ayllón, Enrique Cortez, Gonzalo Cornejo, Tomás Escajadillo, César Ferreira, Juan Carlos Galdo, Domingo Martínez, Gloria Mendoza, Anibal Paredes, Gonzalo Portals Zubieta, Esteban Quiroz, Jorge Luis Roncal, Marcel Velázquez y Juan Zevallos. Una especial mención merece Ricardo Virhuez Villafane, quien me ha enseñado mucho sobre la cultura peruana y me ha ayudado bastante a elaborar este libro. De igual manera agradezco todo el apoyo de mi familia: Silvia, mi esposa, quien me ha mostrado cuán maravillosos son los peruanos; Michael y Jeremy, mis hijos; Mauro y Flor Álvarez, mis suegros, y Nita Angulo. Finalmente, me gustaría dedicar este libro a los escritores que escriben sobre la región andina y que producen una obra fascinante, rica y perdurable.

Mark R. Cox
Presbyterian College

Obras citadas

- Bourdieu, Pierre. The Field of Cultural Production, or: The Economic World Reversed. *Poetics* 12 (1983): 311-56.
- Cornejo Polar, Antonio. *Literatura y sociedad en el Perú: La novela indigenista*. Lima: Lasontay, 1980.
- Cornejo Polar, Antonio y Luis Fernando Vidal, Eds. Introducción. *Nuevo cuento peruano*. Lima: Mosca Azul, 1984.
- Cotler, Julio. *Perú: 1964-1994*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 1995.
- Chang-Rodríguez, Eugenio. "Variaciones sobre el indigenismo". *Nueva Democracia* 36, 1 (1956): 96-111.
- Escajadillo, Tomás G. "La narrativa indigenista: un planteamiento y ocho incisiones". Diss.Lima: UNMSM, 1971.
- Flórez-Áybar, Jorge. *La novela puneña en el siglo XX*. La Paz, Bolivia, 1998.
- Kristal, Efraín. *The Andes Viewed from the City: Literary and Political Discourse on the Indian in Peru: 1848-1930*. New York: Peter Lang, 1988.
- Nieto Degregori, Luis. "Me friegan los cóndores". *Sieteculebras*, 13 (junio/julio 1999): 24-27.
- Osorio, Juan Alberto. "La narrativa andina". *Sieteculebras* 8 (1995): 9-10.
- Starn, Orin. "Missing the Revolution: Anthropologists and the War in Peru". *Cultural Anthropology* 6:1 (1991): 63-91.

Eleodoro Vargas Vicuña (Pasco, 1924-97)

Tata Mayo

Aprendí a quererla por un real a la hija de la Lucen. Pablo Vásquez, mi único amigo, me enseñó. Cerrada la tarde, junto al río, en la chacra de don Alfonso Garrido.

Cuando estábamos orinando de impaciencia, en eso, llegó la Sila.

—Ya pues. De una vez —dijo.

—Aquí está —contestó Pablo, adelantándose.

—¿Eso no más? —dijo Sila.

—Marcelo también te dará —dijo Pablo.

Yo le di rápidamente lo que tenía. Del pan de la tía Rosa, del amasijo, lo que tenía separado para comprar bolas.

Después nos quedamos lavándonos en el río. Más que lavarnos, yo a lo menos, me limpiaba una mancha que había cometido. Ella se fue sin voltear.

—¡Perros! —le oí decir antes, pero no entendí nadita. Sería su modo de hablar. Su mirada con sonrisa.

Así las cosas durante el verano y el invierno y durante otro verano. Nos acostumbramos de veras.

Ya no le daba plata sino del pan que le robaba a mi tía. A veces le llevaba bollos de manteca. Comíamos juntos. Nadie más que yo la quería. (El Pablo andaba por las minas, buscando trabajo). Cómo remojábamos los pies en el agua cuando venía a lavar. Nos habíamos acostumbrado de tal modo que nos hacíamos falta.

—Tú crearás que estoy viendo —me decía habladora, como no queriendo; después se iba contenta.

Me gustaba Sila. Aunque a veces no me gustaba. Sino con los días. Parece que con el calor o con el aliento de los corrales o con algo que me llegaba desde todas partes. Pero a todo esto, no sabía en qué pararían estos encuentros. No sabía.

Mi patrona conversaba con su primo:

—¡Parece que ya está hombre! ¿Con quién será?

No me daba cuenta. (En la escuela decían los muchachos que sólo los papás eran hombres). Un día entre una de sus bromas, le dijo mi patrón a su mujer:

—Para esto se tiene más disposición que para aprender a escribir.

—Como nosotros —dijo la vieja, con la cara que se le caía—. De tanto ir al puquio resultó el muchacho.

Me di cuenta por un momento, me olvidé después. Para asegurarme pregunté a Sila, qué quería decir ir al puquio y tener hijo.

—Como tú que vienes al río —me contestó.

—Pero ellos no iban al río —me acuerdo que le respondí muy seguro.

—En el puquio o en la punta del cerro. La cosa es cuando te subes —me dijo.

Me reí hasta hacerla correr de susto. Me había acordado descaradamente, de un toro barroso que tenía esa costumbre. Cómo reiría comprendiendo. Luego con la calma del río, me callé.

"Un hijo" —pensé, como el que piensa en un torito.

Y los meses. Y las lluvias. Y por fin otro verano. De ese verano me acuerdo. Un día, antes de la tarde, en el recojo de chala, pasada la cosecha de maíz, Sila comenzó a hincharse. No, qué ha de ser. Ya estaría hinchada.

La miré largo rato, convenciéndome, ella, por no mirarme, seguía el vuelo de un gallinazo. Entonces, de una bajada de ojos la miraba, como quien no ve. ¡Vergonzosa ella!

Desde allí muy de raro en raro nos encontrábamos. Ya ni llegaba. ¿Por qué sería? ¿Por qué me decían flojo?

Una vez volvió a lavar ropa a nuestro sitio.

—¿Por eso no vienes? —le pregunté señalándole la barriga con las cejas.

—¿Por cuál, eso? —dijo negándose.

—¡Nada! —dije asustado, pero no estaba asustado. Me sucedió como si me hubiese ido de ese lugar, y en otro sitio, más tarde o más temprano, río abajo la esperara a ella y a su hijo.

En adelante, solamente la veía pasar. (¿Por qué?). No quería verse conmigo. (¿Le dirían que no podía trabajar?). Y la aguitaba de noche, cerca de su casa, detrás del camino del Shala Loma. De noche, mirando estrellas o qué cosa.

Yo pensaba a veces "seré hombre", tratando de saber cómo sería ser hombre. Mordía una hoja de arrayán amargo, se ocultaba la luna y ya estaba soñando con ella, en mi casa.

Los enterados, maliciosos; burlándose la señalaban:

—¡Allá va Sila!

—¡Yaa! —decía yo, ocultando. Dudando si alguna vez habríamos conversado. Parecía ir escondida, lejos de todo, siendo el hazmemirar de los cuenteros. Era la mujer del tullido con hijo del tullido.

"Qué raro que estemos lejos, Sila", me decía a mí mismo como si fuera otro. Y era oscuro.

¡Cómo entender! Si cuando estábamos juntos no sabía cuál era mi cuerpo. ¿Cómo podía ella andar lejos de nosotros? ¿No decía siempre, tocándome la frente: "mi frente, mis ojos", mirándome con mis ojos?

Diciembre y los escolares se fueron. Estos, muchachos de los caseríos, a sus rumbos legítimos de la tierra. Otros, los que pasaron de curso, también los aplicados.

Yo no pasé por faltón. Ni fui a ninguna parte. Me quedé solitario, remirando el río. Viéndolo irse muy seguro. Diciendo, pensando, repitiendo.

"Ellos pasan, avanzan. Yo me quedo". (Me sentía detenido en el mismo lugar, en la misma tarde de todos los tiempos, en mí mismo). Veía pasar las nubes, al ganado, a la gente muy fresca que recorría las calles. Y me decía: "Dondequiera vayan, no pasarán de allí. No irán más allá de donde están". Como si quisiera encadenar lo pasajero lo andante, a mi espera confusa y atontada.

Es que la vida le llega a cada cual, como es. Para mí sería quedarme junto al río, en la chacra de don Alfonso Garrido, preguntando; mientras la gente, como si ganados los linderos del pueblo, bailara más allá de Vilcabamba.

Y eso es lo que recuerdo, de una noche en que hablaron los viejos:

—La Sila está madura.

—No se sabe de quién es.

Yo quise hablar. Hablar no más. Qué iba a decirles que era de mí. Tampoco podía llamarla para que les contara.

Otra noche, yo mismo era mis patrones y yo:

"La Sila está preñada, me oí decir. No se sabe quién será el padrinito" —me dije burlándome de mí mismo.

"¿Cómo no se sabe?" —dije engrosando la voz—. "Hasta los árboles lo saben".

—¡Calla muchacho! —gritaron desde adentro los viejos.

"Calla muchacho", les remedé remedándome. Como si una criatura estuviera junto a mí.

Una sonrisa dura mordí con los labios.

Digo que esperaba al hijo como se espera una cosecha. ¡Con una ilusión! Y preguntaba cuánto tiempo.

—El tiempo de las vacas —me decían.

—Yo comparaba, contaba con los dedos, para estar más seguro. Y cuando menos esperaba, ya correteaba un ternero más en el pueblo. La Sila nada.

Preguntaba dudoso:

—¿Como las vacas?

—¡Claro. A los nueve meses!

"Cómo será", me repetía mirando los animales. "Desde el año que nos vivimos, ya han salido varios grupos de la escuela". La gente hablaba de lo que no sabía, como el maestro.

Una tarde, Sila vino a mí. No me pareció raro. A quién iba a buscar, sino a mí que era el hombre.

Llegó la mujer para contarme la muerte del muerto.

—¿Se ha muerto? —le contesté—. ¿Cómo se ha muerto? —le dije sin comprender. Me vino una nube negra a la cabeza. Comencé a caminar junto a ella y creo que estas palabras escuché de mi boca.

"Ha muerto, un hombre. Ha muerto un hombre sin haber nacido". La lluvia interminable. Los árboles fríos.

No es él. No aparece. Entonces quién soy. Quién está llorosa. Fantasma que tenía en su seno a mi hijo, y hoy sólo palabras trae.

Se ha muerto, dice. Se ha muerto, habla. ¿Y dónde subirse, poder, para saber de qué se trata?

Esta mujer estaba conmigo años, haciéndolo, dándole nuestra sangre. Es decir, ¡para ahora Tata Mayo! ¿construyendo un muerto?

Y no hay que hacer. Que no hay consuelo en esta tierra. Que no se sabe nunca lo que nos sucede. Sólo que hay para sufrir, a veces sin comprender del todo.

Eso es lo que dije. Recordé el suelo que pisaba. Bueyes mugieron a la noche. Un rumor despertó desde lo hondo, cerca. Era el agua. El río que avanzaba con seguridad, avisando su viaje de anciano, impasible. Le tomé de la mano a la mujer tratando de consolarla, me miró. Nos reconocimos como antes, y una fuerza naciente conocida por nosotros, me impulsó a decirle que escuchara.

—¿Qué? —contestó sintiendo mi mano.

—El río —le dije.

—¿Qué río? —dijo apretándose contra mí.

—El río, pues —le repetí al oído.

Como antes, ella comenzó a sonreír. Como si mi rostro hubiera sido su rostro. Como antes.

Carlos Eduardo Zavaleta (Ancash, 1928)

Juana la campa te vengará

Frénate a éste mi último amo, me quedo en pie para no sentir de cerca su casa bonita y llena de ventanales y libros por todas partes, pero él me dice como nunca siéntate, Juana, vamos a hablar como amigos, ya van tres años que trabajas en mi casa; pero yo digo no, muchas gracias, estoy bien así no más. Me dice que olvide a mis otros patronos por malos y perversos. Dice que por ser jóvenes nos hemos llevado bien, siempre que yo haya cumplido con mis obligaciones de cocinera y lavandera. Es la tercera o cuarta vez que me regaña por contestarle mal a su mujer, tan linda que me asusta cuando la veo.

Mientras agacho la cabeza me está diciéndome quién soy, cómo salí de Oxapampa hasta la cocina de mi primera ama ya muerta, cómo me sentí al dejar el monte y subir a esa casa con ruedas y ronquidos que sólo después supe llamar camión. Me cuenta hasta cómo, sin saberlo, yo estaba resentida de que mis padres me hubieran vendido por un corte de tocuyo de veinte soles. Lo dejo hablar: debe ser cierto lo que dice un maestro de colegio de Media como él. Después de todo, soy apenas una campa sin edad precisa aunque joven, sin una partida de bautismo o nacimiento, sin nadie más en el pueblo con mi forma de cabeza, cara y piernas. Dice que ha investigado bien toda mi vida antes de recibirme en su casa y enseñarme a leer y escribir tan bien como a cualquier señorita. Ahora eres otra, puedes pasar muy bien por mi sobrina —se sonríe—.

Y te gusta leer revistas y periódicos más que a mi mujer. ¿Te acuerdas cómo llegaste...? Y sigue y sigue hablando como un loro: que lo haga si cree que va a cambiarme.

Pagaron por ti un corte de tocuyo de veinte soles en el mercado de Oxapampa —dice—; a tu lado se vendían plátanos para hacer pan, toda clase de yuca y tapioca, piñas y paltas mejores que las que llevan a Lima y unos monos chicos para comer, son ricos ¿verdad?, especialmente la cabeza que se chupa durante horas. Tú eras otro monito griton y miedoso, escondido en los andrajos de tu madre. Claro que ella no te ofrecía en voz alta ni decía tu precio, pero los hombres de La Merced o San Ramón ya sabían cómo comprar niñas. Ella les pidió dos cortes de tocuyo o seis tarros de anilina alemana, o una lampa nueva, o dos machetes filudos y de buen tamaño, así fueran usados. Pero dos de esos mercachifles, que metían desafiantes las botas en el barro, le dijeron un corte de

tocuyo o nada; y empezaron a irse para que tu madre te cargara y los siguiera, rogándoles que te compraran de una vez.

No te diste cuenta —sigue diciendo él—. En cosa de un rato ya estabas arriba en el camión de los mercachifles, sentada en la plataforma y mirando al cholito de diez años que se había puesto entre los chanchos y tú, para que no te comieran. Sin duda gritaste mucho viendo que tu madre te dejaba, pero eso pasaría pronto o jamás, como todo en el mundo. Con el camión en movimiento la tierra dio vueltas por primera vez para ti y el monte fue como un solo árbol, cortado en dos por la cicatriz del camino, sobre el que ya caían hojas y ramas para tratar de borrarlo. El cholito no entendió lo que pudiste hablar y tú creíste por un momento que los chanchos, nuevos para ti, conspiraban en su propio lenguaje; subiendo entre muchas vueltas, terminaste por gruñir como ellos y vomitar un embarrado de plátano y yuca que hizo fruncir la cara del chico que se alejó de ti.

Cada vez que el vómito te exprimía haciendo crecer de dolor tu cabeza, el camión se paraba, uno de los hombres abría la reja de atrás y los dos con el chico bajaban a un chanco gritón y lo vendían en una puerta, no por un corte de tocuyo sino por plata o billetes. Y otra vez la marcha, el vómito, los fuertes latidos dentro o fuera de la cabeza, y de nuevo un chanco menos que gruñía y pataleaba al despedirse. Y luego te quedaste solita en la plataforma, porque hasta el chico fue vendido en otra puerta (lo creíste así aunque sólo había vuelto a su casa después de trabajar). El camión entró por un camino muy largo lleno de gente y puertas, gente y puertas. En vez de chozas había unos grandes bultos techados para la gente, y por todas partes animales con ruedas como éste, o más pequeños, moviéndose y produciéndote un dolor en los ojos y el estómago. Así conociste La Merced. En la plaza te dejaron como en una jaula para que los curiosos te miraran, una campa, oh una campa del monte, sentadita en la plataforma, envuelta en la manta rota —lo único que te dejó tu madre—, y sin poder hablar, primero porque apenas estabas aprendiendo a hacerlo cuando empezó este viaje, y luego porque la boca de los curiosos era totalmente nueva y rara. Hasta que tus dueños los apartaron, subieron adelante, se movió el gran animal con ruedas y allá seguiste bajo el sol de la tarde por tierras que al fin se veían un poco entre los árboles. Era San Ramón, donde una banda de viejos y viejas se paseaba por la plaza y te descubrió en el camión, hasta que una pareja de ellos pagó el precio y te llevó a su cocina cuadrada y pequeñita, con el suelo lleno de hormigas y cruzado por los viajes de cuyes y conejos; te sentaste quieta como una gallina enferma, mirando el fogón de donde sabías que tarde o temprano vendría la comida.

Me río si cree él que sufro con su cuento; me río y me tomo feliz esa primera sopa que me dieron ahí en el suelo.

Después, cuando dijeron que mataste a la vieja, los guardias te preguntaron por qué la escogiste a ella y no a tu amo, un tinterillo famoso por sus maldades. Para mí es fácil de explicar: la vieja estuvo más cerca de ti que el otro y te insultó desde el primer día, molesta porque no entendías sus órdenes ni su mímica. Cuando abrió el pesebre con pocos chanchos, sin duda para enseñarte a darles de comer el sango, te fuiste derecho a dormir a ese lado; pero ella, con dos tirones de pelos, te volvió a la cocina para que los cuyes y conejos te enredaran las piernas con sus chillidos y vocecitas. Así comenzaron la muerte de la vieja, sus gritos señalándote el nombre de las cosas mientras ella cogía las cosas mismas en alto, metiéndotelas por los ojos; sus empujones en una dirección para que fueras en esa dirección; sus miradas furiosas sobre las ollas para que aprendieras cómo hacía los potajes; los golpes sobre ti y hasta sobre la escoba de ramas, si barriás mal; y los extraños modos de conectar ese demonio llamado plancha, que a veces podía servir para jugar con la ropa y a veces para quemarla tan bonito, haciéndole huecos en forma de plancha, y los huecos tan profundos que podían irse hasta el suelo, a través de la ropa y la mesa.

Al principio la vieja fue un solo grito que no paraba, un gusano en tus orejas. Con el tiempo su mirada no sólo fueron sus ojos huecos con otros ojos adentro, sino sus dientes medio quemados, su boca sin labios, su cuerpo deforme, barrigón y jorobado —ah, cómo te ríes ¿no?—, una maldición que te miraba de arriba abajo, día y noche. Y todo mezclado con los nombres raros que le ponía a las cosas y las órdenes absurdas de ir allá cuando te había mandado acá, de cocinar esto cuando te había dicho barre no más, o limpia, o plancha esa camisa del señor. La obedeciste, pero no como ella quería: metiste a la olla otro animal, quemaste una parte de la cocina. Su cara se encendió más que el fogón y te vino a quemar con un leño de la bicharra, y cuando caíste y te hiciste un ovillo en el suelo, el mismo bulto que formaste al llegar, una manchita miserable en la cocina...

¿Qué estará diciendo, habla muy rápido! ¿A qué hora vuelvo a mi cocina? Después dirá que soy demorona.

Ella llamó al viejo de su marido y te señaló echando espuma por la boca, hasta que el viejo se animó a probarte con los pies, y como estabas dura, te metió los zapatos en la barriga y las piernas. Esa fue la primera gran paliza, allá por 1945. ¿Me equivoco o no?

Si usted lo dice, así debe ser, señor.

Te quedó la lección aunque ella no lo soñara ¿verdad? Aprendiste el nombre de las cosas, una gran parte de lo que no debía hacerse, las costumbres del lavado en la acequia del pesebre, de ensuciarte y hacer del cuerpo sólo junto a las matas de chincho para el aji, de comer metiendo las manos en las ollas y consumirte de sueño frente al fogón, pero de pie, y sin doblar las rodillas.

Anda, sigue no más. ¿Ya te cansaste? ¿Adónde irás a parar?

Crecías y abultabas más cada semana, pero sólo supiste quién eras un domingo que la vieja se tardó en la calle y creíste entrar en su dormitorio, pero te metiste un buen trecho, casi un viaje, dentro del enorme espejo de su ropero: tenías la cabeza en forma de canoa, en tu cara se veían las líneas azules del tatuaje, tus dientes enfermos estaban muy flojos, tus pelos eran una cortina estilo reina Cleopatra, sí, sí, eso me dijo una vez que su mujer me pegó, para pasarme la mano: reina bien fregada y jodida como yo, seguiste mirando tu cara larga como un cuchillo, esos brazos largos de mono, esas piernas arqueadas de enana, al fin, al fin se atreve a insultarme, y aquellos zapatonos de soldado que te hacían arrastrar los pies... Entre esos dos sitios, la cocina y el espejo del dormitorio, empezaste a contar los días sin saber todavía los números, así como tampoco sabías ver el reloj, ese aparatito brujo que estando lejos de la cocina tenía que ver con las ollas y con los puños de la vieja que te entraban por las costillas. Hasta que una mañana la cocina se te escapó corriendo y ya no pudiste volverla a su sitio. Se movía y te engañaba por todas partes. Creíste haber parado la olla de agua con agua, pero estaba seca y se partió sobre la candela en momentos de entrar la vieja; después le llegó el turno a la leche, otra agua que sin duda se había metido en la olla con su burra o vaca entera, se hinchó hasta arrojar la tapa, chasna y chasna como la misma fiebre de la vieja que ya había empezado a pegarte.

¡Bruta, animal, idiota!, gritó al preguntar qué tenías en la tercera olla. No supiste el nombre pero la abriste: de la carne de varios días que habías guardado para mordisquear solita salieron unos gusanos lindos, blancos y gordos, incapaces de molestar a nadie y mucho más tranquilos que los cuyes de la cocina. La vieja dio un nuevo grito y te echó a la cara esos pobres gusanos cuyos gemidos de dolor creíste oír. Y la carne estaba ahora por el suelo, con lo valiosa que era siempre para ti, y entonces hubo que darle su merecido con lo primero que hallaras, el cuchillo del tamaño de tu brazo manejado sólo para seguir el movimiento de la vieja, la invitación al cuchillo ¿invitación? ¿acaso es un baile? para unir a ambos como querían, junto a la paletilla, dos veces y nada más, porque el viejo, con la misma brujería del reloj, estando lejos descubrió lo que sucedía y llegó a tiempo o destiempo, imposible decirlo.

Fue la primera patrona que maté, digo por fin, empezando a sudar.

No la mataste de veras, la heriste, dice él. La mató su marido por no querer curarla hasta que la vieja reventó por la hemorragia del pulmón agujereado: el hombre ni siquiera pensó en llamar a un médico.

Estaba enamorado de una señorita joven y linda, digo.

Sí, sí, claro, y por eso divulgó la noticia de que su mujer estaba enferma de neumonía, de costado como le llaman acá, para decir unos días después que había muerto, y todavía la veló dos noches en ese pueblo donde no se necesita un certificado de defunción para enterrar a nadie. Después de todo le hiciste un gran favor y así el viejo pudo mudarse aquí a Tarma a empezar su nueva vida con la otra mujer.

Y en el velorio estaba esa señorita, le cuento yo, pero él ya lo sabía.

La que fue después tu ama, dice.

Tan suavcita y buena al comienzo que no soñé cómo cambiaría. Se lo juro.

Tenía sus planes y por eso empezó a congraciarse contigo: te pasó la mano por los pelos y cada domingo te llevó primero a misa y luego al mercado por las calles llenas de tiendas, las tiendas llenas de telas, las telas llenas de colores, los colores llenos de ojos que te miraban, ¡sigue, sigue, y yo llena de felicidad, sin pensar en ollas ni sopas!, y tú llevando las canastas por en medio de la gente, sin poder igualar el paso tan prosista de tu ama joven. Después de pasar ella, los ojos de los hombres te envolvían mareados como si también fueras alguien digna de admiración o envidia, mientras oías frases claras y fáciles, sin comprenderlas aún.

Mameta, mameta, la llamabas: ¿qui cosa is puta? ¿Alguito bueno como pan o azúcar?

¡Jajaj, tarmeños, qué risa, igualito a lo que hablaba me está remedando!

¡Calla, cochina!, gritaba ella. ¿Quién te enseñó a decir eso?

Esos mochachos pasando ti luan decíu, constestabas tú.

¿A mí?, se sorprendía ella al comienzo, pero después largaba a reírse: A ver, a ver ¿qué has oído que me decían esta vez?, preguntaba.

Cololendo.

Soltaba la risa y pedía: A ver, dilo de nuevo.

Cololendo.

Culo lindo, pronunciaba ella despacio, al fruncir la boca como para un beso. Culo lindo: vamos, repite.

Cololendo.

Se apretaba el estómago de la risa, así como tú ahora, ya, ya, basta Juana, cómo nos divertimos ¿no?, y bueno, así fue tomándote confianza, recortándote ella misma el pelo, haciéndote cosquillas y regalándote sus trajes usados, sus zapatos de tacón alto adonde subirse era muy difícil, o llevándote a una casa que se llamaba cine

y donde había un enredo de sombras, un hombre que venía a ti con una vela encendida por un pasadizo interminable, y detrás, en puntitas de pie, lo seguía un monstruo con los colmillos afuera, babeando porque ya iba a comérselo, y a tu lado tu patrona y un hombre gritaban cogidos de la mano y todos los niños del cine movían sus sillas chillando menos que tú: al caerse la vela, el monstruo apretó las manos sobre el cuello de todos y la gritería fue tal que debiste cerrar los ojos decidida a no abrirlos más, hasta que del fondo surgió la lindura de un río con sus orillas tejidas de árboles y te quedaste fría, sintiendo que eso eras tú, que de ahí venías, pero que ya era imposible volver, y seguiste mirando con fuerza en los ojos, dispuesta a volar y meterte ahí, aunque el río se fue y te quedaste con sed, sin comprender que tu ama en la oscuridad estaba comiéndose la boca de ese hombre y que se abrazaban hasta hacer crujir las sillas. Esa casa no se llamó para ti como se llamaba la película sino nada más que "El río", y varias veces volviste con tu ama y el hombre desconocido, pero jamás viste de nuevo caer la vela ni la mano apretando todos los cuellos, ni el río o sus árboles que habían muerto para siempre, dejándote sola.

Se llamaba "La venganza de no sé quién", de un nombre raro, digo.

Una noche, después de lavar las ollas y ensartar el trozo de carne en el alambre a la intemperie, tendiste en el suelo tu cama de pellejos donde no tardarías en morir hasta resucitar mañana bien temprano. Empezaste a cantar no sabías qué, una larga canción que te obligaba a repetir los sonidos y volver sobre ellos varias veces, quizá algo que duraría horas y días. De repente se abre la puerta y entra algo así como el monstruo con la vela encendida; coges el hacha de partir la carne y sin duda diste un grito. Tu viejo patrón estaba ahí con el lamparín de querosene y finalmente te arrolló y te dejó sin hacha, cogiéndote de los pelos:

¿Dónde está mi mujer? ¡Tú lo sabes! ¿Con quién va al cine?

¡Uy, señor, casi me muero!, grito yo también, y empiezo a temblar como si viera otra vez al condenado. El viejo me quería matar, sí, sí, y yo entonces...

Al salir ya te había tirado al suelo con un par de puntapiés, te dejó ardiendo y latiendo el cuerpo con tanta fuerza que se te fue el sueño hasta la medianoche, cuando oíste gritar a la señora y nacieron otros ruidos salvajes allá en el dormitorio. Sonriendo, casi feliz de que a ella también la golpeará, te pusiste a dormir.

Ya quisiera, don. ¡Cómo se sabe que usted no estuvo ahí!

Bueno, como sea, a la mañana siguiente le tocó a la señora entrar en la cocina, transformada su cara preciosa por la tunda del viejo, ¡tú se lo contaste! ¡Fuiste tú, campá del demonio!, chillaba, y se te fue encima. Por un rato pensaste en recoger el hacha, pero por la poca fuerza de sus manos cerraste la puerta para castigarla de arriba abajo, de atrás adelante, en medio de tantos pelos y ropas, tumbándola sobre tu cama de pellejos mientras lloraba como una criatura. Sabías

que el viejo había salido y así nadie podía robarte esa felicidad. Te olvidaste, claro está, de los vecinos que oímos sus gritos de auxilio y rebuscamos por toda la casa para dar con la pobre, que más lloraba de susto que de dolor. Así, por fin, te conocí de cerca. Te había visto desde el día que llegaste ahí al lado y siempre te miré con curiosidad, no lo niego.

¿Por mi cabeza fea como un mate, por mis rayas pintadas en la cara, por mis piernas torcidas...?

No lo niego, porque eres campá y nada más, sin pensar en hacerte daño. Te veía comprar el pan, recibir la leche en tu olla o acompañar a tu ama a misa o al mercado. Esa vez te di de tomar un calmante y me quedé en la cocina a conversar contigo. ¿Te acuerdas? Los demás vecinos se fueron con el cuento de que eras una salvaje y que, si estuviste casi por matar a tu segunda ama, con toda seguridad que mataste a la primera.

Me acuerdo, pero usted me preguntaba tanto y yo tenía que cocinar.

Te vi hacer tan bien el locro de zapallo, hervir en su punto las ocas, resbalar tan bien con ceniza el mote de trigo o maíz, salar los jamones, lo más difícil para una cocinera, además de barrer la casa de arriba abajo, que desde ahí me dio la idea de traerte a mi casa.

Gracias por defenderme de los guardias, señor, pero usted sabe que tarde o temprano me iré.

También he pensado en eso. Quizá te vayas a Lima donde a lo mejor estudias para secretaria o te pones a trabajar en una tienda.

No se burle, don, no me engañe.

Y tú no me hagas pensar que eres tonta. ¿Por qué no te escapaste luego de la pelea con tu patrona? Otra empleada hubiera pensado que el viejo te mandaría en el acto a la cárcel, cosa que todos los vecinos dábamos por seguro. Habría sido algo normal, ¿no?

¿Por qué volviste?

Medio que me río cerrada la boca y mirando a otro lado.

¿Quién se burla de quién? Te diré yo por qué: el viejo no te denunció, aunque los guardias se lo pidieron, por miedo a que contaras cómo murió su primera mujer; y además, iba a premiarte por haberle dado una paliza a esta su segunda mujer que lo engañaba con el hombre del cine. Así, no te pasó nada, y desde entonces (yo te miraba por la ventana de mi casa) te lucías oronda por el patio, pasando el tiempo en peinarte y sacarte las liendres y en hacer primero tus cosas. El viejo debió tomar otra muchacha para la cocina y tú solamente lavarías la ropa, cantando en la acequia junto al pesebre. Fue ahí donde asustaste a una señora Bolaños ¿no?

Hoy sí me río de golpe, sin tiempo de taparme los poquitos dientes que me quedan.

No vi la escena pero la imagino, dice él. Tú y tu amiga la sirvienta de la señora Bolaños cantaban felices y lavaban la ropa de sus patronas, cuando la vieja Bolaños, esa flaca, ese hueso para perros; llega a la acequia y empieza a regañar a tu amiga porque se demora mucho, porque dejó cortarse la leche del día anterior, porque se agarró dos panes en vez de uno... Entonces le da un segundo para responder, pero, con el susto, a la india se le traba la lengua y sólo se cubre la cara con los brazos, esperando los golpes. Tienes la conciencia sucia y por eso tiemblas, dice ella. ¡Contéstame!, si bien la otra ya olvidó con los nervios de qué se trataba y vuelve a taparse la cara. Te frunces así para que digan que te pego ¿no?, grita después y le va a tirar de las trenzas cuando tú le das un empujón. Si le toca un pelo a mi amiga yo la mato, le dices tranquilamente. O sea que mejor váyase volando. Y te vuelves a la india para calmarla: No te asustes, Juana la Campa te vengará si algo te hacen. Con los ojos que se le salen la señora Bolaños retrocede y grita: ¿Y quién eres tú para defenderla? ¡Campa salvaje! ¡Con razón matas a tus patronas! ¡Campa salvaje!, pero ya lo dice saltando la pirca del pesebre y corriendo por la calle principal, perseguida por ti.

Se me fue la risa: con los puñetes bien cerrados me veo persiguiendo a esa vieja, pero también escapo de los guardias y de este mi nuevo amo que corre detrás: lo estoy oyendo.

Menos mal que ese día corrimos y eso fue todo ¿verdad, Juana? Te juro que para mí lo peor fue por la noche, cuando ya había creído que todos en el barrio dormiríamos en paz. Oí unos golpes raros en el suelo de tu casa (todo se oye de una pared a otra en las casas de Tarma) y después no solamente unos gritos de tu ama, sino gritos tuyos, cosa muy extraña, pues siempre he pensado que tú eres más valiente y aguantas más el dolor que cualquier hombre. Me vestí y corrí como un loco. Sin tocar el portón subí a oscuras por el lado del pesebre y entré igualito que un ladrón; en la cocina no estabas ni tampoco en la sala. Me metí corriendo en el dormitorio, como si hubiera mucho sitio para correr, y te hallé, ¿recuerdas? con las manos cubriendo tus ojos, espantada de los hachazos que tu ama joven y bonita, pero convertida en un monstruo, le daba al viejo en la cama, al viejo que ya estaba muerto y que ella seguía despedazando entre manchas de sangre, una lluvia increíble que también me hizo gritar. Y luego te entregó el hacha y te pidió a voces: ¡Dale tú también! ¡Te pagaré, Juana! ¡Dale tú también! ¡Mátalo, por favor!

Suerte que usted vio la verdad, digo, temblando y sudando otra vez; el pueblo entero iba a lincharme cuando ella dijo que yo lo había matado. Ya era una costumbre decir que todo lo malo lo hacía yo, Juana la Campa.

Parece mentira que hayan pasado varios años de eso, que tú tengas más de veinte y que yo siga enseñando en el mismo colegio, casado y con un hijo. Estamos viejos ¿no, Juana?

Yo sí y hasta sin dientes, pero usted nunca, señor, digo. Por usted no pasan los años; se le ve menor que yo.

Ya te haré componer esas muelas podridas desde tu niñez, si tú me haces un gran servicio, dice él. Mira que te he defendido de los guardias y te he enseñado a hablar, leer y escribir como a una señorita.

¿Cuál servicio, don?

Sé que hace tiempo quieres irte de mi casa aunque no lo digas. Quizá sólo esperes que arregle tus papeles, tu partida de bautismo y lo demás, para luego escaparte a Lima el rato menos pensado.

Agacho los ojos pasando la lengua por mis encías duras como callos.

No te reprocho nada, pero debo viajar urgente a Lima para asuntos de mi trabajo y no voy a dejar solos a mi mujer y mi hijo, sin nadie que les cocine, lave y planche. Solamente dos meses, Juana; después vuelvo, arreglo tus papeles y te vas adonde te dé la gana. ¿Qué dices?

Mejor no se vaya, don.

Es que debo ir de todos modos.

Pero mejor sería...

Tengo que hacerlo.

Si es así está bien, señor.

Se queda asustado del poco rato que le costó convencerme y me mira dos y tres veces, pero al fin me da la mano diciendo que hemos sellado un compromiso y me deja ir después de tenerme una hora parada en su escritorio lleno de ventanales y libros.

Estoy cansada al volver a la cocina, pero todavía hay que lavar las ollas, secar los platos y cubiertos uno por uno, quitar la ropa de los cordeles del patio, echarle harta agua al filtro de piedra. Casi me muevo dormida poniendo la mesa con las tazas del desayuno de mañana. Eso sí, trato de abrir bien los ojos al devolver a su sitio los biberones del chiquito, que ya he roto muchos y no quiero más líos con su madre. Por poco llego gateando a mi cama en el suelo: tengo más de veinte años como él dice, y hablo y escribo como una señorita, pero mi cama sigue siendo de inmundos pellejos llenos de pulgas, hormigas y arañas. Me quito el traje regalado por ella y en vano pretendo dormir con el discurso del señor en

mis oídos, con el servicio que debo hacerle. Dos meses sin él, y yo sola frente a su mujer bonita y limpia, blanca igual que una sábana, sus pelos negros como la noche, su boca tan feliz cuando lo mira y sus dientes tan bestias cuando me apuntan y odian, mientras sus ojos se queman de veras en la luz. Y a cada rato empujándome con sus uñas que rasgan. ¡Cuántas veces no le habré oído reírse de mi cabeza larga como un chiclayo, de mis colmillos de Drácula (así los llama), de mi tatuaje de chuncha! La soporto porque mi marido la está estudiando, les dice ella a sus amigas; sólo por eso. La estudia para escribir una tesis sobre la conducta de los campos. Por mí la botaría mañana mismo y me buscaría una menos salvaje y más limpia. Y sus amigas se ríen sin preguntar, eso no, si alguna vez me han pagado un sueldo que no sea un traje viejo o una propina que me da justo para la cazuela del cine, ahí donde sólo suben los hombres.

Quiero dormir, pero también hay que levantarse y resolver esto cuanto antes. No hay tiempo para caerse de sueño. Me visto de nuevo y muy calladita porque mi patrón sabe todo lo que sucede en la casa, día y noche. A él nadie lo engaña. Vestirme en silencio, recoger mi atadito de ropa que por años me ha esperado ahí, bajo el fogón, y escaparme con los zapatos viejos (también regalados por ella) en la mano para no quedarme a solas con su mujer.

Me falta muy poco: apenas cruzar medio patio, quitar el pestillo, abrir y juntar el portón y echarme a correr hasta el mercado donde siempre hay camiones para Lima. Pero, ¿no ve?, ya él se dio cuenta. Ha prendido su luz y grita: ¿Eres tú, Juana? Sigo mi camino rogando que todavía tarde en vestirse, pero justo he llegado al Club Social Tarma cuando lo veo corriendo con zapatillas y bata. Me da pena porque va a resfriarse con lo delicadito que es. Corro lo más que puedo, segura de ganar, fuerte como soy, pero él es tan decidido que hace un gran esfuerzo y ya me pisa los talones.

Un trecho más arriba está la plaza de armas llena de gente paseando como en las retretas de los domingos. Hasta la medianoche se divierten aquellos ociosos. Es ahí donde mi patrón llama a sus amigos, hombres y mujeres, para formarme un cerco, me da el primer manotón y grita:

¡Atájenla! ¡Que no se vaya! ¡Yo la he comprado y no puede irse sin mi autorización!

Entonces lo miro fijamente, sintiendo que las palabras están de su lado y no me defenderán, y sé que los dos vemos a su mujer muerta en mi cocina y que esta vez no habrá salvación.

Por favor, déjeme ir, le pido.

¡De ninguna manera!, dice él.

Se lo ruego, señor...

¡Nada, nada!

Y otra vez sé que él y yo vemos a su mujer muerta a mis pies en la cocina, sin que él me defienda ante los guardias.

¿Por qué no la mata usted solo y me deja en paz?, digo en voz baja.

No sé de qué hablas, mujer.

Entonces grito:

¿Por qué no la mata usted solo y me deja en paz?

¡Calla, animal!, grita a su vez, más fuerte que yo, para después llamar de nuevo a sus amigos: ¡Vamos, agárrenla entre todos!

¡Cuidado que me muerdas, campá!, dice el primero de ellos, y viene contra mí, cerrando el cerco.

Marcos Yauri Montero (Ancash, 1930)

Silvia

Para Carlota

Pensar que no pienso es como mirar la bruma mágica que todo lo envuelve. No sé. No puedo imaginarme a mí mismo. Estoy aterido. Es que hace mucho frío. Aún no llueve, pero esta bruma es húmeda y siento que me empapa.

En la avenida, los álamos suenan; al moverse crujen como papeles en el suelo cuando el viento los arrastra. Los veo cimbrarse. Al inclinarse se parecen a las señoras que van a misa o acompañan la procesión de Santa Rosa con la cabeza cubierta con sus mantillas y cabizbajas. El viento pasa silbando, me cae a la cabeza como si me dieran de palmadas. Hace rato que los chicos han desaparecido. Se han ido haciendo bulla, con sus pelotas y bicicletas, despeinados, lisurientos.

La neblina todo lo convierte en sueños. Las flores, los quioscos de los periódicos se ponen a volar y los postes de la luz se ven como rayas. Una que otra ama de casa entra y sale de las tiendas. Lo demás es silencio. Un filudo silencio que hiere mucho.

Al frente, en la "Librería Macondo", el hermano mayor le dice al menor:

—Ya llegó.

—Sí —le contesta el menor—. Lo estoy viendo.

El mayor mira el reloj de pared. Dice:

—Como siempre. A las cinco en punto.

—El director es muy puntual —comenta el hermano menor, con sorna.

Un chiquillo entra con un álbum en la mano y pregunta:

—¿Figuras de Pokémon?

—Se acabaron —le contesta en alta voz el menor, y se ríe.

Al rato asoma una señora con su hijo de ocho años.

—Por favor —dice—, quiero fotocopias.

Pone sobre el mostrador un libro abierto, lo hojea señalando las páginas.

Mientras el hermano mayor hace crujir a la fotocopiadora, la señora se entretiene mirando en el televisor encendido una escena de "Isaura, la esclava."

—Siempre negro. Siempre nervioso —dice el hermano menor.

La señora que ha dejado de mirar el televisor porque el canal emite comerciales, comprende el comentario. Mira hacia fuera. Su mirada atraviesa la avenida solitaria y se posa en la esquina. Allí, entre la bruma se dibuja una silueta negra. Es movediza, a veces se borra o se torna difusa como una figura que se estuviera desliendo en el agua.

En la esquina, el de la imagen oscura piensa en los muchachos que acaban de irse. No se han burlado de mí, se dice, como otras veces. Hasta me arrojan piedrecitas pensando asustarme. Pero yo, jamás les he dado gusto ni les daré. ¡Esos chicos! Esto de chicos lo digo por decir, porque en realidad son unos... ¡Como si no los conociera! ¡Como si no supiera lo que hacen en la noche en las casas abandonadas, como los lagartos! ¡Ja!

Como puntitos rojos se ven las flores del flamboyán. Asoman por el techo de los Calincho y dan la impresión de que estuvieran flotando. Arden, como brasas. Me recuerdan los geranios de don Lucho. Esos tiempos en que disfruté de la vida en su casa. La señora Rosa los espulgaba quitándoles las hojas secas. Qué bien se veían alrededor del patio con losetas modernas que brillan como el vidrio. Cómo extraño esa vida. A veces pienso que debo ir al correo a recoger sus cartas, pero apenas me decido me desanimo porque sé que jamás me van a escribir. Si me escribieran yo sabría dónde están, cómo viven, me contarían de Nicolita. Me harían saber de su regreso, de cuándo van a estar nuevamente aquí. Si lo hicieran prepararía mi corazón para recibirlos. Pero no lo harán. ¿Y por qué deben hacerlo? Y este hoy no es el ayer, ese ayer que a cada minuto que pasa se va haciendo más remoto, amenazando con borrar las imágenes que más amo en la vida.

Cómo deben estar las flores del flamboyán, las compadezco aunque no sé si sienten el calor y el frío como nosotros... Crean que no los veo. Crean que no me doy cuenta. Desde adentro me miran y hablan. Me señalan con el dedo y dicen mal de mí. Hasta estoy seguro de las palabras que utilizan. Lo sé desde la vez que entré sin pensarlo dos veces, porque vi que entró Nicolita. Esa vez, por la alegría, casi me puse a dar saltos. Entré acalorado, abriéndome paso a la fuerza por entre la gente que pasaba y entraba. Entré dejando atrás los insultos. Pero adentro, vi que no era ella. Me había equivocado. Se evaporó mi ilusión de que había regresado. Nicolita no era Nicolita. Era Angelita, la niña que vive en la cuadra siguiente. Por boca de los que estaban allí haciendo sus compras supe que don Lucho y su familia no regresarán. Fue también la vez en que los dos hermanos, cada uno comiendo de sus cucuruchos de maní con chocolate, me insultaron y hasta quisieron correrme, pero yo hice oídos sordos. Y me salí como diciéndoles, lo que me dicen me resbala, dándome un aire de que nada de lo que decían me importaba.

—Espera a su princesa —dice el hermano mayor, y una sonrisa redonda se le dibuja en la cara con sombras de la barba mal rasurada.

—Je, je —se ríe el menor sacudiendo con asco la cucaracha muerta que ha encontrado entre los papeles del mostrador donde se apilan paquetes de libros y un laberinto de cosas.

Se ríen también, la señora que espera sus fotocopias y otra joven que acaba de entrar buscando un rompecabezas para su niño de tres años.

—Está perdidamente enamorado —vuelve a hablar el hermano mayor. Eso dicen, ja, ja...

Con su aire de despistado, el chico de ocho años pregunta a su madre:

—¿De quién, mamá?

—¿De quién ha de ser? —le responde su madre—. ¡De su princesa!

Y su hijo se queda en la luna. Quiere preguntar si aún hay princesas en el mundo, pero se calla por vergüenza.

El hermano mayor mira una fotocopia. Alza el papel a la altura de sus ojos y lo vuelve a mirar.

—¿Le parece bien así, señora? —dice—. La máquina ha empezado a fallar.

La aludida deja de reír. Coge el papel que le extiende el muchacho; lo examina de arriba abajo, lee. Habla:

—Qué se va a hacer, siga no más.

La joven señora examina uno tras otro los rompecabezas que le ha mostrado el hermano menor. Encuentra uno que le gusta y suspira.

—¡El amor! —dice alargando la última palabra—. Dicen que para quien tiene el corazón en llamas, nada importan ni el calor ni el frío.

—Eso le está pasando al director —dice el hermano mayor al tiempo que presiona el botón para hacer funcionar la fotocopidora. Sino, ¿por qué creen que él está allí, chupándose este frío?

—¡Mírenlo, pues! —dice la señora de las fotocopias—. Se ha puesto mosca. Nos está mirando.

—¡Como si adivinara lo que estamos diciendo de él! —añade la señora joven.

Vuelca su mirada hacia la avenida vaporosa. Como al final de un espacio dilatado y distante sus ojos no ven la figura negra, sino sólo dos pupilas ardientes que brillan como ascuas entre las cenizas.

Un escalofrío recorre su cuerpo. Esas pupilas la penetran como un rayo eléctrico. Por suerte, en ese instante pasa un automóvil por la vera del director e interrumpe la conexión extraña que se ha establecido entre ella y él.

Pero después, cuando el automóvil ha desaparecido y se disipa el polvo, ella nuevamente ve los ojos candentes de esa imagen difusa que, como un helecho que oscila en el agua, se dibuja y desdibuja intermitentemente. No puede resistir el

brillo de esas pupilas. Un escozor asfixiante le sube a la garganta y le estalla una tos furiosa. Tose con desesperación. Sus cabellos se le derraman hasta cubrirle los ojos y se le salen las lágrimas.

El hermano menor que acaba de envolver el rompecabezas que ella ha escogido, la mira consternado.

—Cóbrese —le dice la joven señora venciendo a la tos.

Luego coge su paquete y se va. Al irse se lleva la mano libre al pecho, como si le doliera. En la librería cunde el silencio y el crujido de la fotocopidora suena como la garganta de un animal que estuviera pujando. Al rato entra una mujer gorda. Sin saludar, distraída, dice:

—¡Por Dios bendito, qué mal se le ve a la flaca!

—Cada día peor —responde de mal talante, la señora de las fotocopias.

—Desde que se le ha ido el marido se ha puesto así —dice la gorda. ¡Pobrecita!

—¿Pobrecita? —murmura para sí la de las fotocopias—. ¿Con todo lo que se sabe y se dice de ella?

El de la imagen oscura sigue pensando. Aunque no me lo dijeron, presiento que deben estar en Miami. En otro lugar no pueden estar. Miami era el tema favorito de sus pláticas. ¿Qué esperamos?, decía don Lucho. Esto no se va a arreglar. Aquí no hay empleo. Nadie te da trabajo, y si te dan es por un tiempo corto, después te largan... Así empezaban a hablar de Miami. Hasta hoy yo no tengo idea dónde está Miami, ni cómo es, si está lejos o si está cerca. Lo que imagino es sólo a base de lo que les oí, cuando entonces todos veíamos la televisión; y yo miraba casas deliciosas junto a enormes avenidas y anhelaba vivir allí alguna vez, pasear por sus arboledas, subir a sus altos edificios. Esto era un deseo, nada más, porque de inmediato me daba cuenta de que eso no me podía suceder; y ahora me convenzo de que no estuve equivocado, pues ellos están allá y yo no. Ahora, ya no pienso como entonces pensaba. Ahora me paso preguntándome si en la vida habrá otro ser como yo, con un corazón herido, un ser que alimenta las mismas ilusiones, un ser que sueña poseer todo lo que en la vida hace sentir feliz e importante? Si esto pudiese ocurrir, un ser que no soy yo, es decir ese otro, éste sabe lo que significa estar amparado contra la crueldad de la vida, sabe lo que es sufrir la orfandad del mundo.

Para felicidad mía ya van a ser las cinco de la tarde. Allá, por donde la avenida se pierde en una curva profunda, puján los viejos ómnibus del servicio público que aparecen echando bocanadas de humo espeso y se esfuman

por la esquina, cargados de pasajeros de toda laya que han festejado el domingo de cualquier forma y en algún lugar. Esos ómnibus no son nada extraordinarios para gozar viéndolos pasar; lo asombroso es que además de sucios son tan destartados que parecen escarabajos gigantes que se van a despatarrar en cualquier rato... Ah, he aquí que llega el maestro joven; como siempre, metido en su jean mugroso de bordes que se deshilachan sobre sus zapatones polvorientos, sin lustrar. Se detiene frente a mí, en el otro lado de la esquina; espulga con sus ojos a derecha e izquierda y por todo el frente; da un silbido agudo que suena como la trompetilla de un zancudo que vaga en la noche, después se echa a esperar ansiosamente. Casi de inmediato, por el balcón de la acera donde está la Librería Macondo, más o menos a unos cincuenta metros, asoma la maestra a quien le dicen la Viuda Flaca, porque su marido se le ha ido; ella le mueve la cabeza describiendo un gesto afirmativo y de seguido desaparece atacada por la tos que le hace llevarse una mano al pecho, y el viento que se ha avivado agita su hermoso pelo negro, largo y con rulos. El maestro joven abandona la esquina, al pasar me guiña, cruza aprisa la avenida. Entretanto la puerta del piso bajo de la casa donde vive la maestra flaca, se abre; por allí ingresa, luego de mirar sigilosamente la avenida a derecha e izquierda. Sea quien fuere que le ve entrar, sabe de antemano lo que va a suceder en el segundo piso donde vive la maestra. Cosas de una pasión desenfadada, hasta hacerse ver desnudos en la cama por la ventana con transparente cortina que como a propósito dejan abierta. Las familias que viven en el mismo edificio, están furiosas y se han quejado. Nada pueden hacer, ¡nada!, por ejemplo decirle al dueño que vive en la capital, que la despida, porque su ex nuera es escandalosa. Pero el dueño es su ex suegro que se siente culpable de la conducta de su hijo, marido de la maestra a quien la ha abandonado.

¡Dios, cómo muerde el frío! Este frío, húmedo como un trapeador, me cae a la cara, al cuerpo entero, como una toalla empapada... Y desde allá, del interior de la librería, oscuro como boquerón de mina, continúan mirándome. Humea mi aliento como el pico de una tetera de agua que hierve, se desvanece a poco de salir de mi nariz y boca, al entrar en contacto con el vapor de agua del aire que respiramos todos los que vivimos en este pueblo cercano al mar.

—¿Y dónde habrá estado el director todo el tiempo de las vacaciones, ah? —dice la señora de las fotocopias.

En el televisor, Isaura y Álvaro fingen representar un diálogo entre una princesa y un caballero, ambos del siglo diecinueve, en una pradera, entre flores y árboles. La señora gorda que embelesada mira la escena, no la oye.

El hermano menor cuenta y recuenta los paquetes de papeles; luego abre uno y empieza a contar un ciento de hojas, una a una. La escena de Isaura y Álvaro se desvanece y sale un comercial.

La señora gorda se vuelve hacia la de las fotocopias y comenta:

—¡A quién no le encanta esta telenovela!

—Más papel —dice el hermano mayor.

El menor le alcanza un ciento y vuelve a seguir contando.

—Ahora que me doy cuenta, ¿me hablaba señora Dorita? —dice la gorda.

—Sí —dice la de las fotocopias—. Le preguntaba que dónde habrá estado el director mientras han durado las vacaciones.

—Sólo Dios sabe —le contesta la señora gorda; y, en eso se acuerda de por qué ha ido a la librería.

—Ya me estaba olvidando. He venido por pegamento y cartulinas.

—¿Me van a decir que no tienen? —añade en tono de broma y en alta voz para que la oigan los dos hermanos.

—Sí, tenemos, señora —se le oye decir al hermano mayor que ha vuelto a hacer crujir a la fotocopidora. ¡Despáchale a la señora!, agrega ordenándole a su hermano menor con su mirada y el timbre altivo de su voz.

—Ah —dice la señora gorda—. Ahora que me acuerdo, oí decir que al director lo vieron en Macate. ¡Dios, en qué condiciones! Dicen que estaba solo hueso y pellejo, como si no hubiera comido ni dormido nunca. Quienes lo vieron pensaron que se iba a morir en cualquier rato por ahí en el camino, al pie de un árbol, en cualquier parte.

—¿Por qué tiene que sucederle esas cosas al pobre director, ah? A mí que soy nueva en el pueblo, ¿me lo pueden decir? —habla la señora de las fotocopias.

Los dos hermanos se miran.

—Ja —dice el mayor—. Es toda una historia. Algo que le puede pasar a cualquiera.

—¿Ah sí? ¿Si la oigo la creería?

—¿Por qué no? —dice la gorda—, observando los movimientos del hermano menor que luego de encontrar el pegamento cuenta las cartulinas que se va a llevar.

—Antes, empieza diciendo —vivió en una buena casa, por allá donde queda la piscigranja, cerca del puente. Era amigo de las hijas del ingeniero, con ellas jugaba, salían a pasear. El ingeniero no era de aquí, vino con esto de las minas, y de repente se quedó sin trabajo. Dicen, que su esposa no quiso seguir viviendo aquí, por eso se fueron. Ahí empezó la desgracia del pobre director. Para irse no

vendieron la casa, la dejaron cerrada, habían decidido que al acomodarse, el ingeniero volvería para ver qué hacía, o venderla o alquilarla. De esta manera, el director se quedó sin casa, sin amigos, sin alimento, ¡sin nada! No se lo llevaron, y es seguro que ni siquiera lo pensaron.

—¿Y la princesa? ¿Cuándo apareció? —pregunta la señora de las fotocopias.

—Eso fue en abril del año pasado —dice la señora gorda—. Vino porque nadie quería venir aquí a enseñar en este rincón del mundo. Fue entonces que el director, poco a poco se fue haciendo su amigo. ¡Era de ver! Juntos andaban por aquí, por allá. En la escuela, mientras la princesa hacía clase para sus niños que la idolatran, el director estaba en la puerta, mirándola. Juntos iban a la pensión a almorzar y juntos regresaban al pueblo. Como ahora, cuando la princesa el viernes en la tarde agarraba el ómnibus y se iba a su casa, en la capital, el director vagaba triste todo el sábado y el domingo; y también como hoy, los domingos en la tarde, la esperaba volver, parado en la esquina desde las cinco.

—¡Qué amor! —suspira la señora de las fotocopias—. Como en el caso de los enamorados más apasionados.

—Pero claro —dice la señora gorda—. ¡Más que eso! La princesa es quien lo ha salvado.

—Un amor como en los viejos tiempos, ¿no?

—Cierto —¿acaso los enamorados de ahora son como los de ayer? Hoy el muchacho y la muchacha se conocen, y ya está. Todo puede suceder.

El hermano menor termina de empaquetar el pote de goma y las cartulinas. Dice:

—Ya señora, su paquete.

La señora gorda paga y recibe el recado.

—Aún no se vaya, señora —ruega la de las fotocopias—. Termine de contarnos.

—Pero aquí viene lo bueno —habla la aludida retomando su relato. Llegaron las vacaciones y la maestra se tuvo que ir. El director se quedó, vagó días y días por el pueblo y luego desapareció. Creímos que su princesa habría vuelto y se lo llevó. Nadie le echó de menos. Nadie se acordó de él, hasta que lo encontraron, de casualidad, en Macate, dando pena porque no era sino hueso y pellejo. Contra lo que creyeron que se moriría por ahí, en cualquier rato, no se murió. Cuando empezó el nuevo año y volvió la princesa, se apareció el director, todo cadavérico. Nadie supo de dónde, cómo y cuándo. ¡Fue un milagro! Ahora como todos lo ven reventando de salud y está lustroso.

Por la larga avenida que se pierde y no se pierde en la bruma, a lo lejos se dibuja un ómnibus. Todos lo conocen porque es el único que hace el servicio entre la capital y el pueblo. Su figura no es buena; los años y el uso lo han

destartado. Su dueño debe ser un poco loco o soñador y de alma aventurera, sino no se explica porqué le ha puesto el nombre de "Odisea" que luce sobre el parabrisas con enormes letras blancas sobre el azul de la lata del mascarón.

En la esquina azotada por el viento y la bruma, al de la imagen oscura, de alegría se le encienden los ojos. Ha visto el ómnibus que trae a su princesa. Él lo sabe. Está seguro, pues no puede dejar de venir, porque el domingo está a punto de terminar y mañana será lunes y la escuelita tiene que funcionar. Sabe también que le trae golosinas, huesos tiernos de cordera, galletas o quizás alguna sorpresa. A ella le encantan las sorpresas.

Al frente, encima de la colosal Cordillera Negra, como por milagro la nube y la niebla se abren y por el agujero se filtra una masa de luz, indecisa, pero al fin y al cabo luz que alegra el corazón. El de la imagen oscura la descubre y sus ojos semejan farolitos.

El ómnibus se va acercando; ronca, echa humo por la parte zaguera, el humo asciende y es absorbido por la neblina que parece que va a lanzar una copiosa lluvia. Se detiene a dos cuadras y alguien baja.

Ahora, a medida que sigue avanzando se le ve con claridad. Es viejo, azul, con costras y fajas blancas.

Se detiene en la esquina castigada por el viento húmedo haciendo chillar sus fierros y carraspear a su motor. La vieja puerta delantera se abre y, primero asoma la punta de un maletín, y de seguido una joven de aspecto grácil y rostro angelino, en pantalón vaquero y con blusa rosada pisa tierra con firmeza. Mientras en la vereda lucha por acomodar en sus espaldas su mochila, del interior del vehículo sale disparada una voz femenina:

—¡Chau, Silvia! ¡Saludos para el director!

El ómnibus arranca. No parará sino en el pueblo siguiente, su postrer destino. Allí se bajarán sus últimos pasajeros y la maestra que se ha despedido de la princesa.

El de la imagen oscura se exalta. Gime, corre hacia la joven. Se pone en pie y pretende estrecharla con un abrazo. La princesa, como siempre, le riñe:

—¡Pinocho, compórtate! ¿Quieres verme caída con un brazo roto?

Pinocho da saltos. Lanza uno tras otro tres ladridos afligidos demostrando su felicidad; después se sosiega y mueve la cola. Se pone delante de la joven cuyos ojos sueñan bajo sus largas pestañas rizadas, y empieza a caminar. Le sigue la joven maestra que comienza a canturrear una canción alegre. Los dos van rumbo a la casa de pensión. Sobre el mundo caen las primeras sombras del crepúsculo, al mismo tiempo que el viejo reloj de la torre de la única iglesia, suelta seis campanadas.

Edgardo Rivera Martínez (Jauja, 1933)

Ángel de Ocongate

Quién soy sino apagada sombra en el atrio de una capilla en ruinas, en medio de una puna inmensa. Por instantes silba el viento, pero después todo regresa a la quietud. Hora incierta, gris, al pie de ese agrietado imafrente. En ella resulta más ansioso y febril mi soliloquio. Y aún más extraña mi figura –ave, ave negra, que inmóvil habla y reflexiona. Esclavina de paño y seda sobre los hombros, tan gastada, y, sin embargo, espléndida. Sombrero de raído plumaje y jubón, camisa de lienzo y blondas. Exornado tahali. Todo en harapos, y tan absurdo. ¿Cómo no habían de asombrarse los que por primera vez me veían? ¿Cómo no iban a pensar en un danzante extraviado en la meseta? Decían, en la lengua de sus ayllus: ¿Quién será? ¿De qué baile será esa ropa? ¿Dónde habrá danzado? Y los que se topaban conmigo me preguntaban: ¿Cómo te llamas? ¿Cuál es tu pueblo? Y como yo callaba y notaba el raro fulgor de mis pupilas, y mi abstramiento, mi melancolía, acabaron por considerar que había perdido el juicio a la vez que la memoria, quizás por el frenesí mismo de la danza en que había participado. Y comentaban: ¡Pobre, no recuerda ya a su padre ni a su madre ni la tierra donde vino al mundo. Y nadie, talvez, lo busca...! Las ancianas se santiguaban al verme. Y las muchachas se lamentaban: ¡Joven y hermoso es, y tan triste...! Y así, por obra de esa supuesta insania, y de mi apariencia y mi gravedad aumentó la sensación de extrañeza que mi presencia provocaba. Una sensación tan intensa que por fuerza excluía toda posibilidad de burla. Hubo incluso pastores que, movidos por un respeto mágico, ponían a mi alcance bolsitas de coca en calidad de ofrenda. Y como nadie me escuchó hablar nunca, ni siquiera un monosílabo, se concluyó que también había perdido el uso de la palabra. Pensamiento comprensible, pues sólo a mí mismo me dirijo, en un discurso que no se traduce en el más leve movimiento de los labios. Sólo a mí, en una fluencia silenciosa, pues una tenaz resistencia interna me impide toda forma de comunicación con los demás, y con mayor razón todo diálogo. Y así es mejor, sin duda. Sea como fuere, esa imagen de forastero enajenado y mudo, que se difundió con rapidez, redundó en beneficio de mi libertad, porque no ha habido gobernadores ni varayocs que me detuvieran por deambular como lo hago. Compartían más bien esa mezcla de sorpresa, temor y compasión que experimentaban frente a mí sus paisanos. En unos y otros pesaban, además, creencias ancestrales, por cuya causa mi "locura" adquiría un

rango casi sobrenatural. ¡Mi demencia! No me ha incomodado, en ningún momento, el rumor que al respecto se expandió, pero de cuando en cuando me asaltaba la duda. ¿Y si era verdad aquello? ¿Si realmente fui alguna vez danzante y lo olvidé todo? ¿Si tuve en otro tiempo un nombre, una casa, una familia? Inquieto, me acercaba a las fuentes y me contemplaba. Tan cetrino mi rostro, y velado siempre por un halo fúnebre. Idéntico siempre a sí mismo, en su adustez, en su hermetismo. Me observaba, y se afirmaba en mí la seguridad de que jamás había desvariado, y de que jamás tampoco fui bailante. Certeza intuitiva, pero no por ello menos vigorosa. Pero entonces, si nunca se extravió mi espíritu, ¿cómo entender la taciturna corriente que me absorbe y me aísla? ¿Cómo explicar este atavío, y la obstinación con que a él me aferro? ¿Por qué mi desazón a la vista del lago? No, no podía responder a estas preguntas, y era en vano así mismo buscar una justificación para unas manos tan blancas y un hablar que no es de misti ni de campesino. Y más inútil aún tratar de contestar a la interrogación fundamental: ¿quién soy, entonces? Era como si en un punto indeterminable del pasado hubiese surgido yo de la nada, vestido ya como estoy, y balbuceando, angustiándome. Errante ya, y ajeno a la juventud, amor, familia. Encerrado en mí mismo y sin acordarme de un principio ni avizorar una meta. Iba, pues, por los caminos y los páramos, sin dormir ni un momento ni hacer alto por más de un día. Absorto siempre en mi monólogo, aunque me acercase a ayudar a un anciano bajo la lluvia, a una mujer con sus pequeños, a un pongo moribundo en una pampa desolada. Concurría a los pueblos en fiesta, y escuchaba con temerosa esperanza las músicas de las quenás y los sicuris, y miraba una tras de otra las cuadrillas, sobre todo las que venían de muy lejos, y en especial las de Copacabana, de Oruro, de Zepita, de Combapata. Me conmovían sus interpretaciones, mas no reconocí jamás una melodía ni hallé una vestimenta que se asemejara a la mía. Transcurrieron así los años, y todo habría continuado de esa manera si el azar –¿el azar, en verdad?– no me hubiera llevado, al cabo de ese andar sin rumbo, al tambo de Raurac. No había nadie sino un hombre viejo, que descansaba y me miró con atención. Me habló de pronto y dijo en un quechua que me pareció muy antiguo: "Eres el bailante sin memoria. Eres él, y hace mucho tiempo que caminas. Anda a la capilla de la Santa Cruz, en la pampa de Ocongate. ¡Anda y mira!" Tomé nota de su consejo y de su insistencia, y a la mañana siguiente, muy temprano, me puse en marcha. Y así, después de tres jornadas, llegué a este santuario abandonado, del que apenas si quedan la fachada y los pilares. Subí al atrio, y a poco mis ojos se posaron en el friso, bajo esos arcos adosados. Y allí, en la losa otrora por un rayo, hay cuatro figuras en relieve. Cuatro figuras de danzantes. Visten esclavina, jubón, sombrero de plumas, tahali. Imágenes no de santos sino de ángeles, como los que aparecen en los cuadros de Pomata y del Cuzco. Son cuatro, mas el

último fue donde golpeó la centella, y sólo quedan su silueta, e impresas unas líneas de las alas y el plumaje. Cuatro ángeles sobre una floración de hojas, frutos y arabescos de piedra. ¿Qué baile es el que danzan? ¿Qué música la que siguen? ¿Es el suyo un acto de celebración y de alegría? Los contemplo, en el silencio glacial y terrible de este sitio, y me detengo en el contorno vacío del ausente. Cierro luego los ojos. Sí, sólo una sombra soy, una apagada sombra. Y ave, ave negra sin memoria que no sabrá nunca la razón de su caída. En silencio, siempre, y sin término la soledad, el crepúsculo, el exilio...

Laura Riesco (Junín, 1940)

Teodomira y las flores

Por entre las rejas de hierro de la puerta que da al jardín de la calle, Clotilde le grita que se apure con las compras porque necesita de inmediato las verduras para el guiso. Con un gesto casi imperceptible de la mano, Teodomira le señala al vuelo que la ha escuchado. Camina lentamente, sin apresurarse, pues sabe que Clotilde ya ha vuelto a entrar a la casa. Son varias las cuadras hasta el mercado y no quiere cansarse para cuando regrese con la canasta llena. Además, hace sol y la brisa húmeda y tibia de la mañana le refresca los brazos, le sube por las piernas y, porque todavía no se ha acostumbrado a usar calzones, le acaricia también el pubis desnudo bajo el fustán de algodón y el guardapolvo verde, especie de uniforme del mismo corte y color que el que suelen llevar varias sirvientas. Antes de cruzar la segunda cuadra se detiene unos segundos frente a un arbusto de lilas y aproximando la cara, absorbe de cerca el perfume penetrante de las flores. Durante el camino se para aquí y allá y mira los jardines detrás de los enrejados para ver si hay nuevos brotes entre los clavelillos, si los botones de rosas carmesí ya están abiertos, si a la rama más baja y a su alcance en la esquina de la casona celeste le ha nacido una nueva magnolia.

Hará las compras rápidamente y así tendrá tiempo de pasar por el lado donde venden flores, aun cuando su prima le haya advertido con severidad que no pierda el tiempo en idioteces. Clotilde le ha dado el dinero justo para lo que necesita comprar y le ha indicado a qué placera debe dirigirse y le ha enseñado qué palabras usar para que no la engañen como otras veces con el vuelto. Al contrario, Teodomira deberá insistir en que lo que paga es suficiente y si la placera le exige más, ella le dirá que le entregarán el resto la próxima vez. Teodomira no se ocupa del saldo de esas deudas, eso lo hace Clotilde, y Clotilde reclama y enreda tanto, que termina arreglándose para pagar siempre menos. De ese modo, con subterfugios tan leves que nunca dejan huellas, va sisándole moneda tras moneda a la patrona. Por las noches amarra con sumo cuidado ese dinero dentro de un pañuelo de popelina blanca y lo esconde entre los pliegues de su manta junto con las bolsitas de gamuza gastada que contienen sus hierbas mágicas y que Teodomira no pierde de vista cada vez que su prima las saca. "¿Para qué les robas si estos patrones nos pagan?", le preguntó en cierta ocasión mientras observaba la frialdad con que Clotilde se concentraba en contar los billetes verdes y anaranjados, billetes que no hace mucho habían sido monedas. El valor de esa

conversión, del metal al papel, o en el mercado, del papel al metal, todavía deja perpleja a Teodomira. "Nunca nos pagan como debieran", le respondió sin alterarse la otra. Y para que no tuviera que dar más explicaciones, añadió en un tono tajante: "De todas maneras, ¿no ves que si les hiciera falta ya hace rato que se habrían fijado?"

En la casa donde se habían empleado antes les pagaban unos meses sí y otros no. En un principio la patrona tranquilizaba a Clotilde diciéndole que se esperaran unos días más. Cuando se juntaban dos o tres meses sin sueldo, aseguraba haberles pagado ya y porfiaba que Clotilde era o bien muy olvidadiza o pérfidamente tramposa. Cuando su prima le anunció un domingo que ni ella ni Teodomira trabajaban de balde y que se irían al día siguiente, la patrona sonrió con un "¿ah, sí?" malévolamente y se marchó muy oronda de la pieza. Esa misma tarde, después del almuerzo, con apuro y minutos antes de servir la cena, las dos muchachas empacaron en sus mantas de lana lo poco que tenían y por la noche, rendidas después de las múltiples labores que a diario les exigían, se durmieron pensando que por la mañana empezarían nuevamente a buscar empleo. No les sería difícil encontrar algo porque Clotilde era una excelente cocinera, Teodomira era fuerte para las tareas duras, y si las contrataban juntas, resultaba muy poco lo que pedían de sueldo. No obstante, al otro día, cuando recién empezaba a clarear el alba, se despertaron con los gritos de la patrona, de su marido, y de un policía de piel pálida y mirada siniestra.

La señora las acusó de haberle robado la mejor de sus joyas, parte de su herencia familiar y de gran valor sentimental. En un principio Teodomira no entendió sino unas palabras inconexas. Siguió sin comprender lo que pasaba cuando el policía les ordenó que se hicieran de lado y desamarrando los nudos de sus mantas, volcó el contenido sobre la cama. Sacudió prenda por prenda, no le prestó ninguna atención a las bolsitas prodigiosas, pero de una blusa cayó inusitadamente una gruesa esclava de oro. El policía les dijo que se vistieran para llevarlas a la comisaría, y de nada les valió la vehemente protesta de Clotilde, ni las lágrimas en aymara de Teodomira. De pronto, y contemplándolas con una dadivosa expresión de santa, la patrona dictaminó que el primer pecado era siempre perdonable y que si no lo repetían, podían seguir sirviendo en condiciones iguales a las de entonces. Al policía le pidió que tomara los datos necesarios de las muchachas por si en el futuro se les ocurría volver a las mismas andadas.

Así fue que se hallaron sin paga y prisioneras de su mala suerte. Desde un comienzo los paisanos que vivían en las afueras de Lima les habían avisado que como sirvientas sufrirían toda clase de abusos, pero jamás se imaginaron el trato que recibirían en esa casa. Los niños las maltrataban a su antojo y como los padres no los castigaban nunca, ellas aprendieron a esquivar las patadas y los golpes con

la cautela del cuerpo resentido. Sin embargo, lo peor de todo era que se morían de hambre y en esos meses a Clotilde de nada le habían servido los ardides que tramó con las cuentas y los alimentos. No era sólo la cantidad y el costo de los comestibles lo que les importaba a los patrones, sino su calidad y preparación. La vida entera giraba en torno a la hora del almuerzo y la cena, y las primas comentaban con asombro y cierto asco que los patrones eran la familia más gorda que habían visto en su vida. Clotilde refunfuñaba que un día de estos los cuatro iban a reventar, puesto que sólo en una comida engullían más que media docena de indios jóvenes en todo el día durante las agobiantes faenas de la siembra. Maldecía también porque al pasar tanto rato de pie en la cocina, culebras pequeñísimas se le empezaron a dibujar en las pantorrillas y, vivas, se retorcieron y le agujoneaban la superficie adolorida de la piel. Y lo más terrible aún era que ninguna de las dos compartía en lo más mínimo el derroche de esos banquetes diarios. Para ellas no había sino papa, camote, col y el arroz más ordinario. Una que otra vez, durante la preparación de las viandas, Clotilde evadía los ojos de sapo de la patrona y lograba esconder unos trozos minúsculos de carne o de pollo, con gran dificultad y sobresalto ya que a esas horas la señora se convertía en una abeja ágil e impaciente y revoloteaba a su alrededor dando vueltas y más vueltas. Por otro lado, la refrigeradora, lo mismo que las alacenas del comedor, estaba siempre bajo llave y la llave nunca se separaba de la cadencia que sobre el pecho llevaba la señora. Antes de que sucediera lo de la esclava de oro, ellas solían gastar su errática mensualidad en las empanadas o butifarras que al caer la noche pregonaban los ambulantes. Después se encontraron sin un céntimo, con un ronroneo constante en el vientre y durante sus noches de insomnio con el temor, igual de punzante y despiadado, de que si se escapaban, el policía aquel las encontraría y terminarían el resto de su vida en la cárcel. Y si antes de ese episodio no habían intentado irse era porque cada una a su manera creía que irse así nomás era haber trabajado tanto por las puras, que esa gorda de inmensa papada les debía varios sueldos y que alguna vez tendría que alfojar la billetera.

Teodomira se estremece con el recuerdo y se apura para mezclarse entre el tumulto de mujeres que van sin prisa examinando con cuidado las frutas y verduras. El barullo de la gente y los gritos de las placeras que alientan las buenas compras, le rezuman por el cuerpo dándole otra vez un gusto loco por la vida. Es bonito no pasar más hambre y tener algo para ahorrar de su sueldo. La nueva patrona les señala cada mes la virtud de guardar así sea unos céntimos para los malos tiempos, y ella le agradece los consejos, aunque más le gustaría ir mermando su paga en grandes ramos de flores. Antes de encaminarse a la casa, se detiene a contemplar el estallido vibrante de las rosas, azucenas, dalias, crisantemos, claveles, azaleas y gladiolos. Las floristas le sonríen porque le conocen la

manía y si están de buen humor le regalan un tallo de alhelies o un lirio de tintes violeta. Entonces Teodomira camina llevando la flor en la mano con la misma devoción con que las beatas llevan al altar la vela de sus milagros.

En su pueblo, allá en las alturas, no había si no unas florecillas diminutas, rojas o amarillas, que crecían cuando amainaba el tiempo de las lluvias. Se elevaban penosamente para absorber el sol entre el ichu y la paja brava por los que pastaban los magros rebaños de alpacas y de llamas. Eran rastreras, de tallo muy débil y corto, y ella se contentaba con hacer pequeños ramilletes que luego se colocaba de adorno sobre las orejas. Le habían dicho que en la puna había flores hermosísimas, no sólo ésas, y cuando ella preguntaba que dónde, apuntaban con el índice diferentes direcciones. Teodomira se frustraba porque, en todo caso, ella no podía ir muy lejos de donde pastaban sus animales para buscarlas. Si se tratara de recoger las flores que a ella de veras le gustaban, habría tenido que bajar de las alturas áridas y frías hasta el valle que a dos días y una noche de camino colindaba con un valle que surgía ya casi como selva. Era allí donde durante cierto tiempo había vivido Clotilde y era quizá por haber estado rodeada de una vegetación tan exuberante que a su prima las flores no le interesaban, a menos que las usara para sus ungüentos o bebedizos medicinales.

Clotilde se había criado en la puna y como ella, de niña, había sido pastora de rebaños. Perdió a su madre a eso de los diez años, y al poco tiempo su padre, el tío carnal de Teodomira, se fue a buscar trabajo en una hacienda del sur. Se fue con la idea de regresar después de la temporada de la cosecha, pero no se le volvió a ver. Los parientes del caserío en la puna se dividieron a los cuatro huérfanos y a Clotilde la reclamó el yatiri de la aldea. Aunque no tenía con la chica vínculos de sangre, y a pesar de que a cualquiera de los parientes le hubiese convenido llevársela, ninguno se animó a oponerse por miedo a ser víctimas de algún hechizo macabro. Clotilde siempre había tenido fama de ser muy lista. Desde muy chica había aprendido a hilar con una rapidez sorprendente, a teñir los hilos de lana con los colores más llamativos, a tramar en el telar los dibujos más complicados, a negociar bien los trueques y a encontrar los sitios más propicios para su rebaño. Con los que habían retornado de los pueblos grandes chapurreaba, riéndose de ella misma, un español titubeante, pero en su propia lengua hablaba con una soltura insólita para su edad y cuidaba de lo suyo argumentando con juicios de persona mayor. A nadie le quedó la menor duda de que aprendería con la misma facilidad el laberíntico misterio mediante el cual el anciano conjuraba las fuerzas del bien y del mal. El aislamiento y aprendizaje en la magia la tornaron arisca y silenciosa. Aún así, en la adolescencia se le redondearon las caderas y las mejillas y el brillo inteligente de sus largos ojos negros nunca se opacó. Los mozos se la hubieran disputado a no ser porque la indiferencia en Clotilde se dejaba sentir

con la impenetrabilidad de una roca invisible que parecía habitarla, y porque más poderoso era el temor que los dominaba que la atracción que hacía ella sentían.

Clotilde se habría quedado en la aldea si uno de los muchísimos hijos de Remigio Mamani y Concepción Yaras no hubiera desaparecido de la noche a la mañana. Nadie entendía debido a qué razón a esa pareja ninguno de los niños se le moría como a todas las demás y sospechaban que tenía algún trato con el yatiri. La desaparición del niño confirmó sus sospechas, puesto que uno menos entre tantos otros no les haría falta y ese sacrificio quizá constituía una promesa que con el brujo estaban obligados a cumplir. Por otra parte, los abuelos murmuraban en voz baja que recientemente no había habido ninguna catástrofe natural y que la gente del caserío no estaba sufriendo otro castigo que el de su perenne miseria. Los rebaños y los niños aumentaban según su propia ley, morían, pero no de peste, y las terrazas que cultivaban en las zonas bajas no habían sido azotadas por sequías, ni lluvias excesivas ni tampoco por heladas inclementes. Llegaron a la conclusión que el niño había sido sacrificado no por el bienestar general de la comunidad, sino por un pedido personal o, en el peor de los casos, por algún foráneo deseo de riquezas y listo a compartirlas con Remigio Mamani. Cuando esta posibilidad se les empezó a cincar como la espina de un cactus en la mente, por primera vez tuvieron que considerar el posible castigo de los apus, en especial el de algún apu justiciero y desairado en esa ocasión. Desde ese momento ya no dejaron en paz ni al brujo ni a su aprendiz, y a pedradas los corrieron de la aldea. Clotilde echó para el valle donde sus padres tenían conocidos, y el yatiri tiró montaña arriba hasta que se perdió para siempre acogido talvez por los achachilas que poblaban las cimas más altas y nevadas.

A Teodomira también le llegó la hora de dejar la puna. Cuando con mejor suerte y atención sus hermanos menores se hicieron cargo del rebaño, ella comprendió que su presencia no era sino una carga más. Para conseguir marido a Teodomira no le valían mucho su salud y fortaleza física porque fuera de que no alcanzaba a medir las consecuencias de sus impulsos, era torpe en la cocina, se demoraba demasiado en el telar y hasta los niños de muy poca edad la engañaban sin dificultad. La tarde en que sus padres la exhortaron a que se fuera del caserío, explicándole que bajando, bajando nomás en dirección al valle más cercano, allí, en alguno de los pueblos o en una hacienda, podría encontrar trabajo y ayudar a la familia, Teodomira, en vez de entristecerse, accedió de primeras a la velada exigencia de sus padres sin que por ello les siguiera al pie de la letra el consejo. Con una alegría que apenas pudo disimular, hizo un atado pequeño con lo necesario para el viaje, guardó en una telita entre sus senos el único billete sucio y suave por tanto manoseo que su padre le había entregado y soñando esa noche con el color y el olor del valle que sólo había visto dos veces en su vida, a la

madrugada bajó la cuesta serpenteante acompañando a unos labradores que volvían a su pueblo después de haber intercambiado sus productos con los puneños. Anduvo muy de prisa, no sólo por el declive de las cuestas zigzagueantes, sino por la ilusión de ampararse en su prima y de gozar a plenitud de la ilimitada variedad de flores en esa región.

Para su mal, en el valle se habían enterado del antiguo oficio de Clotilde, exagerado día a día por más y más rumores, y si Clotilde seguía fornida y buenamoza, desde hacía cierto tiempo su mirada y sus movimientos habían recordado su sombrío resentimiento anterior. Se alegró de ver a Teodomira, pues cuando todos habían huido de ella en la puna, su prima, quizá por su falta de perspicacia, se había allegado a ella con la misma sonrisa abierta y dulce que guardaba desde la niñez. Fue Clotilde quien la animó para que hicieran el largo viaje a Lima donde las apoyarían paisanos de aldeas colindantes a la suya, y donde, sin separarse, podrían encontrar algún trabajo. Para convencerla, Clotilde inventó que a Lima se le conocía en todo el mundo como la ciudad de las flores, sin saber que lo que decía era, efectivamente, uno de los viejos clisés con que se adornaba la triste imagen de la ciudad de las nubes.

Las dos muchachas caminaron varias leguas hasta llegar al pueblo más cercano donde, con los ahorros de Clotilde, consiguieron transporte a la capital. Así fue que tomaron un ómnibus destartado y ruidoso que las llevó, manobrando por la infinita caridad de Dios, las peligrosas curvas del camino y los abruptos precipicios a su izquierda que la ventanilla rajada dejaba ver. Así también dieron más vueltas y atravesaron por muchísimos túneles en medio de montañas rocosas, admirando a la vez, ya en la luz, las faldas de los cerros, cada vez más mansos, geométricamente engalanadas por hermosos tonos de verde en los cultivos.

En Lima las sofocó el bullicio de los carros, el metralleo del castellano y el gris húmedo de la garúa. Quién sabe cómo, había pensado Teodomira con un estremecimiento de aprensión y de respeto, Clotilde, guiada por una brújula interna la hizo caminar casi un día entero hasta llegar a unas chozas de deplorable aspecto en los arrabales de la ciudad. Preguntaron hasta dar con paisanos de su misma zona y por tres días y tres noches tuvieron albergue, arroz y un plato de chupe aguado para sustentarse. Durante ese tiempo, juntas se dieron ánimo y juntas pasaron días de sorpresa y de hambre hasta que una mañana fatídica pensaron haber encontrado fortuna y cayeron las dos cautivas en la casa de los patrones miserables.

Ahora ya no, piensa agradecida Teodomira, ahora hace sol y el cielo está casi azul y en una mano carga la canasta con las verduras, mientras que en la otra

lleva con amor cinco dalias amarillas. Dos se las ha dado la casera y tres las ha comprado con su propio dinero. Las pondrá en el florero de vidrio grueso que le ha regalado la hija de los señores. También les ha regalado dos faldas viejas para que las acorten a su medida, y con paciencia le ha enseñado el rompecabezas del nombre de cada día en la semana y el nombre de los meses en castellano y el hecho que en esos momentos viven en un año que se llama 1952. Todo este misterio lo encierra el calendario con figuras de santos y santas que la joven ha colgado en el cuartito que Clotilde y ella comparten. Le ha contado, por igual, que el mundo es redondo como una bola, y que si bien Teodomira no se da cuenta, esa bola rueda constantemente sobre sí. Que la Tierra es redonda ella ya lo sabe, pero de que se esté moviendo bajo sus pies le parece una tremenda confusión en la cabeza de la niña. Lo que más le gusta es cuando la instruye sobre la importancia que tiene la bandera, esa tela roja y blanca que pende de un asta en algunos edificios. El dibujo en el centro es bonito y Teodomira ha intuido que se trata de un apu poderoso entre los blancos. Sin embargo, todavía no ve con claridad la relación entre esa tela bicolor, obviamente fabricada por manos humanas, la santidad de San Martín y las parihuanas que ella ha visto al borde de los lagos en las alturas. Si bien Clotilde no le tiene confianza a la hija de los patrones, a veces la escucha de refilón cuando la chica viene sin que la llamen y se sienta con ellas a compartir, en especial con Teodomira, el caudal de sus conocimientos.

Los nuevos patrones también tienen dos hijos varones. El mayor sólo viene los domingos a almorzar y a pesar de ser casado nunca trae a su mujer. "¡Ay, mi pobre hijo!", les confió con un suspiro quejumbroso la señora cierta vez, "haber nacido en una familia de tan claro linaje para irse a casar con una cholita cualquiera. A él no podemos negarle la entrada, es su derecho, pero la huachafita esa no pondrá nunca los pies en nuestra casa". Al oírla, Teodomira se apenó por la patrona, aunque no pudo entender la razón de su desconsuelo. Clotilde se limitó a explicarle que los blancos muchas veces heredaban un sueño y lo vivían a pesar de que nada en su vida diaria correspondiera a ese espejismo imaginado. Porque era cierto que los patrones no tenían ni riqueza ni mando. Cuidaban en extremo los gastos más pequeños y hasta los alimentos, que eran los mismos para ella y Clotilde, se medían minuciosamente. En una que otra ocasión cuando llegaban las facturas a fin de mes, las dos habían visto a la señora, con cara de entierro, dar vueltas por las habitaciones hasta escoger algún antiguo objeto de plata. Salía llorosa de la casa y regresaba más tarde con las manos vacías y el semblante vencido.

El otro hijo era un adolescente, tímido y granujiento, que se quedaba embobado mirando a las dos criadas durante el día y que por las noches arañaba entre ruegos la puerta del cuarto junto al garaje alquilado en el que ambas dor-

mían. Clotilde hacía una mueca de disgusto y se cubría con las mantas para no oír nada, pero a Teodomira se le alborotaba la sangre con una sensación conocida y acuciante en la erección de los pezones y en el dolor estremecido de su bajo vientre cada vez que lo escuchaba masturbarse pegado a la puerta. Dejaba de respirar hasta oír el desgarrante gemido que precedía a los pasos, cada vez más distantes, del muchacho. Recordaba, como algo difuso, pero muy vibrante todavía en su piel, el ritmo de esos mismos resoplidos en dos pastores, casi niños entonces, que la buscaban para retozar con ella en pleno día en la inmensa soledad de la pampa y bajo un cielo sin nubes. Había otro, con fama de abigeo, que no se detenía en temuras, la tomaba con la brutalidad de un gato montañés y se iba luego silbando en su mula parda.

Mientras sale del mercado, Teodomira divisa de lejos los puestos de los mariscos y el pescado fresco. Impávida, con una indiferencia que ella ni siquiera reclama y que se le planta serena en el cuerpo y en la mente, su memoria conjura ciertas imágenes y la conminan a pensar en aquel domingo, cuando por su propia mano y sin temor ni remordimiento, puso fin a la esclavitud donde los otros patrones las tenían confinadas. Fue ella, Teodomira la tonta, la que nunca entendía ni los porqués ni las razones de nada, quien a escondidas de Clotilde sacó de su lugar las dos bolsitas misteriosas y sin atreverse a tocar el contenido, al azar escogió por el olor la que debía llevar en sí la fuente de la enfermedad o el sufrimiento. Después fue cosa de un segundo. En el ajeteo que reinaba en la cocina a esa hora, fingió ocuparse de limpiar algo que se había rebalsado y esperó el instante en que la patrona y Clotilde se hallaran afanadas mirando hacia otro lado para verter en el chupe de camarones una pizca del polvo amarillo y amostazado que dejaba un vago aroma a pétalos de flores, hongos silvestres y raíces maceradas. Con el susto se le fue un poco la mano, pero la bolsita volvió a su sitio bajo la almohada y su dueña no llegó a reparar en que pesaba ligeramente menos.

Ninguna de las dos participó, como era la usanza en ese hogar, del clásico chupe de camarones dominical, ni del escabeche de pollo ni de los tallarines en salsa de alcachofa ni de una mísera porción de cabrito asado. Irónicamente, se acuerda Teodomira, ese domingo la patrona les dio a cada una un trozo de melcocha y un cucurucho de arroz inflado. Se deleitaban ambas en esas golosinas inesperadas, cuando oyeron un grito seguido del ruido de una silla que se volcaba en el comedor. Cenicienta y con un surco de baba marrón que se le deslizaba por el cuello y seguía el curso de la cadenilla con la llave de sus tesoros, la señora se contorsionaba y se sacudía en espasmos. Desde la puerta de la cocina vieron al patrón que entre arcadas de vómitos pedía médico. Los chicos repitieron las con-

vulsiones de sus padres, y a los pocos minutos, cayó la familia entera, redonda, tiesa y sin respirar sobre la alfombra raída del comedor.

Clotilde salió en busca de los vecinos que más conocía y en menos de una hora llegaron parientes cercanos y lejanos. Con toda probabilidad, especulaban, los mariscos del chupe habían causado una intoxicación fatal. No obstante, se preguntaban algunos entre sí, ¿cómo era que las dos sirvientas no tuvieran el menor síntoma de malestar? Se llamó a la policía, y para el horror de las primas, el investigador, a quien ahora todos trataban de sargento y que en tan penosas circunstancias habían conocido meses atrás, fue el primero en llegar. Con un timbre metálico y un tono que no le variaba en la voz, el sargento les hizo a cada una por separado una larga interrogación mezclada de amenazas. Al fin, tuvo que resignarse a aceptar que por una costumbre inveterada en esa casa, costumbre que confirmaron con un placer malsano los parientes más allegados, las sirvientas nunca probaban de los succulentos platos destinados a la familia. De la suerte que sufrió el dueño del puesto donde habían comprado los camarones y mariscos, Clotilde y Teodomira no supieron nunca nada, ya que esa misma tarde hicieron sus atados y se marcharon, la una, asombrada y meditabunda, la otra, alegre y aliviada.

El sol se deja sentir con fuerza despejando del todo la resolana matutina cuando Teodomira abre la puerta del enrejado de la casa. Va por la entrada de servicio y deja las compras a la sombra en el patio, escucha el ruido que hace el caño del agua en la cocina, el tarareo armonioso de Clotilde, sus pasos sobre las losetas del piso, el sonido de la tapa de una olla que se cubre. Se tranquiliza porque sabe que su prima no la ha sentido llegar y andando de puntillas por el patio, con una lata vacía saca agua de un balde y en silencio se dirige hacia su cuarto. Llena el tosco florero de vidrio con el agua, coloca sus flores y se sienta en la cama a contemplar su maravilla. El espejo que está puesto en la mesita frente a la cama enmarca su cara redonda, su imperturbable sonrisa infantil. "Soy feliz", piensa, y piensa también que si a los patrones de ahora se les ocurriera enseñarse contra ellas o si la suerte les deparara en el futuro patrones como los de antes, gracias a su propia astucia, entre los pliegues de la manta de Clotilde encontraría siempre el polvillo mágico de su libertad.

Andrés Cloud (Huánuco, 1941)

¿Qué espera, Capitán?

La situación cada día se tornaba más difícil y él en forma cada vez más insistente venía repitiendo que no quería ser una pieza inservible, un pesado lastre que retrasa el avance, una odiosa carga inútil que dificulta la retirada. —Déjenme por favor —rogaba— háganme sentar en un lugar estratégico y déjenme.

Con dos ramas secas de eucalipto y una manta vieja ensangrentada habíamos improvisado una camilla rústica y cada cierto tramo nos relevábamos por parejas. Estábamos seguros que una vez en Los Cedros, si es que llegábamos, la suerte del grupo podía ser diferente. Eso pensábamos.

Y todo por una imperdonable imprudencia cometida estúpidamente el lunes por la tarde en la quebrada de Mallauchaca. Ello ocurrió cuando Desiderio, Melitón y yo rampando entre las malezas bajamos hasta el riachuelo a provisionarnos de un poco de agua fresca, conscientes de que al otro lado de la quebrada había gente armada atenta al más mínimo de nuestros movimientos, con el ojo en el visor de la mira y el dedo en el gatillo. Fue pues una imperdonable imprudencia nuestra que ojalá nunca vuelva a repetirse.

—¡Cuidado! —alertó Desiderio cuando una nutrida descarga de fusilería interrumpió por un instante el profundo silencio del paraje, pero ya era demasiado tarde. Eso fue lo último que dijo.

Después, sólo eco apagado de los disparos rebotando en los cerros a ambos lados de la cañada, una bandada de paloma asustadas describiendo menudos semicírculos en el cielo antes de posarse en las ramas secas de unos eucaliptos altos aislados de los demás árboles, un breve revuelo de inéditas avecillas de vivos colores revoloteando sobre la tupida arboleda de enfrente. Luego otra vez la calma, el silencio, el viento tibio de la tarde retozando indiferente entre las matas de los espinos florecidos, el levisimo murmullo de las aguas, un retazo de arco iris flotando desdibujado en el remoto horizonte azulmorado. Y entre nosotros, un fatal incendio de sangre en el perforado muslo izquierdo de Melitón y en el pecho destrozado de Desiderio apodado El Burro, cuya enorme humanidad tendida de bruces en el herboso borde del riachuelo bebía con los brazos abiertos en agua clara de su juventud y de sus sueños truncos, ahora ensangrentados por su ausencia. Entonces comprendí que no quedaba otra alternativa que esperar paciente el lento arribo de la noche aún lejana en la terrible soledad del inhóspito paraje.

Pero fue precisamente en Mallauchaca en donde después de mucho tiempo percibí los primeros indicios del restablecimiento de la perdida comunicación mental que antaño era muy frecuente entre nosotros. A un principio en forma vaga, imprecisa, como simples pálpitos o presentimientos, pero después se hizo tan patente a tal punto que yo también empecé a sentir en la pierna izquierda el dolor del impacto, y que inclusive su fatiga era también mi fatiga.

Obligados por las circunstancias tres veces tuvimos que cambiar de ruta en los tres últimos días, sólo que para el jueves la infección y la gangrena habían avanzado incontenibles y del muslo del herido se desprendía una exudación postemosa y sanguinolenta, y despedía un fétido hedor a carroña que atraía a las moscas sin que pudiéramos evitarlo. Aun así Melitón se daba perfecta cuenta de la difícil situación por la que atravesábamos. “Déjenme en un lugar seguro desde donde pueda protegerles las espaldas”, dijo con la voz trémula y quebrada suplicando por enésima vez, y decidido quiso apearse de la camilla a como dé lugar.

La ruta era enmarañada y el desfiladero se iba estrechando cada vez más a manera de un gran embudo recostado, tornando la senda tortuosa y casi inaccesible. Y al final de los riscos, Los Cedros; pero antes, quizá la muerte inevitable.

Hicimos un alto obligado en medio de la maraña. Miramos su pierna amoratada, hinchada como un tronco, oliscándose bajo el ardiente sol selvático; también su rostro estragado por el dolor y la fiebre permanentes, sus labios agrietados y resecos, sus manos huesudas, temblorosas, cadavéricas. Sabíamos que era imposible retroceder, que Melitón se estaba pudriendo en vida y que vadear el río con vida era como ganar el derecho a vivir para siempre. Pensando en esto y en muchas cosas más nos miramos en silencio.

Había llegado pues el terrible e inevitable momento de las decisiones. Sin embargo, nadie dijo una sola palabra.

A las cuatro y picos de la madrugada del domingo treinta y uno de agosto sorprendimos a la gendarmería mientras dormía a pierna suelta la borrachera del día anterior, fiesta patronal de la policía y día de Santa Rosa de Lima, patrona principal de las armas del Perú, de América, Filipinas y las Indias Orientales, o algo por el estilo. La acción fue tan rápida y decidida que no les dimos tiempo para limpiarse la lagaña de los ojos, menos aún para ponerse los pantalones. A los dóciles a empellones los arrinconamos al fondo de los excusados, y tras alambrearles las manos en las espaldas, les embutimos toda clase de trapos sucios en el hocico para que no chisten ni digan esta boca es mía. Los desobedientes y alharaquientos en cambio fueron silenciados con unos suaves golpecitos en la cabeza para que otra vez aprendan a obedecer y a cumplir las órdenes sin armar mucho barullo.

De inmediato y con la celeridad del caso arrancamos con marco y todo el viejo portón con rejas de fierro forjado de la cárcel, utilizando para ello un par de cables de acero y la tracción de un viejo camioncito arenero que funcionó a las mil maravillas. Los internos entonces huyeron a la velocidad del rayo llevando a como dé lugar su frazada, los pocos cachivaches que tenían a la mano y sus ansias de libertad, despojando totalmente el penal en cuestión de segundos sin hacer bulla, dejando tras de sí sus covachas y barracas repletas de montañas de inmundicias y de basurales que eran un hervidero de ratas.

Según me refirieron después, alguien de los nuestros vio que mi padre y mi hermano mayor salían casi al último con su pobreza y sus cacharpas bajo el brazo. Pero yo ni siquiera logré verles las caras aunque fuera sólo de lejos por la premura del momento y la confusión reinante. Cuánto me hubiera gustado acercarme a ellos, abrazarlos, derramar un par de lagrimones en su pecho, y decirles temblando de emoción: "Viejo, hermanón, adiós para siempre". Pero ni siquiera verlos fue posible. Por mi santa madre que ellos no tienen absolutamente nada que ver con las correrías y andanzas nuestras, Capitán.

Sin embargo lo otro salió tan bien, que incluso las pocas personas que habían madrugado por razones de su trabajo pensaron que estábamos mudando la cárcel a otro lugar más digno y más humano. "Ya era tiempo, felicitaciones" comentó emocionado un viejecito y prosiguió su camino sin darle mayor importancia al incidente. Al respecto, sabíamos que los trabajos previos del Cholo Ebanista y el Brigadier Perejil asegurarían el éxito total del operativo Cielo Abierto. Sólo que al final lamentablemente nos falló la estrategia de la retirada, y eso lo sabe usted Capitán más que nosotros. De no ser por la reventazón de una llanta y no sé qué otros desperfectos mecánicos del camioncito arenero, esta historia habría tenido un epílogo muy diferente, palabra que sí.

No obstante las complicaciones posteriores, ya me imagino la cara de desaliento que pondrían el alcaide y todos sus cancerberos uniformados cuando con las primeras luces del alba se percataron que todas las puertas del infierno de Santo Toribio estaban abiertas de par en par, vacías las celdas y desiertos los pabellones, presentando el presidio un inusual amanecer de quietud, silencio y vaciedad. Es de suponer también que ante este panorama para ellos imprevisto e inesperado, las jaquecas, la migraña y el malhumor de la gendarmería provocados por la descontrolada juega del día y la noche anteriores se disiparían al instante, trocándose más bien en desaliento, pesar y desventura.

Desde esa madrugada usted y los suyos nos venían pisando los talones, y ni cómo zafarse del permanente acoso por todos los flancos de la retirada, no obstante los constantes y permanentes cambios de ruta y de estrategia.

El sol ya empezaba a declinar en occidente cuando a Melitón con sumo cuidado lo apeamos de la camilla, y tras entregarle su fusil lo hicimos sentar en un lugar estratégico de la ruta con las espaldas apoyadas en una piedra y la cara vuelta hacia el tramo ya andado. "Me quedaré contigo para siempre, suceda lo que suceda", le dije, y sin mayores comentarios me separé del grupo.

Nunca pensé que los ojos de un hombre en tal estado fueran capaces de poder expresar tantas cosas y tantos sentimientos juntos concentrados en una simple y fugaz mirada. Y mientras siete pares de ojos nos miraban conturbados sin disimular sendas lágrimas embozadas, decidido me senté a su lado invitando con un gesto a los compañeros a que continuaran su huida dejándonos como provisión unas cuantas raciones de agua fresca, un par de latas de leche condensada y media docena de galletas de agua igual de duras y de vidriosas que las menudas lajitas talcosas desperdigadas en la ruta. Después de todo, fui yo quien lo indujo a estas andadas obligado por las injusticias contra los míos, palabra de hombre, Capitán.

Claro que el hombre ya casi no hablaba, pero yo todavía lo sentía fuerte; decidido. Posiblemente él también sabía lo que yo venía rumiando al respecto, pues desde el fatal suceso de Mallauchaca el lunes en la tarde, Melitón y yo habíamos vuelto a comunicarnos —por dentro— como era habitual entre nosotros cuando aún éramos niños. En fin, estas cosas no creo haberlas referido jamás a nadie antes de ahora; pero ya están dichas, Capitán. Por ese y otros motivos más fue que me quedé a su lado, como si él y yo siempre hubiéramos sido una misma persona.

Que cómo es eso. Bueno pues, es como una corriente interna a través de la cual uno sin dejar de ser lo que es fuera también otra persona que al mismo tiempo que siente lo propio, siente también lo que el otro está sintiendo; no sé, es difícil de explicar con palabras.

De allí a un rato fue que aparecieron ustedes por el flanco izquierdo del escarpado desfiladero de los Alcanfores y empezó la barahúnda. Pero lo que hasta ahora no me explico es cómo hemos podido resistir tanto tiempo a tantos hombres especialmente entrenados para estos menesteres. Sin embargo, lo que realmente me satisface es pensar que a estas horas todos mis compañeros ya tienen que haber vadeado el río, y gozosos estarán respirando a todo pulmón el aire fresco y diferente del valle de Los Cedros. Lo demás, qué importa. Y aunque no está demás que sepa usted, Melitón acababa de cumplir dieciocho años, era mi hermano gemelo, y por eso, antes de ahora, nunca nos habíamos separado. Además, pensándolo bien, es preferible que esté muerto, pues él a veces era un poco débil de carácter, y de repente podía hablar sobre cosas que no convenía que lo hiciera, menos aún en circunstancias como ésta.

Y ahora que ya lo sabe todo, ¿qué espera, Capitán? ¿Por qué en vez de quedarse pensativo y preocupado como si estuviera usted en mi pellejo, y que antes de que anochezca por completo, no ordena más bien a sus hombres que hagan conmigo lo que siempre acostumbran hacer en estos casos? Después de todo, ¿no es cierto acaso que nadie es inmortal, que cuando uno está solo o mal acompañado la noche es más bien una mala compañera, y que la verdadera lucha que el hombre debe librar aún después de muerto no es precisamente contra el hombre, sino a favor del hombre? ¿Me entiende, Capitán?

Zeledith Chávez (Puno, 1942)

La Merciquita

El torrente de sangre le está anegando la garganta, la boca, la nariz. Doblada sobre sí misma agita los pequeños brazos y alcanza a gritar ¡mamita!, antes que su cuerpo caiga sobre la mancha rojiza que la tierra seca empieza a succionar con avidez.

Hemos llegado corriendo y nos detenemos de golpe, ahogados por nuestros jadeos. La escena nos congela, nos suspende en el aire. Nadie atina a decir ni hacer algo, sólo se escuchan los aullidos lastimeros del Firpo y el Churchil dando vueltas alrededor nuestro. Mi hermano y yo nos apretamos uno al lado del otro, como si no hubiera espacio en el desolado patio. Nos tapamos toda la cara con las chalinas, nunca sabríamos si era por el frío de la noche o por miedo al contagio de la muerte...

Siempre la imaginé viniendo acurrucada en una de aquellas balsas que surcan el lago con suavidad de gaviota. Sus escuálidos diez años aparentando seis: piel y huesos huérfanos. Aspecto y olor a huérfana, con esos reflejos de miedo en sus ojos y esa tos seca que nunca la abandonaba.

Muchas veces me repitió la misma historia, en su media lengua de a i mará-castellano: que la habían sacado de su choza allá en medio del lago, en las islas flotantes, con la luna ocultándose frente a ella y el sol empezando a calentar sus espaldas. Que apurada se había puesto la camisita de bayeta, el faldellín, y el chumpi de colores tejido por su madre, las ojotas de llanta que no la iban a proteger cuando sus pies se hundieran en el piso fangoso de la isla que quedaba atrás, con su veintena de casas de totora, avenidas de totora, sus sembríos sobre las balsas de totora. Que mirando la balsita que abandonaba, se preguntó si adonde marchaba tendría una así, para ella sola, sobre la cual había disfrutado tanto de esa sensación de caída, a un lado, al otro, a un lado, al otro, cuando iba en medio del lago, para cumplir mandados.

En mis noches de insomnio la he visto ponerse de pie sobre aquella misma balsa donde vino, ponerse de pie, en el instante en que una brisa ligera disipaba sus temores al constatar que ya estaban llegando al puerto, aunque era muy tierna para darse cuenta que también asomaba muy cerca a su destino. En esos momentos talvez no percibía el centelleo plateado que tiritaba sobre las aguas verdeazulinas, ni la quietud de esa mañana colmada de sol, de ese sol que iba abriendo brecha en medio del horizonte azul cerrado del lagocielo, porque el brillo de sus ojos al hablar sólo transmitía la inquietud de esas horas, ante el

descubrimiento de la multitud de casas ajenas que iban distinguiéndose cada vez más cerca.

Ella no sabía entonces que estaba llegando a la ciudad de Puno. También recordaba al hombre grande que la trajo, su tío, quien no le tomó la mano para apelarla, ni le dio ninguna recomendación, le hizo apenas una seña con la cabeza y se adelantó. Ella, frunció la boquita trompuda, se agachó y lo siguió callada. Todavía un gesto de incredulidad le crispaba la cara al recordar la sensación al pisar esa tierra dura, seca, firme, que contrastaba tanto con el suelo siempre tambaleante y húmedo de su isla.

Cuando dejaron el muelle e ingresaron a la población, las pisadas del tío sobre las losetas arabescas retumbaron dentro de ella ("aquicito me hacía pum, pumpum, ñiita"). Le costaba seguir el ritmo del hombre grande, se agitaba hasta la asfixia, más allá de lo normal. Recordaba que así recorrieron plazas, calles, ventanas, escaparates, tiendas, quioscos, todo lleno de gente rara, de caras extrañas. Esta población de techos a media agua y portones grandes de madera, con sus manitas de fierro colgadas, listas para llamar, calles estrechas y empedradas, eran una inmensidad para sus diez años. Tan ensimismada se había quedado que olvidó el cosquilleo en su estómago y aquel sudor por la espalda que estuvieron ahí desde la madrugada.

Pronto salieron a las afueras donde se perdían veredas, empedrado, escaparates, luz eléctrica, hasta llegar a lo que vislumbró como una casa amurallada, enorme, al parecer deshabitada. Había que cruzar un cebadal antes de llegar a la reja de fierro. Se pararon al pie de la mole y mientras el tío buscaba una piedra para tocar, nuestros perros ladrando con desesperación nos alertaron sobre su presencia. Momentos después salíamos: mi madre, mi hermano y yo. Mi madre se le antojó como una señora enorme, anciana, aunque era de mediana edad y baja, blanca, de piel casi transparente, cabello castaño recogido. La impresionaron mucho los aretes y el diente de oro, el abrigo de casimir y los tacones: ("cuando la señora grande me miró, yo quería escaparme ñiita, esconderme"), después se fijó en nosotros: "tu hermano, flaquito, flaquito, igualito a los ispis que saco del lago, y tú parecías su ángel de la Virgen, colorada, gordita, con tu cabello color totora seca"). Los tres teníamos la misma edad.

El tío escupió a un lado la coca que estaba picchando, sacó las manos debajo del poncho y quitándose el sombrero se acercó a mi madre, la saludó reverente, nombrándola de patrona y señora grande, e iniciaron el trato. La Merciquita trataba de seguir el diálogo, pero se notaba que se perdía en el intento, porque quería seguir observándonos o porque los mayores estaban hablando en un idioma que ella no había escuchado nunca, aunque no era necesario que entendiera, sabía que estaban hablando de ella. Cómo no sentir sus miradas a veces francas, a veces disimuladas.

Los grandes siguieron conversando con la reja cerrada. Cuando pareció que habían llegado a un acuerdo, mi madre sacó unos billetes del bolsillo y se los alcanzó lentamente, como dudando. El tío, en cuanto tuvo el dinero, lo escondió rápido debajo del poncho (es lo que me pareció) y, luego, percatándose recién de la presencia de la Merciquita, le dijo en aimará: "te vas a quedar, aquí vas a tener comida todos los días, tienes que hacer caso a esta señora, ella va a ser buena contigo" y la empujó al interior. Nosotros nos hicimos a un lado, como dándole paso o tal vez para evitar que nos roce. Ambos estábamos tras las faldas de mi madre mientras la cholita avanzaba muda, mirando siempre al suelo, demasiado asustada para llorar. Con los ojos achinados, febriles, y esa mirada de asombro que nunca la abandonó, recorrió los tres patios en la casa solariega, de niveles superpuestos, de habitaciones sin disposición alguna, el jardín, la huerta, el canchón. Desde ese instante, estoy segura que en complicidad con los altos muros de la casa, un silencio extraño la rodeaba cuando los demás hablaban: no entendía, no le era posible conversar con los demás. Mi madre la llevó a uno de esos cuartos enormes, tristes, que teníamos abandonados, llenos de cosas en desuso. Le ordenó con señas que desocupara un espacio, mientras ella jalaba mantas y frazadas viejas que acomodaba en un rincón. Sacudiendo las manos empolvadas y con un gesto de asco nos dijo: "hay que darle un buen baño, raparla, quemar su ropa, está copadita de piojos". Aunque Merciquita no entendió las palabras, fue el tono amenazador lo que la hizo sentir muchos temores, no en la cabeza, sino en el corazón.

Cuando terminó de vestirse con la ropa ajena que mi madre había descosido y cosido apresurada para ella, sin permitir que se moviera de su lado o por lo menos abrigara su desnudez, nos señaló y le dijo gesticulando e invitándola a repetir: "ni-ño Fer-nan-do, ni-ña A-le-jan-dra". La Merciquita, forzando la posición de su lengua, al tercer intento explotó con dificultad: "ñii-too", "ñii-taa". Después le señaló su rincón en el comedor, los sitios a los que no debía entrar, las cosas que le estaba prohibido tocar.

Al día siguiente se levantó temprano, como era su costumbre, y aprovechando que aún nadie estaba afuera, corrió al mirador del jardín. Se empinó ansiosa buscando el lago del que apenas le llegaba el aroma; se esforzó más, segura de distinguir su isla flotante, pero el sol, como una enorme bola de fuego le dio en pleno rostro, obligándola a cerrar los ojos. Entonces escuchó que la llamaban. Corrió hacia la voz, salpicando chispitas doradas por el camino sin poder desprenderse de ellas todo el día. Así llegó hasta donde "la señora grande" (como había empezado a llamar a mi madre), con el corazón en la boca, y la siguió así por toda la casa, tratando de entender por el tono de voz, por el movimiento de las manos, por los gestos, las que serían sus obligaciones. Pero lo que resultaba

más claro por la forma en que agitaba ese índice frente a sus narices, era la advertencia de que si algo se perdía, o algún plato de porcelana terminaba hecho añicos en el piso o se derramaba esa leche de espesa nata (que era nuestra delicia), habría castigo.

Muy pronto nosotros el Firpo y el Churchill nos hicimos sus amigos. Mi hermano y yo, por la gracia que nos hacía esa cholita que hablaba solo aimará, caminaba jadeando y se negaba a correr; los perros, por las sobras de la mesa grande que ella les daba antes de irse a dormir.

De esas primeras noches en casa, caminando detrás mío después de una tormenta, enumerando al paso los sapos que yo pisaba en nuestros paseos a la luz de la luna de junio, me contaba en su enredo de castellano-aimará que en la inmensidad de esa habitación rodeada de viejos cachivaches, soñolienta, los transformaba en sapos gigantes, en peligrosos laik'as que con sus brujerías podían dejarla tullida: en pichitancas de mal agüero, como el que cantó en el techo el día de su nacimiento. Pero lo que más la sorprendía era comprobar que a esos kukuchis ya no les temía tanto; al fin, eran sus fantasmas conocidos. En cambio, los que aparecían en medio de la niebla azulina del cuarto, esos eran nuevos, extraños, borrosos, y no sabía cómo protegerse de ellos.

Como una de tantas, la noche de la desgracia, a la hora de costumbre había concluido la comida. Toda la familia reunida formaba una curiosa estampa: mesa larga, mantel de cuadros blanco-azules, cubiertos de alpaca, platos vacíos, tazas sucias y seis pares de ojos pendientes de las manos anchas del abuelo, quien repetía tantas historias de misterio para asombrarnos cada noche. Nos estaba hablando de aparecidos y desaparecidos, de la muerte siempre vestida de mujer, de tapados y sus maneras fantasmales de anunciarse. Nadie percibió los pasos cansados de la Merciquita saliendo de su rincón para llevar comida a los perros.

De pronto, en medio de las risas, nos suspendió en el aire un grito infantil, ahogado, clamando ayuda. Se intensificó el frío, las llamas de las velas parpadearon, un largo estremecimiento se extendió por los tres niveles, los cuartos, el jardín, los patios, la huerta, el canchón. Un escalofrío nos zigzagueó de pies a cabeza. Todos corrimos hacia el grito...

Aún hoy, después de tantos años, la veo, la escucho con toda nitidez... Alcanzó a gritar una vez más: "¡mamita!" antes de caer en su propio charco. El abrigo rojo descolorido, que la cubría hasta los talones iba absorbiendo el color de la sangre. De esa sangre que salía a borbotones de su boca, o de cualquier otro sitio, hasta convertirse en una sola masa, amorfa, granate, que se coagulaba aceleradamente con la helada de la noche invernal. Poco a poco, sin apenas

darnos cuenta, la masa se estaba encogiéndose, la tierra se la tragaba... Una corriente tenebrosa nos estremeció y la masa desapareció por completo.

Esa escena de muerte en la fría oscuridad del altiplano, ha quedado desde entonces bajo mis párpados y hoy he vuelto sobre mis pisadas de niña para cerciorarme, para constatar si fue verdad aquel espanto o solamente es el último vestigio de una pesadilla infantil. De esa infancia misteriosa, siempre cubierta por un manto encantado: el lago, las islas, el cielo, la huerta, el canchón, el abuelo, sus historias, la señora grande. Estoy tratando de reconocer el sitio en que desapareció, en lo que todavía se mantiene en pie de la casa grande de los abuelos, pero ha sido tan retaceada para el remate que ni ellos la reconocerían.

Ya está anocheciendo. El canto irritante de un malagüero pichitanka me sacude de raíz. Un frío lejano, muy lejano, como el que nos estremeció esa noche vuelve a calarme los huesos. Lágrimas silenciosas bajan por los surcos de mi avejentado rostro.

Jorge Flórez-Áybar (Puno, 1942)

Alay Arusa (Las voces vienen de arriba)

—¡Llama al presidente de la comunidad, compadre! Diles que voy a regalarles las tierras que quieran. Si quieren ganado, también les voy a dar.

—No puedo compadre. Dirán que soy un traidor.

—Ve. Suplícales que no me maten. Hazlo por mí, por mis hijos, por mi ahijado, compadre —exclamó ahogando la voz.

—Está bien. Iré —dijo moviendo la cabeza negativamente.

Lo habían apresado ayer al mediodía, junto a la laguna del Sol. Pasó la noche atado a un tronco de eucalipto. Ya llegaban los primeros rayos del sol y él continuaba atado. El viento helado de la noche había hecho estragos en él. Sentía que los ojos se le cerraban, apenas podía sostener la cabeza erguida. Miraba con mucha dificultad el amarillo del sol que se enredaba en las pajas bravas de la puna. Su cuerpo estaba cubierto de paja hasta más arriba de la cintura. A pesar de estar casi cerrados los ojos del Dr. Nicolás Torrico Álvarez, las aguas le salían con abundancia, humedeciendo los párpados manchados y hundidos.

No podía creer en lo que estaba ocurriendo. "No es posible que estos indios de mierda se me subleven", pensaba el hacendado. Veinte años lidió el Dr. Nicolás Torrico Álvarez en los tribunales contra los campesinos. Quién iba a creer que al final del juicio —justo cuando iba a tomar posesión de sus tierras— se vería envuelto en una situación de vida o muerte.

"Hace veinte años que estas tierras fueron de mi padre —pensaba el Dr. Nicolás Torrico Álvarez—, él demostró con papeles que estas tierras fueron suyas; y, estos mismos indios, lo mataron. Ahora la historia se repite, parece que estoy condenado a prolongar mi existencia sobre las cenizas de mi padre".

Su compadre Felipe Churayra, le había dicho que no fuera a la hacienda. "Los comuneros están furiosos, te matarán", le había reiterado una y mil veces; pero el Dr. Torrico Álvarez, no creyó mucho en las palabras de Felipe Churayra.

La mañana del jueves, cuando bajó del ómnibus con muchas cajas y paquetes de todo tamaño, vio a su compadre Felipe, parado junto a la carretera, sostenía con ambas manos las cuerdas que se perdían en los cuellos de dos caballos y dos mulas. Felipe Churayra corrió hacia él y lo abrazó, sollozando: "No vayas papay, te están esperando para matarte", le dijo. No le creyó. "No te preocupes, hoy tomaremos posesión de nuestras tierras", fue todo lo que dijo.

Al llegar a la laguna del Sol, el Dr. Nicolás Torrico bajó del caballo y dijo: "Compadre, que descansen los animales, baja los bultos a las mulas". Cuando se dirigió a las orillas del lago, los patos arrancaron sus vuelos desde las crestas de las pequeñas olas. Se estuvo lavando la boca con el índice de la mano; escupió y se enjuagó la boca. Hacía gárgaras, volvió a escupir lo más lejos que pudo. Oyó un ruido. Miró tras las peñas y no vio nada. De pronto, el ruido fue más fuerte y con gritos amenazadores. Salieron detrás de las peñas un grupo de una veintena de hombres, llevaban pasamontañas que les cubrían hasta el cuello. Rápidamente lo redujeron; y, le pasaron una soga por debajo del estómago y empezaron a arrastrarlo por un delgado camino que conducía hasta las cordilleras.

Llegaron al poblado por la noche; y, lo amarraron al tronco de eucalipto, que lo habían preparado con anticipación. Herido como estaba, sintió que se le cayeron los ojos de muerte. El presidente de la comunidad le acercó tanto la linterna a la nariz que le cegó la vista. "Pensé que se había muerto" —pensó Turpo—. Debajo del sombrero, los ojos rojizos, del Dr. Nicolás Torrico Álvarez, se abrieron blancos de terror. Vio a Turpo con un enorme lunar que le cubría parte de la nariz hasta el párpado inferior; le lanzó una mirada con mucho odio, Turpo percibió ese odio, por eso de un trago vació la botella que sostenía en la mano y el último sorbo lo escupió al Dr. Nicolás Torrico, bañándole todo el rostro. La voz de Turpo adquirió un tono desafiante; y el movimiento de su cuerpo, aún era mucho más desafiante.

Desde la oscuridad, el Dr. Nicolás Torrico Álvarez vio a los campesinos que estaban sentados en círculo, mascando coca; y, de vez en cuando, sorbían de una botella un poco de trago; la botella iba recorriendo de mano en mano. El cigarrillo no llegaba, sino a medio círculo. En el centro del círculo habían encendido una fogata; el viento hizo que el fuego ardiera vivamente, reduciéndose pronto las maderas, paja y ramas en cenizas; de ella se escapaba una columna de humo que ascendía lentamente a las estrellas, de vez en cuando se iluminaban pequeñas lenguas de fuego que eran arrastradas por el viento helado.

Hoy viernes, el sol caía a la tierra perpendicularmente, y el ruido humano, a veces vociferante, venía de la choza más grande. El revoque irregular de las paredes de las chozas delataba pobreza y miseria. De pronto, los campesinos salían de todas las bocas de las chozas precipitándose hacia la plaza del poblado. Atravesaron el largo patio de la comunidad y se detuvieron, en círculo humano, ante el Dr. Nicolás Torrico Álvarez, que aún se mantenía amarrado al tronco de eucalipto.

—¡Compañeros! —dijo Crisóstomo Turpo— Vamos a cumplir con la sentencia que han dictado nuestros Apus, todos lo hemos visto en la coca. Ya no hay nada que discutir. Vamos a castigar al barbudo que nos ha robado nuestras tierras.

—Crisóstomo —dijo el Dr. Nicolás Torrico, con voz débil—, eso no es cierto, yo no he robado a nadie. Todo cuanto ven vuestros ojos me pertenece. Tengo papeles...

—Eso no es cierto, compañeros; los papeles los hacen los blancos, aquí no hay nada que discutir, sólo vamos a cumplir la voz de nuestros dioses.

—Compadre Felipe —llamó en su desesperación.

—Sí, papay, qué puedo hacer por ti, papay.

—Tú sabes que no soy ladrón. Diles que no soy ladrón.

—Tú eres un traidor —gritó Turpo, apuntándole con el índice a Felipe—, una mierda. Poco faltó para que le diera un palazo.

—Si todos lo matamos, nadie será culpable. Sólo matándolo vamos a recuperar nuestras tierras.

—¡Wañuchun alqo, carajo! —gritó el cholo Carmona.

Carmona era un ex soldado, ahora buscaba ser presidente de la comunidad. Su nariz curvada como la de los buitres, infundía a su rostro una expresión demoníaca. Su cara ovoide y llena de granos parecía acentuar su actitud malévol. Ese aspecto vulgar hizo que los comuneros le temieran.

Gritaban eufóricos; levantaban las manos, agitándolas; el círculo humano se cerraba cada vez más. Todos gritaban enardecidos su odio arrastrado por siglos.

"Mi suerte está echada, creo que beberé un poco de mi propio veneno. Cuánto amé a los indios; pero parece que no pude llegar a sus corazones".

Cuando Turpo gritó: ¡Justicia compañeros! El cholo Carmona atravesó el círculo humano con dos galones de gasolina y lo roció todo. Arrojaron un fósforo encendido y el fuego se propagó hasta las nubes. El Dr. Nicolás Torrico Álvarez alcanzó a decir:

¡Kausachum intiii...!

La última vocal fue un aullido que se oyó en toda la comarca. Los pájaros se estremecieron, como nuestras almas, encima de los muros. Los campesinos, ante la inmensidad del fuego, retrocedieron echando cruces. En pocos minutos, todo se había convertido en cenizas que el viento se encargó de arrastrarlas por todos los caminos.

Cecilia Granadino Penalillo (Lima, 1943)

Jalapatu

Mi almita como muñeco de trapo va colgando de mi pescuezo, ahora que me han matado peor que a Cristo. Todo por culpa de la maldecida Emiliana. Qué tenía ella que hablar ni decir nada. Yo sabía que era mala, pero con esto que me ha hecho se va derecho a los infiernos, a achicharrarse igualito que yo que ya me estoy quemando mientras me arrastro por los caminos. Por eso seguro sus huesos son retorcidos como varas de árbol seco. La maldad hasta en su pelo de paja brava. Malos sus ojitos de culebra y su lengua chismosa de pájaro hakaqlo.

Maldita sea la hora que se encaprichó conmigo esta mujer. Todo fue verme triunfante sobre el caballo, mostrando la gallina que chorreaba despanzurrada y ya se me había emperrado, más todavía viendo al pueblo entero gritando, aplaudiendo mi habilidad.

Era día central de la fiesta de nuestra virgen, la Mamacha Carmen y habían festejos de todo tipo, ferias, concursos. Pero lo que más esperaba la gente era el jalapatu, eso sí es emocionante y hay que ser diestro o te matas. Por eso desde temprano los alcaldes habían amarrado las gallinas vivitas en los cordeles que cruzaban de poste a poste la calle, frente a la capilla.

En la contienda éramos como quince los que correríamos a ver quién alcanzaba a la emplumada y se volvía el héroe de las comunidades. Macho soy, valiente soy, pensaba, mientras acariciaba las crines de mi bayo, nerviosos los dos porque en un par de minutos empezaba la carrera. Yo quería impresionar a la Narcisa, a mi chola, por eso me dije: "Yo jalo a la gallina como sea".

Cuando se dio la partida, primero dimos varias vueltas a la plaza para agarrar velocidad, tasando el terreno. Pronto se levantó un polvo y un griterío tal que no se podía ni respirar. La muchedumbre berreaba azuzando a caballos y hombres que estirando brazos y pescuezos pretendíamos apoderarnos de una gallina, en un esfuerzo inútil porque esta vez las bandidas colgaban muy alto. Ahí fue que labré mi desgracia. Suspirando por Narcisa, zumbando mi corazón enamorado, en la sexta vuelta tomé una decisión y adelanté a los demás. A todo galope, como un demonio alado me incorporé y de un brinco me paré sobre la silla de montar. Un viento de vértigo sopló paralizando a los que estaban en la plaza. Cientos de miradas se prendieron a mis carnes sudorosas, a mis músculos tensos. La bestia olfateó mi pasión y voló conmigo. Las uñas de mis

pies, igual que cóndor sobre un toro, se incrustaron en los cueros para no caer. Al pasar bajo los cordeles, de un tirón salvaje arrastré a una de las aves y un baño de sangre chisgueteó mi frente, cuando en un solo movimiento ya me había dejado caer de nuevo sobre la grupa y un alarido de admiración remecía los pisonay del pueblo sacudiendo sus flores rojas. La gallina pendía desbaratada de mi mano mientras mis ojos andaban buscando los de mi chola.

Estoy seguro que fue ese dieciséis de julio que se me desgració la vida porque Emiliana, la india bruja, no me quitó el ojo desde ese momento y alguna de sus cochinadas de diablo malo me haría porque la Narcisa que casi me había dado el sí, ya no me quiso. Prefirió a Teodoro Auca y no volvió a regalarme sonrisas ni flores de qantu. Me cambiaron el destino estas malvadas.

La Emiliana que "vente para mi cuarto", que "te voy a preparar una meriendita", que "tengo una hierba santa para el mal de amores", queriendo convencerme mientras yo me desangraba, desgarrado por dentro como la gallina.

Lloraba todo mi cuerpo pensando en Narcisa, hasta mi catre estaba triste, también mi perro y mis chacras sin su ama. Ni cómo enamorarme de la bruja liendrosa y malvada. Siempre tirando piedras, rompiendo tejas ajenas por sus extrañas venganzas; ojeando, dañándote lo más querido de pura envidia, matando becerros y hasta plantas de una sola mirada. ¿Acaso con su ojo enfermo lleno de sanguaza y de pequeños demonios no despachó a mejor vida a la hija de los Ramírez? Todo porque la acusaron de robarles el agua de riego. Miró a la criatura y la fulminó, por más que la madre la quiso cubrir con la manta ya el daño estaba hecho. La wawa se sacudió y entró en tembladeras como de chukchu (paludismo) y ¡zas!, estiró la pata. Y tenía que ser justo esta warmisaqra, mujer endemoniada, que se vino a prender de mí. Que no, que no, le he dicho y cada "no" marcaba más profundamente la huella de mi camino. ¡Clarito se iba armando la trocha de espinas!

¡Ay! ¡Cómo pesa este mi cuerpo mientras lo arrastro no sé hasta cuándo!

La noche en que empezó mi muerte, el presidente de la comunidad nos había juntado en asamblea. Estábamos discutiendo con el Esteban si dejábamos a la comunidad de Rayanniyoc llenar su reservorio con nuestra agua, cuando bien lejano se oyó un pututo. ¡Tuuu!, como perro que anuncia desgracia, así sonó dentro de mi corazón. Ahí nomás se escuchó de nuevo: ¡Tuuu!

—¡Son las pastoras soplando el caracol! —se preocuparon los dirigentes.

Las chicas estaban cuidando el ganado que ese mismito día habíamos trasladado a las tierras del muyu de Ampay que estaba en descanso y queríamos que se fuera abonando porque la próxima temporada lo íbamos a sembrar. ¡Achachay! Me corrieron escalofríos. Seguro mi alma adelantaba que mi destino empezaba a apretarme la garganta. Como mala hierba se enroscó en mi pecho la corazonada.

—¡Cojan palos, lo que sea! ¡Rápido! Seguro han llegado los ladrones de vacas —nos apuró a los comuneros, el presidente.

Emprendimos a carreras la cuesta cargando picos, palas y waraqs para hondearlos.

—Hay que cortar por Patabamba o no los alcanzamos —y el Esteban tomó sin dudar el sendero de la derecha, temblándole la quijada por el esfuerzo, torciéndose en sonrisa extraña su labio leporino.

—Pero se van a molestar los comuneros —protestaron algunos conociendo a los lisos patabambinos.

—Mañana les explicamos.

—Pero papay, nos vamos a meter en líos, temblando yo, queriendo retrasarlos.

—Así nos lluevan piedras y nos rajen la cabeza —sin detenerse, tragando oxígeno el presidente— esta vez agarramos a los abigeos.

¡Ay! Caminos de fuego empecé a recorrer. Astutos los bandidos, viéndose perseguidos, hasta abandonaron las vacas y corrieron hacia Cabracancha para escapar, pero los alcanzamos a los dos desgraciados, de tanta cólera que sentía la gente que anduvieran robando el ganado a los más pobres.

¡Atataw! ¡Qué miedo! Cada uno los jaloneó y les pegó y aunque lloraron de a verdad, "por mis hijitos", diciendo, igual a una sola voz la comunidad los sentenció: ¡Crucificarlos!

Aterrado seguí a la turba en su descenso hasta la plaza de la comunidad. Hombres y mujeres arrastrados por la torrentada de iras y revanchas, lodo y piedras empantanando los corazones, y el grito único: ¡Crucificarlos!

¡Crucificarlos!

Los jalaban de los pelos, los escupían, los azotaban. Mientras lo clavaban, el Zurdo Ojeda, el más bajo de los hermanos, llegó a suplicar: "es por la necesidad, taitas, todos estamos iguales", pero lo cortó el presidente: "y cómo nosotros no robamos" y de un golpe hundió el clavo hasta el fondo de la mano abierta.

Cuando levantaron las cruces, los huesos golpetearon como sonajas dentro de los cuerpos que se iban desmoronando. Los abigeos ya sin gritar, puro moco nomás, meados, hasta cagados, lloraban sangre.

Nubarrones de muerte revolcaron a la luna ensuciando su luz y haciéndola huir. Todos los demonios del mundo agazapados dentro de nosotros, gruñendo. ¡Qué vacío en mi corazón de papa seca, mientras me persignaba! Y, en eso, el Esteban que nos sobresaltó con su voz de puma: "¿Y, quién, pues, les daría el dato? Porque alguien de la comunidad ha tenido que avisarles que hoy mudamos los ganados y que los mayores estaríamos en asamblea...". Una gran duda ensombreció los pechos. Cada par de ojos un puñal que penetró nuestros

pensamientos. ¿Quién fue? ¿Fuiste tú? El miedo, el odio, la envidia en masa espesa recorrieron músculos y fibras, se inflamaron con levadura de antiguas carencias y una baba ácida nos amargó la garganta. Alguien tuvo que ser. Alguien tendría que ser.

—¿O capaz trabajaron solos? —rumió Salustio—, como ninguno ha dicho nada...

Me alegré tanto, festejé mi alma por sus palabras, cuando la mala hierba de Emiliana, que se pudra en los infiernos, abrió su boca de lagartija y me señaló: "En la feria de Ccamahua yo lo vi a este cristiano hablando con los Ojeda..., debajito del puente estaban, como que hacían aguas". El rumor de la avalancha de piedras que era mi vida ahora, me alcanzó sepultándome. Me cayeron como perros sobre el venado cercado. Logré escuchar que decían: "el Alejandro es comunero de acá, cuélguenlo pero sin clavarlo, amarrado nomás". Desgracia. ¡Pobre de mí!

Y así amanecemos, tres cruces, igual que en las estampas. ¿Por qué no me moriría ahí mismo y no como estoy muerto ahora? Pero Dios ha querido que colgara dos días sin que se me huya el alma, aunque ya los otros apestaban. Así te dolería Cristo como a mí, con esta quemazón, con esta terrible pena de que la Narcisa me estaría mirando con asco, ni vería mis ojos de amor por ella, por ella. Tanto amor en cada una de mis llagas. Si por ella lo hice, por ella le pasé el aviso a los Ojeda, para tener un algo que ofrecerle a mi chola y ganármela.

Ay, qué recuerdos, y ahora no tener nada, no ser nada. Clarito veo cómo recogieron mi cuerpo quebrado y me escondieron en el almacén de papa porque dice ya subían a nuestra comunidad a lomo de bestia los policías del puesto de Písac.

—¿Quién mató a estos hombres? —preguntó el teniente, pero todo era silencio.

—¿Quién es responsable? Hablen o metemos a todos presos —gritó a todo pulmón el cachaco.

El silencio fue más profundo todavía. Aunque la comunidad entera estaba reunida allí, nadie abrió la boca. Suavecito más bien se escuchó el trajinar de los gusanos y las alas de las moscas cortando el aire, frente al banquete inesperado. Y hasta los caballos enmudecían dejando de resoplar. Cuando pasó como una hora de gritar y amenazar, se encolerizó tanto el teniente porque "a él se le obedece, ¡carajo!" que espoleando a su animal, arremetió contra la gente atropellándola.

—¡Hablen de una vez o no respondo! ¿Quién cometió el asesinato? ¿Quién?

A cada corcoveo alguien cayó al suelo, y él giraba como un condenado, aventando a abuelos y niños. Tenía los huevos bien puestos este policía. Y toditos mudos, sin lengua, arrimándose nomás para evitar los cascotes del bruto. Ahí fue que de pronto se oyó la voz bien fuerte del Esteban:

—¿Aquí nadie ha matado a nadie! Y ya déjese de estar empujando a mi gente. Vientos de agosto con sus torbellinos endiablados, se cruzaron por los ojos del oficial.

—¿Quién levantó esas cruces, entonces? —tragándose la insolencia del cholo Esteban.

—No hemos visto, señor. Así amanecieron.

—Han clavado a dos hombres y ustedes ¿no escucharon nada, animales?

—Cansados estábamos de la trilla, hemos dormido con gusto —humilde el presidente.

—¿Me quieres hacer creer que no saben nada, so mierda? ¿Para quién es la tercera cruz? ¿Dónde está ese muerto? —se incendió el teniente.

—Cómo será, papacito. Ninguno sabe.

Doscientos comuneros rodeaban a los jinetes en ese momento. Igualito que los crucificados ya se habían meado las monturas los cinco policías. Con sus miradas de piojos asustados apremiaron a su jefe: "¡Ahorita se nos levantan estos indios y nos hacen lo mismo, mi Teniente!" Pero el oficial no se movió.

—Ah, pendejos, a mí con fuente ovejuna. ¿No quieren hablar? Muy bien. Me llevo al presidente. ¡Agarren a ese hombre!

Esteban Orcotoma no se resistió, para eso era autoridad, para eso lo eligieron. Miró a su mujer despidiéndose con esa mirada dulcísima, que ni Cristo.

Enredándose, desesperados por salir de allí de una vez, los policías lograron enderezar las cabalgaduras y enfilaron hacia el camino de la quebrada. Dos burros impasibles los seguían cargando a los abigeos muertos. Los Ojeda, mal envueltos en sus propios ponchos por el apuro, se fueron perdiendo en la distancia, mientras sus huellas se cubrían con la sanguaza de los cuerpos reventados y que goteaba por los agujeros de la manta.

Esto me contaron y, dice que orgulloso, el cholo Orcotoma, cabello renegro, abría el camino sin siquiera voltear el rostro. Siempre fue así, el labio leporino marcándolo con una sonrisa altanera, permanente. Húmedos los pantalones y el alma, los policías se alejaron inmediatamente, y ni siquiera reclamaron por la tercera cruz. Con dos muertos les bastaba. Pocos metros después de las últimas chozas, el cabo Yucra subió al Esteban a la grupa de su propio caballo para que no fuera a pie. Él también había nacido en comunidad, por eso hormigueaba su corazón. El jefe lo miró de reojo, pero no dijo nada. Ambos sabían que cuando el teniente gritó en un momento: "¿Quiénes son ustedes para hacerse justicia por su propia mano? ¿Para eso está la policía!", nadie le creyó. ¿Acaso no es cierto que la comida es muy mala en el puesto policial y que el sueldo es una basura? Por eso si les cae un abigeo, es día de fiesta. Una vaca degollada y algo de dinero, es el

precio; y dos días después ya está el forajido más libre que un pajarito. Así es la vida de los pobres, ¿qué nos dejan?, arrancharnos entre nosotros lo poco que tenemos.

Todavía chispeaba el polvo que levantaron las cabalgaduras al partir, cuando el vicepresidente alzando la voz dispuso:

—Por turnos vamos a trabajar sus chacras del Esteban, por turnos le vamos a llevar su comida a la cárcel de Calca, que seguro allá lo mandarán.

Así, hasta que termine el juicio. Así está escrito en el acta, así es la palabra de la comunidad de Ocros.

Mis pulmones, entonces, dejaron pasar el aire sin destrozarme por dentro. Todo pareció arreglado. ¿Cómo iba a imaginar que después me matarían de nuevo de esa manera? ¡Pobre de mí!

Una vez que se curaron mis huesos, me sometieron a asamblea.

—Traición has hecho a la comunidad, ya no eres comunero. Ya no eres hijo de la comunidad. Te irás de Ocros.

—No me hagan eso, papacitos. Voy a trabajar como sea, todo les voy a pagar. ¡Ay, no me maten así! ¿Qué voy a hacer wakcha, huérfano solitario? —he suplicado.

Pero nada. Por eso aquí estoy, arrastrándome, sin raíces, paria, la peor muerte de todas. Porque cada cosa tiene su raíz y yo no tengo a dónde sujetarme. Ni mi alma, muñeco de trapo, quiere hablarme. Heridos mis ojos por el llanto, sin mis carnavales, sin mi Narcisa, sin mi tierra dura para escarbarla, sin mis trabajos comunales, solo. ¿Qué serán para ti los días, Dios? ¿Chiquitos? ¿Grandes? Para mí son siglos de oscuridad. ¡Qué tristeza! A Cristo ni le dolería que lo mataran, él se fue como un viento volando donde su madre y su taita. Yo, a dónde sin mi comunidad. Ya no existo, ¿qué soy? Nada. Santa Pacha Mama, madrecita tierra, perdóname, recógeme. Sangre ya no tengo, lágrimas no tengo, vuélveme bosta si quieres para que de algo sirva. Peor que a Cristo me han matado y debo seguir muriendo. Sombra sin sombra. Paria.

Félix Huamán Cabrera (Lima, 1943)

¡Sangre nuestra!

I

El niño jugaba, corría por el campo. A veces sus manos eran la inquietud del agua cuando ésta quería reflejarla, entonces su rostro tornábase en risas y sonrisas. Así fue creciendo Edgardo. A su tiracho volaban los zorzales de los eucaliptos, de los quinuales. Todo fue explicándose a su curiosidad de hierba. Antes de estar en la chacra prefería subir cerros, bajar hasta las quebradas para escuchar el canto de las cascadas o de las cuculíes que saltando de molle en molle agitaban soledad en las hondonadas.

A él decían Galo, porque se llamaba Edgardo, no bastardo. Y su mamá, la blancona, lo llamaba así. Claro que sus hermanos tiraban para leche de vaca, pero ellos eran sus hermanos, Paquito, Cesitar y Teresita... El único que no tiene ito soy yo. Edgardo simplemente, no Edgardito, ito, ito, ito, cojudito, ja, ja, ja... Y a mis hermanos no les pagan, ni les mandan con los trabajadores desde la madrugada.

—Tú como eres niño todavía, jala la mala hierba nomás —me dice el Santos— el patrón nos ha dicho que te acostumbres a trabajar igual que nosotros.

—¿Y el Paquito?, ¿él no hace nada a pesar de ser mayor que yo?

—Tú eres sangre nuestra, ellos no.

—¿Sangre nuestra?

Edgardo no quiso seguir preguntando, callado nomás escardaba el amor seco, la hoja mora, el trébol... Aquí crecería luego el maíz, de los surcos se levantaría poco a poco la caña hasta dejar en el viento sus espigas, después, de entre las hojas grandes, abultado en la panca, el choclo tierno; en su delgada coronta, más tarde, el grano maduro.

Al día siguiente cuando Santos encinchaba las acémilas, el patrón le dijo:

—¡Oye!

—¿Patroncito?

—¿Qué le conversabas ayer a Edgardo en la chacra!

—Le enseñaba a arrancar la mala hierba, patroncito.

—¡Nada más que eso!

—Nada más.

—¡Cuidadito!... Cuidadito nomás. Si sabe algo el único culpable serás tú.

Advirtiendo esto, se alejó pensando. "Quiera o no lo quiera es mi hijo, lo recogí porque era coronta partida a mí. Todos dicen eso. Los demás tiran para su raza chusca, por eso no me preocupo, pero a Edgardo cómo lo voy a abandonar, alguna vez siquiera hay que ser buen padre. Si es bueno sabrá reconocer, sino qué vamos a hacer".

Edgardo creciendo se fue dando cuenta. Él dormía en el cuarto cerca al gallinero, ayudaba en la cocina a Cirila, limpiaba la casa que era grande, ¡grande! Otros días iba a la chacra con los labradores y trabajaba igual que ellos desde la madrugada hasta el anochecer cuando no, lavaba la ropa de los niños, así lo ordenaba su mamá Clotilde, la blancona. Aparte de eso le pegaban casi a diario, duro le daban por cualquier cosa. ¿Qué sería? (Galo es buen muchacho, trabajador va a ser, decía su padre).

Invierno.

La bruma de una neblina densa, desde las primeras horas, se había establecido en la ladera, mientras que una nubecilla blanquesina ronda que ronda la casa entraba y salía por las puertas y ventanas.

No era garúa la lluvia, algo más insinuaba insistencia después de las ocho de la mañana.

—Mal día, Galo, para el trabajo —dijo Santos.

—Sí pues va a llover todo el día —contestó Edgardo cuando por el camino cuesta arriba se dirigían a la cosecha.

—Todo barro y con las espaldas mojadas vamos a estar.

—¿Cuántos van hoy día, Santos?

—Unos treinta. Los otros han ido al esparcido de alfalfa cerca al río.

—¿Y cuánto les paga mi papá, Santos?

—No preguntes eso Galito, es pecado; nosotros trabajamos para el patrón porque nos da de comer, también porque aquí hemos nacido y no tenemos dónde ir.

—¿Y ese camino que sale de la hacienda?

—Sí pues, de la hacienda se va.

Todo el día estuvieron en la cosecha. Ágiles, diestros escarbaban la tierra de donde aparecía la papa huairo, colorada, la papa negra canteña grande, la arenosa amarilla como la flor de retama, y las metían en los costales, uno, dos, tres, muchos, cuántos, tantos, tantísimos. Ya en la tarde cargaron en el lomo de los burros. Los labradores de dos en dos cargaban a cada uno, apretaban la lazadera, duro, para que los sacos no se ladearan, ahora más que nunca porque el camino era todo bajada.

A eso de las seis de la tarde empezaron a descender. La insistencia de la lluvia ya no les era obstáculo. Mojados hasta los huesos, casi cabizbajos bajaban; entre ellos Edgardo que temblaba a cada paso. Habíanse pasado todo el día chacchando para darse fuerzas en el trabajo. Ahora regresaban. Casi oscureciendo seguramente estarían en la hacienda. Resbalaban, despacio, cuidado, no te apresures, vamo, vamo, burro, burro, caminen, este camino está imposible, ya, ya, mira el pardo está ladeando, arregla la cincha, vamo, vamo, no te quedes, Galo, ven con nosotros, la neblina es muy espesa no vaya a aparecer el cututo, corre niño, Canoso, silba ahí, adelante.

Ya por llegar.

Después de la quebrada, venía esa curvita pequeña y ya estaban. Casi todos se decían.

Y justo después de esa curvita fue.

El barro intensamente arcilloso como jabón resbalaban los pies.

—¡Despacio, que no corran mucho los burros! —decía Santos—, con cuidado.

Y por más cuidado que se puso. El barranco espantó, no sé qué, patroncito, pero Galito primero cayó, patroncito; yo me arrojé tras él para que no vaya a rodar hasta el fondo. Lo sostuve. Todo embarrado lo levanté.

—¿Y esa mierda te interesaba más que la cosecha?

—Es su hijo, patroncito.

—¡Qué hijo ni qué hijo, ese indio!

—Será indio, patroncito, pero usted lo hizo en la antuca, patroncito, usted se ensució en ella, patroncito.

—Cállate, carajo.

—Ahí está su cara, patroncito.

Nicolás Flores encolerizado, con la cara entomatada, llamó a cinco hombres, enérgico y ordenó:

—¡Tiésenlos a estos dos! —señalando a Santos y a Edgardo— ¡que sepan lo que es perder tres costales de papa!

Los hombres le cogieron de los brazos y se los llevaron al zaguán del fondo. Uno de ellos llevaba un cabestro envuelto en la mano derecha. Al poco rato él lloró y los gritos del niño se escuchaban en medio de la noche, lastimeros, estentóreos. Santos aguantó nomás los azotes, sin quejarse, callado.

Edgardo casi toda la noche se la pasó llorando sobre los pellejos de oveja que dormía. Sus suspiros y quejidos se escuchaban hasta en las cuadras donde los sirvientes dormían.

"Pobrecito, porque no es hijo de matrimonio y es de madre como nosotros le pega así", comentaban.

Santos al siguiente día, se levantó muy de temprano. Fue hasta el lado del gallinero y tocó la puerta del cuartucho donde Edgardo dormía.

—Galo, Galito, despierta.

Pesadamente se abrieron los ojos hinchados del niño.

—¡Qué! —dijo asustado.

—Coge tu atado. Vamos, sígueme, Galito.

—¿A dónde, Santos?

—A donde fuera. No nos quedaremos en esta casa del diablo.

A la hora que salimos casi todos dormían. El Negrón mi perro lindo se vino con nosotros. Habríamos caminado más o menos tres horas cuando rayó el día. Estábamos a la altura de San José caminando por las orillas del río Chillón.

—Algún día volverás Galito —me dijo Santos— cuando seas joven. Tu madre se está quedando allá arriba a seguir sufriendo. No es la doña Clotilde; ésa que te dice bastardo, ésa no es. Es la Antuca, mi hermana, la que vive cerca al bosque de gayaras.

—Sí, Santos, volveré.

II

Estaba la noche ahí.

En las calles oscuras ni el ladrido de los perros; sólo mis pasos sobre el barro, o resbalando en pozos de agua estancanda que en la tarde habían descargado las nubes.

Era marzo o febrero.

Era en hierba creciendo Pacaraos en invierno.

Era la campana, claro, redoblando desde las torres, del templo.

¡Qué!

"A difunto huele el silencio", dije cuando cerca a la pila el perro del Llojo empezó a aullar con quejumbroso acento.

Todas las puertas cerradas.

El hombre avanzó temeroso, directo nomás hasta la plaza. A lo lejos se podía escuchar el eco de sus pasos por llegar al sitio.

La bruma más intensa aún y la cascada de Sire resonando en las faldas de Puquio-puquio.

Ya en la esquina de la casa del Quifo, el cuerpo se le escarapeló. Una voz de mujer lloraba. De la vueltita venía, del callejón donde la casa quedaba.

Qué raro, de repente te dijiste, pero encendiste un cigarrillo, te acomodo-

daste el poncho y la chalina, alzaste el sombrero a la pedrada y dándote fuerzas avanzaste.

Ya en la piedra negra de la esquina que daba inicio al pasadizo empedrado de tu casa dos bultos emponchados te dijeron:

—Buenas noches.

—Buenas noches... ¿Quién ha muerto? —preguntaste.

—Tomás. Vamos a doblar su muerte.

—¿Tomás?

Dejándole con su pregunta los hombres se alejaron perdiéndose en la oscuridad que daba a la plaza en la cual se alzaban membrudos eucaliptos en línea hasta el cementerio, desde los cuales llegó un viento helado que azotó el rostro del desconocido con el cual parece que despertó de su fugaz letargo.

Cuando avanzó más hacia el fondo del callejón, grupos de gente se apiñaban en el patio empedrado, en el corredor de la casa alrededor de mecheros que iluminaban el ambiente. De la puerta abierta una luz pálida se proyectaba hasta los adobes y hayaras de la pared de enfrente formando sombra dispersa.

Casi nadie se percató de tu presencia. Permiso, decías, permiso, abriéndote camino hacia la puerta de donde salía la voz de mujer que lloraba. Cuando llegaste a plena luz de velas y mecheros te sorprendiste enormemente. Ahí estaba el cadáver con su violín en un costado rodeado de mujeres que no levantaban la cabeza para nada, sólo una lloraba inconsolable. Era Antuca, la madre. La reconociste. Antuca, Antuca. Alzó los ojos y vio tu rostro. Eres tú. No había dudas. Eres tú, Galo. Había vuelto. Por ti también en otra época habían doblado las campanas. Todo el pueblo había llorado, Galo; pero estás vivo y coleando. Cómo fue, Galo.

Sobre una tarima de madera reposaba Tomás para siempre. Estaba frente a mí con los ojos abiertos y su violín callado.

Los de afuera, los de adentro se me fueron acercando, querían mirar la cara, reconocer si era yo Edgardo. Si eres tú, Edgardo, al que se lo llevaron los cachacos en la madrugada de octubre entre canto de gallos y ladrido de perros, con el Pepe, el Pechocho y otros más, por hablar de los pobres, de nosotros que vivimos pendientes del patrón, que no debemos dejarnos pegar, que no somos animales como los burros de Nicolás Flores que están bien gordos mientras que nosotros con coca y ron todos los días.

Hay que trabajar nomás para vivir, sino viviremos apestados, arrojados por el patrón, vomitando sangre. Ese muchacho Edgardo no sabía lo que decía; el que trabaja no tiene que envidiar a nadie, porque el que tiene tiene por su trabajo.

—Ishico, ¿el Nicolás tiene por su trabajo? ¿Acaso todo el mundo no sabe que nos ha quitado nuestra chacrita y ahora que no tenemos dónde trabajar?, con

guardia no nos hizo firmar la escritura? –habló borracho Tomás sin darse cuenta que Nicolás lo escuchaba a su espalda nomás.

–¡Cállate, mierda!

Y sobre el pobre hombre. Patadas. Cachetadas, puñadas, rodillazos, a muerte, carajo, dale más para que aprendan estos indios piojosos, muerto de hambre, carajo. En qué hora consentimos a ese bastardo del Edgardo aquí. Por ahí por Lima por donde revolcó con todas las mierdas habría aprendido a decir igualdad, justicia. Qué mierda saben estos indios coqueros de eso. Pero felizmente ese bastardo se va a podrir en la cárcel.

Desde esa vez Tomás no pudo levantar cabeza. Cuál nomás sería su estrella para que el pobrecito vaya a hablar esas cosas, si él no necesitaba de nadie, con su violín pasaba la vida de pueblo en pueblo tocando, qué lindo tocaba. Le hicieron vomitar sangre, Galito. Desde esa vez Tomás muriendo poco a poco ha estado hasta ayer, y tú has venido, como adivino has llegado a reencontrarte con tu hermanito.

Edgardo impávido escuchó. Cogió el poncho conque estaba cubierto el cadáver y se puso a llorar en silencio, luego abrazó a la Antuca fuertemente y la estrechó en su pecho con todas las fuerzas del alma. Mamá, mamá. Los ojos enrojecidos de Antuca no terminaban nunca de llorar.

–Escapé de la cárcel saltando un muro y me he venido corriendo para acá. Seguro que ya no tardarán en llegar los soldados, mañana o pasado. En la madrugada nomás entierren a Tomás, y váyanse luego a las punas, que a nadie encuentren aquí. Yo me voy más lejos aún, al monte.

Y terminando de decir eso Edgardo cogió un mechero que ardía cerca de la puerta y salió apresurado hacia afuera; la gente le hizo camino y por la esquina del callejón se perdió en la oscuridad. Sólo sintieron a lo lejos el ladrido de los perros que anunciaban el paso de Edgardo. "Por Pacaraos va" se dijeron. "Por ahí no va el camino. Por ahí va a don Nicolás".

Llegó hasta los muros de la casa hacienda, altos eran. Dejó el mechero en el suelo y se quitó los zapatos. Nadie sintió su presencia. Cerca al muro un viejo tronco de sauce se elevaba traspasándolo en altura. Por él empezó a trepar con una sola mano, llevando en la otra el mechero. Ya en la cúspide vio el amplio zaguán del fondo, donde de pequeño había sido flagelado juntamente con Santos; estaba lleno de cebada seca y de paja de trigo. Luego acomodándose sigilosamente saltó sin hacer ruido. Detrás de un tronco de aliso dejó oculto el mechero, y Edgardo avanzó hasta el otro patio donde rumas de caña y panca de maíz, en hojarasca, amontonábanse en regular cantidad. Frente a la casa por el pasadizo que daba a la puerta principal: la leña, mucha leña, Edgardo

volvió al zaguán por el mechero y encendió la paja; luego en el otro patio, la panca seca, y al final –derramando el querosene del mechero– prendió la leña. Apenas hubo terminado, corriendo salió hacia la oscuridad del campo, no se detuvo en ningún instante para mirar atrás, siguió veloz hacia adelante hasta llegar a un riachuelo que murmuraba cadencioso; luego empezó a subir la cuesta salvando espinos y piedras que apenas se distinguían; pero conforme fue avanzando sintió que un reflejo le clarificaba el camino.

Miró hacia atrás de súbito. Toda la casa de Nicolás Flores abrazada en llamas se oscurecía.

Edgardo siguió avanzando. Se iba al monte.

Feliciano Padilla (Puno, 1944)

Amarillito amarilleando

Benedicto Morales era alto y flaco como un álamo y hacía dos décadas que se le calculaba cien años de edad. Y estaba ahí, de pie, frente a Nolberto que no cesaba de mirarle a los ojos como si su vida pendiera de la luz que irradiaban los suyos.

—Te libraré de esta tosedera del carajo —dijo el brujo Benedicto, seguro de sí mismo. Nolberto Secada miró al viejo embargado de esperanza y prorrumpió en llanto.

—Llora si quieres, Nolberto; hace bien llorar; cuando el cielo llora renacen las sementeras y cantan las tuyas trayéndonos los sabores de los amores perdidos; cuando llora el hombre deja de ser animal para convertirse en humano.

—Dame algún remedio, padrecito; expulsa de mi alma esta tisis que me está secando —aulló suplicante y se puso a toser y a escupir sangre.

—No te apures, Nolberto. Todo será a su tiempo. Necesito conocerte bien: Saber a qué lado del río vadeas; qué vientos desconocidos baten tus alas y por qué la zanja busca tus pasos extraviados.

—Estoy desesperado don Benedicto.

—La zanja está desesperada, no tú; pero no le daremos gusto —le dijo y, luego, se puso a quebrar sobre su pierna una larga caña de azúcar y ambos chuparon la miel de aquel jugoso tallo.

Lo que te pasa no es ni la convalecencia de lo que sufrí cuando era chiuchicito de once años. Mi padre era caporal de Patibamba y salió de ahí temprano, con buen capital. Formó su nido en Abancay, cerca de una higuera, y atrapó en él a mi madre con su canto de pichitanka enamorado.

No sé cómo fue que llegó. Los chiquillos llenábamos las calles con nuestros juegos y risas descontroladas; nuestras voces competían con el coro de los jilgueros que nos cantaban desde los pisonayes. Qué íbamos a sospechar, pues, que la muerte nos estaba mirando como quien no mira. No recuerdo si la peste o la noticia llegó primero a mi casa. Han pasado tantos años desde entonces... El tiempo, hijo, se encarga de lamer los bordes de la memoria, de modo que sólo recordamos retazos del pasado. El caso es que un día, yo y mi hermano de trece años llamado Simeón, amanecemos con mucha fiebre. Mi padre Constantino ingresó a nuestro dormitorio y nos encontró hirviendo. Se asustó y llamó a mi madre, a

sus familiares, a sus amigos; claro, alguna vez fuimos el centro mismo de sus conversaderas. Se comentaba que una nube de abejas viajeras procedentes del Manu, que hacía poco se encontraba por Pachachaca, habría traído la maldita fiebre, sin previo aviso, sin tocar la puerta. Eran cientos los chiuchicitos, que en aquel momento, ya no alegraban las mañanas a causa de la peste. ¿Sería la tífus o la tos convulsiva, será el sarampión o la viruela?, se oía un coro de voces desesperadas. Tienen que estar aislados de la familia, aislados del mundo; por ahora combatan la fiebre mientras se descubre la enfermedad, nos recomendaban los matasanos del hospital. Pero, el tiempo pasaba y ningún matasano sabía decir la verdad. Hasta el Brujo Aybar no sabía qué plaga del demonio había llegado al valle y sólo se limitaba a luchar contra la fiebre; pero, la enfermedad seguía matándonos día a día. Era, hijo, la fiebre, la fiebre maldita, la que juntándose con el calor tropical nos iba achicharrando. Nuestras vidas se derretían como las velas de las iglesias. En los ratos en que yo y el Simeón estábamos sin fiebre, mi madre nos informaba que todos los niños de la ciudad, sin excepción, habían caído en cama debido a la peste.

A los quince días nuestros cuerpecitos se tiñeron de amarillo; del amarillo de la guayaba, primero y; del amarillo de los nísperos, después. A los treinta días, todo era amarillo: nuestra piel, los globos de los ojos y los huesos. Por las tardes mi madre se nos acercaba y lloraba de impotencia, lloraba porque cientos de chiuchicitos marchaban diariamente al cementerio. ¡Ay Simeoncito, ay Benedicto! regresen, pues, a la vida, amados jilgueros, nos suplicaba mi madre. Se afirmaba que moriríamos en cuanto el amarillo llegara a nuestras uñas. Nuestro aliento era amarillo y, amarillos los orines y el sudor, hasta tal punto que las sábanas, las paredes, los techos y el aire mismo, también lo eran. El Simeón estaba más enfermo que yo y se decía que moriría en cualquier momento. No sé con qué nos curaban, pero, estaba visto que no servía para nada. La medicina del viejo Aybar, sí calmaba nuestras fiebres, pero no la teñidera. Yo me levantaba a veces, y desde la ventana me ponía a mirar la calle desierta... parecía el mismito panteón. Sólo escuchaba en las casas vecinas llantos de mujeres afligidas y rogaciones a la Virgen. Al poco tiempo llegaron desde Lima cinco helicópteros del Ejército para socorrernos y sobrevolaron en un santiamén el cielo de Abancay. Dicen que para matar a la muerte gastaron toneladas de medicina que rociaron sobre los cañaverales, huertos, chacras, bosques y viñedos.

Cada madrugada miraba con angustia mis fatales dedos. La tristeza que se apropió de mi corazón me sacudía los huesos al comprobar que mi uña empezaba a pintarse de amarillo. Aunque el miedo me roía las entrañas esperaba a la muerte con resignación. Sí, la esperaba para mirarle la cara frente a frente.

El Simeón empeoró cuando menos lo esperábamos. La fiebre le duraba horas de horas y parecía que se aprestaba a dejar este valle de calenturas insufribles. El Simuco deliraba por las noches con la Marujita, la niña más hermosa del barrio Olivo. Yo también la recordaba igual a la Merceditas. Ambas eran lindas, de trenzas largas y talles finos. Como todas las chicas de nuestro pueblo, olían a chirimoya, a durazno y a ciruela demascena... Y es que, amigo Nolberto, las mujeres despiden los perfumes de su alimentación diaria. El Simeón desvariaba por las noches, lo hacía en castellano y quechua y, podíamos entender fácilmente el sentido de sus deliraciones. La calentadera maldita no pasaba y, una noche, habló sin parar hasta la madrugada en una lengua desconocida. Mi padre llamó de emergencia a los vecinos para ver si alguien podía decir qué lengua estaba hablando el Simeón. Nadie podía descifrar aquellos largos discursos. Fue entonces que llamaron al doctor Casaverde, famoso por tener respuestas para todas las preguntas en la punta de la lengua. En efecto, aquel sabio llegó a la casa forzado por la curiosidad. Parece que está hablando en idioma chino, podría ser también el japonés o el alemán, nos decía. No recuerdo qué otras lenguas más mencionó sin ninguna convicción. Al final retornó a su casa sin sacarnos de la duda. La noche siguiente, otra vez la calentadera del Simeón y de nuevo los mismos discursos en aquella lengua extraña. Trajeron a la casa al cura Bolo, pensando que podría ser latín u otra lengua ritual; pero, él negó tajantemente que pudiesen ser aquellas lenguas, y más bien se animó a mentar otro raro nombre: el sánscrito. Cuando se retiró el padre Bolo, ingresó al dormitorio la Rosacha, una cholita de doce años que mi padre se había traído para el servicio de la casa. La Rosacha paró las orejas con alegría apenas escuchó al Simeón. Le saltaron las lágrimas y se estremeció toda ella de felicidad. Parecía que la cholita se reencontraba con sus padres después de cinco años de estar vagando por estos valles. Al poco rato, ante la perturbadora de los familiares, la Rosacha y el Simeón empezaban a comunicarse como dos viejos amigos en aquella rara lengua. Finalmente, aquella cholita ilaveña nos informó que el Simeón estaba conversando en aimara, una lengua que nadie conocía en casa ni en todo Abancay, que era idioma desconocido en el mundo y que, Simeón jamás lo había escuchado ni hablado. Era la jodedera de la fiebre, hijo mío. Arrebato total, arrebato de la cabeza que expulsa el entendimiento para volverse oscuridad o, de lo contrario, arrebato que te pone en contacto con otros entendimientos. Una semana después, el Simeón empezó a loquearse peor que un perro rabioso. Entonces se apoderaba de la fuerza del toro y de la ira de río Apurímac. Fue así que desempotró el viejo ropero de un solo jalón y botó por la ventana quintales de maíz de su dormitorio; se le erizaba la cabellera, se le manifestaban surcos horripilantes en su cara amarilla, su voz parecía de ultra-

tumba y se diría que se ponía en contra de sus padres, en contra de todos. Con decirte que casi me mata en dos ocasiones. Igual suerte corrió mi padre, a quien lo tiró por la ventana como si fuera un pedazo de maguey. Tuvieron que amarrarlo al catre con lazos y sogas de cabuya, y aun así, utilizaba la fuerza misteriosa de su mirada para tirarnos contra la pared o contra el suelo.

Convocado por mis parientes, una noche, el cura Salustiano Ballón visitó la casa. Estaba muy borracho, como solía estar en los últimos años luego de la muerte de su hermanita. Ingresó al dormitorio decididamente, con mucha seguridad, y pidió que todos saliéramos de la habitación. Traía consigo el incensario y una pequeña cruz de plata colgada de un rosario de piedras negras. Los familiares nos fuimos al huerto a esperar el desenlace. Yo, a pesar de la fiebre, tuve fuerzas para ir hacia la ventana desde donde lo veía todo. El Simeón se enfureció apenas vio al cura Salustiano y lo carajeó sin ningún miramiento. No sé si con aquella voz de ultratumba o con la fuerza brutal de su mirada tiró al sacerdote varias veces contra la pared. El cura gritaba, aullaba y ordenaba: ¡Vuelve a la vida Simeón! ¡Vuelve por el buen camino! ¡Abandona la maldad que te han hecho tus enemigos! ¡Carajo, fuera la maldad, fuera el daño maldito! Yo no podía creer lo que estaba pasando, pero ambos se carajeaban y se gritaban mutuamente. ¡Era el daño, hijo mío! El cura Salustiano sudaba como indio de hacienda en día de zafra. Se diría que peleaban sin tregua, sin rendirse, dándose mutuamente golpes y puntapiés en medio de alaridos. Yo me había dormido pegado a la ventana, al pie de las enredaderas, ahí mismito de donde estaba mirando la peleadera. Me despertó el crujir de la puerta y las voces de mis padres que se acercaron al padre Salustiano. El cura se encontraba sudoroso, totalmente agotado, con la sotana hecha jirones... destrozado. ¡Tu hijo está salvado!, exclamó el cura, y todos lo abrazamos llorando como Magdalenas. Luego, mi madre le dio una botella de licor de caña pura y el cura se fue después de echar tres cruces contra mi dormitorio. Fui a la habitación y el Simeón se encontraba dormido. Parecía un gorrioncito agónico, una mariposa moribunda, pero aún respiraba, y sudaba amarillo.

En realidad todo se encontraba amarillo: el río y los cerros, el cielo y los bosques... Flor de retama, amarillito amarilleando a la orilla de los caminos de la vida. El Simeón había perdido dos dedos de la mano izquierda. El daño, en un último esfuerzo, se sujetó fuertemente de aquellos dedos para no abandonar el cuerpo de mi hermano; pero, al ser expulsado, le arrancó los dedos y se los llevó como recuerdo. ¡Ay, Nolberto! Si hubieras visto lo que vi: Un charco amarillo se había formado bajo el catre del Simeón, y era de la sangre que le chorreaba de la herida, a borbotones.

Estuvimos con la maldita peste una cosa de dos meses más, al cabo de los cuales, empezamos a despintarnos. El odiado amarillo fue dejándonos por medio del sudor, del aliento y de la mirada. La fiebre empezaba a ceder, se iba al fin, y parecía que se había cansado de llevarse tantos pequeñines al matadero. Ya podía conversar con el Simeón y, a veces, nos poníamos a jugar a las canicas en el patio. Poco a poco llegó el verdadero color humano a nuestros cuerpos, y mis padres, accedieron, con miles de recomendaderas, a darnos permiso para salir a nuestra querida callecita. Salimos con miedo de encontrarnos nuevamente con la muerte. No había una sola alma en la calzada. Todo era silencio y tristeza sin nombre. Mariposas negras y chichirrancas sobrevolaban por aquí y por allá. Eran las almitas de los chiuchucitos viajeros.

Al fin volvió la vida a alumbrar nuestras pobres vidas, el azul-nacarado del cielo y lo verde de la floresta volvieron a posarse en nuestras retinas. Las chicherías de Wanupata comenzaron a ser bulliciosas como antes, y las arpas y violines dejaron escuchar sus melodiosos huainos por las noches, y de a pocos, los niños empezamos a juntarnos en las esquinas, bajo los árboles y a la vera de los ríos. Habían muerto ocho de mis primos y numerosos amiguitos. De cien niños de nuestro barrio solamente habíamos escapado siete varones y cuatro mujercitas. Como no alcanzábamos para jugar fulbito obligábamos a las niñas a ponerse pantalones y a jugar por nuestros equipos. Al principio lo hacían refunfuñando, pero, después con agrado. Creo que a partir de aquella fecha, las mujeres, también, juegan fútbol y visten pantalones.

Es cierto, Nolberto, yo tuve miedo, pero nunca perdí la esperanza de vivir. Y tú con esta tosedera de miércoles te estás desesperando. Sanarás. Yo te devolveré la salud, hijo mío. Ten confianza en mí.

—La tengo, padrecito mío.

—La confianza y unas yerbitas que tengo te sanarán para siempre. Sobre eso beberás sangre de murciélago, todos los días, como si fuera vino de Chíncha; pero, todo en su momento —exclamó el viejo curandero. Y después te dará...

—¡Don Benedicto Morales!, ¿qué ha pasado con tus dedos? —le interrumpió bruscamente con aquella pregunta, picado de viva curiosidad y, luego, agregó con tono seguro: Te faltan dos dedos de la mano izquierda, padrecito.

—Bueno, Nolberto, lo sabrás solamente tú; pero, no llesves cuentos como correo sin estampillas, ni cacarees como vieja gallina que ha olvidado de ser ponedera, porque en lugar de sanarte te despacharé al infierno en menos de lo que canta un gallo. Pues, te diré la verdad. No soy Benedicto, hijo mío. Soy el Simeón Morales, el mismo que hace cien años volvió del más allá.

Juan Alberto Osorio (Cusco, 1945)

El júbilo de las sombras

Inmenso fue su asombro cuando lo percibió por primera vez. Era un apacible atardecer, y los matices de la primavera reposaban aún en sus ojos. En ese momento, revisaba un periódico de la capital, y, de pronto, dejó caer la hoja que había mantenido en alto a medio pasarla. Qué podía ser aquella oscuridad descolgándose de este cielo hasta hoy sólo amagado por nubarrones del tiempo.

Bordeó aprisa el mostrador y llegó al estante afectado. El lento e implacable descenso, en que de pronto se convertían los años acumulados, le infundió temor, y refrenó el impulso de coger algunas cosas aún servibles. Bajo esa extraña precipitación, los objetos con avidez perdían sus contornos, e intentaban acabar con los recuerdos de sus abuelos y de sus padres, que en otros tiempos habían animado febrilmente esta tienda. Cuando esa lluvia cesó, su mirada fue obligada a replegarse: definitivamente esos espacios ya no eran de su dominio. Resignado retornó al mostrador y, una vez más, levantó sus ojos hacia esa parte postrera de la tienda: una densa bruma había quedado establecida.

Con el tiempo, tomó por costumbre el convivir con esas sombras. Cada día, al llegar y abrir la tienda, lo primero que hacía era contemplar ese extremo poco transparente, que permanecía intacto. Por las noches, a eso de las siete, luego de sacar las cuentas, tomaba los gruesos candados y se aproximaba a la puerta, pero antes de poner el dedo sobre el interruptor de luz, echaba una mirada de despedida sobre esa nebulosidad detenida.

Desde que se produjo esta situación, adquirió el hábito de retirarse más temprano, porque un temor se acrecentaba en él al llegar la noche. Entonces, cerraba la tienda y marchaba a su domicilio, en la zona baja de la ciudad. Llevando un pequeño paquete y unos periódicos, apuraba sus pasos cansinos. Atravesaba la misma ruta seguida por sus padres y abuelos en incontables mañanas y anocheceres. Hoy, una sensación adquirida en tiempos recientes, le oprimía el corazón. Y, mientras surcaba las aceras, la aproximación a su casa era un alivio ganado metro a metro, porque a esas horas las sombras abandonaban su enclaustrado, libres y voraces, inundaban las atemorizadas calles de la ciudad. Entonces, la gente iba empujada por la prisa y pugnaba alcanzar el precario refugio de su domicilio. Pronto las calles queda-

ban desiertas o eran surcadas sólo por apremios rezagados o tal vez por algún ebrio desafiante y aturdido.

Una de esas tardes, al retirarse y echar la acostumbrada mirada final sobre esas sombras aquietadas, tuvo la sospecha de que éstas habían avanzado. Esta vez su caminata se hizo más lenta y más preocupada, y un insomnio lo asoló sin piedad toda la noche. Al día siguiente, salió más temprano que de costumbre, lo que arrancó de su esposa interrogantes teñidas de inocultable preocupación. Al llegar, abrió los candados con cierta torpeza, y el nerviosismo le impidió responder de la manera acostumbrada el saludo del elevado turco Martín, que apareció en la puerta de su cafetería, con un mantel amarrado a la cintura, a manera de un delantal. Ingresó con sigilo y extendió una mirada estremecida sobre el rincón de la tienda. En efecto, las sombras estaban desparramadas y habían avanzado varios metros, y el polvo asentado cubría ya algunas cajas y objetos allí acumulados. Pero al girar la vista, su perplejidad fue mayor: las sombras habían empezado a devorar los estantes laterales. Como pudo, retiró las cosas y las libró del polvo amenazante; otras, sin embargo, quedaron definitivamente atrapadas. Inerme y preso de turbación, contempló cómo eran devoradas por las sombras. Las cosas salvadas las fue apilando a unos metros de los dominios de la oscuridad. Algunos libros quedaron en los estantes, pero convenientemente alejados del peligro.

Al concluir la tarea, volvió a su mostrador. Fatigado, después de esta escaramuza fragorosamente librada, reposó unos momentos, y sólo después abrió plenamente la tienda. Luego de colocar las vitrinas de libros y revistas sobre ambas hojas de la puerta de madera, quedó parado allí, y contempló a los transeúntes de esa avenida: escolares, universitarios y empleados presurosos a esas horas de la mañana. Mujeres que iban o volvían del mercado. Al lado izquierdo, tras las arquerías de piedra, aparecían las altas palmeras de la Plaza de Armas, y, al fondo, el techo del hotel de turistas. Al otro extremo, la avenida se abría con amplitud no perturbada siquiera por el inmenso arco de San Francisco, bajo el cual continuaba, con las aceras atravesando pequeños arcos laterales. Hoy, sin embargo, nadie podía pasar por allí: una tranquera cubría toda la extensión de la calle, y policías parapetados en sacos de arena lo impedían.

En los días siguientes, las sombras seguían avanzando implacables, y él, cada mañana, tan pronto como llegaba, alejaba las cosas de aquel peligro voraz, y disputaba febrilmente cada centímetro de espacio. Al final, exhausto, quedaba relegado en esa batalla cotidiana, y permanecía allí unos momentos maniatado por la reflexión. Entonces como un guerrero solitario, se parapetaba en ese extremo del mostrador, que era de su pleno dominio, y a cada momento levantaba la

cabeza y extendía una mirada contundente sobre esa oscuridad que avanzaba y lo tenía ya acorralado.

Fue ese el momento en que ingresé a la tienda. Antes, había observado las carátulas de las revistas y libros que se exhibían en esa especie de antesala formada por las gruesas paredes de adobe y las amplias hojas de la puerta de madera, y que estaba unos veinte centímetros más bajo del resto de la tienda. Al subir ese peldaño, perplejo me vi sobre aquel viejo enmaderado, en sus hileras oscuras y gastadas por pisadas acumuladas en el tiempo. De pronto aparecí cercado en un espacio bastante mezquino. Por un lado, ese extremo libre aún del vetusto mostrador y, por el otro, un pequeño estante metálico y unos cajones de madera alineados a él. Sobre ellos, mostrábanse revistas, libros de la más variada materia y calidad. En ese espacio, ya junto a la puerta, se había refugiado la claridad, pero él hacía con afanosa entrega sus cuentas sin fijarse en mí.

Otro día que volví, los gruesos maderos de ese mostrador hecho para durar eternamente, ya no aparecían: habían sido devorados por el tiempo. Una densa oscuridad flotaba en el interior. Los libros, revistas y periódicos en venta estaban congestionados a la entrada de la tienda y ocupaban la acera sobre cajones de madera, arrimados a ambos lados de la puerta. Él había colocado su máquina de escribir portátil al filo de la calle, en un pequeño espacio disputado a sus productos. Había, además, envejecido bastante.

Hoy, por última vez visito este lugar, pues mañana me marcharé para siempre de esta ciudad. Me detengo en la primera cuadra de esta avenida, en los bajos de esta inmensa casona que cubre casi una manzana. Establecimientos de la más variada especie florecen y abren a diario sus puertas. Junto a ellos está esta tienda sobrecogida por la oscuridad, que inexplicablemente permanece abierta día y noche. Sombras jubilosas moran en su interior sin llamar la atención de nadie.

Jaime Pantigozo Montes (Cusco, 1946)

El canto del tuco

El miedo se le había pasado, ya no temblaba, pero no entendió las voces ni comprendió el estruendo y le pareció que el tiempo estaba detenido. Entonces, lo primero que sintió fueron unas brasas punzantes entrándole y quemándole el pecho y el estómago mientras un líquido tibio comenzaba a mojarle el bajo vientre y los calzoncillos –curiosamente, se avergonzó pues creyó que se estaba meando– y mientras caía lentamente, sin peso, seguía sin entender cabalmente lo que le estaba pasando. Tal vez debió haberle hecho caso a la abuela...

– ¡Apulinariyu, Apulinariyu! ¡Wawallay! ¡Ama llaqtata riychu, tukun chisi waqasharan! Qhinchán! –grita la mama Anaku.

– ¡Esta vieja nunca aprenderá hablar castellano! –pensó sin rencor de la abuela–, siempre empeñada en hacerme quedar mal hablándome en quechua ante los mistis... pero no puedo dejar de ir al pueblo aunque se oigan cantar muchos búhos malagüeros; tengo necesidad de vender el resto de mi cosecha, diez bocas para mantener no son pocas después de todo. Además, ¿qué sabe la abuela sobre todo lo que me ha costado conseguir lo que tengo!

Y mientras su corazón se alegraba al recontar sus bienes, veía, primero, a aquel huérfano solitario, hijo de misti comerciante de quien no guardaba memoria alguna, jugando solo y defendiéndose a golpes de sus compañeros de escuela; luego, al mozo maltón, roto y semidescalzo, que debió abandonar la comunidad por pegarle al maestro abusivo.

– ¡Tú maystru abuso, carajo! –le gritó lleno de ira, tirándole un golpe ciego. El atrevimiento hizo historia en Yuraqkancha y zonas aledañas y la frase se repetía aunque fuese inoportuna. Los mozos festejaron en silencio su acción, las mozas admiraron su audacia, pero los viejos reprobaron la osadía y debió irse aun sabiendo que después de todo la comunidad estaba a su favor pues lo que hizo fue lo justo: pero no podía quedarse porque el mal ejemplo cundiría.

Por mucho tiempo la Paulina, su mujer, solía recordar la hazaña ante hijos, allegados y vecinos; unas veces como ejemplo de valentía o como algo para avergonzarse, en otras; dependía de su estado de humor, no siempre pacífico, especialmente cuando él iba o volvía del pueblo. Era una mujer cálida, de manos abiertas, trabajadora

como todas de esta comunidad, de poco aguantar desatinos; por eso a veces él se preguntaba cómo lo había soportado todo este tiempo.

Su paciencia y tesón también le ayudaron mucho desde que se juntaron en la ciudad donde él vendía chucherías de plástico mientras ella servía en casa de un leguleyo, de donde este choio atrevido ha raptado a mi ahijada como arguyó la patrona en su afán de retenerla porque la chola es buena empleada, honrada, limpia y como ella, ni por plata. Pero logró su aceptación porque les prometió que serían los padrinos de un casamiento que no se realizaba hasta ahora, porque estás en gravísimo pecado, hijo mío como solía decirle el cura del pueblo. Sus patronas la dejaron ir,... pues no ganamos nada oponiéndonos: este cholo es muy decidido y ella se muere por él. Así se fueron a vivir sus sueños, compartir su pobreza y añorar su pueblo juntos.

Ahora él recordaba con rabia esa ciudad triste donde hizo de todo. "Desde romperme la espalda cargando bultos de la estación al mercado por unos cuantos reales, lampear y pisar barro para las construcciones en las barriadas y hasta ser alcanza agua y limpia baños de un burdel, donde me amparó una puta vieja que decía ser arequipeña pero que hablaba como yo". Ella fue la que le orientó a la escuela nocturna; allí aprendió el castellano y lo necesario como para escribir las actas, los oficios de la comunidad y las cartas que los runas enviaban a sus hijos en ciudades lejanas; también ella le ayudó a comprar un triciclo.

"Esa fue mi primera herramienta y manejando mi triciclo por las calles me encontré con la Paulina que era de mi misma comunidad aunque nunca la había visto antes". Fueron épocas duras pero también con sus cosas alegres. Sin embargo, el corazón le decía que debía regresar a Yuraqkancha porque había una deuda para cobrar.

Al volver lo recibieron con alegría, como al hijo ausente de todos los comuneros; desde entonces les fue ganando el corazón con su voluntad para trabajar y hacer progresar a la comunidad. Pero de eso ya hacía mucho tiempo.

Ahora los tiempos estaban difíciles en todas partes y se pondrían peor, lo presentía, ¿quién les habrá metido a la cabeza esas ideas? ¿el maestro? ¿el Timucha? más todavía si esos muchachos siguen pensando en cosas extrañas y reuniéndose para hablar de tonteras ¿cómo se habrá quemado la posta del pueblo?, en lugar de ir a la erapata a cantar, beber y gustar de las cholas, como era la costumbre en la comunidad, como él lo hizo algunas veces ¿quizás el Isidro y el Felipe, sus hijos mayores, no andarán también metidos en esas tonteras? ¡Ah, las noches de luna de la erapata, noches donde los mozos y las mozas descubren el placer del amor! Así conoció a la Balbina, ja, ja, ja, chola geniuda pero querendona... celosa como su Paulina.

1 ¡Apulinario, Apulinario! ¡Hijo mío! ¡No vayas al pueblo que anoche oí al búho cantar! ¡Es malagüero!

Ya en el suelo deseó con todas sus fuerzas estar en otro sitio, bajo las cobijas olorosas a pasto y trébol de la Balbina que le gustaba tanto, pues ahora podía entrar a su casa sin temor ni tener que esconderse como antes. Intentó pararse y no pudo, se lo impedía el peso del pie del cabecilla que le pisaba el cuello, mientras el ardor en el pecho y el estómago le quemaba más, con un fuego que le abrasaba las tripas; quiso gritar pero apenas pudo guturar una especie de estertor porque el tibio líquido ahora le ahogaba la garganta...

Sucedió cuando recién vuelto a Yuraqancha fue a una comunidad vecina para comerciar con un conocido suyo, quien lo animó para ir a la fiesta de la erapata y se disfrazó de soltero, con poncho, chalina blanca y charango roncador. Allí se encontraron, se amaron y él perdió la cabeza; después la buscó pero la Balbina se resistía, no quería seguirlo. Entonces apelando a la vieja costumbre de hacer correr la manta de la muchacha deseada, una tarde la emboscó en el camino al pueblo; primero se la llevó a una choza de pastores abandonada y después de tres días, al pueblo, donde la puso a comerciar con pasto para el ganado en una tenducha. Desde entonces era su mujer.

Estos recuerdos le aligeraban el camino, especialmente cuando pensaba que ya no debía esperar la noche para entrar a ocultas a la casa de la Balbina, como si fuese un ladrón; todo estaba bien ahora, hasta iban juntos al mercado del pueblo. Nadie le molestaba ni los comuneros cambiaban de conversación cuando en las faenas se acercaba a compartir la merienda. Sólo el Timoteo Chauca se permitía hacer menciones impertinentes cada vez que tenía ocasión y cuando no la tenía, también.

Le faltaba poco para llegar al cruce donde subiría al camión para Cablonga y está cansado. Ya ha caminado un largo trecho, pero la idea de llegar pronto al pueblo le hace apurar el paso, cuando de pronto, detrás de las rocas del último recodo del camino, surgen fantasmas que al parecer lo estaban esperando desde hacía bastante rato.

—¡Aysta carajo el suwa, el yana uma! Bgritó uno de ellos.

—¡Hapiychis! ¡Sipiychis!² —vociferó otro con más rabia.

Unos se cubren con grotescas bolsas de bayeta negra, otros llevan chullos y grandes pañolones de colores y el que los dirige, un gran pañuelo rojo, gafas oscuras y un ridículo sombrero de oveja. Por un rato todos hablan atropelladamente, casi a gritos, excitados, blandiendo machetes, palos y dos o tres armas que debían ser fusiles, hasta que su jefe les ordena callar asumiendo gravedad y engolando la voz. Apolinario no sabía si esa actitud era para demostrar su mando o para no ser reconocido, pero él identificó esa voz aunque no quería aceptarlo.

2 —¡Cójanlo! ¡Mátenlo!

Conocía a casi todos los muchachos del pueblo y la comunidad; los había visto crecer y entre ellos le simpatizaba Timucha, el hijo de la renga Avelina. Lo apreciaba, sin saber por qué... tal vez porque se le parecía por su rebeldía juvenil o, peor todavía, porque el corazón le decía que podía ser su hijo, pues solían verse en el corral de don Damián, en las noches sin luna, desde aquella fiesta de la Cruz donde bebieron y bailaron juntos; pero de eso ya hacían muchos años. Ella nunca señaló al padre, algo por lo demás común cuando estas cosas sucedían en las fiestas comunales o en los carnavales del pueblo.

Le vendaron los ojos y le ordenaron caminar; pero Apolinario, a pesar de no poder ver, reconocía los lugares por donde pasaban. Se dirigían por la quebrada, cuesta arriba, hacia donde nacía el rumoroso riachuelo, pasando por las recién aradas tierras comunales destinadas para ayudar en sus necesidades a las viudas y los huérfanos. Escuchaba los ruidos de la naturaleza, sentía el intenso azul del cielo y el aroma de las retamas, achanqaraes y kiswares que mezclado con la fragancia de la tierra recién mojada por las primeras lluvias de octubre, le llenaba los pulmones con ese olor que siempre añoró mientras vivió en la ciudad. ¡Ah, cómo amaba esta tierra dura pero placentera si era trabajada con cariño...!

La caminata no duró mucho. Con una orden seca y un golpe en el rostro le hicieron saber que habían llegado al lugar; se sentaron en algunos pedrones y formaron un semicírculo.

—¡Manan! No es verdad, no soy ladrón, con mis fuerzas todo lo he ganado. Primero he comprado mi triciclo con propinas de los clientes de un chuchumeca que me aconsejó; después he vendido ropa vieja, cambiado botellas con baldes y palanganas de plástico; también he tenido mi puesto en el mercado para vender tomates. Así, conociendo a mi mujer, los dos duro hemos trabajado y con la platita hemos regresado a la comunidad.

—¡Tampoco es cierto! No soy abusivo, sólo tierras que mi madre me dejó he trabajado; otro terrenito de los Taype he comprado, pagando su precio y la comunidad ha aceptado. ¡Nunca he engañado a nadie!

—También es pura mentira; todos saben pues ya no quiero ser autoridad, más bien los comuneros me piden, por la fuerza me eligen; por ser autoridad más bien tengo gastos, tengo preocupaciones porque me hacen perder mi tiempo para trabajar, yo tengo hartos hijos que mantener...

—Sí, eso sí es verdad pues, pero hombre es hombre cuando sabe cumplir obligación. Además nuestros hijos no deben pagar nuestras culpas y las cosas ya no se pueden cambiar; yo buen padre para todos ellos soy y nada les hago faltar. Todos tienen su educación porque primero está educación para servir a la comunidad y la patria como ustedes ahora están diciendo pues.

—Tampoco soy borrachoso ni derrochador, no me gustan las fiestas porque todo es borrachera, pero he pasado por todos los cargos; primero albazo, después alferado, hasta cargo de San Crispín he cumplido, es costumbre de la comunidad pues y las costumbres son de respeto...

No le dejaron continuar; a una orden de su jefe, entre nerviosos y temerosos, le dieron de golpes, puñadas, patadas, hasta tirarlo sin aliento al suelo; pero atado y todo, se puso de pie por sus propios medios cuando le ordenaron pararse.

Entonces, durante un largo instante se hizo un silencio extraño, como el silencio que se produce cuando la respiración de la naturaleza se detiene por un momento, un segundo antes del alba, como un puente entre la sombra y la luz, silencio que fue quebrado por las órdenes a gritos del cabecilla.

Haciendo un supremo esfuerzo se desamarró y se quitó la venda y, al mirar a los enmascarados, adivinó que estaban asustados, perplejos, a pesar de sus alaridos y aspavientos; entonces pensó que al verlo en el suelo pronto acudirían a ayudarlo, pero ninguno hizo nada; seguían danzando, ululando gritos incomprensibles.

Nadie jamás antes se había atrevido siquiera a levantarle la voz, tomarle cuenta de sus pensamientos o pedirle explicaciones de sus actos, salvo cuando las comadres metecucharas iban donde una de las mujeres a calentarle la cabeza con cuentos y chismes, preguntando como quien no quiere la cosa, *seguro no le creerás a tu marido cuando te dice que por sus ocupaciones de autoridad está obligado dormir en casas ajenas, ¿verdad?*

Entonces Apolinario debía soportar primero sus lloros y suspiros, después insultos y hasta gritos destemplados que con mimos y regalos sabía aplacar fácilmente. Pero una vez ambas mujeres coincidieron en el mercado dominical del pueblo y sin casi mediar palabra se fueron a las crenchas. El recuerdo del lío aún lo hacía sonrojar y se vio obligado a usar la amenaza del abandono y aún la fuerza para que no llegaran hasta la justicia; bien conocía él lo que costaba caer en sus manos. En la comunidad todo el mundo supo lo sucedido; sin embargo, nadie se atrevió siquiera a mostrarle mala cara. Salvo el Timucha que se burlaba a sus espaldas, en complicidad de los mozos mal encarados como él.

• Pero sentía también que el Timucha más que respeto le tenía temor, quizás hasta se diría miedo, aunque una vez le ofendió delante de todos.

—¡Sólo un toro sucio y de muchas astas puede arar en dos tierras! —insinuó en el descanso de una faena con risita burlona, mirándolo fijamente, olvidando que por ser autoridad le debía respetar. Apolinario lo derribó de un solo golpe y el Timucha salió aullando como chaku mugriento, con el rabo entre las piernas, mascullando su ira, ante la risa de los comuneros.

Sin embargo, le parecía que algo más estaba mal en este muchacho; no era por pensar de mala fe pues... pero más que rebelde parecía un rabioso, un

descontento con todo y todos. Sus acciones eran aviesas como cuando le rompió la pata al torillo de su tía, sólo en venganza de haberle rezongado por estar días y días bebiendo y holgazaneando, sin trabajar la chacra de su madre. El pobre viejo don Damián nunca supo quién fue el autor de esa crueldad, aunque toda la comunidad lo conocía.

Entonces Apolinario y dos comuneros fueron comisionados en secreto por la comunidad para que hablaran en el pueblo con el sargento Argandoña y lo entregara al cuartel *allí entrará en razón pues y se hará hombre*. Un domingo, en pleno mercado, dos policías lo apresaron, lo amarraron y se lo llevaron a golpes, a pesar de su feroz resistencia y de los lamentos de la madre.

—¡Quién trabajará mi chacra! ¡Sin mi hijo moriré de hambre! —gemía la madre.

La comunidad se comprometió a trabajarle las exiguas tierras y darle algunos topos más, pero no hubo chicha ni cantos de despedida ni recomendaciones de guardar en la memoria el recuerdo de la comunidad como cuando se fue Apolinario. "¡Hasta sería mejor que se olvidara de Yuraqkancha!"

Seis meses después Timucha se apareció en la comunidad. "Me han licenciado", dijo, pero todo se descubrió cuando la Policía Militar llegó a buscarlo a la comunidad y Apolinario, en complicidad con el sargento, lo ocultó en casa de la Balbina, tal vez porque tenían remordimientos. Además, le dio ropa y unos zapatos nuevos comprados en la feria de Canincunca que no le servían, pues el Timucha apenas tenía el uniforme y los borcuques que vestía cuando escapó del cuartel, corriendo el riesgo de ser reconocido fácilmente.

Los soldados no pudieron encontrarlo y Timucha volvió a la comunidad e intentó demostrar que había cambiado, simulando respeto, docilidad y hasta seriedad cuando alardeaba de sus conocimientos sobre armas. Comenzó a hablar de los nuevos tiempos insinuando, cuando Apolinario estaba presente, sobre la necesidad de hombres decididos, mejor si conocieron la pobreza y el abuso. Quizás, pensaba Apolinario, fue cuando comenzó este tiempo tan triste...

Por esa época la Balbina había parido a su única hija y temía que la Paulina también le exigiese tener otro porque, por si lo has olvidado, a mí primero me has conocido y por eso soy tu mujer legítima, no esa cochina con quien duermes cuando vas al pueblo; así, dale y dale todo el día, como las lluvias de febrero. Por su lado la Balbina rezongaba con rabia seguro ahora donde la vieja de tu mujer correrás para hacerle otro hijo mientras yo tengo que cargar esta cría, después de parirla, viéndome toda sucia, apestando a leche y orines. Y cuando no le hacía caso, le recordaba, ¿acaso yo fui a tu casa? ¿A tu puerta fui a buscarte? ¿Te rogué, te jalé para que vivas conmigo?

Así había sido desde que ambas mujeres supieron la existencia de la otra, pero aunque él quería arreglar este problema, no encontraba el camino para

llegar a la solución. Después de todo, los hijos no se pueden abandonar fácilmente y al final terminaba cediendo con la reclamona y haciéndole otro hijo, así hasta ocho: cuatro en la primera, cuatro en la segunda. Pero él ya no estaba tan joven y la pobreza apretaba más.

Sin embargo, también Dios a veces escucha a los pobres si le piden con fe. Fue una tarde, al regresar de la estancia de donde dejó el ganado para que pastara durante la secas, cuando se encontró a las dos mujeres conversando como si hubiesen sido viejas conocidas y temió lo peor. Cariacotecido, temeroso, con la voz entrecortada, preguntó qué es lo que estaba pasando y ellas con el mayor desparpajo, casi quitándose las palabras de la boca, le respondieron que no podían seguir compitiendo en saber cuál de ellas era capaz de parirle más hijos, que ahora la vida estaba jodida (ellas usaron esa palabra), que ya habían hablado con doña Encarna, la yerbera, y que no se preocupara más.

El acuerdo le pareció raro al principio, pero con el tiempo los hijos fueron reconociéndose y reconocidos como hermanos en la comunidad y en la escuela del pueblo; entonces comprendió la extraña sabiduría de las mujeres. Tampoco esta vez los comuneros dijeron nada, fingiendo no saber aquello que todos lo supieron siempre; después de todo Apolinario Wayakunsa era buen hombre, defensor de los derechos comunales porque era el único leído y escrito; siempre dispuesto a dar plata para un entierro, cañazo para el cargo del santo o consejos cuando se los pedían.

Sí, era respetado y hasta querido, pero ahora, cuando repasaba su vida, le parecía que todo había perdido valor y que sus pasos se diluían, porque no dejaban huella, como si hubiese caminado en el agua y que por eso no podía volver atrás. Tal vez era por sus propias culpas, *porque vives en pecado* como le decía el tayta cura o tal vez eran los tiempos que se vivían ahora en su pueblo o por las cosas que pasaban en otros sitios... ¿quién lo podría saber!

En todo caso, una cosa era segura, los Apus estaban hablando, aunque él no entendía lo que decían, pero recordó que el vuelo de los chiririnkas, el aullido del perro o el canto del tuku eran su voz cuando avisaban que el tiempo de algún comunero se había acabado, que debía volver a ser parte de la Pachamama y desde donde regresaría en el aletear de un siwar qinti, en la lluvia que germina la simiente, en el rumor del río, en la fuerza de la chicha o en las lágrimas de quienes lo lloraban cuando ya se hubiese ido...

Y lo último que logró ver antes que sus ojos se le cerraran pesados, contra su voluntad, fueron aquellos zapatos llenos de barro del que había dirigido todo este lío y antes de sentir que algo pesado y filudo le aplastaba la cabeza, tuvo tiempo para recordar que esos zapatos barrocos los había comprado hacía muchos años en una feria de Canincunca.

Hildebrando Pérez Huarancca (Ayacucho, 1946)

Cuando eso dicen

—Cosas que hacen los hombres, ¿no? —conversan nombrándome cuando camino por las calles llevándola de la mano. Y con eso me avergüenzan hasta bajar la cabeza. Pero ella, ni siente ni padece. Sólo sigue caminando junto a mí, callada la boca. Cuando eso dicen me acuerdo de los hombres que antes venían a nuestra casa por las noches, también de día, pidiendo que ella les arreglara algún hueso torcido. Le exigían que ella entrara al cuarto y cuando se negaba la metían a la fuerza. Yo lloraba jalando al hombre del pantalón. Pensaba que la iba a matar. A ellos no les gustaba estar junto conmigo. Me botaban hacia afuera y se encerraban en nuestro cuarto. Entonces yo gritaba más fuerte todavía dando zapateos en el suelo, pidiendo auxilio para que la soltaran. Pero nadie venía a ayudarme. Por eso yo estaba solito afuera hasta que el hombre salía y me regalaba dinero diciéndome: **calla, muchacho, sólo me la he comido**. Y se iba sin despedirse. En eso, no bien desaparecía de la puerta, yo corría adentro y ella estaba ahí sentada en el suelo con los cabellos desordenados, llorando. Por esos tiempos me gustaba decir papá a todo hombre que nos visitaba. Eso habría hecho pensando que los hombres que venían entonces eran nada más que uno solo. Más tarde comprendí que eran muchos y diferentes y ni siquiera se parecían a mí. Yo no sé cómo son los padres. Mi madre nunca me dice quién es mi padre y cada vez que le pregunto me dice que no la fastidie. Por eso no sé hijo de qué padre soy, sólo entiendo que mi madre me habrá parido hijo de un padrillo como dicen. Ahora que ya soy grande no vienen tanto como antes, más que de vez en cuando. Aunque vienen ya no se encierran con ella en nuestro cuarto como antes. Por eso, mientras conversan en el corredor, voy hacia el espejo y busco en mi cara algún parecido con la del hombre. De tanto mirarme en el espejo hasta ya sé de memoria cómo es mi cara y mientras caminamos por las calles también estoy tratando de reconocerme en cada hombre que se cruza con nosotros. Eso hago siempre y hasta corremos el riesgo de ser atropellados por algún carro. Mi madre no tiene trabajo como otras señoras. Sólo le pagan por los arreglos que hace a las mujeres de los hombres que nos visitan en estos últimos tiempos. También hila y lava ropa de varias personas. Yo paso todo el tiempo ayudándola, por eso no tengo amigos para jugar siquiera un ratito como otros de mi tamaño. Y si no estamos trabajando en nuestra casa, estamos caminando por alguna calle tomados de la mano, con

dirección a la casa de algún cliente. Yo la llevo de la mano, no porque ella no conozca la ciudad, sino porque ella puede caerse. A veces cuando pienso en ella, antes que me tuviera, me dan ganas de llorar. Cómo andaría por las calles solita, sin nadie y así como es. **Por eso talvez —me digo— tuvo que tenerme para ayudarla a vivir.** Tampoco sé qué más me llamo después de Hermelindo. Yo no conozco a mi padre ni mi madre lo conoce a él. Ni a sus propios padres conoce. Yo sólo conozco a ella y con eso voy ganándola. Ella se llama Herminia y cuando le pregunto por sus padres me dice cómo iba a conocerlos así como es. Las gentes también dicen que ella nació así y que por eso, nunca conoció a mis abuelos, que ellos se murieron mucho tiempo antes que mi madre conociera hombres. Ya después, dice, se vinieron las deshonestaciones. Esas cosas andan diciendo mientras camino por las calles llevándola de la mano. Las personas que nos contratan, nunca dan sus direcciones, sólo nos indican la calle de sus casas y nosotros llegamos exactos. Todavía no sé leer para estar mirando las numeraciones que dicen. Me gusta ir a la escuela viendo a otros de mi tamaño y le exijo a mi madre para que me envíe, pero ella me contesta diciendo que aún soy muy muchacho para eso; y otras veces que no tenemos dinero. Podré ir cuando ya sea más grande, trabajando para comprarme mis cuadernos. Eso dice. A nosotros nunca nos gusta engañar. Siempre llegamos a la hora señalada, por eso hay personas que nos estiman y hasta nos hacen comer en sus casas y nos dan otros trabajitos. Pero también hay personas que se niegan a pagarnos luego de habernos hecho trabajar, diciendo que ella no sabe arreglar o sino que yo soy muchacho mañoso. Cuando dicen que engaña es como para creer; porque cómo vería ella lo que ocurre dentro de otras señoras así como es. Eso pienso y digo que talvez engaña de cierto. Pero cuando hablan de mi mala maña me dan ganas de escupirlos en la cara, es que cuando estamos en casa extraña no me aparto de ella ni siquiera por un instante. Tengo miedo que le suceda algo grave. Hasta pienso que pueden volver a deshonestarla y le dieran otro hijo más. Si eso pasara qué sería de nosotros con lo pobres que somos. Nosotros somos muy pobres, por eso a veces no tenemos ni para comer; y cuando ocurre eso mi madre me manda coger "atajos" para hacer picante. Eso comemos o también estamos días íntegros solamente con tunas; y otros, comemos en casa de alguna persona que nos estima. Entonces me paso cuidando a ella sin moverme por nada de su lado. Pedir limosna también no nos gusta aunque ya no tengamos qué comer. Dice ella que eso hacen los ociosos o los ancianos que ya no pueden trabajar. Ella trabaja en todo y se gana su dinero hasta arreglando el estado de embarazo de las señoras. Hubo una vez un hombre que quería comprarme y por poco la convence; pero ella, finalmente, se negó por completo diciendo que yo su hijo estaría a su lado, si fuera posible, comiendo tierra o un pedazo de su propia carne y que ya cuando ella se muriese

me quedaría solo. Así dijo esa vez. Por todo eso la cuido y no quiero dejarla sola. Estoy siempre llevándola de la mano a cualquier lugar. También la llevo al corral para que haga sus necesidades y mientras hace, espero tranquilo hasta que termine. Otras veces hacemos los dos juntos. Yo la quiero bastante aunque muchas personas la tratan de sucia. Pero no somos tanto así como nos dicen mirándonos con sus ojos que se les cae de odio. Nuestras ropas de ser viejas y remendadas lo son. Sin embargo, nunca están sucias. Mi madre siempre me dice con tiempo si es que tenemos que salir a calle, así como esa mañana. Entonces, primero le lavo la cara a mi mamá y luego yo. Por eso ahora estoy lavándome los pies para salir a la calle con ella.

Día de crecida

Si no ganaba la guerra no hubiera podido comprobar que puede ser cierto lo que dijo mi tío Parmeño y es que ayer subí con mis soldados por esta cuesta empinada para recibir el botín de la guerra que perdieron los indios apaches y en la mitad de este cerro me estaba esperando el jefe Aguilar Blanca quien después de entregarme tristemente el tesoro sonrió y dijo en voz alta ¡ahora sí por fin podemos fumar la pipa de la paz! y juntos con él nos fuimos a la orilla de la quebrada por donde baja el Huacarmayo a fumar los diez cigarrillos que eran todo el tesoro y cuando estaba fumando sin parar de toser vi el hilito de agua que bajaba por el cauce seco del río anunciando que algo bien feo puede pasar y al ver ese hilito de agua seguí fumando y tosiendo con gran alegría hasta que empezó a ennegrarse la tarde entonces dejé de sentirme alegre y me bajé de este cerro pensando con temor en la santísima trinidad que es un látigo de tres puntas con el que mi mamá me castiga cuando llego después de las seis de la tarde y aunque ella no se quita del todo la mala costumbre de estarme pegando ahora es menos que antes porque tiene que lavar y coser mucha ropa y ya no tiene tiempo ni para escupir en el patio y es que más antes cuando yo le pedía permiso para ir a jugar ella escupía en el patio una saliva espumosa y después de amenazarme con la santísima trinidad me decía regresa a la casa antes que se seque la saliva y yo entonces tenía que partir a la carrera y apenas empezaba a ganar mis primeras bolitas jugando al hoyito tenía que volver a mi casa y llegar justo cuando el sol estaba por secar el último puntito de espuma y eso pasaba antes cuando era chiquito pero como ahora tengo once años y además de mi casa salí bien temprano puedo lo más tranquilo ir recordando la rendición de los indios apaches mientras subo esta cuesta de la que ayer me bajé y ahora la vuelvo a subir porque anoche mi tío Parmeño me contó que hoy puede ser día de crecida y me dijo que eso puede pasar porque todos los años y justo en este día de marzo el príncipe antiguo sale de expedición con la gente que forma su ejército y cuando está alejándose de su pueblo de piedra que se encuentra a un día de distancia de este cerro empinado se quiebra el camino y muere al caerse por el despeñadero mortal y es ahí cuando su princesa al saber la noticia corre al triste lugar donde su esposo ha caído y sentándose en el suelo de paja se pone a llorar su desgracia cantando la canción que dice lloraré hasta formar un río de llanto y es ahí cuando el Huacarmayo se aprovecha para nacer de las

lágrimas de la princesa Mamayatay y de acuerdo a la cantidad de pena que ella tiene para pasar su tiempo llorando el Huacarmayo se vuelve río dos o cuarenta días al año y baja todo furioso y crecido por un costado del pueblo y es por ese motivo que ahora yo subo esta cuesta pero no a ver ni a oír el llanto de la princesa ya que sólo se puede escuchar lo que llora cuando mi tío Parmeño me cuenta esa triste leyenda sino a esperar que el Huacarmayo baje con cólera para llevarse la casa grande del viejo don Oscar y es que esa casa es la única que se olvidó de llevar cuando arrastró el año pasado las últimas casas que habían cerca a su orilla y también la cancha de fútbol donde yo jugaba de Lolo Fernández y la destrucción de las casas y de la cancha de fútbol no fueron las únicas malas hazañas que hizo este río sino que según dice la gente más antes se llevó también animales y chacras y otras cosas más que no sé por qué recién hace cinco años que llegué a este pueblo y en ese tiempo pasado no sabía que este cauce seco y lleno de piedras se llamaba río como ahora lo sé y lo que sí puedo decir es que la casa del viejo don Oscar no se la llevó porque la estoy mirando ahorita y él se encuentra muy orgulloso de eso porque dice que hasta el río respeta a la autoridad y es que según me contó mi tío Parmeño el viejo don Oscar es el gobernador del pueblo desde que empezó a usar bigotes y hasta ahora y me dijo que el viejo siempre sale elegido porque tiene más plata que todos y además un lindo caballo de paso que saca a lucirlo en los desfiles de carnaval y el viejo sólo saca ese uno porque es el único que le quedó desde que se le murieron los otros caballos que tuvo y eso le sucedió en la fiesta de San Miguel cuando un cohete cayó al techo de paja de su galpón y lo quemó facilito y después de hacer eso el cohete bajó a la puerta de entrada y la cerró con la candela que hizo para que nadie pueda entrar ni los caballos que estaban dentro del galpón pudiesen salvarse del fuego y luego el cohete se convirtió en incendio y se puso a quemar con una paciencia de más de dos horas a los pobres caballos menos a ese caballo que se salvó de milagro pero en verdad no fue el mismo milagro el que lo sacó de la candela sino la tierra y el agua y los insultos que estuvieron echando la gente del pueblo para apagar el incendio y cuando al fin se apagó hubo un silencio y una tranquilidad que todos aprovecharon para tener pena por la muerte de los pobres caballos y también para ponerse a comentar que el cohete provocó esa desgracia para que el viejo comprenda y deje de estar haciendo daño a la gente y como el viejo no había escuchado los comentarios que hacían no comprendió eso sino lo único que hizo fue decir que todo sucedió por el descuido del negro que tenía que haber estado cuidando el galpón y ahí mismo ordenó a dos peones que salieran a buscarlo y una vez que lo hallaron le pegaron bien duro para que así aprenda a no ser descuidado en otra vez que un cohete caiga al techo de paja del galpón con la mala intención de dejarle a don Oscar con un solo caballo y después de darle una tunda le

encerraron en la cárcel para cuatro personas que hay en el pueblo y que don Oscar mandó construir según dijo para que este pueblo tenga su cárcel y esté a la altura de otros pueblos más grandes y después que Simón estuvo bien encerrado el viejo lo hacía sacar cada dos días para que lo golpeen de nuevo y era por eso que mi mamá tenía que esperar que lo vuelvan a meter en la cárcel para curarle las heridas y llevarle comida y también para charlar bastante con él y fue en la quinta charla cuando Simón le dijo a mi mamá que en los veinte años que venía trabajando para el viejo ganando apenas unos cuantos centavos recién se enteraba que aparte de trabajar en su hacienda tenía también que cuidarle el galpón y eso que dijo fue la última pena que le contó a mi mamá porque al día siguiente cuando el viejo don Oscar fue a la cárcel para alegrarse de la desgracia del pobre Simón el cuidador le dijo que la cárcel estaba vacía y que al negro se lo había tragado la tierra y aunque eso fue lo que don Oscar y su gente dijeron por todos los sitios Simón apareció dos días después por el agua a un kilómetro del pueblo y tirado en la orilla del río Huertas y al saber eso todos fuimos a verlo y también don Oscar y su caporal quién se quedó largo rato mirándole al muerto y luego dijo seguro que este hombre se metió en el río sin saber nadar y se ahogó y cuando escuchó eso toda la gente con los ojos le dijo a don Oscar que tendría que ser muy cojudo el hombre que se escape de una cárcel sólo para ir a ahogarse en el río y don Oscar al sentir lo que le decían más de cincuenta pares de ojos sólo miró más allá como si deseara que el muerto estuviera más lejos y dijo que en ese momento se iba a traer a las autoridades de la provincia para que investiguen el caso y detrás de las palabras que él dijo todos nos fuimos a casa menos los dos hombres que el viejo dejó vigilando para que se descuiden del muerto porque cuando el viejo y las autoridades volvieron Simón ya no estaba en el río y al día siguiente que desapareció como por arte de magia todos se olvidaron de él menos yo ni mi mamá que se puso a llorar por el bueno y generoso Simón y es que así mi mamá le llamaba a él cuando venía trayendo verduras de regalo a la casa y entre su llanto mi mamá iba diciendo que Simón era el único que pudo haberla salvado de la mala herencia que mi bisabuela le dejó a mi abuela y mi abuela a mi mamá y mi mamá a mi hermana Sofía que vive sola con sus dos hijitas en medio de Lima y esa mala herencia era la de ser mujeres con hijos sin padre y al escuchar eso y el hipo con sentimiento que ella daba al llorar me entró una cólera que me hizo hablar largo rato palabras mal educadas contra el viejo don Oscar y al oírme hablar en esa forma furiosa mi mamá me hizo callar poniéndome en la boca dos de los dedos tristes que ella tiene y luego movió su cabeza y en el movimiento de su cabeza yo entendí que me estaba diciendo aunque sabemos la maldad que hizo ese viejo nada se saca ahora hablando su mal y yo la hice caso pero sólo por fuera porque por dentro seguí hablando con fuerza palabras mal educadas contra el

viejo don Oscar y es por ese motivo que no siento ni una pizca de pena al pasar frente al galpón quemado que se encuentra como a trescientos metros de la casa grande del viejo y lo que sí podría sentir es miedo si estuviera subiendo de noche y es que según cuenta la gente cuando es la noche de San Miguel y revienta un cohete por el lado donde está el galpón éste se vuelve a incendiar y a quemarse de nuevo los pobres caballos quienes relinchan hasta que se ponen de punta los pelos de la gente que tiene el valor de mirarlo para sentir miedo pero como ahora no estamos en la fiesta de San Miguel y además como está haciendo un buen sol subo tranquilo esta cuesta a esperar que baje el Monstruo y es que así le llaman al Huacarmayo cuando baja con cólera trayendo mucho agua y lodo y piedras también porque las piedras le sirven para empujar las casas que ablandó con el agua y eso es lo que el Monstruo hizo el año pasado con las casas que habían cerca a su orilla menos con la casota del viejo ni con la chocita que está en esta segunda loma llena de espinosos huarangos y debe ser porque el Monstruo sabe que allí vive muy solo y triste un viejito que se llama Telo Reinoso y él vive ahí desde que la enfermedad del licor le dejó más pobre que nuestra pobreza y eso le pasó porque a él le hicieron el daño para que esté bebiendo todos los días y pase su vida sentado en la puerta de destilería del viejo don Oscar esperando que le den su botella de aguardiente para beber y durante años el pobre don Telo vivió así y sólo pudo librarse del mal cuando don Oscar terminó de cambiarle por licor la última casa que tuvo y fue la miseria en la que se quedó la que lo hizo subir a esta chocita donde vive ahora sin tener nada ni a nadie y sólo esperando que llegue la muerte para que puede morir y todo eso le pasó porque a él le dieron por la boca el bocado del mal una de las cinco queridas que tiene don Oscar y ellas son Pancharusa y la Cheraca y la flaca Paulina y dona Juana y dicen que Evita también porque con ella harían cinco que es el número de queridas que la gente dice que tiene don Oscar pero yo no creo que haya sido Evita la que le dio el bocado del mal a don Telo porque ella es muy linda y muy buena con todos y más todavía conmigo porque me regala dulces y me saluda en la calle cerrándome los ojos y cuando no los cierra para saludarme me dice dichosos mis ojos que te ven o me dice también hola simpático y ella es tan buena conmigo que el otro día me hizo entrar a su cuarto y allí con gran cariño me dijo vas aprender una cosa que te va a servir de joven y diciendo eso se puso a canturrear y a quitarse una a una su ropa y cuando estaba por sacarse de la otra pierna la truca de color rojo me dijo tienes que jurarme que lo que va a suceder aquí no se lo vas a contar a nadie y yo entonces levanté una mano con la palma abierta porque en ese momento me acordé de cómo hizo don Lucio cuando juró en una asamblea y le dije sí juro y cuando dije eso ella se rio echando la cabeza hacia atrás y me dijo eres un hijito y varias veces me besó en la boca con unos picotazos bien suaves y después de besar-

me y de quitarme toda mi ropa y de hacerme varias cosas más para que se despierte el gusano como ella dijo me pidió que subiera a la cama a cubrirla y después que yo la cubrí ella dijo arrancó el trencito y se puso a moverse y a hacer un ruido igual a esa máquina y al rato que estuvo haciendo eso se puso bien seria y me dijo haz como si avanzaras nadando pero sin mover los brazos y yo me puse largo rato a nadar sin tener el río bajo mi cintura hasta que al último ella sonrió con una alegría cansada y me dijo levántate porque terminó el viaje y ahora que me acuerdo de esas cosas tan buenas que hice con Evita y que me van a servir después cuando llegue a ser joven es que no creo que haya sido ella la que le dio a don Telo el bocado del mal sino que lo más seguro es que fue el mismo don Oscar que anda buscando pretextos para quedarse con las casas de los vivos y también de los muertos y es que en una fecha esa maldad le hizo a Joram Coronado y resulta que ya eran cinco días que él había muerto y la gente estaba acompañándolo en su segundo velorio porque dicen que a los cinco días el muerto despierta de la muerte y se pregunta ¿así que yo había muerto no? y después de decirse eso se siente muy solo y por primera vez extraña de verdad la vida y a los amigos de toda su vida y es ahí cuando el finado mira desde arriba hacia el mundo y si ve que la gente está en su segundo velorio sabe recién que lo quisieron en vida y se consuela de estar muerto al ver que sus amigos siguen estando a su lado y esa noche todo estaba yendo de lo más bien en el segundo velorio de Joram cuando se presenta el viejo don Oscar con dos de su peones forzudos y después de echar a los que estaban conversando y tomando y llenando con humo de cigarrillos el cuarto cerró con un candado la puerta diciendo que esa casa pasaba a ser suya porque Joram la había perdido en una pelea de gallos que tuvo con él y fue ahí cuando a todos nos enfrió la sorpresa porque Joram que no estaba casado y no tenía familia ni hijos nunca jugaba a nada y era muy religioso y sólo se dedicaba a andar con su Biblia y a rezar las cosas que decía su Biblia y a gritar ¡aleluya! en su iglesia y por lo que pasó esa noche es que yo creo que fue el mismo viejo el que vio la forma de darle a don Telo el bocado del mal y por todo eso y por otros problemas más que suceden es que de vez en cuando hay un día en que yo recuerdo con cólera esas cosas injustas y como uno de esos días es ahora también es que sigo subiendo la cuesta a esperar la llegada del Monstruo porque ya no falta mucho para alcanzar la cumbre en donde voy a sentarme a esperar que baje el Monstruo en la hora justa en que debe bajar y es que dentro de poco serán las nueve de la mañana y a esa hora es cuando don Oscar sale al corral con la bolsa de maíz para darles de comer a sus gallos y ese trabajo lo hace él ahora porque ya no estoy yo para obedecerlo en los varios mandados que me ordenaba hacer cuando entré a trabajar en su casa y dos de los varios mandados que hacía era uno dar de comer a los gallos y el otro sacarlos de las jaulas para que hagan sus

ejercicios y así no se cansen mucho cuando entren a ganar dinero para don Oscar peleando con otros gallos en las canchas de Huánuco y a medida que sacaba a los gallos los iba tirando hacia arriba para que aprendan a patear saltando bien alto y para que no sufran de mareos al pelear en círculo los hacía pasar por entre mis piernas abiertas para que hagan el número ocho y cuando los gallos empezaban a tambalear borrachos del ejercicio les ponía en la pata el lazo que amarraba en cada una de las estacas del suelo y que tenían que estar separadas por un lejos de más de dos metros porque estos animales andan siempre con ganas de pelear y son peores que los tigres que sólo pelean cuando se encuentran con Tarzán en la selva y sólo cuando estén lejos el uno del otro tranquilizan su cólera y se echan a tomar un solcito con las alas abiertas y ahí resulta que un día al agarrar al gallo negro que es el más pendejo de todos los gallos que tiene don Oscar me acordé de Simón y de mi hermano Carlitos que es negrito también y de las cosas chistosas que dice su boca y que me hacen quererlo todos los días y más todavía a la hora del desayuno porque apenas termina de comer lo poco que nos da mi mamá viene donde mí y me dice ya estoy gordo o se frota la manito por el estómago para decirme ya estoy gordo con ese ademán silencioso y pensando en mi hermano me acordé del cariño que Simón le tenía a Carlitos y entonces al sentir con fuerza las plumas negras del animalito en mis manos le dije al gallo tú eres Simón y lo llevé a hacerlo carear con el gallo engreído del viejo y le encendí el lío diciéndole a ese ajisecho a ver pégale al negro si eres muy macho y cuando le dije eso al gallo que ahora le llaman "El Tuerto" éste se lanzó contra el negro con una furia que le hizo sentir miedo a uno de los peones que vino a ver la pelea pero no a mí porque yo me eché de barriga al suelo y me puse una pajita en los dientes para mirar lo más alegre a los gallos que peleaban con odio hasta que el negro le bañó al ajisecho de sangre y de un espuelazo le sacó el ojo derecho y en el momento justo en que yo estaba diciéndome quién iba a pensar que el ojo de los gallos es igualito a una canica el viejo llegó y me armó un escándalo y al ver eso me alejé hacia atrás para que me lleguen más suaves los insultos que contra mí él decía y de ese lejos le grité ¡y por último quién le manda a sus animales ser gallos de pelea! y después de decirle eso salí a la calle y me fui a terminar la mañana y cuando volví a mi casa encontré que los dos baúles y el catre donde duerme mi mamá con mi hermano Carlitos y las mesas y las sillas y mi tarima de mí y la de Hugo y las otras cositas más que tenemos estaban en la calle porque don Oscar nos había echado del cuartito que mi mamá le pagaba lavando la ropa de él y de su esposa y fue por ese motivo que nos tuvimos que ir a vivir en la casa de mi tío Parmeño y desde ese día yo dejé para siempre de ir a trabajar para el viejo y también de saludarlo en la calle diciéndole buenos días don Oscar y aunque yo sabía toda la verdad sólo le decía don Oscar y no papá porque él eso era de mí y esa novedad me la

contó mi mamá una tarde y me dijo que no se la contase a nadie porque nadie lo sabe ni siquiera don Oscar porque hacía tanto tiempo que olvidó que yo era su hijo que ya tampoco él lo sabía y me dijo también que el motivo por el cual nos vinimos de Huánuco a este pueblo no fue para cambiar de ambiente como acostumbraba decir sino para buscar el apoyo de ese hombre y así escapar de la pobreza pero ahora ella sabía que la pobreza corre más ligero que los pobres y hablaba de esa manera porque si es que nos íbamos de acá ya la pobreza nos estaría esperando en la entrada del otro pueblo adonde nosotros recién estaríamos por llegar con nuestros bultos pesados y me dijo que todo eso le llegaba a su boca porque ni don Oscar ni tampoco los otros no le darían nunca el mendrugo de ayuda que le estaban debiendo sus hijos y era por ello que tendríamos que seguir siendo los pobres y sólo conocer el miedo y eso que la escuché decir al último es cierto porque apenas ella tiene uno o dos pocos de dinero en la mano lo primero que piensa es que se le puede perder o que alguien se lo puede robar y nunca se siente segura ni alegre como toda la gente que tiene dinero en la mano y seguro que para recuperar por adelantado el dinero que se le puede perder o que alguien se lo puede robar ella tiene que coser más que antes pero lo que cose sólo le deja unos cuantos centavos después que doña Idida le cobra por el cansancio de la maquina de mano que le alquila y como desde que llegamos a este pueblo mi mamá trabajaba mucho para que nunca le alcance el dinero mi hermano Hugo y yo teníamos que salir diariamente a pescar de todo y es que cuando uno va a pescar no puede decir voy a pescar pura trucha porque salen bagres y truchas y cachuelos también y siempre íbamos los dos porque mi hermano era el que iba tirando la red en el río y yo el que iba recogiendo en un viejo cenacho los pescados grandes que él arrojaba de su red a la orilla y sólo recogía los grandes porque cuando mis hermanos hallaba en su red algunos chiquitos los echaba al río diciéndoles vayan a buscar a su mamá y los grandes eran los únicos pescados que llevábamos a vender después de separar para el almuerzo algunos y esas ventas pasaban cuando era verano porque en invierno el río cargaba bastante y los peces no andaban con muchos ánimos de entrar en la red y entonces la pasábamos mal pero fue a partir del percance que le sucedió a mi hermano cuando la vida se volvió peor y resulta que era invierno y las once de la noche en el mismo momento en que Hugo caminaba por detrás de la casa del Brazo Derecho del viejo de don Oscar cuando le sale al encuentro el perrazo que tiene ese hombre y después de morderle a mi hermano empezó con ladridos a llamar a su dueño para que salga a agarrarlo y lo haga encerrar en la cárcel porque según dijo después ese hombre que él le había encontrado a Hugo robándole un par de gallinas y por ese problema mi mamá al día siguiente pasó su cumpleaños sufriendo y otros dos días también porque recién al tercer día le dejaron a Hugo salir y después que

salió de la cárcel cada vez que se les perdía algo a la gente lo primero que hacía era venir derecho a buscarlo en la casa que nos dio para cuidar mi tío Parmeño y por ese motivo fue que Hugo nos dejó para irse a trabajar en un pueblo olvidado y lejano porque sus cartas son tristes y nos llegan cada tres meses y desde que Hugo se fue de la casa iba yo solo a pescar pero como los peces nunca me habían visto pescando en el río Huertas no querían entrar por más que me pasaba toda la mañana metiendo mi atarraya en el agua y ahí resulta que una mañana en que estaba volviendo con mi atarraya vacía busqué al perro que tuvo la culpa para que mi hermano no estuviera pescando conmigo y al encontrarlo cogí una piedra y la eché un soplido para que la piedra vuele con fuerza y con más puntería y aunque el perro ese día estuvo bien lejos de mí la piedra cayó justo en el lugar que había apuntado y desde esa vez yo tomé la costumbre de ir a diario al río Huertas y sólo para que al regresar con mi atarraya vacía me acuerde de la maldad que hizo ese perro y le tiré con puntería una piedra soplada y hasta que un día que calculé que mi hermano había sido ya bien vengado dejé de ir al río y sólo me dediqué a subir a los árboles a coger frutas que sólo sirven para comer y es que las frutas que da este pueblo no se las puede vender a nadie porque aquí todos tienen sus huertas y por tener sus huertas ellos dicen que tienen vida propia menos nosotros que somos extraños y no tenemos ni chacra ni huerta y nuestra vida es ajena porque mi mamá cose y lava ropa de la gente ajena o prepara comidas para que lo compren y lo coman más la gente ajena y cuando no tiene dinero para pasar el día ella sale al campo y se arrodilla para pedirle al cielo celeste que haga lo posible para que nuestra vida sea propia igual que de otros y un día de esos en que no había ropa para coser ni para lavar ni comida para vender apareció en el Palo de los Avisos que hay en la entrada del pueblo un cartel donde decía Gricelio necesita ayudantes de cocina para el albergue y el albergue es la escuela a donde vienen en abril los chicos de Cochatama y de Viro y de Mauca y de otros pueblos para que les den de estudiar y de comer y también de dormir y resulta que cuando mi mamá supo lo del aviso fue donde Gricelio a decirle si podía darle trabajo y Gricelio le dijo que volviese otro día porque lo iba a pensar y mi mamá tenía que ir todos los días a escuchar la misma respuesta y una tarde cuando fue de nuevo al albergue encontró a Gricelio que seguía pensando si podía darle o no el trabajo y a los dos ayudantes que estaban trabajando completos y ahí entonces mi mamá le reclamó y cuando terminó de decirle los varios por qué que ella le dijo Gricelio la miró con esos ojos verdes y malos que él tiene y le dijo que no le había dado el trabajo porque lo que ella quería era sólo dar de comer gratis a sus hijos de todo color y entonces mi mamá me acercó a su lado para decirle a Gricelio que él no tenía por qué remover las cenizas de su triste pasado y durante un rato le dijo otras cosas más que me simpatizaron tanto que la ayudé

a insultar diciéndole a Gricelio unas palabras bien feas pero que al escucharlas me sonaron bonito y por esas cosas que estoy recordando ahora y por otras peores que hace el viejo don Oscar es que estoy sentado en la cumbre de esta cuesta esperando que baje el Monstruo y ya debe estar por bajar porque están empezando a sonar los truenos y a reventar los rayos como el látigo vengador del Zorro y esa es una buena seña que me dice a que debo poner la oreja en el suelo como hacen los indios apaches para oír si va acercándose el Monstruo y debe estar ya muy cerca porque siento un ruido de mil caballos que vienen hacia mí galopando y me levanto para ponerme en un sitio seguro porque el Monstruo baja furioso en este momento en que no hay ni una sola persona del pueblo para que avise a los otros el tremendo peligro que corren y es que en los años pasados cuando el Monstruo bajaba uno del pueblo desde la cumbre decía ¡el río! al hombre que se encontraba más abajo y ése ¡el río! al que estaba más abajo y así iban estirando las palabras ¡el río! para que sus gritos lleguen al mismo poblado y la gente escape a las partes altas dejando sólo sus cosas que no son de mover y eso que me contaron pasaría antes pero ahora no será así porque estoy yo solito en esta cumbre sin ningún deseo de avisar a gritos sobre el peligro que lleva con sus aguas el río y viendo de lo más contento cómo el Huacarmayo baja desbordando su cauce para llevarse el tupido arcabuco y dejar sólo los saucos que dan unas uvillas que oscurecen el hígado cuando uno las come pero no a los zorzales porque a ellos les alimenta y les sirve también para que aclaren su voz al cantar y el Monstruo después de llevarse las malezas y los árboles sigue bajando con fuerza y cuando está bien abajo se lleva el galpón que el viejo dejó quemado porque según sus falsas palabras la gente se acuerde siempre de la desgracia que le pasó por el descuido de un mal cuidador y después de llevarse el galpón el Monstruo se acerca con odio a la casota del viejo que en este momento tiene que estar dándole maíz a sus gallos y luego se parte en dos para empujar las dos columnas que tiene esa casa y se mete adentro sin tocar la puerta con temor como lo hace la gente del pueblo y derriba la casota como si fuera una casita de azúcar y junto con la casota ¡que se lleve también a don Oscar! porque él más que nadie es el que echa a perder a este pueblo que en las mañanitas huele el rico olor del café tostado que la gente prepara para tomar su café y en las tardes a naranjas o a chirimoyas o a limas y eso depende del mes en que uno esté andando por los distintos sitios con huerta que tiene este pueblo y el Monstruo con todo don Oscar sigue como un loco bajando y se mete al pueblo para llevarse al Brazo Derecho del viejo y dos cuadras más abajo a la bruja Ranrana que echa agua hirviendo a todos los perritos que pasan hambrientos y huérfanos por la puerta de su casa siniestra y sigue bajando para llevarse al cruel que por pura maldad tumbó con su hacha a un chirimoyo silvestre que alimentaba en febrero a diez chicos sin padre y más allá se

lleva al usurero culpable de que los pobres del pueblo sean más tristes y el Monstruo sigue bajando y se acerca a la cárcel y la levanta con sus gigantes manos de agua y lo tira contra las piedras de la orilla y cuando ve que la cárcel está rota en cuatro pedazos se dirige al albergue y se mete en la cocina y voltea las ollas donde preparan el caldo de papas y el guiso de arroz con frijoles podridos que son los únicos platos que casi todos los días prepara Gricelio porque dice que no le alcanza la plata que le dan ni los carneritos que los chicos traen arreando desde sus pueblos en el primer día de abril para que los alimenten con ellos durante el tiempo que dura el estudio y el Monstruo después de tumbar la cocina sale del albergue y se dirige a la entrada del pueblo y derriba el Palo de los Avisos que sigue anunciando Glicerio necesita dos ayudantes de cocina para el albergue y luego sigue bajando más todavía y en el sitio que está en el último abajo del pueblo el Monstruo o Huacarmayo o río de llanto como también le dice la gente hace una lagunita y se duerme dejando sanitas a todas las casas restantes justo en ese momento en que empieza a caer una lluvia menuda y yo esperaré que la lluvia me moje y cuando el frío que tenga me haga doler todo el cuerpo de este cerro bien alto donde me encuentro sentado recién bajaré al pueblo libre de toda esa gente que lo estaba haciendo sufrir.

Óscar Colchado Lucio (Ancash, 1947)

Hacia el Janaq Pacha

Por los caminos del zorro habría venido.

Y tú mirabas, mirabas desde la plaza los blancos caminitos de nube estirados en los cerros.

¿Desde arriba? ¿Desde el Janaq Pacha?

Quién sabe.

¿Pero ella sería de veras: la Emicha Huayhua, tu madre?

Dudabas.

¿No estaba pues muerta? ¿Acaso los militares no bombardearon a la columna entera desde un helicóptero? ¿No viste tú mismo sus huesos calcinados en esos carrizales a orillas del Apurímac?

Seguías dudando, ahora que la habías visto llamándote desde una esquina de la plaza, botadito así como te encuentras, sangrando por nariz y oídos, sin sentir la helada que como lana cae sobre tus dientes.

Ya amanecería. Ya asomaría en el cielo alto de la madrugada el cuchí pishtag, el lucero que hace sangrar el amanecer.

También los ronderos vendrían, agarrados sus hachas, sus picas y carabinas viejas a ver si el niño senderista, "el wambra terruco", seguía vivo.

Y como si tu pensamiento los hubiera traído, oyes sus pasos entrando en tropel a la plaza, sus voces aguardentosas que reniegan y carajean; pero tú ya estás en las últimas, y apenas los sientes llegar junto a ti, cuando el último hilito de aire se te escapa...

Y ahora con el cuerpo liviano, como pedazo de neblina nomás que fueras, paradito estás viendo desde un costado de la plaza, cómo a tu cuerpo lo están pateando.

Taita Intip, que acaba de salir, derramando está su oro tibio, medio sangroso, por las lomadas y cerros altos.

Y mientras las mujeres parlan alborotando la mañana al igual que las torcazas ahí en los eucaliptos, los hombres, que han traído sus picos y palas en vez de armas, arrastrándote están a una esquina de la plaza.

—Aquí, aquí—dice el teniente gobernador, bufanda al cuello, sombrero shilpiento—, aquí de pie con los brazos abiertos como una cruz, mirando el camino de Antacocha; para que nunca más entren por este lado los terrucos.

Estás viendo cómo tapan tu cuerpo con tierra, cómo algunas mujeres lajpirean diciendo: Guagua todavía era pues, por su madre se metería en esto.

¿Tu madre?

Vuelves a reparar por donde la viste hace un rato nomás, y nada; por arriba por la bajada de Escalón, tampoco. En eso, tu tío Sabino aparece más bien. Acaba de detener sus burros para mirar tu entierro. Te acercas. "¿Tu madre?, está viva, te dice, te espera más arriba, acabo de verla". "Mentira, le respondes, mentira, tú también estás muerto". Entonces, sin responderte, empuja a empujar sus burros para que avancen, para que sigan su camino.

Y mientras una cruz están plantando sobre tu sepultura, triste acabas de ponerte, viendo el caminito tras la loma del cementerio, por donde anoche nomás llegaste con los guerrilleros a dar dizque escarmiento a los traidores, a "hacer sentir la autoridad de la revolución", según fueron sus palabras del mando: el camarada "Wence". Y ahí te estás viendo ahora, envuelto en piel de carnero, como los otros, entrando por la quebradita, entre los alisos que por allí forman un bosque. Y en tus oídos suena todavía, entreverado con el cull cull del agua, la voz del vigía de los ronderos, gritando: ¡Nos atacan los terrucos! ¡Nos atacan!, mientras corre saltando piedras y soltando tiros al aire, después de haber sospechado seguro que esa manada no era manada... Y ahí fue que aparecieron de todas partes patrullas de ronderos y más comuneros con sus mujeres y sus perros, y ahí mismo fue también que ustedes reventaron dinamitazos y soltaron el fuego, entre vivas a la lucha armada y mueras a los traidores. Dos, tres, cuatro ronderos cayeron ahimismito bañados en sangre, luego un comunero, después una mujer... Eso les alocó a los perdidosos que ahora sí disparando, lanzando piedras con honda y enfrentándose a garrotazos y cuerpo a cuerpo empezaron a hacerlos retroceder a "los compañeros" y después hacerlos escapar a lo "qué cuenta tengo", dejando regaos sus muertos, entre hombres y mujeres. Tú mismo caíste herido por una pedrada en la cabeza lanzada con honda, cuando detrás de unos puyós arrojabas tarros con dinamita. El teniente gobernador saltando sobre hortigones, piedras, charcos, gritaba alocadamente persiguiendo a los últimos: Ganamos! ¡ganamos!...

Ahora están enterrando a tus otros compañeros, luego de haberlos sacado arrastrando del local del municipio. "Uno en cada esquina, dicen, para que cuiden la entrada al pueblo"... En eso, alcanzándose huashco los hombres cuando están, alguien grita señalando tu sepultura al otro lado de la plaza: "¡Miraran! ¡miraran! ¡La Emicha acaba de dejar flores sobre la sepultura del wambra!

—¡Dónde! ¡dónde! —se vuelven a mirar todos.

Tú mismo abres bien tus ojos, pero no la ves a ella por ningún lado.

—¡Ya se desapareció, se fue tras su casa de doña Tomasa!

—¡Qué dizque! Ella está muerta, ¿no lo sabían?

—Pero... ¿y las flores?

—¿Y las flores?...

Ahòra están corriendo. Tú mismo estás corriendo.

Ahí están las flores, frescas, silvestres. Las levantan, las huelen... ¿De dónde las traería? Del otro lado del río Pampas seguro, sólo por allí había, y en un solo sitio: en Atoghuarco. ¿De Atoghuarco?, ¡manam!, ¿quién podía subir a esa fea pendiente de purita roca viva y puntas como cuchillos? Pero ella iría, su hijo era, ¿no lo sabían? ¿Achachay!, alma condenada sería ahora. O ayra warmi, quién sabe, mujer de viento. ¿Acaso?, mujer del arco iris tal vez, del dios culebra Tulumanya...

Dejas de oírlos porque ahora estás yendo al encuentro de Sabino, que nuevamente viene arreando sus burros, sin nada, como cuando volvía de Ocros cada que bajaba llevando carga de don Zaragoso.

Medio molesto te mira. Qué esperabas, tu madre aguarda en el camino que va a Changa.

¿A Changa? ¿Por ahí por donde decían que se iban los muertos?, ¿por ahí desde donde se despedían para siempre del pueblo?

—Ajá, por ahí mismo.

—Y él, él a ¿dónde iba?

—Yo me voy aparte por otro camino.

Hay tristeza y cansancio en su rostro. Te fijas en sus manos. Sangran allí donde antes hubo dedos. Pobre, estaría vagando por la tierra buscando "años", esa hierba que hace crecer los dedos a las almas que los han perdido intentando subir el Coropuna, la montaña más alta donde viven los Auquis y los espíritus de los runas muertos, afanados en sus ocupaciones que tuvieron en vida.

Y mientras se aleja, medio lloroso, te entra a ti también un sentimiento, más que esa vez en que se los llevaron los senderos. Vamos a la guerra grande, compañero, diciendo, cuando araba con sus bueyes su chacrita. Él no quiso ir. Pero igual nomás se lo llevaron, dándole un revólver viejo para que se defendiera... Y como el abuelo estaba por morirse de pena, una tarde la Emicha, tu madre, advirtiéndose que cuidaras al chachila, se fue a darles alcance a los compañeros cuando pasaban por la altura, a suplicarles que lo dejaran volver a su hermano.

Pero a ella también se la llevaron; y el abuelo, más que por Sabino, murió por ella, por la hija... De ahí no supiste nada de ellos. Hasta que alguien trajo la noticia de sus muertes... Y cuando volvías de ver ese carrizal bombardeando, te topaste con el pelotón guerrillero que dizque estaba yendo al pueblo a vengar la muerte de tu madre, de tu tío y de los demás combatientes caídos, y te pidieron incorporarte al Ejército Popular, compañero...

Y ahora que tu tío acababa de devisarse por el camino de la Kolpa, te vuelves hacia la cuesta de Changa... ¡Vaya!, por fin puedes verla de nuevo. Allí está ella, tu madre, avanzando, como flotando nomás entre las cortaderas que ondulan con el viento, con su vestido que flamea.

En sus ojos pardo-oscuros, se estará llevando quién sabe el amargor de la tierra.

Ahora se ha vuelto a mirarte, paradita entre los penachos blancos de las cortaderas, y está que te llama agitando la mano.

Pobre tu mamita. Ahora no se iría sola.

Te apurarás. El sol ya caía. Y los caminos se irían cerrando.

Itacado tu poncho subes la cuesta.

Sentada ahora en una loma donde verdea el pasto, ella te espera.

Un caminito de nube se asienta sobre la cima.

¿Hacia el Janaq Pacha, el mundo de arriba?, piensas, ¿por allí?

Desde el río sube silbando un vientecito helado. Tristes y solas parecen quedarse las casitas del pueblo, ahora que los comunrunas, bajo el bosque de alisos, están cargando sus muertos más allacito nomás al cementerio...

Mario A. Malpartida Besada (Lima, 1947)

Arma blanca

Cuando te erguiste encharcado, la ropa toda de tierra encendida, no pudiste evitar que el fuego de tus ojos depositara su lengüeta endiablada en el pecho de tu enemigo. Él devolvió la mirada, igualmente quemante. Y ese mirar fue el relámpago que se incrustó en el suelo, cerca de ti, y la tierra herida indicó entonces que el desafío estaba aceptado. Pero sólo tú y él percibieron la deflagración habida en medio de otra batalla y otros combatientes. Ambos compartieron con un ligero pestañeo aquel prodigio de comunicación entre dos hombres ansiosos de precipitar el fin de sus rencores. Los dos habrían pensado al mismo tiempo: "Algún día tenía que llegar este momento", no obstante que nunca hubo entre ustedes ninguna declaratoria de beligerancia. Los dos sabían, por la forma en que habían aprendido a mirarse, que uno debía ser más cruel que el otro si quería vencer. Y ahí estaban compareciendo frente a frente.

Lo tenías, pues, muy al alcance de tus manos y las miradas de estudio no debían tardar tanto. Él observaba con el mismo desprecio que deben de ostentar en sus ojos los hombres que saben que han salido al campo a matar o a ser muertos, según mande la hora trágica que cada cual esconde sin saber exactamente en qué punto misterioso de sus días.

Como ya conocías los ojos de la muerte, empujaste más la mirada. Pero aquel pecho enorme siguió estático, atento por si se produjera un nuevo celaje que le empañe la visión. En realidad, a él solamente le correspondía esperar. Era tu turno y el instructor te había enseñado a saber utilizarlo. Él lo sabía. Reconocía tu peligrosidad. Es que estabas transformado en un verdadero cuervo, el único que no había logrado criar sumiso en los últimos meses y no sabía si sentirse satisfecho o arrepentido. Sea como finalmente fuere, no te importaba si después sucede lo mismo que con tu otra historia, menos si alguien se cree el cuento de los comunicados oficiales con la versión más conveniente acerca de lo ocurrido.

Y es que nunca te preguntaron nada, ni quién eras ni de dónde venías. Únicamente les importó tu condición de voluntario y el buen cuerpo que te deparaba la edad. Curiosamente fue el mismo hombre que te adiestraría quien inició el odio entre ustedes y que hoy quieres aplacar: "¡Así que tu nombre es

Alipio Santamaría y quieres hacerte macho!" Por aquel entonces ya se sabía que no habías muerto, pero nunca por dónde andabas. Después de todo, así perdido estabas más seguro. Sin embargo, el comentario popular creía adivinar que te habías ido a convivir entre soldados, bajo el amparo de una fortaleza inexpugnable, donde permanecerías protegido para poder contar la historia. Esa historia que empezó un domingo de carnaval, con olor a tierra húmeda y hojas de plátano de la región chamuscándose en la madre tierra. Después vendría la tormenta. Estaban agobiados por el trajín de la campaña y el constante aliento que debían dar a los discursos que se mandaba el viejo. Porque no sólo era verborrea saturada de adjetivos antes y después de cada palabra, en estilo dignificado por la voz aclamada de tu padre, sino puro sentimiento. Y eso cansa más todavía.

La población entera, más los que arribaron a participar de los festejos en los carros de la tarde, fueron enterándose poco a poco que te habías salvado gracias a que te encontrabas camino hacia los diecisiete. Con las prerrogativas de esa edad casi en vísperas del último año acompañado de la muchachada más bullanguera del glorioso L. P., amante del arte y la pintura, habrías enfrentado con viveza aquel momento más trágico de tu vida. Así que no te vengan con que "quieres hacerte el macho".

Salvaste el cuerpo pero no pudiste evitar que tu vida se partiera en dos mientras rodabas. Una, que había transcurrido hasta esa mañana, poco antes del secuestro, en que muy entusiasmado invitaste a jóvenes desconocidos dueños de sus vacaciones y posesionados de tus calles, a montar en la camioneta, conocer la campiña y dar la vuelta a un árbol. Y la otra, a partir de esa noche para adelante, hasta estos precisos momentos en que estás a punto de perpetrar con toda su crudeza, el mismo acto que cometieron con tu padre.

Y justo ahora que ha llegado la ocasión de comprobar tu fuerza en el ejercicio de promover directamente la muerte, te has puesto a recordar y a maldecir. Tal vez lo hagas para revivir viejas amarguras, especialmente la que te trajo a este lugar inmundado, y tener fuerzas para la acometida que debes realizar en el próximo minuto. La primera vez fue muy difícil. Te embarraste a pecho descubierto, con esa sangre tibia brotada por la potencia de tus manos y el auxilio exacto y frío de una arma blanca que propinaste a ojos cerrados en el vientre libremente expuesto del rugiente adversario. Difícil y repugnante. Devolviste en medio de terribles convulsiones el rancho medio crudo de aquella primera mañana. Ni tiempo hubo de tomar en consideración la andanada de puntapiés que se permitió asestar a mansalva el corpudo instructor, en su entonces inútil afán de forzarte a que continúes la embestida contra el enemigo caído.

—¡Vamos, vamos, carajo! —la voz era ronca y la mano debía ser una tenaza de acero intentando destrozar la nuca, como si quisiera hundir la cabeza pelada en el fondo del charco formado en el suelo—. ¡Acábalo de una vez!

Pero no puedes recordar del todo aquel inicio. Sin embargo, es como si continuaras sintiendo la seguidilla de culatazos y patadones en el fundillo de tu pantalón vergonzosamente encharcado. Esos golpes lograron remecerte las entrañas y cambiarte en forma definitiva, así lo reconoces en este instante, el rumbo por entonces sereno de tus ojos. Sobre todo cuando, venciendo la pesadez, levantabas el rostro y encontrabas en ese mismo montículo donde ahora te espera, la corpulencia de aquel hombrón conminándote a aniquilar. Era todo un gigante, de hecho más de cien kilos, vestido a la usanza mercenaria y gozoso al contemplar la tragedia de los muchachos aprendiendo entre vómitos a despreciar la vida.

Después y a medida que curtías concientemente el cuerpo y endurecías el alma en los usos cotidianos de la guerra, fue fácil aprender a regocijarse con el sufrimiento de las víctimas. Carelobo llegó a distinguir nítidamente el creciente entusiasmo que le regalabas y reconoció tu voz como la más potente en medio del gran coro de aspirantes a igualarlo, repitiendo hasta desgañitarse: "¡A matar-al-enemigo-hasta-verlo-destrozado-destrozado-a-matar...!"

Poco a poco fuiste adquiriendo mayor dominio en las técnicas para el combate cuerpo a cuerpo, con el arma en ristre o a mano limpia, siempre bajo el impulso delirante de una ansiedad que querías calmar. Y es que tenías aún la carne viva a la altura del pecho. Porque a cualquiera no se le arranca así nomás la figura del padre. Ese día empezó a crecer en ti un rencor que nunca habías conocido ya que nunca tuviste tiempo para odiar a nadie. Y repasando esa historia te fuiste alimentando de aquel sentimiento áspero. Estaban en el repaso la figura imborrable del hombre cruelmente destrozado al borde de la carretera, tú mismo entregándote al abismo y la noche fulgurando a ratos por los traqueteos perforando la oscuridad. Y mucho tiempo después, ese despertar milagroso en un nuevo día, tan distinto y florido que, de no mediar la herida en el alma, bien pudo tratarse del mejor modelo para un instante delicado de primavera, plasmado a todo color en tu diseño de estudiante. Pero ya no podías retener cosas gratas en ninguna parte.

Aprendiste, pues, a vencer tus náuseas. Hundías ferozmente la bayoneta, removías en círculos y luego extraías el arma ensangrentada del cuerpo inerte. Enseguida le buscabas la cara para confundir tus facciones y alentarte dibujando en ese rostro el rostro del mozuelo aquel con quien habías dialogado de tú a tú toda la santísima noche, argumentando por la vida del viejo, de la tuya

y de esos muchachos en vacaciones. No entendió ni quiso entender nada, menos dar explicaciones acerca de por qué los habían arrancado del jolgorio de un día festivo mientras los bailantes alrededor de un florido árbol se quedaron en silencio simplemente para no hacer nada, apabullados seguramente por las armas que les apuntaban. Entre súplicas y recriminaciones, soportaste valientemente la delgadez hiriente de los alambres destrozándote las muñecas cruzadas en la espalda, hasta el amanecer en que llegó la orden de culminar el suplicio y, seguramente para no dar marcha atrás en un acto que no tendría ninguna explicación, fueron obligados a trotar descalzos por el desordenado zarzal en busca de una carretera solitaria, muy cerca al abismo, donde pudiera producirse la reventazón final.

Ahí, mientras en un acto de arrojo inesperado, preferías entregar tu maltratado cuerpo para que lo devoraran los chirridos de la noche y rodaste convertido en indefenso monigote, arrasando follaje, aplastando grillos, chicharras y sanguijuelas, tu padre y compañeros de ruta en el mismo ideal estremecían por última vez sus cuerpos.

Luego se hizo costumbre el baño con la sangre tibia cayendo desde lo alto, escurriéndose entre tus dedos convertidos a la sazón en tentáculos de araña roja en el aire, como si estuvieras dirigiendo un ritual salvaje, y como marco sonoro, tus sollozos incomprensibles y esos gritos locos escarapelando la piel de tus compañeros. Sería tal vez porque en la ocasión en que habías logrado evadirte de la muerte, lo hiciste en silencio, tragándote tu doble dolor para no señalar la ruta que te conducía hacia la oscura profundidad y ahora, cada vez que tienes la ocasión gritas en memoria de ese instante, que no fue definitivamente tu hora. Y cuando amaneció, no te atreviste a calcular la cantidad increíble de metros que habías rodado. Fue un recoger la mirada, siguiendo lentamente las líneas caprichosas de la pendiente para otra vez contemplar el cuerpo. Realmente lo único importante en ese incierto amanecer, fue que aún estabas vivo, a pesar de todas esas magulladuras, la agudía chorreándose de tus pies y manos, el intenso dolor diseminado en toda la masa corporal y la sangre coagulada alrededor del pecho y del muslo. Y en torno de todo aquello, una gran idea agrietándote el alma. Recordaste que primero fue un impacto de fuego en el hombro izquierdo, luego el mozuelo bebiendo aguardiente y amontonándote palabras que no entendías. Después, los estertores del viejo y la gente amiga y un arma frente a ti, como anticipo seguro del tiro de gracia, lo que te impulsaron a desbarrancarte por cuenta propia al abismo, justo al sentir un segundo impacto perforándote la pierna. Luego el llanto silencioso, la revisión de ideas y el juramento de restañar la orfandad y, por último, nuevamente los ojos cerrados.

Soñaste que todavía jugabas juegos de infantes. Reencontraste a tu padre desafiando cansancios, venciendo jornadas increíbles y, al final, esa caricia con el puño reposando en tu mentón: "Buena, campeoncito, mañana será otro día". Era su frase favorita. Soñador de futuros distintos como era, fue llamado para que lidere un grupo de sentimiento netamente regional que se proponía trabajar por el progreso de toda la comarca. Nunca imaginó que la victoria se le acercaría acompañada de tamaña tragedia.

Tu cuerpo estragado que un breve capricho de la pendiente había retenido, se estremeció cuando unos rostros flotantes te acosaban sin cesar. También a tu padre y a toda la comitiva que partió una mañana sin presagiar que aquella gira de buena amistad no tendría retorno. Entre esos rostros había uno que destacaba por su grito desaforado: "¡Muerte, muerte!" Y ese rostro es el que fulgura en tu mente cada vez que usas la bayoneta.

Despertaste en casa de la vieja Justina, apacible y hierbaoliente, saboreando como nunca el sabor de la existencia y el ferviente deseo de adiestrarse para el desquite, en cuanto los brebajes de la bondadosa vieja quitaran de tu cuerpo la apariencia que tenías de guiñapo salvado por la noche y su osquedad.

Por todo aquello estás de voluntario entre la gente que alista para la guerra el gigantón Carelobo. El tipo tiene voz ronca no cree en sambenitos cuando usa el arma "¡Alisten... incrusten!" Y de inmediato ponía el ejemplo. Levantaba furibundo el arma despanzurraba al enemigo. "¡Carajo, acaben así con estos animales!" Luego saltaba como un felino y a fuerza de sus clásicos puntapiés y mentadas de madre, arrojaba a sus pupilos para que se encharquen revolcándose con el cuerpo de los vencidos, mientras él retrocedía victorioso regando su voz y carcajada a diestra y siniestra: "¡Ja, ja, ja, jijunas, traguen tierra, carajo!"

Pero has decidido no aguantarlo más. Fugarás cuando te sientas listo para el combate y seguro de vencer, incluso a combatientes veteranos y más fornidos que tú. Luego te echarías a buscar por lo menos al ganapán ese de rostro inconfundible que después de votar en contra de la vida y dictar sentencia fingió temblar cuando ultimó a tu viejo. Cargarías, eso sí, el fusil y una arma blanca para que al verte la Justina sienta regocijo por tu total recuperación. De seguro que con su voz apesadumbrada te volverá a contar ese retazo de historia que te conoces de memoria.

Te repetirá entonces cómo fue que te devolvió a la vida con su medicina milagrosa en aquel paraje deslumbrante donde se inicia la selva y al que fuiste llevado por la mano amiga de unos campesinos que retornaban al valle después de asombrarse ante los cuerpos yertos y la camioneta incendiada, y luego te pida, papacho, Alipio quiero que tú también me cuentes la otra parte de

la historia que todavía nadie conoce, a ver si abriéndome el corazón olvidas rencores porque odios y rencores envejecen a los hombres, hijo, y sobre todo, quisiera que me informen tus buenas palabras qué ha sido de ti desde que partiste y por qué has vuelto como si estuvieras huyendo del mismísimo diablo, con ese uniforme desgarrado en tu cuerpo, odio en los ojos, una faca brillante al cinto y esa arma de muerte en tus manos. Callarías seguramente hasta terminar el humeante mate y luego le harías conocer tus pensamientos y le pedirías perdón por la terrible idea que anidaba en tu pecho.

El momento para desertar llegó cuando empezaste a meditar muy confuso por el olor a pólvora en tus alimentos, sobre cuántos frentes puede tener un campo de batalla tan grande como se te estaba tornando la vida, pues no te decidías aún con cuál de tus enemigos te ensañarías más llegado el caso, si con el hombre que te preparaba para que pudieras hacer lo que contigo hicieron o con aquel otro que aniquiló a tu padre. O de repente el mismo Carelobo, a quien no te lo imaginaste nunca tierno, tenía por ahí un hijo igualmente grandullón, justo en los diecisiete, y éste también podría convertirse en un guerrero más que luego se te cruce en un nuevo frente para el combate.

Y esta tarde en que te pareció extraña la forma de enrojecer el cielo, te dispusiste a duplicar esfuerzos en la que sería tu última rutina, ya que no irías con tus excompañeros a pasar la prueba de fuego final. Sabías que mientras ellos perfectamente adiestrados partirían llenos de alborozo en la madrugada, dirigidos probablemente por el comando de reemplazo, sin importarles un pito que el Carelobo y su odioso rostro de perro grande quedara desperdigado por ahí, rumbo a un lugar apenas manchado en el mapa, para arrasarlo y hacer de verdad lo que aprendían en los simulacros, y así al fin graduarse como el grupo de los sin alma, a punta de fuego y bayoneta amparados en la tenue creencia de que en ese desconocido poblado, en medio de tanto paisano sin importancia, bastaba un solo culpable o simplemente las señas de su paso para limpiar conciencias, tú, Alipio Santamaría o como quiera que en verdad te llames, estarías marchando delirante por rumbo propio en busca de tu objetivo luego de saldar cuentas con tu instructor.

Por tal motivo te esmerabas al máximo. Querías demostrarle al Carelobo que estabas listo para la guerra y qué mejor que un enemigo grande y poderoso para ponerse a prueba. Y el Carelobo seguía gritando y saltando. Se mantenía en guardia permanente aconsejado por su instinto de animal salvaje. No vaya a ser que uno de sus hombres, cegado por la lucha, mancille su uniforme de campaña.

Entre grito y grito, hundías la bayoneta, removías en círculos, la extraías y la volvías a hundir, hasta vaciar las vísceras del cuerpo inerte. Luego

embadurnabas tus manos de sangre tibia y, sucias las manos, te sobabas la sudoración de la frente, presto a dar un profundo alarido, antes de retacear definitivamente los restos de tu pobre víctima y levantar tus ojos de fuego, ávidos de otro rival más digno de tu calificación, que rugiera mejor y cuya mayor corpulencia hiciera posible la realización de más y variadas maniobras con el arma blanca.

No lo podías creer, habías turbado al mismísimo Carelobo, tan cerca a ti, casi fulminado por tu quemante mirada, remecido por tu destreza y sangre fría, él que nunca antes se había conmovido frente a sus pobres canes salvajemente acabados, como parte del entrenamiento en las técnicas que usaba para deshumanizar a sus hombres.

Y ahora, a un minuto exacto antes de que la guadaña de la muerte ensucie su filo con uno de ustedes, quisiera meterse en tus pensamientos para saltar desde ahí y ser el primero en asestar el golpe. Como no puede está que te espera en el promontorio de su preferencia, en estado de alerta, negándole a sus ojos el derecho a parpadear siquiera un instante.

Enrique Rosas Paravicino (Cusco, 1948)

Camino de la suerte

Un cóndor sobrevoló la rinconada. Lo advirtieron primero los novenantes. Se encaminaba hacia el barranco donde en la víspera cayó una mula cargada de vituallas. Una banda de q'aperos remecía el santuario. Algo cansados tocaban el pasacalle del Ch'uncho, pero al advertir la sombra del pájaro los músicos cambiaron por un cacharpari. Era una de esas piezas largas que se tocan en la octava de corpus. Al rato el cóndor se perdió cuesta abajo. Lentamente volteó una narigada y no reapareció, a lo menos por ese día.

¿Cuántos? Miles de peregrinos este año. Llenito el santuario de gente. Y eso que seguían llegando más. Oleadas de novenantes seguían escarpando el Sinak'ara. Unos en cuadrillas, otros por su cuenta. Aquello, parecía un hormigueo de nunca acabar. Y la tarde que ya se iba arreando parvadas de pichinchos.

Nosotros éramos tres. Sólo tres de la partida. Sentados en la puerta del templo nos recreábamos viendo competir a los bailarines. Una cuadrilla de Paucartambo echaba pañolones al aire. En su canto yo percibía algo como una lechuza que se desahogaba:

*Señores caporales, echen la planta
con más gallardía,
con más tiranía.*

*Lima y Potosí, todo he andado solo,
a esta tierra nunca he pisado.*

Un hombre se paró a mi lado. Casacón de cuero negro y bufanda de alpaca. En la solapa llevaba una insignia del Crucificado. Lo reconocí en el acto: era un celador de la Hermandad de Qoyllor rit'i.

—¿Llegó ya el cura mi estimado? —le pregunté.

—Nada aún... Estamos esperando.

—¿Pero llegará ahora?

—Humm... quién sabe mañana —dijo mirando su reloj—. La carretera debe estar congestionada. ¿Lo necesita usted acaso para algo especial?

Aproveché entonces para explicarle nuestro propósito:

—Usted verá, nosotros venimos de lejos. Yo soy de Izcuchaca, Anta, y acá el doctor es todavía de más lejos: de la costa. Queremos juramentar ambos. Hacer un voto de hermandad ante el Señor... usted sabe, para ser herma-

nos de compromiso. Dígame, ¿necesitamos siempre que nos haga juramentar el párroco, o podemos hacerlo nosotros nomás?

—Para eso no se necesita sacerdote ni nada. Pasen ahí al templo que a esta hora está vacío. Préndanle vuestras velas al altísimo y hagan directamente ante él ese voto que quieren hacer. Pero háganlo de todo corazón. Eso es todo... Ah, ¿pero y la niña?

El celador se había fijado recién en la Charito.

—La niña —adujo con alguna confusión—, es mi hija... mejor dicho la sobrina del doctor.

—Pero cómo —se sorprendió el hombre—, ¿o sea son hermanos los señores...?

—No —flutuó—. Aún no.

Hizo una mueca de desconcierto. Sus ojos pestañearon titubeando. Pero no se propuso indagar más. Estaba atraído por la cuadrilla de Paucartambo. Quería ver creo esa danza de negros.

—Vayan nomás al templo —nos indicó—. Pero eso sí recomendó serio —antes de prender las velas, boten toda la basura del corazón.

Al entrar al templo la luz nos cegó por un rato.

Yo soy Emiliano Florián. Un difunto a la medida de esta fosa. Debo haberme cansado en algún tramo de la eternidad, porque ahora siento desparramarse los ecos en el mundo. Yo he muerto hace tres años. La noche aquella de la contienda. Una descarga de FAL me cegó la vida. Pero las balas continuaron silbando. Y la partida la ganaron los nuestros. ¡Kausachun camaradakuna..., perlaschallay!.. Al filo del alba quedamos varios.

Ya solos en el templo nos cruzamos ante el Taytacha. Se trataba de una gran roca tras una vitrina ahumada. Un Cristo en trance había volcado su imagen en aquella piedra. En eso consistía el milagro. El vacío del templo me oprimió el corazón. Sentí como un chillido de murciélagos allá en el balcón del coro.

La Charito, desde una banca, nos miraba a ambos consternados ante la imagen. Al doctor y a mí.

—Señor de la cordillera —empezó a alegar el doctor Samuel Florián—, bien sabe tu divino poder que he recorrido toda la sierra central en busca de esta sobrina mía. He terciado con la muerte y la aflicción en las punas de Vinchos y Andahuaylas. Por dónde... por qué pueblos no la he buscado por recuperarla al seno de mi familia. He andado tres años, estancia por estancia, a ver si daba con ella. He sabido ser forastero en tierras negadas por la providencia. Pero al final, gracias a tu designio, la he encontrado en la casa de este noble agricultor. Que tu obra sea alabada señor...

Habló como un cuarto de hora. Lo que duran diez credos bien rezados. Por momentos se le quebraba la voz. Pero a fuerza de discurrir recuraba el temple. Afuera los bombos seguían sonando. Y yo tuve la sensación de que al final de los tiempos, allí —en esa cordillera—, compareceríamos ante Dios.

Yo soy Emiliano Florián que en vida se alzó con el apelativo de Livio. Perecí en el ataque a la cárcel de Huamanga, aquella noche de marzo del Año Segundo de la Insurrección.

—Buenas noches Ceferina.

—Buenas Emiliano. Pero vaya, ¿qué te trae aquí tan entrada la noche? ¡Vamos...! y en compañía de quién, de la nenita. ¿Cómo estás mi huahua?

—Escucha Ceferina. Tengo poco tiempo. Dentro de un rato empieza una balacera de padre y señor mío. Quiero que me guardes a la nenita sólo hasta que termine la función.

—¿Así? ¿Y a qué hora crees que termine?

—Es sólo cuestión de una hora. No me negarás Ceferina

—Pero... ¿y si no vuelves?

—Cómo Ceferina. Sabes bien que soy más útil en esta vida que en la otra. Aquí se me necesita, no allá.

Amaneció en Huamanga y no volví. Eso es lo que más me dolió. Dejar huérfana a mi hija cuando recién aprendía a caminar. Estuve tendido en la calle varias horas. Pero nadie vino a llorarme.

—Y ahora señor... —terminó pausadamente el doctor con voz sosegada— permítenos a ambos, a Samuel Florián y Edilberto Tapia, al costeño y al serrano, permítenos usar tu templo grande para hacer un juramento que nos habíamos prometido en Izcuchaca. Un voto que selle el afecto y la lealtad entre nuestras familias. Tal ha sido tu voluntad señor.

Me abrazó del hombro con una mano. Lo propio hice con él. Reverentes ante la imagen, bajo la mirada tiesa de los santos y los apóstoles, el doctor y yo hicimos el voto de hermandad eterna. Ante el Taytacha juramos ser hermanos. Y tratarnos como hermanos. Y andar como hermanos en el mundo. No importa que vivamos en tierras distantes. O que nuestros apellidos suenen diferentes. Hermanos hasta el día de las trompetas...

—Para siempre Edilberto.

—Para siempre Samuel.

La aldaba resonó en el cementerio. Bajaban a enterrar otros muertos. Negros orificios de bala les ensombrecían las espaldas. Entre ellos sólo reconocí a una mujer por su grave estado de tristeza. Golpeé el suelo:

—Ceferina, soy yo, Emiliano.

—Ay Santo Dios. Eres tú. Perdóname no te reconocí por esta oscuridad.

—Así es al comienzo —le consolé—. Pero después uno se acostumbra.

—¡Jesús...! qué húmeda está la tierra.

—Tranquilízate panacha. Más bien cuéntame algo de mi nenita. ¿Cómo la dejaste? ¿Quién se ocupa ahora de ella? Anda cuéntame.

—A Dios gracias, está a salvo. Hace una semana se hizo cargo de la Charito una amiga. Ella es maestra en el Cusco. Partieron esa misma noche.

—¡Bruto que soy!... Me olvidé decirte que tengo un hermano en Lima. Él es médico. Bien pudo recogerse...

—Pues ni modo ahora.

—Ni modo. Dime, ¿tiene ya familia tu amiga?

—No, propia no. Pero me aseguró que se la criarán sus padres. Ellos viven en Izcuchaca, cerca a Cusco. Estoy convencida que le darán amor y educación como se merece.

—El cielo te oiga Ceferina.

—Ah, y no te conté. La policía nos ha tenido sin vida después de tu deceso. Todo porque se enteró que tu habías dejado una niña tiernita. La buscaron afanosamente por todo Ayacucho. Por fortuna no se percató que yo la tenía.

—Eso se llama suerte —sonreí.

—Ajá. Y tuve que cambiarle de nombre. Ahora se llama Rosario y ya no ese nombrecito que le pusiste...

—Ila —precisé.

—Claro, Ila —prosiguió Ceferina—. Qué nombre tan disparatado. Pero ya no te preguntaré por qué. Cada uno tiene sus razones.

—Así es —concluí—. Olvidémonos de eso. Más bien quiero preguntarte algo. ¿Cómo has podido caer tú, si no eras de la causa?

—Eso también me extraña. Sin ser juramentada he muerto como una terrucá más. Fue una explosión. Eso es lo que me mató. De repente se produjo un tiroteo en el mercado. Muchos viandantes nos vimos envueltos en el fuego. Tiraron bombas. No sé de dónde salió aquella granada que me hizo trizas. Pero espera... —calló Ceferina— creo que hay un ruido de palas arriba.

—Así es. Están abriendo nuevas fosas. Cada día baja más gente en cajones.

—Escucha parecen llantos.

—Claro; son los deudos de los caídos. Shsss, mejor nos callamos un rato, después me terminas de contar.

Salimos del templo abrazados. El doctor y yo. Una cuadrilla de *sijllas* bailaba en el atrio. Creo que era ese paso que llaman *escobilleo*. El violín pare-

cía terciar en contrapunto con el arpa. Eran seis bailarines encasquetados, de tongos que remedaban a jueces y abogados. Sentamos a la Charito sobre una enorme roca, para que pudiera espectarnos mejor. A Samuel y a Edilberto. A dos hermanos recién juramentados.

Porque yo no sé cómo. De pronto nomás bailábamos de puro gozo. Chapuceando como dos rengos aquella danza complicada de los *sijllas*. Y durante el resto de la tarde hubiéramos seguido rengueando ante la hilaridad general, si es que no me toca del hombro ese tan siempre demudado Luis Argandoña, ecónomo de la iglesia de Izcuchaca.

—Questás haciendo aquí —me reprochó—. Allá está pues tu cuadrilla. Vamos, vamos.

Casi me arrastró del brazo y yo a la vez hala y hala a mi hermano el doctor y a la Charito. Llegamos a una explanada donde los de Izcuchaca bailaban con sus atuendos de plumas y sus máscaras. Al verme se deshicieron en una alegría bien bullanguera.

—¡Pero si es el Edilberto Tapia...! —se admiró uno—. Qué hace solito aquí y tan lejos de su tierra.

—Bailando pues —dije por decir algo—, bailando para el Señor.

Se rieron con esas risas pedregosas de agricultores y ganaderos. Les causó más gracia que yo bailara una danza desconocida y en compañía de un extraño que tampoco afinaba los pasos.

—Mi hermano —les presenté al bueno de Samuel—. Es doctor y viene de la costa. Acabamos de juramentar.

Todas las caras me miraron confundidas. Era como si yo delirara por efecto del *supayqarqo*.

—¿Tu hermano? —balbuceó uno de ellos (un tal Joaquín Choque)—. ¿Pero por dónde?

—Eso —contesté—. Por allí... por la voluntad del *Taytacha*.

Pero como los *izcuchaqueños* seguían mirándome con esos ojos que falsificaban el recelo, tuve que hablarles en un cristiano que entendiera hasta el más *ch'uncho*:

—Acabamos de salir del templo. Hemos quedado ante Dios ser hermanos de juramento; ¿ya?... hasta la muerte.

Abrieron grandes los ojos, como de lagartos sorprendidos. Pero apenas un rato. Después se nos arremolinaron con abrazos y palmadas por el voto hecho ante el Eterno.

—¡Hua, ja, ja! —se desternilló de risa otro paisano (el Roque Gudiel)—; esto hay que celebrarlo con un cañazo de Lambrana o un *q'ello-ukuku*.

Sacó de su alforja una botella y un vaso. Sirvió un primer trago a Samuel que aún no terminaba de ser congratulado:

—Es para el ánimo doctor. Para arrear del cuerpo los malos espíritus.

El doctor levantó el vaso hasta la altura de su frente.

—Entonces... ¡salud! —accedió tranquilo con una sonrisa.

—Salucito, pero bien seco —se avivó el Roque.

El último sepelio de la tarde fue de un capitán de la Guardia Republicana. Se oyó la corneta del toque de silencio y después varias paletadas de tierra sobre el cajón.

—Madre Inés —farfulló el recién llegado—, fíjate que por fin vengo a acompañarte...

—¿Capitán Illáñez? —le interrumpí antes de que continuara.

—¿Quién habla? ¿Dónde?

—Un difunto de años atrás —contesté—. Mi nombre debe constar en algún archivo policial. Eso no importa. Lo curioso es que desde ahora su lecho de tierra queda cerca al mío.

—Vamos. ¿y cómo sabe mi nombre?

—¿Pero quién no lo conoce a usted? ¿Quién en Ayacucho no conoce al jefe de interrogatorios de su institución? Además yo fui una de sus tantas reses, como ustedes llaman.

—¿Lo interrogué de repente? ¿Lo zambullí o lo colgué?

—Peor, peor. Sólo que eso aquí ya no importa. Estamos en un lugar donde el rencor y la venganza no tienen ningún sentido de ejercitarse.

—No me diga. En cambio yo sigo odiando a los terrucos y a toda esa lacra social que jode al progreso del país.

—Es natural. Porque usted es un muerto reciente. Además seguramente habrá caído en acción de armas.

—¿Acción de armas? Fue una emboscada de lo más vil y sucia. Me ametrallaron en un restaurante cuando almorzaba.

—Es lógico que tenía que morir así —intervino Ceferina con voz apenas audible—, con tantas maldades que hizo.

—¿Y usted quién es?

—La hija del cerrajero Díaz. ¿Se acuerda de él? Usted lo hizo desaparecer en Ocros, el año pasado, en plena fiesta de reyes.

—La verdad, la verdad, que no —retrucó el capitán—. Fueron tantos que no tengo memoria para uno solo...

La luna ya despuntaba sobre la nieve y la banda seguía tocando aún el quinto paso de las K'achampas...

Cronwell Jara (Piura, 1950)

Hueso duro

Camino Real de Morropón a Tuñali.

Sigiloso desmontó en la mula; tuerto, ojo azul, sin tres dedos en una mano y en la otra un puñal...

Así me lo imagino.

Arriba, cielo celeste, un sol florido.

Abajo, el tuerto ingresando a mi casa...

"Celedonio Rojas, he venido a matarte".

Dijo el Pancho Carnero y con toda su hiel le arrió la muerte, clavándole el puñal en la espalda antes de que Celedonio, mi padre, pudiera reaccionar y defenderse.

Oí el "¡tumm!" de un golpe sordo y hondo, como de un cántaro que se quiebra o de un mate que se raja; un quebrarse de huesos, un alarido escalofriante que se atormentará para mucho.

"Celedonio, lloras como mujer. Y mueres con miedo a la muerte. Mereces morir con polleras".

Mi padre cayó de quijadas sobre la mesa, chasqueándole como piedras las muelas.

"Celedonio, cumplí mi palabra. No te pido que me perdones".

El apuñalado fue ladeándose y volvió a caer. Vi rebotar su cara al dar con el suelo, no le oí otro grito, vi sus ojos saltados, un quishque finito de sangre descolgando por sus labios temblones, su gesto de candela sin llanto, su ahogo de súplica, sin palabras pidiendo misericordia, piedad, un inútil perdón... por fin, lloraba.

"Mataste mi buey pinto, Celedonio, ¿recuerdas? Me humillaste en el duelo a machete, me tajastes tres dedos, me vaciaste un ojo, ¿cómo sentir pena por ti, Celedonio? Ya me olvidé cómo se pide perdón".

Afuera se espantaban las gallinas, la oveja, mi ternero, como si hubiesen oído, cerquita, un difunto.

El Pancho no me había visto o se hacía el que no, pero yo hui como una lagartija cobarde a ocultarme detrás de un horcón y debajo de una silla.

"Pero sabes que por eso no te mato, Celedonio, entiéndelo antes de que mueras. La humillación más grande fue cuando te llevaste mi mujer".

Alzó la cara temblante y sudorosa el caído, quiso hablar pero sólo emitió un áspero ruido como el que da un atragantado por espinas.

"Todos se reían de mí, a mis espaldas. Como dándome navajazos. Como desollándome vivo, Celedonio..."

Preso en mi espanto, llorando bajito, recordé entonces una conversación casual de mi padre con su madrina, la vieja Pugo: "Maté su buey yuntero, sí, pero jue casual. Jue por dispararle a un tuco malagüero y ya ve, maté buey, maté tuco. Pero pagué la bestia con muchos cuarterones de maíz, muchos billetes, varios odres de aguardiente. Y si pelié jue porque estando bebidos el Pancho Carnero me retó, tuve que defenderme. Y ya ve que ni lo quise matar". Y en otra ocasión les oí decir a unos amigos de mi padre que la Florinda se había acostado antes con Pancho Carnero, que había llorado por él cuando estuvo por morir en el duelo en donde le salpicó un ojo y perdió los tres dedos, pero que el Pancho mucho le pegaba, y se acostaba con la Florinda sólo porque era muy hermosa, como su nombre, pero que ella lo quería uuuh, a rabiarse, y le pidió varias veces que la lleve a la quebrada de las lajas y la tumben entre los pericos y los chocales. Que el Pancho Carnero era como una borrachera de placer para la Florinda. Que la Florinda, antes de tenerme, había abortado varias veces.

Y volví a fijarme en mi padre. Había sido alto y soberbio como un seibo frondoso y recio como un toro joven, pero cayó. Cayó de una sola... Y ahora aplastaba el ajango de junco que antes había estado arreglando con sus dedos finos, ahora pujaba, temblaba con temblor de tierra, arañaba el suelo como si fueran reja de arado sus dedos, como si buscara guarida o como si debajo de la tierra estuviera el alivio de su dolor, el consuelo de su miedo, la salvación de su vida.

"¡Florinda!", gritó entonces el Pancho Carnero, "¡quero que vengas a ver cómo lo remato!, ¡Florinda!, entra, ¿no me oyes?"

Mi madre entró y como un viento veloz fue a arrodillarse y suplicar besando los pies del Pancho Carnero. "No, no te hagas más criminal, Pancho, ojito azul, no te llenes de más sangre. Déjalo morir así, déjalo, por favor, te lo suplico..."

"¿La oyes, Celedonio?, pide perdón por ti, pero yo no le haré caso, Celedonio. Primero te remato. La menos ocho puñaladas más y luego me llevo a la Florinda, ¿me oyes, Celedonio?"

De la garganta de mi padre volvió a oírse, horrible, un repugnante ahogo de atorado. Intentó arrastrarse hacia el horcón que sostiene el techo. Creí ver que el puñal le había ingresado todo, que la filosa punta de acero le salía por el pecho, pero esto era sólo imaginación mía.

"Te lo suplico, Pancho, hazme caso. ¡El Cristo!, él del cielo te está viendo. Por favor, Pancho, déjalo ya, déjalo".

"No, no lo dejaré así, quítate de mis pies Florinda o me viene la locura y te apuñalo también".

"¡Apuñálame!, pero ya déjalo a él".

"Lo quieres todavía, Florinda, lo quieres después de todo lo que me hizo".

"Es mi marido".

"Pero tú te acostabas conmigo antes de ser su mujer, ¿no recuerdas cómo me lo pedías?", y dicho esto el Pancho Carnero cogió con fuerza y furia de los moños a mi madre y la levantó hasta verse ambos las narices, "dile, Florinda, dile cómo me lo pedías".

Así sacudida mi madre lloraba tanto que no parecía mi madre, los mocos le salían como agua.

Mi padre llegó hasta el horcón y lo abrazó, desesperado. Horcón y mi padre, temblaron.

"También me acosté con ella, Celedonio, luego de tu casorio, cuando rodabas borracho por las fiestas. Tus fiestas. En tu misma cama, Celedonio, sobre los mismos cobertores, si no preguntale a la Florinda, que ella te diga si miento".

Mi madre agachó la cabeza.

Arañando el horcón, temblando de muerte, con mil esfuerzos, intentó arrodillarse. Una baba de sangre, un bronco ahogo, dos ojos húmedos, un sollozo.

"Eso es, Celedonio, te acomodas para que te saque el puñal y te lo clave de nuevo. Te arrancaré el corazón, te sacaré los ojos, te cortaré la lengua para que tu difunto no me siga y ni hable de mí, acusándome de tu muerte. Tengo que hacerlo. Florinda, déjame".

Arrodillado, humillado ante el horcón, entonces habló mi padre, como desde dentro de un cajón de muerto. "Mátame, tuerco, por el ojo que te quité, por los dedos, mátame", y tosió. Creí que esas iban a ser sus últimas palabras. "Mátame por el buey, mátame, pero no te lleves a la Florinda".

"Más que por matarte, he venido por ella, Celedonio. No puedo olvidarla. Alzaré de nuevo mi vida con ella, tendré bueyes, cosecharé en abundancia, y tú, Celedonio, serás sólo un recuerdo, un hato de huesos, un viento de cuchillos que se arrastra".

Celedonio volvió la cabeza y por fin puso los ojos sobre su asesino como reconociéndolo y pensando: "Qué feyo tu ojo vacío, Pancho Carnero. Sí, eres tú, y este puñal me prometiste".

"Está bien, Celedonio, no te clavo otra vez el puñal, para que la Florinda no venga conmigo odiándome".

"No, no te la lleves, no zarco. La quero más que tú, la quero..."

"Ya los muertos no quieren, Celedonio".

"Lo haces por humillarme, tú nunca la quisiste".

"Así no la quera, también me la llevo".

"No te la lleves zarco; tumbala si quieres humillarme, acuéstate con ella en mi delante, pero no te la lleves".

"¿Por qué insistes, Celedonio? Sólo haces aumentar las ganas de llevármela".

"Quero que me vea morir, que esté a mi lado hasta el fin".

Pancho entonces se acerca a mi padre, lo jala con ira del cabello y se apresta a sacarle el puñal. "Entonces es fácil. Verás que te ahorro el tiempo una vez que te lo arranque y te acuchille el pescuezo como a res, Celedonio, hasta arrancar tu cabeza".

Pero, a tiempo, mi madre le detiene el impulso de la mano que iba hacia el puñal. "No, te lo imploro, Pancho, no le hagas caso. No quiero verlo morir, vamos ya, vamos".

Pancho ríe con ladrido de perro flaco, con todos sus colmillos, vanidoso, animal.

"Jaj, jaj, jaj... ¿Ya ves que la Florinda quiere irse conmigo, Celedonio?".

"Sí, sí, contigo Pancho, zarquito, contigo. Vamos, a ti te quero zarco. Tú fuiste el primero, el único y quise tener hijos contigo, muchos, pero me los hiciste abortar a golpes. Sólo por eso me casé con Celedonio".

"¿Por vengarte de mí?".

"Por vengarme, pa' que sufras, pero te quero todavía, Pancho. Si por mí has venido, vamos pue".

Mi madre me desarraigó de debajo de la silla y quiso llevarme con ella. Y yo no quise.

El tuerto fue hacia el corral y, machete en mano, mató gallinas, la oveja, mi ternero, dentro de un alboroto en remolino de plumas, balidos, mugidos. Refa el remolino. El Pancho era un remolino de mil brazos, de mil plumas, balidos, mugidos.

Mi madre lloró porque me fuera con ella, insistente. Pero yo le tenía miedo ahora, la odiaba con todas mis fuerzas, como si nunca hubiese sido mi madre. El Pancho Carnero subió sobre la mula y a ella la subió sobre sus piernas. Mi madre era ya de Pancho, como si siempre lo hubiera sido, y la odié más todavía, más que al Pancho mismo. Juré matarlos un día, lo pensé, y se los dije: "Los mataré, amito Pancho, los mataré un día".

Pancho volvió a reír, y luego: "Tú qué sabes, niño".

Y mi madre: "Vamos, no me dejes ir sola, Zorrito. Vente conmigo".

"No".

"Te morirás de hambre, ¿quién te dará de comer?".

"No voy".

"Entonces, quédate. Y anda mira cómo muere tu taita".

Antes de torcer las riendas, antes de dar el fuetazo a la mula, el Pancho dijo como al aire: "Si no te mato niño, será por algo. No sé".

Y se fueron.

Corrí llorando donde mi padre. Seguía de rodillas. Quise levantarlo, ayudarlo, pero no pude, mis seis años no servían para tanto. Mirándole yo a los ojos, llorándole, besándole la frente, tocándole las mejillas, él también lloraba y parecía no mirarme. Vi el puñal sobre su espalda antes poderosa como montaña, las moscas ya volaban sobre la sangre, toqué el acero y quise sacárselo, pero él se quejó.

"Quema, quema como candela. Tengo una candela dentro..."

"Levanta, taita, levanta".

"No, tú no puedes, hijo. Tú no... Anda y dile a la madrina Pugo que venga a ver mi cadáver, corre".

"No. Si voy te mueres. No te mueras..."

"Corre, dile que venga. Que no avise a la policía".

Y bruscamente se descolgó su cuerpo sobre sus propias rodillas. Y me aturdió un miedo, un miedo, como si el puñal estuviera clavado en mí. Ya lo veía yo muerto. Y ya me imaginaba verlo levantarse cadáver y llevarme con él al cementerio, y enterrarme con él estando aún vivo yo. No podía estar, por ese espanto, más con él y llorando me fui donde la vieja Pugo. Y en todo el camino parecía que me seguía un muerto, que detrás de cada chocho estaría ya espiándome mi padre y sus ojos de muerto. "Ya verás que los mato. Los mataré algún día".

Volví ya de noche con la vieja Pugo, sobre un asno viejo y matoso como ella. No vino más gente porque vivía ahora sola.

En el caserío de Tuñalí, en ese tiempo, su casa era la más cercana.

La Pugo borracha de muerte quedó al tropezarse con los cadáveres de tantas gallinas, la oveja y el ternero, antes de sobrecogerse con un espanto más fuerte. A la luz de un leño encendido miró primero el puñal y con mano firme quiso sacárselo sin asco ni miedo alguno ahora. Y al sólo tocar el puñal, un alarido, un grito quemante como brasa encendida se nos prendió a la vieja y a mí, y penetrándonos hasta los huesos, nos recorrió como relámpago arañándonos el espinazo y estremeciéndonos en dolor vivo, el cerebro,

tronándonos el corazón por reventar, eso creí. Era mi padre y estaba todavía vivo. Y sollozaba llorando, acorralado, humillado, vencido antes de su muerte, era ya un difunto.

"Déjenme el puñal".

"No", la madrina, "no puede quedarse ahí".

"No lo toquen, no es puñal; es Florinda".

"¿Qué hablas? Tas tocau...".

"Es Florinda la que me ha clavado dentro. Y me arde como si fuera un nervio, un tizón de candela. Váyanse".

"Deliras, hay que sacarlo".

"No quero ya vivir", sudando, tragando lágrimas, "sáquemelo, pero clávemelo de nuevo, madrina. No quiero ya vivir, júremelo que lo clava, madrina".

"Te lo juro, ahijao. Te lo saco y te lo zampo de nuevo. Y más al corazón pa'matarte esa dijunta ahijao. Te lo juro".

Cerré los ojos para no ver. Y oí un alarido como si fuera mía. O es que yo di ese grito. Y mi padre, al abrir yo los ojos, quedó como muerto. O es que estaba ya muerto. Bien muerto.

Celedonio Rojas no murió de la puñalada.

Doña Pugo le regó sangre de grado en la herida, "mano de cobarde ha sido porque sólo te quebró los huesos", le aplicó emplastos con yerbas calientes, "y el puñal se desvió hacia abajo", le sacó los emplastos y ahí le cosió los pellejos como a cholo que ha sido cogido y despanzurrado por toro bravo en la molienda de caña, "de modo que sólo rozó el pulmón, o yo no sé si me equivoco. ¡Hueso duro!, ahijao".

Celedonio Rojas quedó cojo para siempre y no pudo recuperar nunca su voz natural, hablaba como atorado, respiraba como ahogándose. Quedó ciego un día, pero descansó y a la mañana siguiente recuperó la luz en los ojos. Nadie sabía qué nervios le había fregado la puñalada. Pero dos meses después todos lo vimos rengueando, temerosos de que le vuelva la ceguera. Parecía mentira, pero seguía vivo. ¿Lo estaba?

"Mátalo con el mismo puñal", desde Morropón, de allá lejos vino la misma madre del zarco Pancho Carnero a ver si era cierto, y conmovióse, que seguía vivo el Celedonio. A verlo y hato de nervios hablarle, "mátalo, Celedonio. Pancho Carnero ya no es mi hijo. Te clavó la puñalada y te dejó por muerto llevándose a tu mujer, mátalo"; mi padre parecía una loma de rocas, un toro gigante y herido al pie de una hormiguita que le suplicaba, insignificante. "Mátalo, Celedonio"; y qué húmedos tenía los ojos, Celedonio, como pujando por no llorar, no la oía o no parecía oírlo, pero la oía. Y tampoco la miraba, sólo miraba

allá lejos oyendo el canto de los chilalos y las cuculas, o desangrándose acaso sólo pensaba todavía en la Florinda. Y pensaba yo triste en mis adentros: "Madrina, madrinita Pugo, ¿qué ha hecho pue' con mi taita, qué?", tonto yo como si la Pugo debió haber comprendido que mi padre estaba ya muerto sin morir y que debió habérselo devuelto, cumpliendo... Mi padre ya no cuidaba entonces de mí. A veces sólo me miraba como queriendo matarme o como queriendo matar en mí a otra persona, y sentía que me odiaba con todas sus fuerzas y yo, pajarito asustado, caía a abrazarme a sus pies. Cuando se fue doña Pascuala se iba como diciéndose a sí misma: "Me robó cuatro bueyes y los cuatro los vendió. Se llevó mis sortijas de oro. Me dejó colgada en la horca. Búscalo v mátalo, Celedonio".

Doña Pugo empezó a traerme comida, pero yo sólo comía las frutas. Como me gustaban las ciruelas, olían a la Florinda.

Celedonio, machete en vaina con estrellas, luna y soles de oro y plata, salía al monte y había veces en que no llegaba sino hasta eso de cinco a siete días.

Una noche creí oír al muerto. Era un aullido, un sollozo, una súplica, un lloro. O acaso las hojas, el viento apuñalado.

"Floooriiiiinnnddaaaa", de una colina a otra colina, "Floooriiiiinnnddaaaa", de una estrella a otra estrella, bajo la luna celeste, alta y hermosa. Casi perfumada.

Chiquitito allá lejos sobre una altísima peña, era sólo un puntito tamaño de un piojo. Y tan cerca al cielo estaba, tan cerca a la luna, que casi podía tocarla él si levantaba la mano.

Daba lástima oírlo.

"Floooriiiiinnnddaaaa".

Arriba, confundido en el remolino de estrellas, en el vértigo de astros girantes. Un grito más y se descolgaban.

"Flooooooriiinnnddaaaaa".

Estaba borracho, pero su alarido agudo y filoso, sus celos de montaña brava, me helaron con agujas y venenos la sangre.

Colgué mis ojos, el corazón, en la flor de un lucero violeta que flotaba en el diáfano ramaje de estrellas y los pétalos de la luna, y también aullé.

"Flooooooriiinnnddaaaaa... Mamita".

Del racimo de estrellas, el lucero violeta estaba sobre una estrella pequeña y dulce, se abrazaban como dos arañas, se amaban como dos pajaritos.

"¡... riiiiinnnddaaaaa! Mamita, pue', ¿por qué no vuelves? Mamita, pue'".

Y caí. Caí de rodillas, llorando, absorbido por las ráfagas de un torbellino de celos y rabia, como si a mí dos veces y no una, me hubiesen apuñalado.

Celedonio los buscaba, y de encontrarlos no sé qué pasaría.

Volvió doña Pascuala bañada de azul de madrugada y de rocío, luego de tres meses de su primera visita. Celedonio llevaba ya cinco meses y medio de seguir viviendo. "Mira este papel, aquí traigo la dirección de donde viven, lee, están alláaaa en Lima, en el Rimac, que dizque es un caserío más tupido queste, alláaaa por Monta Cerdos, y yo no entiendo, pero lee". Dejó el papel y se fue. Nunca más la vi.

Celedonio vendió su alambique, vendió el buey que hubo prestado, felizmente, a su madrina, vendió parte de su parcela y luego, después de cinco meses y medio de no hablarme, me dijo: "Nos vamos a Lima", con voz ronca, de muerto. Y afiló el puñal del tuerto ojo azul y yo me embriagué de una secreta, infinita alegría. Día y medio se la pasó entretenido con el puñal, afila que te afila, acariciándolo, pasándole saliva, borracho por ver sus chispas de amarillo y rojo que salpicaban como luciérnagas ante un mechero.

Parecía un endemoniado.

"Me dejaron por muerto, ¿no? Celedonio, los harás llorar. Y dirás: Pancho Camero, lloras como mujer. Y mueres con miedo a la muerte...".

Pero nunca fuimos a Lima.

Un día antes del viaje, Florinda llegó intempestivamente a casa, vino sola, traída por sus propios pies, traía grueso el vientre, que no le cabía. Estaba demacrada, cara huesuda que parecía y no parecía. Ojos afligidos, con ganas de llorar.

"Florinda".

Celedonio al verla no podía creerlo. No parecía ella pero era. Celedonio trastabilló con su cojera y otra vez la miró, embriujándose, envenenándose con el ventarrón de mil espinas como recuerdos. No parecía Florinda pero era la Florinda.

"Florinda", y con ella otra vez ese aroma a nísperos. A luz perfumada, a lucero en flor.

"Pancho Camero ha muerto ya. Su madre te trajo una dirección falsa. Murió. Lo mataron en un duelo a machete, estaban borrachos. ¿Por qué no me dejaron que yo lo matara por ti, Celedonio, por qué?".

Estaba encinta la Florinda. Cómo se le notaba ya.

Y gigante ahora, poderoso ahora, rencoroso y con un odio capaz de despedazar montañas, árboles, ríos, Celedonio volvió a su odio antiguo, de siglos, y cogió el mismo puñal. Era un Celedonio vivo ya. Su frente acaso recordaría un torbellino de alaridos y súplicas, plumas y balidos, ese puñal de candelas y celos que le ardió como brasa, como si la Florinda se hubiera incrustado a fondo en su espalda, mordiendo no nervio ni hueso, sino quemándole el corazón; recordaría el charco de palabras ladradas por el tuerto...

Con el puñal en mano, Celedonio, despacio, cojo, lento, fue hacia la Florinda.

"Sólo lo hice para que no te rematara, Celedonio".

Celedonio se acercaba más y la Florinda no se movía, sólo quería llorar.

"Cierto que fui del Pancho. Ciertamente lo que él escupía. Pero por algo he venido así, mírame por algo".

"Para morir, Florinda", el Celedonio.

"Mátala ya, taita Celedonio, mátala", saltó como puñalada mi voz, "mátala así como te quisieron matar a ti".

Florinda llorosa, cobarde, no quería morir, pero no retrocedía, (recordando acaso: "También me acosté con ella, Celedonio, luego de tu casorio, cuando rodabas borracho por las fiestas. Tus fiestas. En tu cama, Celedonio, sobre los mismos cobertores si no pregúntale a la Florinda, que diga ella..."), pero en un raptó de coraje se arrancó ella misma la blusa, y arrodillándose le puso la espalda al Celedonio, quien llegó a ella con el puñal hecho un temblor, levantándolo, pero...

"Mátala ya, taita".

Cayó Celedonio como un árbol de flores sobre un picaflor asustado.

"No puedo matarte mamita, no puedo. Perdóname tú, perdóname", de rodillas, llorando, besando la espalda de la Florinda, acariciándola, "perdóname".

"Yo ya no quiero vivir, Celedonio. No pude matarme yo misma; por eso vine para que tú lo hagas. Mátame tú ahora".

"No puedo, no puedo, no puedo. Cómo, cómo pue".

"Tendrás mujer que no fue tu mujer. Cómo quieres tú tanta horca".

"Qué importa, Florinda, qué".

Y Celedonio arrojó el puñal sobre las brasas candentes.

Con el que viene, con éste, sí, tendrán dos hijos. Tuvieron dos hijos. Ya han pasado largos años de esto. Mi hermana que nació, como yo, como el Pancho Camero, siempre tuvimos los ojos azules...

Zein Zorrilla (Huancavelica, 1951)

Los cilindros de ron

Estallaron los truenos en los cielos, corrieron los músicos a los portales cuidando sus ternos azules de la lluvia y los bailarines –vociferantes demonios ornados de látigos, sonajas y lentejuelas– cesaron sus desafíos frente a las ventas de aguardiente de la avenida principal.

En el interior de la cantina, Marcelo y Pimentel afinaban las cuerdas de su bandurria.

–¿Y ahora...?

El bailarín negó con la cabeza; no, ese no era el temple. Pimentel lo volvió a intentar y los trinos desabridos daban paso a una cadena de turbios bordones cuando Sotacuro apareció en la pieza. Y con él, un hombre de bufanda y otro de mejilla atravesada por una cicatriz.

Marcelo calló su instrumento.

–Don Demetrio –saludó al hombre de bufanda, hizo una venia ante el de la cicatriz.

Demetrio acostumbró sus ojos a la penumbra.

–Este es Marcelo –presentó al de la cicatriz–. El zonzo que se ha hecho quitar la carga.

El bailarín y Pimentel habían desaparecido. Marcelo se volvió desde la puerta.

–Zonzo no, don. El sargento se puso bravo –ladeó la cara–. Daré pase a un camión, dijo, por tratarse de don Demetrio. Pero el otro...

Sotacuro aprovechó la pausa para ofrecer dos copas a los recién llegados. El hombre de la cicatriz levantó una copa, la vació de un trago.

–¿Y Campeón? Te fregaron.

Demetrio tomó la botella, volvió a llenar esa copa, la aproximó a su dueño.

–Aún no. Y de ti depende.

–Ah. Eso sí que es novedad. ¿Cómo ha sido?

Los camiones de Demetrio habían sido detenidos en un control de carreteras de la guardia civil. Traían ron para las fiestas, como siempre, pero esta vez las cantidades anotadas en las guías no coincidían con el número de cilindros. ¿Pretendía Demetrio burlarse una vez más de la autoridad?

–No entendieron ninguna explicación.

–Y ahora... –el hombre lo contemplaba inmóvil, como si invisibles insectos recorrieran su piel–. No te queda más que arreglar.

–Tú dirás.

El hombre vació su copa, corrió el dorso de su mano por su boca.

–Te equivocas. No fui yo.

Miró a Demetrio, a Sotacuro, otra vez a Demetrio.

–Esta vez, no. Yo primero advierto. Tú me conoces. No te hagas pues.

No te hagas.

–¿Entonces?

El hombre se acarició la cicatriz, sin apartar la vista del transparente chorro que nuevamente colmaba su copa.

–Pero sospecho quién es.

Luego de una risita entrecortada el silencio se instaló en la pieza. Sotacuro miró al hombre, a Demetrio, al hombre otra vez, se desplazó a las sombras donde habían desaparecido los músicos y el bailarín.

–¿Quién? –Demetrio apretó su copa–. ¿No has sido tú?

–Deme... Tú me conoces.

–Como a un hermano.

El hombre hizo una trompa con su boca, paseó una mirada por la penumbra.

–Eso. Y me has hecho llamar cuando necesitaba tu ayuda.

–No hay problema. Si puedo.

–Puedes. Tenemos, creo... un saldito pendiente.

Los cohetes estallaron en lo alto y apagaron las voces de los hombres. Los cielos se astillaron en miles de luces de colores y gritos de júbilo recibieron la lluvia de bengalas que cayeron sobre los húmedos tejados de la población, las cruces oxidadas y los gallitos de hojalata que por centurias soportaban las arremetidas de los inviernos en aquel poblado que agonizaba en un pliegue rocoso de las cordilleras. Cuando los hombres salieron al traspacio; la andanada de cohetes había amainado. El de la cicatriz acomodó su bufanda y se perdió en la oscuridad.

–¿Y, don? –Sotacuro brotó de las tinieblas.

Un caballo ensillado aguardaba en las sombras. Demetrio se tiró el sombrero sobre una ceja.

–¿Dónde crees que está Ayano?

—¿Ayano Gómez?

—El otro, el nuevo teniente.

—No; ése es Arellano —Sotacuro se rascó el mentón—. Yo sé dónde... Ha visto a la hija de Gamboa.

—¿Rosita?

—No, la Nati. Acaba de volver de Lima. Toda una señorita. Pantalón apretado, tacos y todo eso.

—¿Y?

—El teniente no se mueve de su lado.

Las miradas se cruzaron sobre la montura, sobre las crines. Sotacuro sostuvo las riendas, paletó las ancas del caballo.

—Suerte, don... Tienen que soltar esos cilindros.

La gran cruz había entrado en la catedral y las beatas de negro permanecían inmóviles sobre los graderíos de piedra, indiferentes al rumor de muchachos que se levantaba de las calles vecinas. Demetrio enfiló por las orillas del río hacia el puente y su sombra le acompañó deslizándose sobre las piedras. Las casas renacieron al otro lado del puente, sus fachadas de cal emergieron de las tinieblas, sus tejas alfombradas de musgo iluminadas por algún cohete perdido. La camioneta de la guardia civil aguardaba frente a la Oficina de Correos. Demetrio dejó el caballo, abrió la puerta y una lengua de luz se proyectó sobre el barro de la calle. El guardia civil barajaba naipes, la muchacha no cesaba de reír.

—Buenas noches teniente, buenas Nati.

El uniformado hizo apenas un ademán; había comenzado a repartir los naipes.

—¿No va a la fiesta, teniente?

—¿La fiesta...? ¿Hay una fiesta?

—Ese teniente —Demetrio reparó en el mestizo del mostrador—. Ah, Gamboa. Necesito mandar un telegrama... A Huancayo, pero que vuele.

Arrastró el lapicero, dibujó lentas letras ovales en el formulario, observó los anaqueles, como si el aire estuviera lleno de pájaros y una bandada estuviera posándose en los alineados casilleros de la correspondencia. Las protestas de la muchacha le hicieron volver; fingía llorar mientras con ambas manos esponjaba su cabellera. Demetrio buscó en los bolsillos de su camisa, en los del pantalón, en la camisa otra vez.

—¿Qué pasa...? —el correísta se impacientó tras el mostrador—. No has traído plata, seguro.

—Plata sobra...

—¿Entonces?

Demetrio paseó la mirada por los suelos, entreabrió la puerta, escudriñó la oscura calle. El caballo aguardaba atado al solitario poste de alumbrado que hacía tiempo había dejado de iluminar.

—Se me ha caído el papelito... La dirección.

El teniente dirigió una mirada a Demetrio.

—Qué cosas tienes... —contrajo sus pómulos lustrosos—. Miras a la autoridad y comienzas a perder los papeles.

El correísta celebró la broma, acompañó en su risa al teniente.

—Bueno pues... —Demetrio mostró las manos vacías—. Tendré que volver. Ni modo.

Se detuvo en el dintel, como para despedirse.

—Ya que estoy acá... —dijo sin embargo—. Quisiera darle un encargo, teniente.

Tres arrugas largas aparecieron en la frente del uniformado, los bigotes se contrajeron.

—¿Para mí?

—Le tengo un encargo...

El teniente tenía apenas dos semanas en la población, conocía a pocos vecinos.

—¿Encargo? ¿Yo? ¿Seguro?

—Disculpe más bien, que recién lo diga. Es que usted no se deja ver... —dirigió una mirada a la muchacha—. Un encargo del alférez anterior. Le va a interesar.

El teniente se puso de pie; su rostro iba apagándose a medida que se distanciaba de la muchacha.

—Teniente... —la puerta se cerró y quedaron solos frente a las tinieblas, iluminados apenas por los resplandores de la otra ribera del río.

—¿Qué hay.

—En estas fiestas es costumbre colaborar con la institución. Ahora que el alférez se ha ido...

El teniente hizo una mueca, sacudió la cabeza, la basculó con suavidad.

—Ah, eres de los que va al grano.

—Es mejor teniente. ¿Carlos, no?

El uniformado se aproximó al vehículo, plantó el borceguí en el neumático, desvió la mirada hacia el caballo.

—¿Y cuál es tu problema? ¿Abigeos?

Demetrio endureció la mirada, como en la cantina de Sotacuro, frente a la gente que pagaba.

—Tengo un camión, detenido.

El teniente hizo una trompa con la boca, extrajo un cigarrillo, comenzó a golpearlo contra la cajetilla.

—Tú eres de cuidado, ¿no?

—Las cosas lo obligan a uno, teniente Carlos. Pero es la vida. Todo es: hoy por ti, mañana por mí. El mundo es redondo, y encima da vueltas. Por algo, ¿no?

—Y qué quieres... ¿Que yo lo detenga?

Escuchó la historia, sacudió la cabeza, entreabrió la puerta de la oficina de correos, hizo un ademán de paciencia a la muchacha y por ese instante su rostro se volvió a iluminar.

—Pero ojo —dijo ahora, desde las tinieblas—. Yo no hago, yo dejo hacer. Pero meter las manos —se golpeó un puño contra una palma—. Eso... ¡Nica!

—¿Usted no ordenó?

—¿Yo? ¿A quién? ¿Tu carga? Ni sabía que existías.

Se enderezó, encendió el cigarrillo y expulsó el humo con las palabras.

—Pero búscame un día de estos.

—¿Luego de las fiestas?

—O antes. Tenemos que hablar. Y bien largo.

La noche comenzaba a iluminarse con otra tanda de fuegos artificiales cuando Demetrio remontó el puente. Recorrió al paso del caballo el enredo de muros y tejados de los suburbios, vaciló ante el piélago de agavanzos al final de los caserones donde al animal aceleró el paso; había reconocido el gran patio iluminado que brotaba de la penumbra.

—Jóvenes.

Ocho hombres —cabezas sesgadas por franelas de colores— descargaban los cilindros de un camión.

—Una pena, don —un hombre abandonó el luminoso círculo del lamparín—. ¿Soltarán el camión?

—El camión no sé. Pero esos cilindros llegarán. Dejen vacío éste y prepárense para salir.

—¿Certo, don?

—No bromeo.

Rodó un cilindro, y otro. El camionero anotaba en un cuaderno de tapas azules: cuatro palitos de pie, uno quinto horizontal. Era licenciado del ejército y

había aprendido a llevar su contabilidad tras las murallas de su cuartel. Un cilindro rodó hasta los pies de Demetrio, quedó inmóvil, la calavera de su tapa encarando el vacío.

—¿Alcanzaremos a Pukacruz, don?

—Alcanzaremos a todas las fiestas.

Inspeccionaba los sellos de seguridad del último cilindro cuando irrumpió en el patio un hombre de poncho terciado al hombro y lumbre de cigarrillo amparada por un ala de sombrero. Abrió la gran puerta y dio entrada a un automóvil cuajado de cromos y espejos. Descendieron un hombre y una mujer que se protegía de la llovizna con un periódico.

Demetrio fue hacia ellos.

—Gracias por venir, señora.

—Demetrio... —suspiró la mujer—. Todo lo que usted me hace trabajar. Pero un día se lo cobraré...

—Y pagaré, señora.

Las luces del patio se apagaron y se encendieron otras en el interior de una edificación. La casona se erguía al pie del desnudo roquerío, al amparo de un bosque de quinales, y dominaba desde su altura el lago de luces vacilantes de la ciudad. Construida por los hacendados de comienzos de siglo, soportaba un garaje en su antigua caballeriza y depósitos de cilindros donde antaño habían sido trojeadas la papa y la cebada. En la cumbre de sus tejados silbaba el viento y un oxidado gallito de hojalata persistía en señalar un rumbo que en las últimas décadas a nadie ya importaba seguir.

—Como ve, señora —finalizó su pedido Demetrio—. Estoy en sus manos.

—Entiendo, entiendo... —la mujer tarareó algo entre dientes—. Vamos a ver desde el comienzo. Su licencia era provisional. ¿Estamos?

La vidriería del armario reflejó el conjunto de vasos, la centelleante silueta femenina, una nube de humo sobre la cabeza del hombrecito.

—¿Es así, o no?

—Digamos...

—No. Digamos, no. Hay que cuidar también la salud de la población. Ese veneno no puede seguir vendiéndose así nomás. Habíamos hablado ya de eso, ¿no?

Un soplo de viento remeció las ventanas de la pieza.

—Probó con el juez, me enteré.

—Pensé primero en él, señora.

—Y buscó al nuevo teniente.

—Usted está enterada de todo...

La mujer dudó.

—Lo que no sé, es por qué no vino a verme directamente. Una falta de tino. Peor; una falta de confianza. ¿Qué pasa, Demetrio? Ahora es casi imposible ayudarlo. Cuando esa gente vea llegar el camión, ¿qué dirá?

—Yo daré la cara.

—La cara...

Demetrio llenó las copas, apoyó las palmas en la mesa y habló con un tono de voz ausente, como si más bien estuviera recordando una charla pasada.

—El camión puede quedarse allá, detenido, hasta que pasen las fiestas. Sólo quiero los cilindros.

La mujer protestó, expuso sus razones; arriesgaban mil para ganar ciento; oídos eran las calles, testigos los viejos paredones. ¿Por qué olvidarlo? ¿Por qué, Señor, ponerse el cuchillo al cuello? La mujer enarcó una ceja, dudó ante la cerilla encendida que le ofrecían unos dedos índice y pulgar.

—Será por última vez.

—Gracias, señora.

La mujer lanzó una bocanada de humo; perlada su frente de sudor, buscó las palabras.

—Pero se tiene que mojar. Nos visitan autoridades vecinas. ¿Lo sabe, no?

—Algo sé y me alegro.

—Yo también me alegro, pero no tanto... —otro chorro de humo—. Es imposible, justamente ahora, recibir las como yo quiero, como esa gente se merece.

Los dedos de Demetrio tamborileaban en sus rodillas, proyectaban una sombra de tarántula en la pared; la tarántula se detuvo.

—Somos un pueblo pobre, señora.

—Y encima, no hay toros para la corrida.

—¿No llegaron?

—Qué van a llegar si nadie los ha contratado.

—¿Y...?

La mujer parpadeó, soltó su vincha y ensayó un golpe de cabellera sobre sus hombros desnudos; el efecto no llegó. Hermosa y cortejada años antes, había cultivado gestos y timbre de voz que celebrados por medianos hacendados y comerciantes de ganado de antaño, ninguna relación guardaban con su marchita sonrisa y su opaco mirar de hoy.

—¿Un coñac, señora?

—Qué coñac, ni nada.

Hizo una pausa, abanicó su escote, recogió en una mano el rubor de sus mejillas.

—¿Nos acompaña esta noche?

—Con todo gusto.

—¿A las ocho, en el Turistas?

Demetrio todavía le tendió la copa, pero ella ya le había dado las espaldas y con ayuda del hombre que la acompañaba se colocaba el abrigo.

Las primeras estrellas parpadeaban sobre el Hotel de Turistas a las ocho de la noche. Jóvenes mujeres de peineta en la sien al viejo estilo de España paseaban en torno a los fuegos de artificio de la Plaza Mayor. Cuatro hombres —cuatro gabanes azules de cuello alzado— brotaron de la puertas del hotel y fueron a instalarse en el tabladillo entre otros gabanes y bufandas, de modo que cuando el animador comenzó a dirigirse a la población, el tabladillo rebosaba de visitantes. Una mujer coronada por leve sombrero huancaíno recibió a un hombre de poncho y sombrero quebradino terciado a lo bergante con un beso en la mejilla.

—El Prefecto...

—Y mira a don Demetrio, a la alcaldesa.

Marcelo y Pimentel contemplaban el inicio de la ceremonia desde una venta de ponches. La plaza bullía de mozos enchalnados y jóvenes mujeres que tomadas del brazo paseaban a la sombra artificial de la arboleda.

La vendedora les alcanzó los vasos calientes.

—Que tal vaina —dijo.

—¿Cuál vaina, tía?

La mujer discutía ahora con dos hombres de barba.

—Es su culpa —dijo la mujer—. Si no hay toros es culpa de la alcaldesa.

La gente estaba buscando un culpable desde que habían llegado los toreros con el vagón de la mañana. Ya estaba la plaza lista, y listos los toreros, pero no habían toros. ¿Significaba eso que no habría entonces corrida?

—De ver corrida, la veré —la mujer blandió el cucharón del ponche hacia Marcelo y Pimentel—. Correrá el marido de la alcaldesa, cuernos al aire. Pero corrida, habrá.

Una luz serpenteó en los aires, se elevó hacia los rojos demonios de enhiestas orejas de mula y seguros picos de gavilán en la fachada de la catedral. Un instante después volvieron a su quietud, pétreos, inmóviles, sin poderse pasar la lengua por el pico, en la segura posición a que un día los había condenado el artesano de los orígenes.

—Silencio, van a hablar.

El eco del micrófono llenó el cuadrilátero de la plaza. El animador se acomodó ante el micrófono, saludó a la artista que visitaba el pueblo, dio la recepción al nuevo Jefe de la Policía. El teniente abandonó las sombras de una calle, se desprendió de la muchacha y de un salto apareció en el tabladillo.

—Lo conozco —dijo Pimentel.

La vendedora de ponche se volvió con sus manos inmóviles, disgustada.

—Tú no conoces a nadie, palangana.

El locutor elevó entonces la nota, que prepararan los aplausos y allí iba la novedad. El señor Demetrio Chawaylas, conocido comerciante de la ciudad, había donado los toros para la corrida del siguiente día. Fino gesto. Aplausos. La alcaldesa ondeó una mano hacia la multitud.

—No me gusta —dijo Marcelo.

—¿Los toros?

—También contigo —se dirigió a la vendedora de ponche pero la mujer estaba aplaudiendo a los dos hombres de barba—. ¿No te das cuenta?

La respuesta de Pimentel se perdió en el ruido. La banda estalló en música. El pirotécnico huancaíno procedió a desbaratar la atmósfera de la plaza en una constelación de insectos coloridos. Una estela de reverberos se elevó sobre la negra cauda de eucaliptos donde se desataron las furias y los molinetes azules y el toro sideral y las flores fantásticas que brotaron del naufragio de humo y colores. Al otro lado del infierno, embelesado en las cumbres de pólvora de su feliz oficio, el pirotécnico elevó su talega al firmamento, lanzando a las órbitas lunares del carrizo y el papel periódico que habían alojado las medidas exactas de su pólvora y su antimonio.

—Tenemos que volver —dijo Marcelo.

—¿Y la fiesta? ¿Y nosotros?

—Va a haber fiesta, pero no aquí para nosotros.

—¿Qué pasa? ¿Pasa algo?

—Ay pobre mozo. ¿No te das cuenta que ya nos fregamos?

La plaza repetía los ecos de una marinera serrana cuando llegaron a *El Solterito*, la cantina de Sotacuro. Al ritmo de una música de bandurrias un bailarín empezaba a arrastrar sus ojotas de piel por el suelo húmedo. Sotacuro emergió de las penumbras sonriendo con sus graneados dientes de oro.

—¿Dónde se habían metido? —dijo—. Demetrio está haciéndolos buscar por todo sitio.

—Pues adivino. Ya estamos aquí.

El bailarín había empezado a palmeear y sus ojotas arrancaban un diabólico compás al sordo suelo cuando la bandurria calló. El bailarín protestó, y esta vez fueron dos los instrumentos que se lanzaron a disputar los sonos que flotaban como mariposas en la cantina de Sotacuro. Pero las mariposas desaparecieron, siguió un solo instrumento que hizo dos maniobras y también calló. Marcelo levantó hacia la sombra que había entrado en la pieza. Era Demetrio, el rostro oculto bajo el sombrero, instruyendo a Sotacuro.

—¿Y prepárale dos buenas botellas.

—¿Listo Marcelo? —dijo—. Los toros aquí. Antes del amanecer. Listo Pimentel.

—¿Y nosotros mismos, don? —se quejó Pimentel.

Demetrio ya estaba en el vestíbulo.

—Espero que no se hagan quitar ahora los toros, ¿no?

La puerta se cerró tras Demetrio. El bailarín —vidrio tinto por mejillas, polvo de carbón por mirada— entró al ruedo de palmas y tañir de una sola bandurria ahora.

—Le anida una pena —dijo Marcelo—. Este cholo no sabe lo que es la vida.

—¿Y quién sabe? —suspiró Sotacuro alcanzándole las botellas—. Te fregaron la noche, ¿no?

—A mí, nadie me la friega.

Marcelo esperó a que callara la música, se inclinó hacia Pimentel.

—Toda la vida es fiesta, cholo. Sólo hay que aprender a oír.

Un cohete estalló arriba y reveló los rostros inclinados sobre las crines húmedas, las borlas de colores de las prendas indígenas que ondeaban de los codos, de la cintura, de las cintas que sujetaban los sombreros.

Walter Lingán (Cajamarca, 1954)

¡Pacha tikra! (¡Mundo revuelto!)

A Julio Humala Lema

Al desaparecer los últimos soldados en el fondo de la ciudad, los obreros de la fortaleza los vieron, embargados de extraña indiferencia. No sonó un aplauso, ni un grito de entusiasmo... Cuando el ejército cruzó delante del templo de las escogidas, en el Hanan-Cuzco, una anciana se puso a llorar.

César Vallejo.

Mi tayta decía que el *Amito Padre San Román* tiene apuntado en su libro la fecha del fin del *mundo presente*; de igual modo, el día en que nos tocará morir a cada uno de nosotros. A la hora del descanso, sentado en la orilla de los barbechos, nos contaba que el *Amito Padre San Román* va pesando el tiempo, el equilibrio del universo, en una gran balanza. Cuando la balanza se incline a un lado: ¡Pacatán!, el *mundo presente* se dará vuelta, se irá patas arriba, y el *Shapi*, el maldito enemigo, se dispondrá a gobernar el universo. Y eso ya está sucediendo. Acomodado junto al *Amito Kishuar* estoy mirando cómo el *mundo presente* se está volteando. Escucho las quejas del *Amito Padre San Román*. Veo la impotencia en las facciones de su cara. La balanza se está inclinando y, pobre, el *Amito Padre San Román* no puede hacer nada, está lamentándose: "¿Qué podemos hacer?", se pregunta. Luego, dice: "¡Caracho!... ¡Ya no, caracho!... ¡Ya no podemos hacer nada, no hay cómo, en el libro está escrito... y el mundo presente se está revolviendo!" Desde el *Waqaltu cielo* veo el miedo y la tristeza de la gente. Escucho también sus aflicciones. El *mundo presente* está desmoronándose. Ha entrado a la curva final y por eso está volteándose. El universo patas arriba, tierra revuelta, el día del *mundo volteado*, *Tikra Kashun*, está llegando. "El juicio, el fin del mundo está en camino, la balanza se va inclinando porque el *Maldito*, el *Shapi*, está entrando en este mundo", así ha dicho el *Amito Kishuar*. ¡Pacha Tikra! ¡Mundo revuelto!...

En las palabras de mi tayta estaba pensando aquella tarde amarilla, retamita olorosa, que empezaba a enlutarse con la plaga de oscuros rumores. A la entrada de San Miguel un grupo de niños jugaba a la guerra. Los Sinchis patrullaban las calles casi vacías. Decían que la muerte era una sombra. La noche devoraba a la gente. Desaparecidos, sin huellas, como si el *Shapi* los

hubiera llevado al *Ukupe tutayane*. El miedo creciendo... Por eso aquella tarde amarilla, oscureciendo, para que los militares no me encontraran gafeando, dando vueltas sin ton ni son por el pueblo, salí lo más rápido posible, aventurándome por la ruta que creía más segura. Me encaminé cuesta abajo, hacia el río. Pasé por una calle trasera a la plaza de armas cuando el campanario de la iglesia anunciaba las cinco de la tarde. Llegué a otra calle, silenciosa y bordada de piedras, que desembocaba en un enorme y bullicioso edificio: el Mercado Nuevo. Quería llegar al cementerio evitando la calle principal y el Parque de los Haraganes. Sin detenerme a observar el sossegado jardín que florecía frente al camposanto, doblé por una de las esquinas. Un corredor polvoriento me condujo a un caminito que descendía caracoleando por la panza de un cerro verdoso hasta encontrar, primero, un corto trecho quebrado y pedregoso, y a continuación, la carretera a Cajamarca con su puente de barro y piedra sobre el río San Miguel.

Si alguno de mis conocidos me hubiera visto por este camino, no hubiera creído que estaba yendo a Cruzpampa, la comunidad donde vivía. Mi explicación le habría causado risa, pero el miedo a los militares y... En circunstancias normales no hubiera hecho este rodeo para llegar a la choza donde me esperaban mi María y nuestros dos cholitos: el Elías y el Benjacho. Siempre trataba de llegar a casa temprano, antes que el día empiece a gotear oscuridad sobre la rojez de los barbechos, sobre la temprana verdura de los sembríos. Aunque el cielo estaba ensombrecido por nubes oscuras, no hacía frío. María me advertía: "Vendrás temprano y no a medianoche". Entonces solía regresar cantando: *Cutum cutum cuchumurum / su mujer lo espera ya / moliendo su cebadita / solita en su cocina...*

La guerra antes lejana, noticia en boca de los viajeros, en los escasos periódicos que nos llegaban, era ahora, con la presencia de los Sinchis, una sombra cada vez más tenebrosa. Los Sinchis patrullaban la ciudad, las comunidades, los caminos, ingresaban a las casas y llevaban a la gente, a los jóvenes. *Cuando gritaba al ser golpeado / su madre clamaba llorando / amarrando férreamente sus manos / lo llevaron / vendando sus ojos / lo llevaron arrastrando...* De noche salían sombras, colgaban banderas rojas, escribían en las paredes. Guerra al latifundio. ¿Latifundio? Muerte al imperialismo. ¿Imperialismo? Castigaban sin piedad a sus enemigos. Soplones. Traidores. La muerte anocheciendo... El fantasma de la guerra creciendo. Guerra sucia, rojez del cielo. El miedo, retamita olorosa...

Fue el miedo que aquella tarde convirtió mis piernas en dos rápidas alas. Volando alcancé la orilla del río San Miguel. La hojarasca y las piedras cantaban, enamoradas, al torrencioso flujo. Mi cuerpo, ligero como el viento, se

desplazaba sin percibir el peso de la *joijona* que llevaba sobre uno de mis hombros. Los sanmiguelinos aparentaban proseguir sus vidas con mucha tranquilidad, pero en sus ojos habitaba el miedo. El miedo a la guerra, a la muerte, a los fantasmas, los estremecía como a perro *picho*. Tenía que pasar por la caída del Condac. "Mal paso es, caracho", contaba mi *tayta*. Siguiendo el consejo de don Secundino Quispe, el viejo curandero de Cruzpampa, saqué un puñadito de sal que llevaba en la *joijona* y lo metí en mi bolsillo. Don Secundino nos había enseñado que un poco de sal y una puteada lograban que el *Shapi* desapareciera maldiciendo, pero sin causarnos ningún daño. Porque la sal, nos decía, entra en el *shonqo* del *Shapi*. Así pues, con estas ideas, padeciendo y sufriendo, sufriendo y padeciendo, bajaba y subía, subía y bajaba por entre los montes, sin atreverme a poner un pie por los caminos donde a diario trajinaba la gente tras el trote de acémilas, reses y ovejas. Se escuchaba el lejano y persistente ladrido de uno, de dos y más perros. El viento suave, algodón volátil, soplabla como un rumor. Tiritaba la densa cerrazón que empezaba a desencadenarse sin clemencia. Yo me escabullía, a veces entre las zarzas, los montes y los bosques de eucaliptos, y otras veces entre las chacras de maíz, asaltado por el miedo, pensando que si los Sinchis o los militares me encontraban, me llevaban a parar... sabe Dios por dónde. Rogaba para que las sombras no me confundan con uno de sus enemigos.

Aquella tarde había llegado a la bodega de don Moisés, cuando el día, en toda su claridad, como alegre paloma abría sus alas a lo ancho de la ciudad. En una chichería sonaba un disco de Los Tucos de Cajamarca: *Buenos días mi niñita / Buenos tardes papacito / llega medio borrachito / el cholo porconerito. / Llega cargao su alforjita / al pueblo de Cajamarca...* Los Sinchis, con sus metralletas al hombro, se desplazaban amenazantes por las calles del pueblo. A terminar con los terrucos habían venido. Así decían. Don Moisés contó que un batallón de soldados estaban también en camino. "A levar vendrán" —comenté—, "será mejor que me vaya pronto..., no quisiera que me agarren". Don Leopoldo Malca, un anciano radicado en San Miguel desde hacía muchos años y que bebía junto a otros pueblerinos en una esquina de la bodega, al escuchar nuestra conversación, dijo: "No, los milicos vienen buscando terrucos". En las paredes los terrucos habían escrito: ¡Muerte a los soplones! ¡Viva Marx-Lenin-Mao-el pensamiento Gonzalo! ¡Muerte al imperialismo!

Los cuatro o cinco policías que ocupaban el puesto policial del pueblo, dedicados a dormir y a llenar crucigramas en periódicos viejos, no tenían tiempo para recibir denuncias de abusos y latrocinios. Sus más arriesgadas intervenciones nunca fueron suficientes para doblegar a los borrachos dominicales. Bandas de abigeos compartían sus botines con jueces y policías. Con los Sinchis

aumentaron los robos y los abusos en nombre de la patria. "Los terrucos o la patria..." La guerra es ahora algo más que una noticia, algo más que un juego de niños. A la fiesta del Patrón San Miguel Arcángel venían los militares. Traían una banda de músicos que, cuando tocaban, eran rodeados por enamoradas muchachas y celosos muchachos. Después, cuando la fiesta estaba a punto de terminar, los soldados aprovechaban para detener a los jóvenes y llevarlos a los cuarteles del ejército para servir a la patria. "El Perú es primero", decían, y se los llevaban. A muchos los agarraban borrachos en las chinganas o durmiendo por los alrededores de la Plaza de Armas. Cuando les pasaba la borrachera, ya vestían de soldados y ostentaban indeseadas cabezas rapadas a cero, morocos. De otros caseríos y comunidades llegaban camiones militares repletos con jóvenes tristes y maltrechos. Amarrados, como animales, eran trasladados hasta lejanos cuarteles de la costa y de la selva. Algunos viejos decían orgullosos: "En el ejército les van a enseñar a ser hombres a estos cholos haraganes". Sin embargo las madres, llorando hipo-hipo por sus hijos, corrían tras el camión con la esperanza de alcanzarles una talega de canchita. Pero el camión con su preciosa carga se perdía en la lejanía, rodando por la carretera, desaparecía para volver la próxima fiesta. Muchas familias no vieron el regreso de sus hijos. Algunas muchachas envejecieron con la esperanza de casarse con un héroe de la patria. *Meses y años han pasado / ¿dónde estará? / acaso dentro de los pedregales / volviéndose tierra / o en medio de las espinas / ya brotando como las hierbas...* Lo más curioso es que a los muchachos de familias adineradas y que vivían en el pueblo, no los llevaban a cumplir con el Servicio Militar Obligatorio, sólo a los pobres y a nosotros, a los del campo, nos perseguían sin tregua.

En el libro del *Amito Padre San Román* estaba escrito la hora de nuestra muerte. Lo peor es que él no podía hacer nada para salvarnos. No había remedio. Lo que estaba escrito, tenía que suceder. Desde el *Waqaltu cielo* he bajado a tomar agua en el *mundo presente*. Las estrellas, los luceros, somos ánimas, las almas de los muertos, y con frecuencia bajamos por la *faja palma* a bañarnos, a saciar nuestra sed en los puquios de la tierra... La pesadilla de aquella madrugada aparece ante mis ojos. Varias sombras de blancos sombreros asoman y agitan los montes. Hace frío. Bajo los sombreros brillan ojos humedecidos por las lágrimas, abrumados por las penas. Hay rumores, olores reviviendo en las piedras, en los viejos eucaliptos. Sólo ruinas han quedado de Cruzpampa. Desesperado golpeo mi cabeza luminosa contra los troncos de los alisos que le cuentan al viento mi mala suerte. Quisiera desparramar toda mi luz y en cada brizna dejar escapar los gusanos de la memoria. Hasta mis oídos llega una voz, una voz lejana, una queja. Escucho en silencio: Por culpa del chacal estoy en prisión. Antes sólo era

una canción, hoy una verdad. *Preso estoy en una celda / esperando mi sentencia / salga libre o salga muerto / esperaré con paciencia. / Si morir es mi castigo / habiendo sido inocente / el tiempo será testigo / aunque yo no esté presente...* Veo una celda. Cuatro paredes. Una ventana pequeña. Olor a mierda, a orines. Tengo pena. Mi corazón es una piedra rodando sin consuelo por los caminos del Rincón de los Muertos. A veces tengo ganas de arrancarme los ojos y, confundidos entre los vientos, entre los montes, olvidarlos para siempre. Ahogar la memoria en el puquio y olvidar la tragedia de aquella noche. Suena otra vez la voz lejana: Y la cárcel es algo más que cuatro paredes solas. La lluvia mojando mi sombrero, mis manos y mis pies, es tan sólo un recuerdo triston. El chacal me acusó de asesino. Loco. Enfermo. Terruco asesino. "Es una pena", dijo, "que no haya podido llegar a tiempo para salvar a la gente de su rabia". Así habla. Me maldice. Su lengua de mal cristiano es una víbora del infierno. La gente tampoco sabe ya qué creer. "¿Qué cristiano en su sano juicio sería capaz de tanta maldad!", dicen mis paisanos sin saber la verdad. ¿La verdad? Parece que nadie quiere saber la verdad. Lo importante es tener un culpable. Mi palabra no tiene valor. *Piedra tirada en el camino / ese soy yo / unos se irán y otros vendrán / unos vendrán y otros se irán / pero ninguno me sentirá...* Cholo piojoso y sin valor. ¿Será que los jueces y los militares no tienen piojos? "La justicia tarda pero nunca olvida", así dicen. La muerte es irreparable, la vida pasajera, retamita olorosa. El *Amito* no permitirá perdón ni olvido. Me cuentan que los asesinos ríen, pero llegará el día en que van a llorar. Dicen que la gallina solita rasca para su mal, así igualito, todo lo que hagan, sólo ha de servir para poner las cosas claritas como el agua... La voz se pierde, se diluye entre los rumores del viento, de las pajas. Han desaparecido los fantasmales sombreros blancos, y ya es hora de regresar al *Waqaltu cielo*, pues quiero seguir leyendo el libro del *Amito Padre San Román*.

Con el *Amito Kishuar* vemos la planicie, a media ladera de una montaña, donde se alzaban las chozas de la comunidad de Cruzpampa, pequeña aldea que estaba unida a San Miguel por un camino ancho, amurallado de trecho en trecho por eucaliptos y alisos, andangas y palos de mote-mote, zarzas, salvias y toda laya de montes. La carretera Chepén-San Miguel se encuentra con este camino en *El Chorro*, una pileta de cemento que destila un hilillo de agua como pichi de cholo chico. El Chorro es el preludio de Saña, uno de los barrios más bullangeros del pueblo. Saña tiene sonido y sabor a negro, pero no es un barrio habitado por negros, más bien por algunos blancos adinerados, negociantes y hábiles artesanos. Poco a poco, conforme avanzamos, la calle va levantándose, empieza lentamente a trepar las elevaciones de los cerros que asoman tras los tejados rojizos de las casas. Desde una pequeña colina, a cuyos pies se encuentra la última casa del pueblo, se puede ver el

lomo lustroso de San Miguel; las nubes jaloneándose entre la luz y la oscuridad. Hacia el otro lado aparece saltando una quebrada de agua cristalina. Se alborota cuando llueve en las alturas, en la jalca. Los domingos, desde temprano, hombres y animales, de ida y vuelta, pueblan de sudores, olores y colorido el amplio camino. El trote de las acémilas, alineadas en una y otra dirección, abonan con su excremento sunchos y hierbajos, y con sus orines reviven abrojos amarillentos, casi muertos de sed. Siguiendo el paso de las bestias, en cuestión de diez o quince minutos, a media cuesta del cerro, se divisan los aleros metálicos y las paredes amarillo-ocre de la casa del carpintero don Pedro Quesquén. A los caminantes se les acerca el penetrante olor de la madera. El incesante rum-rum de los serruchos y el toc-toc del martilleo marcan el avance de sus pasos. Sólo queda un pequeño trecho, sólo una cuesta media escalonada, para arribar a una de las lomas más altas del camino. Ahí, justo en el mismo centro, clavada como una estaca grande, está la cruz. Sobre una base de cemento, asciende la cruz con los brazos abiertos, como queriendo envolver a las nubes en un abrazo infinito.

Noticias de lejanos lugares ya nos habían llegado. Se contaban todas las maldades de los terrucos, las diabluras de los Sinchis y de los militares. Para cambiar el mundo llegaban los terrucos y se llevaban a los muchachitos para que aprendan a hacer la guerra, para conocer el pensamiento Gonzalo. Buscando terrucos venían los Sinchis y los milicos, pero primerito agarraban a los inocentes. Los metían en sus cuarteles en calidad de depositados. Ningún depositado volvía abriendo las puertas de los cuarteles. Desaparecían. ¿Dónde será que los refundían? Sin dejar huella extraviaban a la gente. Como tragados por cerro malo, nunca más se los volvía a encontrar. Ni muertos hay para rezar por sus almas. ¿Qué será pues de sus almitas? Luceritos tristes en el *Waqaltu cielo* o sombras en el *Ukupe tutayane*. Si hay suerte, dicen, así dicen, encuentran sus tripitas venteándose al aire. Otras veces los hallan botaditos por las quebradas, sin brazos o sin piernas. A veces tienen que pelearse con los shingos hambrientos que, al haberles devorado los ojos, se oponen a dejar sus presas. ¿Dónde ya estás mi hijito, dónde ya? / Ya te busqué, inclusive en *Moyopampa* / también ya llegué a la quebrada de *Sunudén*. / Te estoy buscando por las quebradas y los cerros / diciendo: ¿acaso te encontraré en el *Condac*/ o acaso te encontraré en la quebrada de *Lipiac*? / ¿Qué madre no lloraría/ cuando le desaparecen a su querido hijo? / a quien crió diciendo mi sol, mi luna / a quien crió en el frío, en el viento... Ahora la guerra, abierta de par en par, estaba ante nuestros ojos. Los Sinchis patrullaban las calles de San Miguel, los caminos, los ríos, todos los rincones. Los defensores de la patria habían llegado, estaban en acción. De noche las sombras mataban. La guerra crecía. Guerra sucia, sombras mortales, retamita olorosa. El miedo

amarillando... Días atrás los Sinchis le quitaron a doña Santos Romero sus dos güishas. En el puesto de la Guardia Civil, cuando se fue a presentar la denuncia, los policías le dijeron que eso era un robo de menor cuantía. "No vengas a joder con pequeñeces vieja e' mierda". A doña Facunda Sánchez, de sus manos le quitaron sus gallinitas que llevaba a vender al pueblo. "¿De dónde traes robando estas gallinas, vieja mañosa?" No respetaban ni las canas de los ancianos. "Peor pues que chileno con peruano son estos jijuna Sinchis", maldecía doña Domitila Barbarán. "Dejuro que los milicos, igualito que los Sinchis, para quitarnos las poquitas cosas que tenemos han de venir", comentaba la gente en el Mercado Nuevo. "¿Qué más pues?, somos gente pobre." Los terrucos poniendo dinamita en la prefectura, en la escuela, en la iglesia; escribiendo en las paredes, izando banderas rojas en la municipalidad y frente a la comisaría. La guerra había empezado. ¿Guerra? Miedo y sombras matando. *Maldito loro que haces llorar sólo a los pobres / loro hocico de cajón, que haces llorar sólo a los pobres / en el mes de agosto sólo darás vueltas en torno al árbol / ya en el mes de agosto sólo agua tomarás...*

Llegando a la cruz, la gente apuradita se sacaba el sombrero y la saludaba, "en el nombre del padre, del hijo y del espíritu santo, amén". Luego seguía alegre su camino. Cuando el tiempo sobraba, se colocaban de rodillas frente a ella y rogaban que les perdone sus pecados y no permita que el Amito Padre San Román los castigara con la oscuridad del Ukupe tutayane. La bendición del Amito alegra el corazón... El camino continúa a lo largo de un llano verde-azulado. Los muchachos que regresaban de la escuela se entretenían jugando, corriendo, girando alrededor de sus trompos bailarines. También las muchachitas, uniformadas de falda y chompa gris, jugaban a la rayuela en una curva del camino. Levantaban una pierna, saltaban una y dos veces, a la tercera vez caían apoyando las dos piernas. Miraban que la noche empezaba a crecer en la bóveda del cielo, entonces dejaban el juego y apuraban el paso. Había que recoger las güishas y las vacas, llevarlas a sus corrales. La chozas humeaban. Los pájaros cantaban. Terminado el llano, el camino se partía en dos brazos. Uno de ellos descendía hacia los valles cálidos donde crece la caña de azúcar, los mangos, las papayas y las manzanas. El otro brazo seguía subiendo, subiendo una cuesta cada vez más escarpada, hasta perderse en la jalca, donde el viento habla con las piedras y el frío anida en los pajonales. *Momentos felices vengo recordando / en donde he crecido como he crecido / en donde la lluvia con rayos y truenos / sombrero roto y ponchito mojado...* Antes de que el camino siga encabritándose en las laderas de los cerros, estaba el caserío de Cruzpampa. Unas cuantas chocitas desperdigadas alrededor de una plaza que aparentaba ser cuadrada. Ahí las güishas andaban cashcando

su yerbita. Los chanchos, después que escampaba el aguacero, se revolcaban en los pozuelos que formaba el agua de la lluvia. Los niños, como gotitas de agua, brincaban tras las güishas y los chanchos. No teníamos extraños, todos nos conocíamos. Trabajábamos unidos, ayudándonos unos a otros. Nadie se quedaba solo.

Cuando el maestro llegó a Cruzpampa, la guerra había instalado sus cuarteles. Los Sinchis merodeaban por todos los rincones. La noche mataba amparada en sus sombras. Banderas rojas eran arrojadas al fuego y banderas rojiblancas se izaban al viento. El maestro fue de casa en casa invitando a los jefes de familia a una reunión informativa. Hombres, mujeres y niños acudieron al llamado. "He venido -dijo-, porque el gobierno me ha nombrado para enseñar a leer y escribir a sus criaturitas. Yo me haré cargo de la escuela". Escuela nunca habíamos tenido. Nadie la creía necesaria, pues los muchachos que tenían posibilidades de estudiar, iban a la escuela de San Miguel. Por eso es que todos nos miramos con sorpresa. "Broma nomás pues seguro hayser -dijo mi tayta-, el alcalde del pueblo muy fregao es; vaquita, carnerito estará queriendo que le convidemos". La palabra del anciano nos hizo reír a todos. "No, no, no me manda el alcalde sino el Ministerio de Educación", recalcó el maestro. Sacó de su maletín un fajo de papeles y nos hizo ver. Sólo el teniente gobernador, don Serafín Becerra, que había sido soldado y había peleado en la guerra contra Ecuador, pudo entender ese puñado de letras que para mí era como *rascao* de gallina en el rastrojo. En silencio don Serafín movía y movía los ojos sobre el papel, de un lado a otro, la cabeza levemente de izquierda a derecha y de derecha a izquierda, al fin, dijo: "Es verdá, dizque el señor Ministerio a *da'o* platita *pa'que* el señor alcalde ordene la construcción de una escuela en nuestro caserío. Alcalde ha dicho informe al señor Ministerio y dizque a nuestra escuela sólo le faltan las puertas". Nadie dijo nada, el silencio se extendió como una ola de aire. "Pero señor maestro, con todo respeto", -y don Serafín se sacó el sombrero-, "burla nomás le han hecho, porque aquí no hay escuela y si hubiera... ¿dónde pues la vamos a esconder?" Hacía frío. El cielo oscuro aquella mañana. "Ahora, si el señor Ministerio quiere escuela y aquí no tenemos, rapidito nomás formamos comisionado y vamos a parlamentar con el señor alcalde". Discusiones más, discusiones menos, nos pusimos de acuerdo y elegimos una comisión presidida por don Serafín Becerra. Lo acompañaban en la directiva mi tayta, Ananías Ventura, y doña Epifania Ramírez.

Ha llegado el tiempo de la Semana Santa. Padeciendo-padeciendo estamos a punto de remontar la dura cuesta de marzo, tiempo de cruces y *vía crucis*. Los graneros están casi vacíos y las nuevas cosechas crecen vigorosas. Necesitamos que el cielo no deje de llorar hasta que las siembras alcancen

amarillando... Días atrás los Sinchis le quitaron a doña Santos Romero sus dos güishas. En el puesto de la Guardia Civil, cuando se fue a presentar la denuncia, los policías le dijeron que eso era un robo de menor cuantía. "No vengas a joder con pequeñeces vieja e' mierda". A doña Facunda Sánchez, de sus manos le quitaron sus gallinitas que llevaba a vender al pueblo. "¿De dónde traes robando estas gallinas, vieja mañosa?" No respetaban ni las canas de los ancianos. "Peor pues que chileno con peruano son estos jijuna Sinchis", maldecía doña Domitila Barbarán. "Dejuro que los milicos, igualito que los Sinchis, para quitarnos las poquititas cosas que tenemos han de venir", comentaba la gente en el Mercado Nuevo. "¿Qué más pues?, somos gente pobre." Los terrucos poniendo dinamita en la prefectura, en la escuela, en la iglesia; escribiendo en las paredes, izando banderas rojas en la municipalidad y frente a la comisaría. La guerra había empezado. ¿Guerra? Miedo y sombras matando. *Maldito loro que haces llorar sólo a los pobres / loro hocico de cajón, que haces llorar sólo a los pobres / en el mes de agosto sólo darás vueltas en torno al árbol / ya en el mes de agosto sólo agua tomarás...*

Llegando a la cruz, la gente apuradita se sacaba el sombrero y la saludaba, "en el nombre del padre, del hijo y del espíritu santo, amén". Luego seguía alegre su camino. Cuando el tiempo sobraba, se colocaban de rodillas frente a ella y rogaban que les perdone sus pecados y no permita que el Amito Padre San Román los castigara con la oscuridad del Ukupe tutayane. La bendición del Amito alegra el corazón... El camino continúa a lo largo de un llano verde-azulado. Los muchachos que regresaban de la escuela se entretenían jugando, corriendo, girando alrededor de sus trompos bailarines. También las muchachitas, uniformadas de falda y chompa gris, jugaban a la rayuela en una curva del camino. Levantaban una pierna, saltaban una y dos veces, a la tercera vez caían apoyando las dos piernas. Miraban que la noche empezaba a crecer en la bóveda del cielo, entonces dejaban el juego y apuraban el paso. Había que recoger las güishas y las vacas, llevarlas a sus corrales. La chozas humeaban. Los pájaros cantaban. Terminado el llano, el camino se partía en dos brazos. Uno de ellos descendía hacia los valles cálidos donde crece la caña de azúcar, los mangos, las papayas y las manzanas. El otro brazo seguía subiendo, subiendo una cuesta cada vez más escarpada, hasta perderse en la jalca, donde el viento habla con las piedras y el frío anida en los pajonales. *Momentos felices vengo recordando / en donde he crecido como he crecido / en donde la lluvia con rayos y truenos / sombrero roto y ponchito mojado...* Antes de que el camino siga encabritándose en las laderas de los cerros, estaba el caserío de Cruzpampa. Unas cuantas chocitas desperdigadas alrededor de una plaza que aparentaba ser cuadrada. Ahí las güishas andaban cashcando

su yerbita. Los chanchos, después que escampaba el aguacero, se revolcaban en los pozuelos que formaba el agua de la lluvia. Los niños, como gotitas de agua, brincaban tras las güishas y los chanchos. No teníamos extraños, todos nos conocíamos. Trabajábamos unidos, ayudándonos unos a otros. Nadie se quedaba solo.

Cuando el maestro llegó a Cruzpampa, la guerra había instalado sus cuarteles. Los Sinchis merodeaban por todos los rincones. La noche mataba amparada en sus sombras. Banderas rojas eran arrojadas al fuego y banderas rojiblancas se izaban al viento. El maestro fue de casa en casa invitando a los jefes de familia a una reunión informativa. Hombres, mujeres y niños acudieron al llamado. "He venido -dijo-, porque el gobierno me ha nombrado para enseñar a leer y escribir a sus criaturitas. Yo me haré cargo de la escuela". Escuela nunca habíamos tenido. Nadie la creía necesaria, pues los muchachos que tenían posibilidades de estudiar, iban a la escuela de San Miguel. Por eso es que todos nos miramos con sorpresa. "Broma nomás pues seguro hayser -dijo mi tayta-, el alcalde del pueblo muy fregao es; vaquita, carnerito estará queriendo que le convidemos". La palabra del anciano nos hizo reír a todos. "No, no, no me manda el alcalde sino el Ministerio de Educación", recalcó el maestro. Sacó de su maletín un fajo de papeles y nos hizo ver. Sólo el teniente gobernador, don Serafín Becerra, que había sido soldado y había peleado en la guerra contra Ecuador, pudo entender ese puñado de letras que para mí era como *rascao* de gallina en el rastrojo. En silencio don Serafín movía y movía los ojos sobre el papel, de un lado a otro, la cabeza levemente de izquierda a derecha y de derecha a izquierda, al fin, dijo: "Es verdá, dizque el señor Ministerio a *da'o* platita *pa'que* el señor alcalde ordene la construcción de una escuela en nuestro caserío. Alcalde ha dicho informe al señor Ministerio y dizque a nuestra escuela sólo le faltan las puertas". Nadie dijo nada, el silencio se extendió como una ola de aire. "Pero señor maestro, con todo respeto", -y don Serafín se sacó el sombrero-, "burla nomás le han hecho, porque aquí no hay escuela y si hubiera... ¿dónde pues la vamos a esconder?" Hacía frío. El cielo oscuro aquella mañana. "Ahora, si el señor Ministerio quiere escuela y aquí no tenemos, rapidito nomás formamos comisionado y vamos a parlamentar con el señor alcalde". Discusiones más, discusiones menos, nos pusimos de acuerdo y elegimos una comisión presidida por don Serafín Becerra. Lo acompañaban en la directiva mi tayta, Ananías Ventura, y doña Epifania Ramírez.

Ha llegado el tiempo de la Semana Santa. Padeciendo-padeciendo estamos a punto de remontar la dura cuesta de marzo, tiempo de cruces y *vía crucis*. Los graneros están casi vacíos y las nuevas cosechas crecen vigorosas. Necesitamos que el cielo no deje de llorar hasta que las siembras alcancen

plena madurez. Hay que pedirle al *Amito Padre San Román* su bendición. Que haga llover al cielo. El Domingo de Ramos, su fiesta principal, revienta la alegría. Desde todas las esquinas y las partes altas de Cruzpampa vamos bajando para rendir homenaje a la cruz, nuestra benefactora. Lo primero que hacemos, es traer al cura para la misa. La guerra sucia rondando. La oscuridad y las sombras dando muerte. La cruz impasible, tranquila, y el miedo de la gente durmiendo en el templo de sus pechos. Pero estamos de fiesta. Alborozo. A la cruz la vestimos de flores, espejos, cintas de colores. Desde lejos parece un arcoiris descolgado de una punta del cielo. Alegría y color. Los mayordomos, después de contratar al cura, se preocupan de organizar o buscar la banda de músicos para bailar nuestros huaynos llenos de contento. Violines y flautas, rondines y tambores tocan para la gente y para la cruz. La fiesta está buena. *En la loma de Cruzpampa / he visto al shingo bailar / abraza con su tocayo / cantándole a la cruz....* ¡Eso le gusta mucho a la bandida! Las mujeres, sudorosas, apuran con sus *puteks* los fogones donde se fríen los chicharrones y los cuyes. En los *huarcos* cuelgan los bizcochos, los plátanos y las botellas de aguardiente. Al *Amito* no le gusta que escasee la comida entre sus hijos, quiere que las cosechas sean suficientes. Le gusta ver que en su fiesta tomamos nuestra chichita llenos de felicidad. *Tomando chichita en pote / en la fiesta de la cruz / de borracho he roto un pote / y ahora cómo arreglaré...* Así se da cuenta que siempre lo recordamos, que lo tenemos presente en nuestras vidas. Agradecido nos regala soberbias lluvias para remojar el vientre de la tierra donde madurará el grano tierno y lechoso del trigo, de la cebada, donde reventarán el rubio maíz y las papas ojudas. El *Amito Padre San Román* dirá: "La mayoría está conmigo, está de mi lado, el enemigo, ese que quiere voltear al mundo, no me va a ganar todavía". Pero no siempre es así. En muchas ocasiones el *Amito* no toma en cuenta nuestros regalos ni escucha nuestros ruegos. ¿Acaso no se dio cuenta de la fiesta que le hicimos? Secando el agua del cielo nos castiga sin compasión. Los ríos moribundos, casi agonizando, avergonzados, esconden las lágrimas de su raquítico caudal. La quebrada, que nos abastece de agua, viene remolona, sin ganas, pasa sin hacer ruido, calladita. Sólo un hilo a punto de arrancarse, de hacer tris, y quedarse gimiendo sobre los flecos de la tierra seca. "Mal hemos hecho su fiesta al *Amito*", dicen los viejos mirando un cielo azul claro, inmenso, pozo vacío.

El sol brincaba coloreando el nuevo día, incendiando la copa de los árboles. El rocío madrugador se convertía en burbujas multicolores y rodaba humedeciendo la tierra. Encabezados por el maestro, hicimos nuestro ingreso a las oficinas de la municipalidad de la provincia de San Miguel. El alcalde, don Antonio Hernández, nos hizo esperar un largo y buen rato. Cuando la impacien-

cia empezaba a crear malestar en la comitiva, la secretaria, vestida de minifalda y zapatos taco aguja, abrió la puerta de la oficina municipal y nos hizo una señal para seguirla. La patria estaba en las paredes: escudos, escarapelas, fotos de héroes y del Presidente de turno. La patria a todo color. ¿Y el pueblo? ¿Los cholos? ¿Los indios? No, nosotros no parecemos ser parte de la patria. ¿Dónde se ha visto una patria piojosa, gimiendo a más de tres mil metros sobre el nivel del hambre? Una bandera rojiblanca en una esquina de la habitación. Sobre la mesa otra bandera pequeña. Buen patriota, el alcalde. El maestro tomó la palabra. Dijo que en Cruzpampa no existía escuela. ¿Dónde se quedó la partida presupuestal para la construcción del centro escolar? ¿Se habrá perdido en el algún cajón burocrático o en los bolsillos de algún padre de la patria? ¿O va usted a decirnos que los terrucos se han robado el dinero? Don Antonio escuchó tranquilo. Sonreía. Nos miraba como si nunca nos hubiera visto. Bueno, tanto indio piojoso manchando el piso de parquet de su oficina, o sea, de la patria, no había visto. Su secretaria hacía notas en un cuaderno grande y gordo. Don Antonio Hernández dijo que iba a ordenar las investigaciones del caso. "Aquí tenemos el oficio del Ministerio", explicó don Serafín Becerra. El alcalde habló lentamente, arrastrando las palabras. Después de cada interrupción, el tono de su voz se fue elevando. Mi taya pidió calma: "Serénese, señor alcalde". Don Antonio Hernández enrojeció como un tomate. Imagínense, un indio indicando el modo de comportarse a una autoridad. ¡Atrevido, el cholito! El fuego cruzado de palabras: robo, insolentes, denuncia, ignorantes, despiifarro, malas autoridades, empalidecía a la patria colgada en las paredes. El alcalde estaba molesto, impaciente. Buscaba el momento de deshacerse de esa turba de cholos irreverentes. Pero en el caldeado ambiente ya no había espacio para protocolos y buenas maneras, sobre todo con ese maestro que tenía una pericia envidiable para colocar la respuesta o la pregunta adecuada a la borrachosa lisonja del alcalde. Empujándonos, maldiciendo a nuestras próximas generaciones, el alcalde nos sacó hasta la calle. Asustados, sin decir nada, salimos. Don Antonio Hernández, blanquiñoso leído, era pues autoridad elegida por voluntad popular. "¡A todos los voy a denunciar, so carajos! ¡Borrachos mal hablados! ¡Fuera, carajo!" El maestro tuvo aún el coraje de replicarle: "Usted, como autoridad, tiene la obligación de respetar a quienes lo eligieron y escuchar..." Pero el alcalde ya había perdido los papeles. "A mí no me han elegido estos indios ignorantes..." Indio que no sabe leer no vale ni un voto ni siquiera existe. "¡Fuera, terruco de mierda!", gritó sin contemplaciones. Terruco, esa fue la palabra con que don Antonio Hernández, el alcalde del pueblo, insultó al maestro. "No en vano pues hablan mal del alcalde -habló mi taya-, pero nadie le habla en su propia cara. Miedazo le tienen. Ningunito en el pueblo está

contento con él y hablan diciendo que es compacto". El viejo miró al maestro y acercándose, confidencial: "¡Cuidese, señor maestro! ¡Cuidese del alcalde, traidorazo es como cuchillo de dos filos! Ahorita se ha *enrabia'o* porque le ha dicho sus verdades..., mañana, mañana vendrá como cordero mansito a quererlo engatuzar, y más mejor, cuidadito, un momento es sol y otro momento es noche". No pasó ni una semana, cuando Sinchis y militares ocuparon la ciudad. Como pulgas en panza de perro flaco deambulaban por calles y caminos. El miedo crecía a medida que los cuervos de la noche extendían sus sombras. La guerra era sucia. Guerra tramposa, amarillando las noches. Algunos maestros y varios escolares fueron detenidos. Ser joven era uno de los mayores peligros. Los Sinchis llegaron a Cruzpampa en busca de terrucos. Entraron de choza en choza. Tomaron prisionero al maestro y a los dirigentes de las rondas campesinas. Mataron dos vacas y un par de *güishas* para alimentar a la tropa. Llevaron a dos muchachitos que quisieron liberar a sus padres. Armados de hondas, hábiles cazadores de pájaros y venados, aquel día ofrecieron tenaz resistencia a las fuerzas del orden que armaban el desorden y la muerte en las casas y en los pueblos a donde llegaban. Estos muchachos nunca más volvieron. *Hace tiempo que esperamos / la presencia del hermano / que en la esmeralda de los andes / desaparecen pretenden. / Que los responsables respondan / ¿dónde están? ¿dónde están?... Seguimos buscando, esperando... Más tarde llegaron los terrucos en busca de soplones. Diciendo justicia popular castigaron al gobernador y llevaron a tres combatientes para el ejército de la revolución. La guerra sucia amarillando, ya no es un juego, niños.*

Cuando trepaba la falda del cerro, en cuya loma estaba la cruz, la oscuridad ya había borrado toda pizca de claridad. Sólo oscuridad. "En la oscurana vive el enemigo malo, el *shapi'*", decía mi tayta. Los indio-pishgos se acurrucaban en sus nidos para dar rienda suelta al sueño. Pugos y palomas ya no brincaban de rama en rama por los saúcos. La noche, envuelta en los montes y en el aire, reinaba con su olor a cementerio. La muerte es negra y da miedo. Las luciérnagas, estrellitas del infierno, se encendían y se apagaban. La quebrada, cayéndose de piedra en piedra, bramaba a lo lejos. De pronto, el desesperado y persistente ladrido de unos perros tras la carrera de un tropel de pasos, que intentaba ser silenciosa, me asustó. Me detuve y paré bien las orejas para escuchar mejor. Los perros retrocedieron aullando de miedo, como si se hubieran topado con el alma. Luego silencio, sólo el rumor del viento, flor de retama. "Perros locos", dije, recordando que las almas salen a recoger sus pasos a la medianoche. Los pasos volvieron a sonar. Atento a todo ruido, me escondí tras un matorral de zarzas y maqui-maqui. Protegidos por la oscuridad, vi como avanzaban unos bultos ágiles y silenciosos. Una voz suave, como si acariciara

al viento, ordenaba la marcha del grupo que crecía conforme se acercaba a mi escondite. "Esas no son almas, son cristianos", me dije aliviado. Al reconocer las sombras militares, un aire helado, de muerte, invadió mis pulmones. El miedo se agigantó en mi garganta. La respiración se hizo difícil. Mis movimientos se agarrotaron. Después que pasó el último soldado, entré a una chacra sembrada de maíz. Caminaba despacio, con mucho sigilo. Las filosas hojas del maíz cortaban la noche. Llegué hasta una peñita ubicada en los terrenos de don Ismael Caballero. Ahora las voces se hicieron más fuertes y pude escuchar cómo se preparaban para el ataque. "En cuanto empieza a rayar el día", le dijo a una de las sombras, ¡vas tú, por abajo; y tú, *Tigre*, con tu gente, te vas por el otro lado; yo voy con ustedes... y tú, *Loco*, por arriba! ¡Ojo, mucho ojo... que nadie se escape!" Así fue como ordenó el jefe que comandaba al batallón militar. Antes de que las sombras obedientes, una a una, se desperdigaron para tomar sus respectivos emplazamientos, logré, casi a rastras, ingresar a la choza que ocupaba con mi familia. No le dije nada a mi mujer, no quería alarmarla. Además, pensé que los militares, una vez que hubieran revisado sin encontrar nada que nos ligue a los terrucos, iban a irse. No pude dormir. Mi corazón estaba alborotado. Mis pensamientos agitados. Imaginaba cómo todas las chozas del caserío de Cruzpampa eran rodeadas mientras la gente dormía. Había visto cómo el jefe militar encendía un cigarrillo y fumaba apoyado en una piedra, tranquilo, acostumbrado a la oscuridad, seguro de cumplir con su deber.

Los perros, atentos siempre al peligro, fueron los primeros en olisquear la presencia de sombras extrañas que se movían aún somnolientas. Ladró uno, luego otro, al fin, era un coro ruidoso y descompasado que corría en todas las direcciones, intentaban prenderse de las corvas del enemigo, de los militares. Las *güishas*, mirando inocentes, se amontonaban contra las *pircas*. La gente se despertó asustada. Se escucharon voces, gritos, preguntas. Los primeros disparos, silenciando la agresividad de los perros, fue el aviso de que la muerte había llegado. Las sombras que matan, otra vez, efectuando su trabajo. Meses antes, los Sinchis ya habían cobrado sus primeras víctimas, enseñoriados se llevaron a Juan Romero y a Esteban García, esos muchachitos que jugaban al trompo y eran unos diablos en el manejo de la honda. No había pájaro que escapara a su prodigiosa puntería... "¿Qué pasaaa...?" Chirriando se abrió la puerta y apareció mi tayta, ajustando su sombrero en la cabeza. "¡Quién anda por...?", y se apagó la recia voz del anciano. El sombrero voló blanqueando la madrugada y, como una piedra, con un quejido desquiciado, cayó mi tayta contra la quinchá. Abracé a mi María, a mis cholitos, como protegiéndolos. Mi sangre, revelándose, arribó quemando a mi corazón. Dicen que los hombres no deben llorar, pero esa mañana mis lágrimas fueron ríos inundando la tierra...

Mi tayta, a pesar de su avanzada edad, mantenía un cerebro pleno de lucidez. Su memoria encerraba infinidad de historias antiguas, recuerdos floreciendo. Historias que sabía contarlas a la sombra de los alisos, durante las crudas faenas campesinas. En Cruzpampa se dice que cuando muere un anciano, desaparece toda una biblioteca. Sus manos, acostumbradas al trabajo y a las inclemencias de la sierra, aún se prendían como garfios al arado. Su curtido rostro estaba cruzado de gruesas y añejas arrugas. En sus ojitos negros, redondos choloques saltarines, se ahogaba la noche sin hacer pelea. Leer y escribir no sabía, pero nadie le engañaba sacando cuentas. "Más sabe el diablo por viejo que por diablo", así decía, y se mataba de risa. Era una risa clara, honda, como el estruendo que hace el agua en las quebradas. Cada domingo en el pueblo, después de vender la carga de leña y de carbón, se emborrachaba sin medir las consecuencias. Acompañado de amigos de otras comarcas cercanas a Cruzpampa, bebía la famosa chicha de jora que preparaba doña Catalina. Entre risas y gritos bebían como si lo hicieran por primera vez. Algunos terminaban dormidos en el suelo. Otros, insolentados por el alcohol, armaban escándalos que muchas veces terminaban en monumentales escaramuzas. Los golpes se sucedían sin pausa, hasta que la sangre teñía sus rostros y sus manos, hasta que la sangre, roja serpiente, se arrastraba por el suelo. Después, mi tayta, perdido y arrinconado como gallina *culeca*, restañando sus heridas, se consolaba diciendo: "¡Toma, bruto, eso querías!" Muchas veces, aletargado por el alcohol, se tendía en medio de la calle, y mi viejita, hilando su rueca a un costado, lo cuidaba con paciencia hasta que despertaba. En otras ocasiones, después de muchos padecimientos, lográbamos subirlo al bayo obediente. El bayo trotaba sereno, cuidadoso. "Pa'su macho, sólo el *Amito* es más grande que un *encaballao*", se hacía el gracioso el viejo. Los policías del pueblo lo llamaban "el loco Ananías", y él tampoco les temía. "Cristianos nomás son", decía. "¡*Gramputemierdas* carajo, porque tienen uniforme se abusan!", les gritaba. Cuando los policías no estaban con humor para soportar sus majaderías, lo encerraban en el calabozo. Al día siguiente, lo dejaban libre, pero antes, le ordenaban limpiar los retretes de la estación policial. "Pa' qué pues te habrás borrachado, gafazo", se lamentaba, mientras cumplía con su tarea. Solía decir que nadie podrá sacarnos de nuestras tierras. "En este humilde pañuelo de tierra hemos nacido y aquí nos llegará la muerte. A veces, castigadora, nos muestra sus entrañas, remece sus valles y sus montañas; otras veces, amorosa y tierna, nos entrega sus frutos con alegría. Arisca y fiel como la mujer que nos ha tocado en la vida, así, igualita, es nuestra tierra". La noche siniestra, incendio rojo, negro. Mi tayta, pajarito herido de muerte, en un charco de su sangre humeante se ahogaba. La tierra, la razón de su vida, le iba

robando sus latidos, uno a uno los absorbía. Una niebla negra amamantaba sus ojos. Sólo será sombra, viento... Para siempre viento o sombra o lucerito triste en el *Waqaltu cielo*. La guerra, guerra sucia. Un dolor intenso, rabioso, hincando como pajita en el ojo, se acomodó en mi pecho.

Mi viejita salió tras los gritos de mi tayta. Levantó el ensangrentado rostro de su marido, acercándolo a su pecho, quiso prestarle un poco de vida, aunque sólo sean unos minutos para despedirse, para que repare lo grande que es el cariño. Pero pronto, un soldado, águila mensajera de la muerte, la cogió de los cabellos. Sabiendo que sus gritos no servían de nada; chola, india, al fin, maldijo el abuso de semejantes autoridades. "¡Cállate, vieja conche' tu madre! ¡Cállate, vieja loca!", gritaba el soldado. Vino otro y la golpeó con su fusil. Sintió que sus piernas eran de algodón, su cuerpo perdía peso, quiso volar, pero cayó de bruces a la tierra. ¡Pacha Tikra! Polvo. Ceniza. Fuego. Incendio. Los dos soldados la cogieron de los brazos y la arrastraron hasta el centro de la pampa, de la placita. Agripina Mondragón, así se llamaba mi viejita, que en paz descanse, pero la gente le decía: "Doña Gripi". Era pequeña, robusta y ágil, siempre en movimiento. Apurada, siempre corriendo. Criaba sus vaquitas y unas cuantas *güishas*. El amanecer aún dormía, pero ella ya estaba de regreso con la leche para hacer los quesitos que mandaba a vender al pueblo. Los gallos cantaban, cuando ella llegaba trayendo sobre sus espaldas un atado de leña. En medio de los montes tenía sus gallinitas. "¡Tu-tu-tu-tu-tuuuu...! ¡Tu-tu-tu-tu-tuuuu...! ¡Tu-tu-tu-tu-tuuuu!", las llamaba regando puñados de maíz en el patio. Detrás de la casa tenía un cerdo engordando para la fiesta de carnaval. Y en la cocina, alrededor del fogón, alegres correteaban los cuyes tras las cáscaras del mote que les aventábamos a la hora del "caldito verde con sus papas." Once hijos hemos nacido de su vientre fecundo y "del agua bendita" de mi tayta. Para que la *maldicie* no entre a la casa, y nacer como cristianos que somos, la viejita había tomado su *moroshinku*. "Al año al año he tenido mis criaturitas", decía con orgullo.

Desde todas las chozas la gente salía aún somnolienta, con sus sombreros en alto. "¿Qué pasa...? ¿Quién anda ahí...!" Y cuando los soldados: ¡Tataratata!... ¡Tataratata!... ¡Tataratata!, dispararon, se armó la revolvera. Gritos, ayes y lamentos de dolor se mezclaron en medio de ese oscuro amanecer. ¡Pacha Tikra! Viento. Humo. Polvo. Sangre. Los perros desesperados, corrían en una y otra dirección, locos, ladraban y ladraban, intentaban morder a las mortíferas sombras. Enormes sombras vomitando fuego. Mis hermanos también salieron al oír los gritos de la gente, la rabia de los perros. Isabel seguida de su marido. Esteban y Marino sin saber hacia dónde correr. Mavila con su *guagüita* recién nacida y su marido, Marcelino, gritando: "¡Los milicos... Los milicos!" Isolina no sabía qué

hacer. Salomé, la más pequeña, palomita tierna, y Agucho, "el conchito", como decía mi tayta, sólo gritaban: "¡Ay, mamita...! ¡Ay, taytito...! ¡Misericordia, ay, Amito!" Las certeras balas asesinas tijereteaban los delicados hilos de sus vidas, sembraron sus dedos en la tierra, inclinaron sus almas abatidas. La tierra lloraba rojez. ¡Pacha Tikra! Polvo. Muerte. Sólo se salvaron, ¡ay, Dios bendito!, Juan y José que, llevados por el destino, vivían en otros lares, en otros pueblos. El campo, asustado, se sumió en el silencio. Viento. Polvo. Desde la puerta semiabierta de mi choza, abrazando a mi María y a mis dos cholitos, vi como las sombras mataban a los hombres. Sangre. Tierra. Polvo...

Los *shapingos* disparaban sus metralletas. Levantaban las piedras buscando víctimas. Corrían de choza en choza. Enloquecidos. Eran demonios gritando: "¡Dónde están los terrucos...!", y ¡tataratata!... ¡Tataratata! "¡Indios de mierda sólo pa' cojudos sirven!" Golpes y más gritos. "¡Todos van a morir..., de uno en uno, carajo!" Los animales también sufrían con esos endiablados militares. Diablos. Militares. Sombras vomitando fuego. Algunos perros atacaban y, heridos, retrocedían para refundirse por los montes. "¡Indios brutos, carajo..., sólo pa' criar piojos tienen la cabeza!" Las sombras gritaban, insultantes vozarrones. ¿Será que las sombras no tienen piojos? En pocos minutos reunieron a toda la gente en el centro de la plaza. Una plaza cuadrada en la imaginación. Ahí los muchachos jugaban fútbol, bulliciosos corrían tras el *pococho* del cerdo que sacrificamos para la fiesta de la cruz. Las retamas amarillando. *Qué bonita, qué bonita / la flor de la retamita / sus hojitas se parecen / al traje de mi cholita...* Los militares buscaban terrucos, sólo encontraron cholos, indios, que no valían nada, que no valen nada. Y esa noche mostraron lo que es la patria. La patria blanca y roja. Esa patria que no tiene piojos. Todas las chozas fueron revueltas, puestas de cabeza. No encontraron terrucos. *Retamita, retamita / que creces en las laderas / y tu florcita amarilla / no se parece a cualquiera...* Hasta bajo la piedras: sólo cholos, indios y piojos. Eso enrabiaaba a las sombras de la patria. "¡Taytito...! ¡Papacito!...", clamaban hombres y mujeres. Lloraban asustados y perdidos en ese infierno que antes fue su tierra, su amor, su vida. *Yo te quiero retamita / porque eres olorosa / como quisiera robarte / mañana por la mañana...*

Otra vez estoy en el mundo presente. Abajo, al pie de la montaña donde estaba Cruzpampa, verdea el valle. Muchas voces me llegan con el rumor de la quebrada. Veo desfilar sombreros, ponchos, sombras apenas visibles flotando entre los eucaliptos, alisos y saúcos. Siento la pena de un preso, oigo los latidos de su pecho, su voz es un murmullo: El jefe del batallón militar no se cansa de repetir de que yo soy un asesino. Los periódicos también escriben sobre la maldad que había cometido. ¿Cómo puedo haber hecho eso? No tenía rabia en el corazón. Ningún odio. "Los indios crecen como animalitos sin ley, sin moral", así

dicen. Dicen tantas cosas. No tenemos armas, ni somos sombras vomitando muerte. Atrapamos a los truenos, leemos el clima y las tempestades en el cielo. Conocemos el vuelo del viento, el canto del gallo y las penas que trae el malagüero. No sabemos dónde vive el Presidente y tenemos hambre y también piojos. Con nuestras uñas matamos nuestros piojos, no tenemos armas, no hay rabia en el alma. ¿Cómo puedo haber matado sin clemencia, sin ninguna misericordia, sin escuchar el llanto de las criaturitas, sin oír el ruego de mi mamita, de mis hermanos? ¿Cómo pues?... ¿Cómo? *Yerba silvestre / aroma puro / te ruego acompañarme por mi camino. / Serás el bálsamo de mi tragedia / serás mi aroma / serás mi gloria...* Tronado, loco tiene que estar ese chacal, el comandante militar, para decir tanta zoncera. Y más zonzos son quienes le creen. ¿Cómo voy a matar al cristiano sin razón? ¿Cómo derramar la sangre del hermano? De sólo pensar en aquella mañana, me ahogo en llanto. *Llueve como si llorara el cielo / soplan vientos fuertes / y las punas están más heladas que la nieve / es que la tierra ha guardado en su corazón a su guagüita / a su florcita...* Sé que no estoy loco como ese jefe militar. Sólo tengo rabia en el corazón. "¿Quiénes son los terroristas que te dieron las armas, hijo?", me preguntó el juez haciéndose el gafo. "Cumpló con mi deber", me dijo. "Armas no hemos tenido nunca... ¿Armas? No, no. ¿De dónde pues, señor magistrado...? Los soldados llegaron de noche y: ¡Tataratata!... ¡Tataratata!... ¡Tataratata!..., mataron a todititos. Nadie se salvó, de un canto mataron a toditos. *Que la montaña me la cobije / y que el cielo me responda / yerba silvestre / aroma puro. / Serás mi amiga cuando florezcas / cuando florezcas sobre mi tumba...* Ya no escucho la voz, sólo siento su alborotada respiración. Las sombras de sombreros blancos y ponchos oscuros están ahora muy lejos, a punto de desaparecer.

Hojas rotas, maíz arrancado desde su raíz, así caían los cuerpos empapados en sangre. "¿Dónde tienen a los terrucos, carajo?", y seguían golpeando. "Perdoncito, taytito del cielo, si es que tienes corazón", gritaban los comuneros abrumados por el miedo. "¡Terrucos no tenemos..., pobreza nomás hay!", y los soldados: "¡Indios brutos, carajo! ¿Dónde tienen a los terrucos, a los terroristas...?", y seguían disparando al cuerpo de la gente. "Estos indios se hacen los cojudos, jefe", y: ¡Tataratata!... ¡Tataratata!..., los morocos con sus metralletas sembrando flores rojas en los pechos de las muchachas. "¿Dónde están los terroristas, carajo?", y golpe con todos. "¿De dónde pues taytito sacamos terruco?...", y a balazos le cosieron su cuerpo y su poncho nogal. Cargando en sus espaldas a uno de mis dos cholitos, salió mi María: "¡Santo Dios...!", gritó llevando sus manos a la boca. *Cantarle quiero a las flores / al amor y a las estrellas / pero traigo el corazón / enrabiado de injusticias...*

Eran tiempos de carnaval. En la pampa, frente al local comunal, estaba la *unsha*. *Fiestita de carnaval / fiestita de no olvidar / las chinas salen preñadas / no saben a quien culpar...* María, cholita buenamoza, alegre y saltarina, bailaba sin descanso. Alaja su trenza negra, nidito tibio de quindes y jilgueros, con su *shimba* colorada. Flautas y guitarras, tambores y violines, acompañadas por voces alegres y borrachas. *Mi guitarra y mi garganta / se lucen a todo dar / tomando mi aguardiente / cantando mi carnaval...* Después de varios tragos de aguardiente, de cañazo puro de Jancos, perdí la vergüenza y salí a bailar. Alcé el poncho sobre mis hombros y empecé a danzar alrededor de la *unsha*. La cadena de bailarines se interrumpía para permitir el incremento de nuevos danzantes. El sombrero de María rodó y presuroso me agaché para recogerlo. Nuestras miradas se cruzaron en el instante en que el sombrero fue atrapado por nuestras manos. Sólo fueron segundos en que nuestros mundos se quedaron frente a frente, midiéndose, tratando de adivinar sus horizontes. *Desde aquí lo estoy mirando / la cinta de tu sombrero / mala vida estoy pasando / sólo porque yo te quiero...* Yo era buen peón, diestro en el manejo del arado. Aunque para esas cosas del amor era todavía medio gafo. Pero malicia no me faltaba. Y así, maliciando, me di cuenta que bajo la bayeta de esa cholita bailarina, se escondía un lindísimo cuerpo de mujer. *Yo la robo a esta cholita / la llevo hasta mi pueblo / me la llevo a la quebrada / donde no me halle su mama...* Aquella vez que me senté a su lado por primera vez, temblaba como *shulko* solito en medio del maizal. No sabía cómo iniciar la conversación. Ella aguaytaba a las *guishas* escondiendo sus ojos bajo su sombrero medio chilposo. Así estábamos, los dos callados, mirando a uno y a otro lado, sin saber cómo romper el silencio. Por fin, tartamudeando, todavía con temor, le hablé de cosas, que al recordarlas ahora, me río. Después, ya más tranquilo, le dije: "Los carnavales tienen la culpa y ahora, a como dé lugar, serás para mí. Las palomas que crecen en tu pecho, vendrán a dormir en mis manos. Míralas, cómo se alocan para volar hasta el nido que abrigo en mi corazón". Sonriendo como el sol, mirando una punta de su chale, aprobó mis deseos. *Un besito tú me diste / como prueba de tu amor / tan dulce como la miel / sabroso como el melón / que ha llegado al corazón...* Mi poncho nogal oscuro, tejido por mi viejita, se desdobló para guardar, en cada punta, el calor de nuestros cuerpos a la hora que juntamos nuestro querer. Desde esa tarde, tarde inolvidable, llevo sus ojos en mis ojos, la candela de sus caderas quemando mis manos y su alegría salpicando en mi boca.

El alma se fue rompiendo en mil pedazos. La candela de los fogones, atizados con la paja de los techos, se levantaba como enormes lenguas crepitantes agigantando las sombras de los militares. Las sombras se movían disparando sus fusiles. Sombras locas. No puedo olvidar aquella mañana si-

nuestra. Salí de mi choza y vi a la muerte, sus aceros comiendo latidos. Había conocido a la muerte de otra manera, por eso creía que sólo venía del cielo, que era cosa del destino. Mis ojos fueron testigos del abuso militar y la tragedia de la gente de Cruzpampa. El infierno y los soldados de la muerte borrando todo rastro de vida. *El Chacal* está contento. Mi sufrir no le alcanza todavía. La verdad aún tontea, es un sueño. Y la sangre de las víctimas clama justicia. ¿Quién les hará justicia? Los muertos claman venganza. ¿Quién vengará la muerte de tanto inocente? Hay rabia en mi corazón. Tristeza en mi alma. *Cantarle quiero a las flores / al amor y a las estrellas / pero traigo el corazón / enrabiado de injusticias...* Ahora ya sabemos: la patria no tolera piojos. Han muerto piojos, viva la patria. La patria es la Bandera, el Himno, el Escudo y la Escarapela. Eso dicen, flor de retama, amarillita, amarillando. ¿Acaso la patria es el infierno y los soldados sus guardianes, sus jinetes asesinos? *Cristo murió por los pobres / y ahora el cielo es de los ricos / con secula seculorum / quieren darnos el infierno...* Las ánimas de los muertos, orgullosos luceros en el *Waqaltu* cielo que todo lo ven y lo escuchan, vendrán al *mundo presente* para buscar justicia, día y noche, sin descanso, alumbrarán todos los caminos hasta lograr que la maldad se ponga de rodillas ante el *Amito Padre San Román*. Entonces habrá justicia. *Así cantaba un río / a las orillas de un hombre / afilando su caballo / para matar su cuchillo...* No habrá más tristezas y las fiestas reventarán de alegría. Vendrá el *Amito Padre San Román* contento para bendecir el nuevo día. ¡Pobrecitos los militares, ya les llegará su hora! *Zorzalito de mi tierra / tú me enseñaste a cantar / con tu canto, con tu vuelo / respiré la libertad... Zorzalito, zorzalito / ay que canto tan bonito...*

A mi tío Roque lo nombré padrino de la comisión para pedir la mano de María. Don Timoteo, el tatyta de María, nos recibió en el patio de su casa. Haciéndose el desentendido, disimulando, preguntando a qué se debía nuestra visita, nos hizo pasar a la cocina. El fogón ardía. Un calorito agradable invadió nuestros pechos. Había olor a quesos y maíz tostado, cancha coloreando en un mate. Se habló del buen tiempo, de las cosechas. Se acabó el mate de cancha. El cañazo de Jancos era fuego cruzando el pecho. Entonces mi tío Roque, ducho en convenir matrimonios, fue el primero en lanzarse al ruedo: "Así pues, de esta laya es la vida —empezó diciendo—, la María y el Mateo *catay* pues se han apalabrado y venimos, ¿no?... Venimos pues pa' formalizar..." Don Timoteo no lo dejó terminar. Reaccionó molesto: "*Dejuro* que no hay de ser así..." La María guagüita nomás es, cómo pues..." La vieja Esmila, la mamá de mi María, queriendo espulgar sus culpas, dijo: "¿Cómo pues?... si yo ando de arriba *pa'bajo* pegada al lado de mi María..., ni que andara *poray* botadita... ¡Dios taitito!" Mis taitas guardaban prudente silencio.

A las mujeres y a los niños los arrinconaron a un lado de la plaza de Cruzpampa. Andanada de patadas, empujones y disparos se sucedían sin descanso. A la autoridad no hay que darle motivo para que actúe con severidad. Fogonazos y vidas cayendo, rodando. Los soldados luchando por la patria, imponiendo su autoridad. La maldición suelta en el día del juicio final. Los jinetes de la muerte tocando sus trompetas, afilando sus aceros en las fibras de los piojos. "¡Tanto piojoso, carajo!" Mientras más pobres, más piojosos. Era la muerte. Sólo la muerte afilando sus cuchillos. Tris, tris, cortando la mala vida, la mala entraña. Retamita amarillita, olorosa, amarillando. Polvo azul, la rojez de la sangre, oscureciendo el cielo. Así, horrible será el mundo del *Maldito*, del *Shapi*. Así será el mundo cuando se voltee, cuando todo se ponga al revés. ¡Pacha Tikra! Tierra revuelta. Olor a muerte. La rojez de la noche asaltando el horizonte. Las mujeres y sus hijos eran pajaritos asustados, florcitas arrancadas por el viento. Retama olorosa, amarilla, amarillando. "Mamita, quiero agua", dijo mi Elías. En sus ojitos inocentes brillaba la luz de la candela con más fuerza. *Zorzalito, zorzalito / ay que canto tan bonito*. "Agüita, mamita, quiero agüita, mamita..." Un soldado acercó al muchachito un potito con agua, pero le negó a mi María. *Zorzalito de mi tierra / tú me enseñaste a cantar*. "¡Misericordia, Dios bendito!", gritó mi hermana Isabel. María ya no se daba cuenta de lo que pasaba. Sólo espejos rotos había en sus ojos. Nuestro perro, gusano enroscado en el suelo, gemía, estaba herido de muerte. Un hilo de sangre se escurría de su hocico. Otro de los soldados gritó que no había agua para nadie. Riendo diabólicamente puso el arma sobre sus espaldas y tomó en sus brazos a mi Elías. Luego, le dijo: "A lo mejor, tú también, cuando seas grande, serás un terrorista" y tiró el potito de agua. *Zorzalito, zorzalito / ay que canto tan bonito*. El infierno y sus jinetes. La tierra revuelta, levantando polvo, retamita amarillando. ¡Pacha Tikra! Los hijos del *Amito Padre San Román* maltratados por los jinetes de la patria. Jinetes hechos a semejanza de los chacales. Sin una pizca de humanidad. Hombres matando hombres. ¿Hombres? Eran diablos, hijos del *Shapi*, el enemigo. *Yo no quiero ser el hombre / que se ahoga en su llanto / de rodillas hecho llagas / que se postra al tirano. / No quiero ser el verdugo / que de sangre manche al mundo / ni arrancar corazones / que buscaron la justicia / ni arrancar corazones / que amaron la libertad...* Los jinetes de la muerte cumpliendo con su deber. Que los piojos no se extiendan en la patria. A los soldados les pagan, ganan su sueldo. Metralleta al hombro, haciéndose respetar. Poniendo en alto el honor de la patria. Realizando su trabajo lo mejor que pueden. Disparando sus metralletas, para que no digan que los soldados no sirven para nada, que sólo están de adorno. La justicia llegará. No ha de tardar mucho tiempo. Retamita olorosa, amarillo amarillando.

Mi tayta, después de beber un trago del fuerte y oloroso cañazo, también dejó escuchar su palabra: "Como lo manda la vida pues don Timoteito, al Mateo hay que darle mujer, igual como le damos a la tierra su semillita pa' que aumente... Lo que hay de ser que sea nomás pues. Mi Mateo peonazo bueno es, terrenito *dejuero* ley de dar pa' que siembre su papita, sus oquitas, sus olluquitos, su maicito, y la casita con *comunidad* pues haremos. La María será *dejuero* buena mujer pa'l cholo y..." Doña Esmila entró acompañada de María. ¡Qué hermosura de mujer! María, mi María, retamita olorosa. "¡Qué lindaza es la maldiciada!", decían mis amigos. Mi corazón como una campana se violentaba en mi pecho, María. "Buenas noches, taytitos...", saludó María con su cantarina voz. "Buenas noches, ña Gripi", se volvió hacia mi viejita. "Don Roque ha venido con la familia del Mateo pa' pedirte en matrimonio", le comunicó su tayta. María no miraba a nadie, entretenida jugaba con el guato de su fondo morado. "Desde la fiesta del carnaval me viene persiguiendo. Una tarde, allá en el pozo, me quitó mi chale, todo el rato me estuvo embromando, que me vaya donde él estaba para que me lo dé... Después, dijo, cuando pasen las cosechas, mandaré padrinos para el matrimonio". Respiró profundo y continuó: "Para hacer cumplir su palabra habrá venido trayendo padrinos". Los viejos se miraron y se quedaron en silencio, no sabían qué decir; en sus cabezas parecían jugar cientos de ideas, de preguntas. ¿Imaginaban lo que ya había sucedido? Si no me la conceden, me la robo. No esperaré más, así pensaba, mientras esperaba la decisión de los viejos. *De aquella loma te silbaré / de nohecito no me verán / porque te quiero te esperaré / porque te quiero te robaré. / A medianoche será mejor / cuando dormidos todos estén...* Don Timoteo se acercó y abrazó a mi tayta, a mi tío Roque, a mi viejita, diciendo: "Qué lo hemos de hacer pues, así será la vida..." Yo recibí un fuerte apretón de manos y un abrazo. Alegría en mi pecho. Entonces mi tayta, contento, sacó una botella de cañazo santacruceno. "¡Salucito, pues, bebamos de mi sangre, ahora, ahora que somos ya una familia...! ¡Salucito, pues...! ¡Salucito, doña Esmila! ¡Salucito!... ¡Salucito, pues, por el cariño de esta casa!" María vino hacia mí. "¿Y ahora, qué?" No entendí su pregunta. Dudé, la miré sonriendo. Su mirada me turbó. "Ya pues, te has salido con tu gusto..., ¿acaso no era yo tu capricho?" Sus palabras me desconcertaron. "Si tus taytas no aceptaban, estaba dispuesto a robarte, caprichito", le dije tomando una de sus manos. María quiso retirarla, quiso escabullir sus dedos de los míos, pero en ese afán nos sorprendieron las primeras copas de cañazo. María, capullito floreciendo, entró cantando en mi vida. Mi corazón era un solitario gavilán suspendido en el cielo. Gavilán llevando en el pico una presa con miles de sueños. Hasta la mañana bailamos y emborrachamos mi entrada al mundo de los mayores.

Las mujeres, con una hilera de hijos, flecos colgando de sus caderas, cruzaban sus manos llorando, rogaban por sus inocentes criaturas. Desde sus ojos *shushitos*, puquiales tristes, se escurrían el dolor y la pena. "¿Por qué Señor, acaso no hemos hecho tu fiestita de año en año? ¡Nunca te olvidamos, dios taytito..., y todavía *díay*, nos mandas de castigo *maldiciao* tan dañino!" El alma de la gente también se enrabiaba. Rabia y temor. Miedo y cólera se empozaban en el corazón de la gente. "Señor que estás en los cielos y en todo sitio con tu poder, ¿acaso tu ojo no ve tanta maldición del *shapingo* soldado?" El cielo empezaba a despertar. La luz del amanecer tenía aún chorros de sombras. Negra, negrura que iba aclarando. Carajo, yo también me amargué. "¡Fiesta, baile, todo hemos hecho! ¿Para qué? ¡Por gusto nomás, ingrato, Taytito malpagador! ¿No te da vergüenza ver semejante abuso con tus hijos inocentes? ¿Acaso andas de lado del verdugo? ¿Acaso los jinetes de la muerte te hacen mejor fiesta?" ¿Estará dormido el *Amito Padre San Román*? ¿Acaso está borracho de tanta fiesta? ¿Qué será pues?... Cielo y diablo se juntaron en el infierno de esa madrugada. Los militares rompían todo. Como fieras pisoteaban todo lo que hallaban en el suelo y gritaban: *¡Somos lo soldados más valientes de la patria!* ¿Así será como se sirve a la patria? "En el ejército se aprende a ser hombres", decían algunos taytas de la comunidad. *¡Un soldado no le teme ni al terruco ni a la muerte!* Ni los perros se libraron de esa mala hora. Terminaron con el cañazo que don Artemio Silva tenía en su *tambito* y, borrachos, empezaron a destruir todas nuestras cositas. Todo, todo lo rompieron, lo lanzaron al fuego. Los militares sólo eran risas, gritos y órdenes. Toda la gente estaba ya reunida en el centro de la plaza donde habíamos bailado contentos en la fiesta de Todos los Santos. Como el *canshalu* arrastrando a los pollitos, así se prendían los militares de las muchachas y su baba, de diablos malnacidos, la mezclaban con sus inocencias. Mala hora. ¡Pacha Tikra! ¡El mundo revuelto! Malditos *shapingos*, militares de mala entraña, hociqueaban las vergüenzas de las orgullosas flores de la comunidad. A Salomé, mi tierna hermanita, a rastras y a golpes, le rompieron su bayeta. Se agita- ba luchando contra la fuerza de los soldados, pajarito desplumado por el gavilán en medio de la chacra. ¡Infinito dolor en las entrañas! Con lo que pudo, con las uñas, se prendió del soldado que mancillaba sus tesoros más profundos como un salvaje enloquecido. El soldado, al sentir que las uñas de Salomé penetraron en su piel, se levantó gritando. Su bota aplastó el cuello de la muchacha. La autoridad no podía consentir tanto ultraje a la patria y clavó la bayoneta en la mano derecha de Salomé. Ante los agónicos gritos de Salomé, se escuchó desafiante el grito militar: "¡Ja-ja-ja-ja...! ¡Ja-ja-ja-ja...! ¡A todos los terroristas los vamos a comer así, carajo!"

La voz llorosa del preso se oye otra vez. Su tristeza empaña mi luz. Me encamino por la *faja palma* y me acerco un poco más hacia su prisión. Lo alcanzo a ver. Está desesperado y dice: Para no ver el infierno desatado aque-

lla noche, me pellizco los ojos, quisiera evitar que se cierren y me traigan malos sueños. Horribles pesadillas me persiguen cuando duermo. Sueño con ríos de sangre que tratan de ahogarme. Sombras armadas de metralletas. Jinetes de la muerte enrojeciendo el horizonte. La sangre cubre mis tobillos. Los gritos ensordecen mis oídos. Despierto asustado, gritando, llorando... "Malagüero será dios taytito que haya tanta maldición en el alma del cristiano", recuerdo las palabras de mi viejita, aquella vez, cuando los militares llevaron a los primeros presos de Cruzpampa. "Seguro que la tierra ya se está revolviendo, se está volteando el mundo, y el enemigo, el *Shapi* sabidazo, también lo estará ya volteando al *Amito Padre San Román*", decía mi tayta. En mi memoria, sin querer, se llenan los recuerdos de aquella noche... ¡Ay, *Amito*! Quisiera olvidar, pero me falta tiempo. El tiempo cura las heridas y aviva la rabia. *Tanto tiempo soportando / tanto abuso tanta maldad / llantos amargos sin causa / que removieron entrañas / tanto tiempo esperando / que llegara ese día / pero llegó con desgracia / la injusticia nos persigue...*

"¡Si no nos entregan a los terroristas, los vamos a matar a todos!" Silencio y miedo temblando hasta en las plantas fue la respuesta. El jefe de los militares, el comandante *Chacal*, gritó desesperado: "¡Los mataremos a todos!" Ya la gente no se quejaba, su dolor era más alto que el silencio de las punas. La injusticia correteando, caminando a más de tres mil metros de altura sobre el nivel del mar, sobre el nivel del hambre, sobre el nivel de la justicia. Los niños, abrazados de sus mamitas, lloraban de hambre, de sed y de miedo. Las muchachas, ultrajadas por los militares, miraban en los cerros todas sus esperanzas rotas. Salomé, sin ilusiones, se desangraba en los brazos de mi hermana Isabel. Cayéndose, débil, sin fuerza, la candela casi ya no alumbraba. De la confusión, al caer la noche pasada, sólo quedaba un dolor abatido en el padecer de los que todavía seguían vivos. "¡Ay, *Amito*, que la maldicie de todas layas se entre castigando al milico, al soldado asesino!", era el clamor silencioso de la gente. *Ya no se puede esperar / para qué sirve justicia / si por dinero se vendió / se vendió al tirano. / ¿Por qué sólo para el rico / sólo para él la justicia / y al pobre por ser el pobre / se lo lleva el demonio...*

Ahora que estoy cerca de la prisión, veo con mayor nitidez. No creo lo que mis ojos de luz ven en primera instancia. Me acerco un poco más, un poquito más. Sí, ahora estoy seguro, es el cholo Lorenzo Ortiz, el lucero que habíamos perdido. Lorenzo Ortiz se lamenta: "El cristiano seguro que ha de tener la *mitá* de Dios y la otra *mitá* del *Shapi*, *asicito* será pues", decían los viejos, "*sidenó*, como ha de haber mal cristiano." ¡Malaya mi suerte! Solito en este encierro, sin nadie quien me visite. Una hora me sacan para ver al sol, para mirar al cielo gris. La verdad de su justicia me ha declarado culpable de la muerte de los comuneros de

Cruzpampa. Así, como ahora veo la claridad del sol, de los luceros, las ánimas de nuestros muertos, así vi cómo *El Chacal*, sin pena alguna, hizo estallar los cuerpos de Teobaldo Quispe, Gabriel Cotrina y Juan Ramírez. Sus cuerpos, pedazo-pedazo, regados en la plaza, piedras en el camino. En el aire, en el viento están sus vidas, piden justicia. ¡Ay, soldado! ¡Ay, Patria! ¡Sinchis y soldados malditos! *Ya no se puede esperar / para qué sirve justicia / si por dinero se vendió / se vendió al tirano...* Con estos ojos, que el gusano los comió con gusto, vi cómo los soldados, deshonraron a las muchachas. Aún resuenan en mis oídos sus gritos desgarrando el sereno frío de esa madrugada, tortolitas moribundas. No puedo olvidar a esas sombras, *shingos* bailando y brincando sobre la desgracia, arrastrando a los muertos. A ese *Chacal* mandando a sus soldados a cortar la hombría de los muchachos que se defendían como toros bravos, su raza no debería morir. "¡Maldiciados jijunas!", grité en mi pecho para darme valor, para evitar que la locura entre en mi cuerpo. Asesino. Loco. Dicen que estoy loco y no escuchan mi palabra. Nadie quiere saber la verdad. A los jueces les he repetido hasta el cansancio que no estoy loco. No tengo truenos en la memoria, sólo recuerdos de una verdad que nadie quiere oír. ¿Tronado? No, no señores jueces. Es *El Chacal* quien les ha metido la idea de que estoy tronado y que, junto a un grupo de terrucos, maté a la gente de Cruzpampa. ¿Por qué no me escucha, señor juez, aunque sea por última vez? Después de la masacre realizada por los soldados al mando de *El Chacal*, mi cuerpo, sin vida, viajó por el mundo presente, pasé por el cielo de la *Warme luna*, descansé un tiempo en el *Rupaytiyana* y en el *Lunapatiyana*. Visité a los *hombres Chibche* en el otro mundo. También estuve en el mundo sin cielo, el *Ukupe tutayane*. Un tiempo más tarde mi ánima subió por la *faja palma* y se convirtió en lucero del *Waqaltu cielo*. Así, de esta manera, me avine a pasar por el puesto de la guardia civil a denunciar los hechos. Los policías llamaron a los Sinchis, chompas negras y pasamontañas. Los Sinchis me colocaron una capucha y me llevaron ante los soldados que tenían su cuartel detrás de la escuela. Me ataron las manos y dijeron que quedaba en calidad de prisionero. *El Chacal* empezó con el interrogatorio. Conté lo que había sucedido y les pedí que detengan a los facinerosos, a los asesinos. "¡Tú no has visto nada, cholo de mierda!", me dijo *El Chacal* y empezó a golpearme. Cansado, y al ver mi desfallecimiento, me otorgó unas horas de tranquilidad. Después vinieron a mi celda otros soldados. Nuevo interrogatorio, esta vez no me golpearon, al contrario, fueron benevolentes conmigo. Otra vez conté lo mismo. Más tarde volvió *El Chacal*. "Eres terco, cholito, pero yo te voy aplicar la medicina que necesitas..." De nuevo las mismas preguntas, los mismos golpes. "Yo sé que tú eres terrorista, tú estás del lado de Gonzalo, ese comunista conchasumadre que no tiene ni Dios ni patria". Me sacó la venda de los ojos. "Yo quiero ayudarte", me dijo *El Chacal*. "No soy terrorista", le contes-

té. "¡Tigre!", llamó, "es tuyo." *El Tigre* vino acariciando sus manos. Sin decir una palabra, empezó a golpearme. Luego vinieron dos soldados más y reforzaron la golpiza. Estaba claro, querían obligarme a decir de que yo era terrorista. Eran golpes contundentes. Por momentos el sentido se trastornaba. "¡Tú has masacrado a los comuneros!". ¡No!, les contestaba, pero no escuchaban. Ellos no querían escuchar. Los defensores de la patria son sordos, son ciegos, señor magistrado. Mi taya decía: "Pa' los pobres no hay justicia". "¡Tú has masacrado a la gente de Cruzpampa!", y con sus fusiles ¡toc! ¡toc! me golpeaban en esta mi cabeza, que a veces fue tan dura para entender ciertas cosas. "¡Tú has masacrado a los comuneros!", y la sangre era un río ahogando mis dolores, mis lágrimas. "¡Tú has masacrado..., tú has..., tú...!", y tanta fue la golpiza que el mundo empezó a esfumarse en la niebla. Viajaba sobre crespones de algodón. Surcaba un cielo negro, negrísimo. Me pareció entrar en el reino de la muerte, pero desperté chorreando agua. Vomité. Mi camisa lloraba sangre y mis pantalones cagados, orinados, eran una sola pestilencia. Las preguntas y los golpes volvieron con la misma violencia de antes. Masacre, comuneros, golpes... Terruco, terruco pendejo. Mi cuerpo casi ya no resistía. *El Chacal* me dijo al oído: "Si dices la verdad", o sea su verdad, "que eres terruco y que con tu gente has matado a los soplonos de Cruzpampa, yo te voy a ayudar. En nombre de la patria, olvida lo que has visto y, mañana mismo, te dejaremos libre". ¿Si usted hubiera estado en mi situación, señor juez, qué hubiera hecho? Yo no quería más golpes, como ya estaba muerto, la muerte no me asustaba. Como usted ve, señor magistrado, sólo soy un lucero, el ánima de un muerto, que busca justicia. La cárcel no ha comido a nadie; si ya estoy muerto, me dije esperanzado, alguien escuchará mi verdad, saldré un día, finalmente iré al *waqaltu cielo* a ocupar mi sitio y alumbrar a la tierra todas las noches. Pero *El Chacal* me engañó..., y me trajo para declarar la manera en que maté a los comuneros de Cruzpampa. Además, me han convertido en terruco, en asesino. Señor juez, esto que acabo de contarle, es la verdad, mi verdad. Si usted, señor juez, no hace justicia, llorará el día en que el *Amito Padre San Román* lo ponga entre el *Waqaltu cielo* y el *Ukupe tutayane*...

Desde temprano el sol alumbraba las altas crestas de los cerros, clareaba la sangre y el dolor de la comunidad de Cruzpampa. El humo ceniciento retorciéndose en las espirales del viento. Duelo por los muchachos muertos en la mirada vidriosa de las mujeres, de las criaturas y de los ancianos. De nuevo, otra vez, se iniciaron los abusos. El viento rumoreaba con algarabía cuando los ancianos comenzaron a enterrar a los muertos en las fosas abiertas en la misma plaza. "¡Ahí también los enterraremos vivos si no me dicen para dónde se fueron los terrucos!" gritó *El Chacal*. Los niños no podían entender lo que pasaba. "Mamita, ¿cuándo viene el Mateo para que nos defienda de estos morocos

tan malos?", preguntó mi Benjacho. Isolina, mi hermana, le tomó la cabecita entre sus manos heridas. Esas laboriosas manos que muy temprano aprendieron a tejer hermosos *pullos* atravesados de lindos *shuyos*, que con maña sabía robarle al arcoiris.

El dolor era piedra creciendo, endureciendo, en el pecho de los comuneros. Don Serafín Becerra, teniente gobernador, altivo como un cóndor, se acercó al jefe militar y le dijo:

—Esto no es de cristiano. Gente de paz nomás somos nosotros.

—Cállate, viejito de mierda. Mejor dime dónde están los terroristas... ¡Los terrucos!

—¿Terrucos? No hay pues. Aunque nos mate. *Yanca* será. ¿De dónde vamos a sacar terrucos? Gente de trabajo nomás hay...

—¡Indio cojudo! ¿Te haces el inocente, no?

—Mire nuestros muertos. Como animalitos sin ley los has matado con tu gente. ¡Abuso es jefe *Chacal*...!

—¡Pendejo eres! ¿no? ¡Ahora vas a ver lo que es la ley...!

El Chacal bajó la metralleta de su hombro y apuntó al anciano atrevido. Hubo silencio. Don Serafín Becerra dobló su poncho sobre sus hombros y puso el pecho frente al asesino. Pero el disparo hizo trizas su brazo derecho. Un grito se contuvo en el cuello de los comuneros. El anciano valiente, lanzando un largo y extraño sonido de dolor, cayó envuelto en su poncho onzadeoro. La tierra quemante bebió su sangre. ¡Pacha Tikra! *El Chacal* se le acercó, volvió a disparar, esta vez, la cabeza de don Serafín Becerra estalló en pedacitos. "¡Ay, *Amito*, Dios del cielo!", gritaron las mujeres y corrieron junto al cadáver del anciano, *huanchaco pecho colorado*. Los soldados retrocedieron, pero el comandante *Chacal*, lleno de maldad, ordenó que disparen. ¡Tataratata!... ¡Tataratata!... ¡Tataratata!... En pocos minutos desapareció la vida de nuestra comunidad. Después cortaron los dedos de los muertos, de viejos y niños, y con eso avivaron el fuego que estaba a punto de apagarse. Algunos cadáveres fueron también arrojados al fuego. Calcinados, negros, fueron enterrados en las fosas cavadas por los ancianos.

Terminada su labor de servir a la patria, para eso se les paga, ganan buenos sueldos, los militares formaron dos filas. Al mando de su jefe *El chacal* se perdieron por el camino en dirección a San Miguel. Se fueron gritando, cantando:

¡Somos los soldados más valientes de la patria!

¡No le temen ni al terruco ni a la muerte!

¡Viva la patria! ¡Viva el Perú!

Poco a poco las voces se perdieron en la lejanía. Sólo un perro se quedó haciendo guardia sobre la tumba de los muertos. El perro temblaba, aullaba, daba vueltas, a ratos se sentaba a lamer sus heridas...

He ingresado a la prisión, con mi luz más suave. Lorenzo Ortiz se ha levantado al reconocermelo. Entonces descubro su aureola blanca, brillante. Se despoja de su ropa y aparece toda la fuerza de su resplandor, hermoso lucero. Abandonamos la prisión, nos dirigimos a la *faja palma* y, por ella, lentamente, empezamos nuestro ascenso al *Waqaltu cielo*. Mientras subimos, desparramando lágrimas luminosas, me cuenta todos sus sufrimientos en el *mundo presente*. Nos han matado, pero algún día se hará justicia, le digo al lucero Lorenzo Ortiz. Pensar que la muerte nos ha salvado de seguir siendo simples piedras tiradas en el camino, me contesta. Luego agrega: Desde el *Waqaltu cielo* seré el lucero de la mañana, la pequeña luz del nuevo día. *En la plaza de Cruzpampa / reunión popular / ya todo está decidido / hay que matar la amargura / ya no se puede esperar / para qué sirve justicia...* Desde cierta altura divisamos el *mundo presente*: Vemos correr ríos de sangre, hombres que matan a otros hombres, las guerras destrozando los jardines de la vida. En los sueños de la gente contemplamos sus pesadillas: plazas llenas de negros corazones, manos cubiertas de fuego, llamas enrojeciendo los amaneceres. Hay hombres sensatos, tienen el alma repleta de esperanzas y no dejan de cantar. La locura no podrá vencernos, dicen. *Cantarle quiero a las flores / al amor y a las estrellas / pero traigo el corazón enrabiado de injusticias...* Desde el *Waqaltu cielo* contemplamos las montañas, donde se apoya el pueblo de San Miguel. Reconocemos a los cristianos, divididos en dos bandos desiguales, luchando hasta morir. El *shapingo* ha empezado a doblegar al *Amito Padre San Román*. Es casi ya dueño del alma, de la voluntad de la gente. ¡Ay, *Amito*...! La luna llora triste, desesperada, en el *Lunapatiyana*. Sus lágrimas son ríos de luz plateada y ruedan por el camino ardiente de *Rupay*, el padre sol. Cubierto de agua, de lágrimas, *Rupay* se va apagando, se va muriendo, hasta convertirse en una inmensa oscuridad, una noche tan noche como la fosa negra y fría de nuestro pueblo muerto. ¡Pacha Tikra! ¡Tierra revuelta! ¡Polvo y muerte!

"¡El *mundo presente* revuelto! ¡Todo, todo patas arriba, de cabeza! Cuando el cielo envejezca, al *Amito Padre San Román* le quedarán pocas fuerzas. El *Shapi*, saliendo del *Ukupe tutayane*, le ganará, lo mandará al otro mundo. Así el *Enemigo* ocupará su sitio. ¡Malaya!, dirá el *Amito*, pero nada podrá hacer, porque así está apuntado en su libro. De esta manera, todo, todo se hará pampa, un inmenso llano, no habrá ni sol, ni luna, los cerros desaparecerán, se harán planos, ¡Pacha tikra! ¡Polvo! ¡Muerte!... Pa' los pobres no hay justicia, sólo noche, sólo oscurana pues, justicia todavía no hay, todavía no, Señor del cielo", así decían nuestros *taytas*...

Memorial del amanecer

Antes de la conflagración, en esos días de cielo despejado y agrios rencores que anidaban en las entrañas, vivían en Pumarana dos hombres tan parecidos que los propios "pumas" tenían que disponer bien el entendimiento para decir Juan o Salomón cada vez que se cruzaban con ellos. Uno vivía en Qawrawa, el barrio bajo, y el otro era de Chukara, el barrio alto, distante del primero tres horas de trajín. A los dos los llamaban Pakuto porque tenía la misma cara flaca y la nariz afilada de zorro en mal año, aunque uno se llamara Juan de Dios Cusiata y el otro, Salomón Maqerwa. Dos cosas había que tener en cuenta para poder distinguirlos bien: el poncho que llevaba Juan de Dios, puesto o doblado sobre el hombro, tenía un color marrón encendido; en tanto que el de Salomón era plomo y con ribetes claros. Otra dimensión era el hecho de que uno usaba un sombrero negro casi desahuciado, mientras que el otro siempre llevaba una gorra de lana de alpaca y, a veces, un sombrero con ancho tafilete. Sólo en los días de festividad mayor, cuando se vestían con sus domingueros, la confusión se hacía extrema: tenían otro aire al no estar arropados con el mismo traje raído y descolorido de todos los días. En sus barrios, ambos sobresalían por poseer habilidades que los demás ya quisieron tener así sea sólo un poco. Juan de Dios era músico, de esos que testimonian la existencia de Dios con la perfección de sus manos: tocaba el charango como nadie supo hacerlo e ideaba canciones para "atraer a las yanañawis quitasueños" así de ese modo:

*Todo se mueve,
todo se va, corre
o gira;
cambian el monte, las piedras
y el ojo que los mira;
pero el pedernal
de tu pecho, negrita,
no cambia, no suaviza...*

Por su parte, Salomón era tejedor, único entre los mejores a quien venían buscándolo, desde el otro lado del horizonte, forasteros que le compraban sus cámaras, pullos, mantas y chalinas con monedas de otra nación. En día de

trabajo comunal, la gente hallaba harta diversión hablando cruzado sus nombres, exigiendo que el músico acepte tejer la falda de alguna muchacha o que el tejedor cante una nueva canción; en tanto que ellos se afanaban por no dirigirse la palabra más de lo necesario como si de eso dependiera que los demás dejen las bromas. En otras circunstancias nunca se les veía juntos, ni siquiera en los viajes que los "pumas" hacían de cuando en vez a la feria de Paras, a comprar productos de ciudad que traían los negociantes en sus camiones o para vender lo que podía ser comprado por esa misma gente, como si así evitarían las murmuraciones que decían que eran hijos de un mismo padre aunque tuviesen apellidos diferentes.

Pero de pronto las cosas empezaron a cambiar en Pumarana. Como si poco a poco el terremoto se enraizara, comenzaron a ocurrir raros sucesos en esos días. Todo se inició desde que llegaron unos extraños, primero como transeúntes; luego, como enamoradizos; después, como querendones de la hospitalidad del pueblo. Hombres de removido carácter y de mirada puesta en el otro lado de la lejanía que, en verdad, buscaban afanosamente promover desorden y vivían preocupados en administrar rebelión. En ese trance, muchos jóvenes se sumergieron poco a poco en la avalancha que creció despacio hasta romper la vida, en la secuencia de sus días, en un antes y un después. Los Pakutos, apenas unos años abajo de la treintena, sólo uno con mujer e hijos prematuros, fueron asediados por la partida de levantiscos, hombres y mujeres, que afirmaban que era posible bajar la felicidad del cielo a la tierra; mas para eso necesitaban la participación de todos: jóvenes y viejos, madres y padres, tíos y tías, hijos e hijas, amigos y enemigos. Pero la propaganda diaria de palabra y de escritura y mensaje en las faldas de los cerros altos, constantemente, siempre, no pudo unir en una sola fila a los Pakutos. Solamente Salomón Maqerwa se integró, iluso, a uno de los grupos de "trabajo" de los levantiscos y empezó a transitar por los caminos atravesados que unen pueblos, villorrios, aldeas, punas, estancias, pagos, en una andanza que parecía no tener principio ni final. Al poco tiempo, del tejedor que en una manta podía retratar el cielo y las estrellas, la luna y el atajo por donde los desheredados trajinan, el ojo de los manantiales o el canto inviolable de los gorriónes, no quedó nada. Abandonó su pequeña chacra y sus animalitos menudos así de fácil, como si en su pecho ya no tuviese una gota de estimación. La mujer, de esas entendidas en cosas de fidelidad, que en un principio se quedaba sola atendiendo las míseras tenencias, un día acabó haciéndose a los caminos, se juntó a su hombre, acompañada de sus hijos que ya iban para maltoncitos. Cuando la remilla malagüera inundó el patio de la casucha del Pakuto levantisco, nadie dudó que los dueños acabarían abaleados por los ejércitos en algún camino estrecho.

Entre tanto, la lluvia mojaba a todos. Los días se habían llenado definitivamente de relámpagos y de truenos que bien podían ser señales de la proximidad del juicio final. Hombres y mujeres amanecían desollados como animales malignos, y el miedo atroz fue siendo llevadero a la fuerza, en medio de la lucha encarnizada entre los levantiscos y la compañía de soldados, denominados simplemente "ejércitos", que se habían afincado en Paras y de donde venían de cuando en cuando en busca de levantiscos que ahora sólo llegaban de noche y al rayar el día se alejaban borrando rastro, luego de atrever incluso al mismísimo cuartel de los ejércitos.

Y el enredo enorme entreveró las maneras de vivir, trastocó la secuencia de los sueños, falseó las coyunturas de la existencia hasta tal punto que lo único que interesaba en medio de tanta trifulca era salvar el pellejo propio. Así, buscando un poco de seguridad y otro tanto de alimento, el Pakuto abajeño recaló en Chukara; mientras que el Pakuto arribeño, el atroz levantisco, ahora requerido como si fuese el mismísimo puma ladrón por los ejércitos, imitando las vestimentas del otro, se quedó en Qawrawa, marrajo, astuto, trigueño, lunarejo, puñal escondido, simulando ser el Pakuto legítimo de ese lugar, con el preciado objetivo de dar golpes arteros junto a su grupo, en momentos imprevistos, a sus enemigos. Tan perfecto fue su disimulo que de un día a otro el Pakuto abajeño era, para el ojo más fino, el brutal levantisco, en tanto que éste parecía ser exactamente el pacífico charanguista cuya preocupación mayor consistía en labrar hermosas cantares trenzando la cabellera de las muchachas con los colores del arco iris. Hasta que un día, informados en su término por algún bien o mal nacido, los ejércitos le echaron la mano al pobre Pakuto levantisco. Lo golpearon como a Cristo, y tan sólo por disipar milagrosa duda (éste había caído solo, sin la mujer ni sus hijos), le dijeron que si quería que lo creyeran el otro Pakuto tal como lo sostenía incluso en su último aliento, testimoniara su identidad tocando su charango y cantando firme esa canción que dice "*Adiós pueblo de Ayacucho...*". El Pakuto aceptó pasar la prueba. Pulsó el instrumento que sus captores lo tenían listo, y se desgalgó en una hermosa melodía de charango y canto. Los ejércitos se miraron unos a otros. ¿Cómo?, dijeron sin creer lo que observaban. Pero la evidencia decía que no era el Pakuto buscado sino el del equivoco. Al final, sólo le dijeron que los disculpara por tan lamentable error, que se fuera tranquilo y que no abriera el pico, pues de no, lo desaparecerían. El pobre Pakuto no se dio la molestia de quejarse de lo sucedido. Fue en busca de su mujer y de sus hijos, cada vez mayorcitos, ya que iban apuntando para fines levantiscos, en el decir de algún atrevido que no se callaba aun sabiendo que hablar algo en voz alta era suficiente para amanecer destroncado como gallina, ya sea por obra de los ejércitos o de los levantados. No tardó en hallarla, sabedor de tretas, conocedor de escondites,

diestro domador de dinamita, experimentado habitante de cuevas inhóspitas. Al verlo nuevamente, ni sus hijos ni su mujer ni sus amigos pudieron dar crédito de quien estaba allí presente, cargados de sorpresa; dudaron de su fidelidad a los juramentos de rebelde creyéndolo el otro Pakuto y por poco le sueltan una andanada de balas, conocedores de que el Pakuto abajeño, al haber sido incorporado en filas de los ronderos, pues lo habían amenazado que si no lo hacía corría el riesgo de ser tomado por el otro Pakuto, andaba de informante o de rastreador al servicio de los ejércitos. Menos mal que tenía una cicatriz profunda en una de las paletillas desde sus tiempos de niño. La mujer certificó y todos se animaron con el retorno del ya afamado jefe rebelde al seno de su agrupación.

Si eso ocurría con el auténtico Pakuto alzado, la mala suerte cayó como huayco sobre la trastornada existencia del otro Pakuto. Lo había cogido cuando deambulaba con cierta calma confiándose en el apresamiento de su semejante. Para su desgracia fue eso; confiado, no escapó cuando podía hacerlo al divisar a una buena distancia a los ejércitos que venían en patrullaje guiados por cuatro o cinco husmeadores. Lo apresaron, lo colgaron, lo atormentaron hasta arrancarle la falsa confesión de que sí, efectivamente, él era el mismísimo Pakuto levantado; esta vez a nadie se le ocurrió darle la oportunidad de probar su identidad tocando así sea un charango destemplado. El pobre Pakuto abajeño se resignó a su suerte y por primera vez maldijo en voz alta el hecho de haber nacido con la cara prestada. Sólo de milagro estaba aún vivo, pero no sería por mucho tiempo; dentro de una semana, a lo más, una vez que las celdas oscuras sin una sola rendijita hacia la claridad del día se llenaran de prisioneros, iría a cavar su tumba en algún lugar escarpado, una garganta o un barranco de donde hasta las aves de rapiña huyen de miedo, pues allí los presos serían atravesados de bala. Lo sabía bien, su suerte estaba echada. Esperaba el paso del tiempo soportando el ardor de la boca del estómago, sin haber probado más que unos jarros de agua sucia.

El otro Pakuto, en cambio, al frente de sus huestes, se preparaba para atrever un feroz golpe de sorpresa en el mismísimo cuartel de los ejércitos. Un día, vestido de Pakuto abajeño, lunarejo, auténtico, cara de zorro en mal año, burló a los mejores conocedores de los Pakutos, se metió hasta las narices de los ejércitos, diciendo que iba a informarles de un inminente ataque de los alzados en Chukara para destruir al grupo de poblados serviciales. "Lo harán en la noche y serán poquitos: tal día y a tal hora; de tal forma y de tal manera". Los ejércitos lo miraron cruzado, lo creían Pakuto abajeño y confiaron. A la media noche, ellos cercaban a unos inexistentes levantados que atacarían Chukara tratando de aniquilar a los pobladores informantes; en tanto que el Pakuto levantado, aprovechando el cuartel casi desguarnecido, atacó con todo y liberó

no sólo a una buena cantidad de levantiscos sino también al otro Pakuto. Pero qué le habría picado a éste, pues una vez fuera de la prisión, como quien dice de "agradecimiento", juró que degollaría como a animal mostrenco al Pakuto arribeño no sólo porque se hizo pasar por él sino por iluso y por tonto.

El cuartel de los ejércitos quedó pampa y en la parte más alta de la torre de la iglesia de Paras, los levantados izaron una gran bandera color del amanecer en día de ferviente sol. De los que fueron hacia Chukara no se supo nada. Por ahí alguien refirió que sólo unos cuantos ejércitos habrían fugado hacia Huaytará aprovechando las quebradas enchiflonadas de Urankancha, pueblo en donde habían sentado presencia desde hacía tiempos. Pero el retorno de ellos no se hizo esperar mucho. El primer pueblo arrasado por aire y por tierra fue precisamente Pumaránra, por el hecho de ser cuna de una pareja de Pakutos demasiado escurridizos y extremadamente audaces, lo cual afirmaban tanto los diarios de la ciudad de Huamanga como también la radio y la televisión. Se sabía de ofrecimientos de recompensa para quien dé aviso o entregue vivo o muerto a los dos Pakutos. La orden era terminante para los ejércitos: liquidar a los dos, pues decían: mejor es saber cuál de ellos es inocente, si uno de ellos es realmente inocente, tirado al suelo, tieso y bien muerto. Pero el Pakuto arribeño, el levantado, era ya jefe de marca mayor, marrajo, caco, matrero, siete vidas, con un tic de nervios en el párpado del ojo diestro, que no temía ni un tantito perder su vida si eso —decía con cara de profeta bíblico— sirviera para cambiar el color de la perra canija que se llama vida. Los de mayor alcance en la entendedera no salían de su asombro y no daban razón suficiente de cómo el Pakuto arribeño se había logrado en tan atroz levantisco, cuya familia entera andaba secundándolo a quien llevaba los pantalones, en las buenas y en las malas. Él, que había sido un pobre alma de Dios que no mató ni un pajarillo pichón, ni de niño ni de joven primerizo, que sólo tenía tiempo para tejer primores de ponchos y cámaras. Él, que no supo de estudio sino sólo hasta el segundo año de primaria —decían— ahora, a más de su infaltable fusil, cargaba siempre unos legajos escritos con tinta roja con los cuales se valía para arrejuntar más gente a su hueste constantemente diezmada. Mientras tanto el otro Pakuto, todavía adolorido, ya prófugo, no veía la manera de volver a la legalidad, pensando y repensando en la forma de acercarse nuevamente a las fuerzas del orden —decía él— para que lo perdonen y le devuelvan la tranquilidad perdida por culpa del mal nacido Salomón, que en verdad es el único Pakuto. Sus lamentos no eran para menos, pues por el miedo que le provocaba el hecho de estar al lado de quien está perseguido siendo o no culpable, hasta su mujer había optado por irse a la ciudad junto a otros asustados por tanta trifulca y por tanto entrevero, a más de que en Pumaránra estaba terminantemente prohibi-

do, aunque nunca se decía así, ser joven, mujer o hombre, de apariencia recia y cara de chuto. El pobre Pakuto abajeño, sabiéndose desgraciado en el amor, que para él era la forma más triste de ser desgraciado, odió con toda la fuerza de odio que puede contener una existencia al otro Pakuto. Y no se presentó otra vez en el cuartel de los ejércitos para ayudar en la captura o aniquilamiento de su par, sólo porque alguien le expuso razón suficiente en las páginas de un periódico capitalino la expresa determinación de liquidarlos a los dos, sin distinción, si fuera necesario a pedradas como a comadreas dañinas, que mejor cancionara eso que dice: "*Me voy de noche/ porque de día me hacen chalona*". Sintiéndose entonces animal mancornado no hizo otra cosa que cantar al son de su charango infaltable esa canción que dice:

*Cuando la desgracia
madura
el corazón no engaña;
cuando la desdicha
arrecia
el corazón no engaña
no engaña
no engaña
corazón de piedra,
falsa y engañadora...*

Así estaban las cosas hasta que un día ocurrió lo que tarde o temprano tenía que ocurrir. El Pakuto abajeño, buscando un poco de seguridad, al amparo de una noche retinta, se había alejado de Pumaránra hacia Urankancha, arreando su burro con un poco de carona y algún mísero bastimento. Hombre inocentón casi hasta parecerse al opa Justo Bautista, no tuvo en cuenta que en Urankancha, hacía meses, los ejércitos habían sentado cabeza, que tenían gente de confianza para avisar de la presencia de forasteros e indeseables por radio, de noche o de día. No lo reparó debido a que era mayor el peligro de quedarse en Pumaránra escondido en las cuevas o en las alturas de Markaqasa, aprovechando la cobertura de las ruinas donde en los comienzos del tiempo moraron los antiguos gentiles. Sin embargo, Urankancha (claro está en las partes altas adonde en alguna oportunidad anterior a la conflagración había traído tunas para canjear con sal o con lana de oveja) lo recibió bien, incluso le hizo pensar que allí podía hacerse de una urankanchinita buena moza ojos de sirwayta y de corazón firme y olvidarse para siempre tanto de Qawrawa como de su Lasteniacha perjura que luego de ocho años de amores y convivencia lo

había abandonado, sin dejarle ni un sólo hijo por cuanto ella era una "qolloq", es decir estéril. En todo caso "qolloq" no sólo para darle hijos sino también para persistir en el querer, pues —decía él— el amor es amor cuando espera, y ella no le había esperado ni tan sólo unos meses de zozobra.

Ya estaba por hacerse visible urankanchino, con una mano cogida al tronco fértil de la vida ancha y libre de persecuciones. Al fin y al cabo, Urankancha era un pueblo bastante lejano a Pumaranra, de manera que su parecido con el Pakuto alzado cuando menos importaba poco en esos lares. Pero quién te dice que las cosas, en tiempo de las pasiones erizadas, andan de cabeza, y los de repente son los que más abundan. El maldito Pakuto alzado llegó el día menos pensado a Urankancha, junto a sus secuaces, vestido de ejército, camuflado en su soberbio paso marcial. Así sorprendieron a los colaboradores, husmeadores e informantes, quienes a la gana gana les alcanzaban listas que contenían nombres de los probables partidarios de los levantiscos. Como se degüellan las reses en el camal de Ica, así mataron los levantiscos a esos pobres colaboradores de los ejércitos que solos se denunciaban, sin compasión de nada, sin un comino de reparo, con hartó goce y griterío, con dentelladas de puma marraja, con picotadas de cerril cóndor, incluyendo a sus hijos y familiares. Nadie dijo esta boca es mía, chitones. Al final, todos escucharon una larga lista de razones para que el rencor hierva así de ese modo en el corazón humano. El Pakuto abajeño sólo permaneció mirando en el rostro del ahora jefe de los rebeldes, que vestía de ejército, su mismo rostro, sus mismos ademanes, su misma mirada cruda cuando se daba la ocasión, como si estuviese mirándose en un espejo citadino. Se le escarapeló el cuerpo, sintió que lo flagelaban calato con ortiga mata mula. Más de un urankanchino de alma recóndita miró ora a él ora al Pakuto levantado, con evidente aire de sospecha. Alguno hasta se atrevió a preguntarle, después del atroz sucedido, que si él no era del mismo pueblo de los levantados.

Pero los ejércitos, menos mal, torcieron el rumbo de la rabia en hinchazón de estallidos. Luego de la última incursión del Pakuto, se dedicaron a tender una enorme red para pescarlo en su propio río revuelto. Y la intención no fracasó. Los periódicos de la ciudad de Huamanga, las radios y las televisoras batieron palmas, no se cansaron de lanzar loas a quienes habían hecho posible salvar a estas tierras de la más perversa lacra que en ella había nacido. Pasaron los tiempos, aquellos que borran heridas y conforman antigüedades. Amainó la lluvia, razón suficiente para que todos extendieran sus chistosas vanidades como ropas percutidas expuestas al sol. Los eternos candidatos, que se había refugiado en el hueco que más a la mano tuvieron, empezaron a sacudir su curtida piel y estirar el pescuezo; los pumas a continuar su festín en la oveja

dejada a medio devorar; los gamonales sobrantes a soñar con siglos de ilusión y los falsarios con el cuento del fin de la historia.

Pero todo eso fue un espejismo que duró poco tiempo; porque, nuevamente, el Pakuto renació de sus cenizas e irrumpió negándolo todo y dejando pampa una vez más el remozado cuartel de los ejércitos. Ahora era difícil decir quién era quién. Para algunos, el que yacía tres metros bajo tierra era el auténtico Pakuto abajeño. En cambio, para los más, el Pakuto abajeño era el que acababa de retornar a Pumaranra después de buen tiempo con su inexplicable carga de rencores imborrables. Las cosas volvieron a incendiarse en todos los confines. Los ejércitos habían obligado la conformación de grupos de autodefensa en los lugares donde hubiese más de diez personas; y todos trabajaban de confidentes, armados de cuchillos y garrotes afilados hacían ronda para que ningún foráneo, sobre todo ningún levantisco pudiese acercarse. Sin embargo, el Pakuto se multiplicaba. Lo veían al mismo tiempo en lejanías opuestas e imposibles, manejando camiones fantasmas cargados de explosivos o cabalgando caballos de candela acercándose a los cuarteles. Según los decires, emboscaba a la misma hora cuatro o cinco objetivos diversos. El mismo día, en el mismo instante, creían verlo comiendo o durmiendo, riéndose o triste, haciendo perversidades o gloriándose. Aunque por la proliferación de las rondas ya no podía llegar al pueblo vitoreado libremente como antes: andaba de noche y dormía de día, se ponía deprimido cuando nadie lo veía y se alegraba a voz en cuello cada que oía en la radio la noticia de alguna batalla ganada aun sin haber participado en ella. En esas circunstancias, entonces, habría de ocurrir su última incursión. La curiosidad se preguntaba: ¿de qué Pakuto se trataba ahora? Nada se sabía con certeza. Lo cierto fue que hubo una nueva emboscada en Paras; y no sólo eso, sino la captura y muerte de los conspicuos colaboradores de los ejércitos en casi todos los barrios de Pumaranra y en casi todos los pueblos colindantes, en tan sólo una noche. La osadía colmó la paciencia de los ejércitos y de los señores del gobierno, quienes centralizaron sus fuerzas por aire y por tierra, cercaron al pobre Pakuto, precisamente en las abruptas cuevas de Markupampa, luego de cerrar un cerco tan extenso que fue apretándose poco a poco. El sol de su ilusión se le cayó al Pakuto como un vaso de cristal al darse contra el piso. Retrocedió hasta recordar sus quimeras de joven, como la tortuga se arruga al amparo de su caparazón ante la brutal presencia de una pisada de carro camión, así se arrugó sobre sí mismo y cayó mansamente, deshieriando la remilla que había inundado la antigua vivienda del Pakuto arribeño, que había metido mucha raíz entre sus paredes, de modo que ya de por sí estaban derrumbándose. Perdió sin decir nada, manso, para la risa y la mofa de los ejércitos quienes lo ataron con una soga del cuello y lo

arrearon por todas las calles diciendo que nada de bravo tenía el engendro, la caca esa, la piltrafa humana, ese melón tal por cual, aunque para el Pakuto estaba claro el dicho: cuando la lluvia cae los chanchos se ponen limpios y los hombres se embarran por un instante. Después del enorme acontecimiento, que fue asistido por barbados periodistas, por fotógrafos ciudadanos, por entrevistadores profesionales, por curas confesores, vinieron la tranquilidad y los rumores. Había quienes decían que en tales circunstancias ya no era necesario apresar al Pakuto sino a sus hijos, que vendrían tiempos peores. Lo que parecía más bien una bola lanzada por los levantiscos sobrantes para consolarse de tamaña pérdida. Lo cierto era que el triunfo de los ejércitos quedaba oleado y sacramentado por esta última y grandiosa acción, como lo chillaban las radios y los periódicos de la ciudad de Huamanga, con lo cual terminaría la violencia y vendrían tiempos de paz y justicia para todos los pueblos. Y el fin de los levantiscos fue confirmado por cuanto a los pocos días, también cayeron la mujer y uno de los hijos del Pakuto; y —dijeron los ronderos— ya su último hijo libre se había arrepentido de esos pueblos. La mujer y el hijo prisionero fueron remitidos a Huamanga; de allí a la capital y de allí, en una lancha, hacia una isla lejana —afirmaron los más competentes en dar tales informaciones— donde se ahuesan todos los levantiscos del mundo entero.

Sin embargo, la historia de los Pakutos no quedó allí. Habría pasado buen tiempo; unos tres o cuatro años, durante los cuales los últimos levantiscos fueron decayendo de a pocos conforme empezaron del mismo modo. Cuando ya todo estaba tranquilo, cuando los consabidos y añosos candidatos retornaron a estos lares, como siempre regalando ensueños, como toda la vida ofreciendo alternativas: puentes de fierro y cemento sobre el río pampas, carreteras para todos los barrios, una ración diaria para cada familia consistente en cinco kilos de arroz, dos de azúcar, tres de fideos, asomó su hocico rebelde un sorpresivo e incomprensible Pakuto en Pumaránra. Era tan verídico que lo veían en todas partes como si estuviesen viéndolo en un juego de espejos, sólo que era doblemente verídico ya que dejaba sentir su atrocidad también multiplicada. Y nadie pudo dar razón suficiente para que en el mundo hubiese gente de tal condición, y todavía de a dos, porque al poco tiempo todo Pumaránra, siempre soportando el peso de la pobreza, vio a otro Pakuto queriendo evitar, a cualquier precio, parecerse al Pakuto alzado. Y el atroz relámpago de una nueva conflagración se dejaba sentir más acá del horizonte.

Sócrates Zuzunaga Huaita (Ayacucho, 1954)

Ayataki

...Llegaron como a la medianoche, mamacita, haciendo una bulla tremenda, como cuando llega un huaico hartazo por la quebrada, como cuando el Amaru se sacude de la tierra, y reventando balas como cancha, que parecía que ya había llegado la fiesta de nuestro Taitacha Apóstol San Santiago y que estaban prendiendo los fuegos artificiales frente a nuestra iglesia, y pateando a todas las puertas, metiendo el hocico hasta debajo de las camas, sin respetar a nadie, ni a Cristo ni a rey, todo fieras rabiosas, gritoneando como unos mismitos condenados, y así llegaron a mi pobre casita, abran la puerta carajo, rápido concha de sus madres, y como nos tardamos en abrir, ¡pajraraj!, pobre mi puertita al suelo, y dónde está ese hijueputa, dónde está ese mierda, pero qué hijueputa, qué mierda, nosotros no sabemos nada papacitos, cómo que no saben nada jijunagramputas, toma toma toma, para que aprendas a no mentir, para que aprendas a decir la verdad, pobre mi lomito bien charquiado quedó con los golpes, ayayau ayayaucito, y en ahí todavía me arrodillé en el suelo y juntando mis manos recé con toda mi alma de cristiano, con todo mi corazón, Virgencita de las Nieves, dulce Apóstol San Santiago, ampáranos Diosito lindo, pero nada carajo, de un puntapié me hicieron tragar tierra y siguieron preguntándome la cojudez esa que yo no quería decir, y hasta me abracé a sus botas y les besé los pies, por favorcito tengan compasión de nosotros, no nos hagan daño, no nos maten, tenemos hartos hijitos que mantener, y así y así, hasta que ellos se fueron hacia la huerta, y yo llorando con toditas mis lágrimas, con mi boca destrozada y mis labios partidos y mi lengua rajada, rogaba a todos los Taitachas del Cielo para que no lo encuentren, que no lo encuentren mamay, que no lo encuentren papay, que ojalá nuestro buen profe se haya escondido bien, que ojalá se haya ido bien lejos de aquí, pero lo encontraron, mamacita, lo encontraron y todo se fue a la eme cuadrada, ay vidallay vida, ay suertellay suerte, no sé para qué nomás le estaré contando esto que no debo contarle, y así pues, como le digo, a nuestro buen profe lo arrastraron hacia el patio de la casa, y trae una luz carajo, me gritaron, y yo con mi lamparincito, aquí hay luz papacitos, aquí hay luz, pero no le peguen, no lo maltraten, él es nuestro profesor, él es gente de buena laya, pero ellos, cierra la boca carajo, indio conchetumadre, y jua y jua y jua, me revolcaron a culatazos en el suelo, y desde ahí vi cómo también a nuestro profe lo golpeaban y pateaban en el suelo, terruko conchetumadre, comunista de mierda, ahora vas a ver hijueputa, y así y así, hasta que despuesito se lo llevaron arrastrándolo de

una pata, como a un torillo bravo muerto en corrida, dejando nuestro profe su sangre regada en el suelo y las hojas de su libro que todavía él lo tenía en sus manos, y así pues, mamita linda, nosotros nos quedamos llorando y llorando, hartos asustados, pellizcándonos el sentimiento con muchas preguntas mal agüeras, diciendo para nuestro adentro, adónde se lo llevarán a nuestro profe, pobrecito, qari wawa, tan bueno y cariñoso con nuestros niños, ayayay qué desgracia, y en eso nomás todo el pueblo se volvió silencioso, como silencio de muerte, y algunos perros nomás estaban aullando en la lejanía, y los eucaliptos también lloraban con el viento de la madrugada, con una tonada de ayataki, triiiiiste, bien triste, y nosotros que no podíamos sujetar nuestro llanto, todos, arrodillados en el suelo, temblando como cuerdas de arpa, como telarañas al viento, y mi Sebastiana, mamay, en mi lado, lloraba como una loca, jaloneándome de los pelos, puñeteándose el pecho, a veces empujándome, otras veces rogándome, anda pues Timoteo, corre donde esos satanases, diles que nuestro profe no es ningún terruko, diles que él más bien enseña a nuestros maqtillos para que mañana más tarde se hagan hombres de bien, anda pues papacito, que no lo maten, que no lo malogren, y cuando ya el día estaba bien clarito, agarré hartos valor y me fui con dirección a la plaza, caminando bien pegado a las paredes, y así me metí en una choza deshabitada y me subí al techo, y desde ahí me puse a aguar a los soldados, bien pegado a las pajas del techo, como una lagartija asoleándose, y así pude ver a todos los uniformados, con sus caras negras, con pasamontañas, y en el pamponcito de la plaza, frente a nuestra iglesia, panza en el suelo, manos en la nuca, todos los maqtas del pueblo estaban tirados como muertos, sin moverse, como que esperando qué nomas será, como que aguardando la llegada de alguna desgracia, mientras que los uniformados gritaban con voz de chancho renegón, no se muevan carajo, al que levante la cabeza le perforo los sesos, y disparaban por encima de los echados, pam pam pam, y seguían gritando con sus voces roncadas, terrukos concha de sus madres, comunistas del demonio, ahora ya los tenemos, conque les gusta meter dinamita ¿no?, y les pateaban en las costillas, les pisaban en la cabeza, ahora ya se jodieron hijos de la gramputa, y en eso nomás, a la señal de uno de los milikos, ordenaron con voz más fuerte, como trueno de lluvia, ahora váyanse mierdas, levántense y corran, escapen o aquí se mueren todos, y empezaron a dispararles muy cerquita del cuerpo, levantando polvo de muy cerca de sus cabezas, y en ahí nomás, mamacita linda, todos nuestros muchachitos se levantaron y empezaron a correr como vizcachas asustadas, a la gana gana, para dónde sea, unos hacia abajo, otros hacia arriba, sin saber ni presentir lo que les estaba esperando, y en eso las balas empezaron a reventar como maíz tostándose en la kallana, pam pam pam pam, y los pobrecitos empezaron a caer como ramás macheteadas, gritando desesperadamente, llamando a sus mamacitas, llamando a sus hijitos, clamando a Diosito lindo, con las bocas masticando el aire, arañando el suelo, y así se quedaron tiesos, silenciosos, re-

gando con su sangre el polvo de nuestra plaza, como perros ordinarios, y a aquellos que todavía se movían los soldados les tiraban un tiro en la nuca, uno por uno, volteándolos de cara hacia el cielo, y en ahí todavía miré cómo a nuestro profe le pateaban en todo su cuerpo, se ensañaban con él, y lo señalaban con el dedo como a un animal raro, quizás porque él fue siempre un buen hombre entre nosotros, un cristiano amante de la justicia, un profe que casi siempre paraba a favor de los pobres, defendiéndolos del abuso de las malas autoridades, y era pues un hombre bien plantado, que no se dejaba pisar el poncho con nadie, ni con los platudos ni con el taita cura ni con el gobernador ni con el alcalde, qué caray, y en eso nomás, mamita linda, en la plaza se apareció otro miliko que no había estado presente en la matanza, y ése se puso a caminar por entre los muertos, volteándoles las caras, escupiéndolos, carajeándolos, y en ahí nomás, mamacita, como para no creer, voy a decirle, ese soldado jefe se cayó de rodillas en el suelo, gritando como una fiera herida, queriéndose arrancar los cabellos con las manos, sacudiéndose en un llorar hartos feo, y en eso fue que empecé a acordarme de aquellos hermanitos que siempre andaban juntos para todos los lados, como una yunta de toros, unidos para todo trance, ayudándose mutuamente, en las buenas y en las malas, y que después se fueron a la costa a buscarse un futuro, a estudiar alguna carrera o a coger algún otro progreso en la ciudad, y usted que aquí vivía como zorzalita en tiempo de lluvia, toda contentosa, y nosotros que la mirábamos llorar de pura alegría, diciendo que sus hijos del alma, el Cornelio y el Modesto, iban a regresar trayendo corbata y respeto para hacerla a usted respetar, a usted a quien los pudientes y las autoridades de este pueblo querían quitarle su chacrita regada con el sudor de su frente, y fue así que el Modesto regresó de la costa hecho todo un señor profesor, masticando un buen castellano, con buena iluminación en la cabeza, y se puso a enseñar en nuestra escuelita, haciéndose querer por todos nosotros porque bien bonito enseñaba a nuestro maqtillos, sin jalarles las orejas, sin tirarles látigo, con hartos cariños y regalitos más bien, y así era que nuestras vidas estaban transcurriendo de lo más lindo, como el agüita mansa de Tara Yaku, hasta que anoche llegaron esos satanases, con pasamontañas y fusiles, a jodernos la pobreza y la tranquilidad, y usted que no sabe cómo llegaron, mamacita, para qué contarle el infierno que hemos pasado, usted ni se imagina porque vive aquí, en esta estancia, tan lejos del pueblo, entre estos cerros, cuidando su rebaño de ovejas, y yo que me he venido corriendo como un venado asustado, a todo ful, sin pararme siquiera un ratito, yo que a mis años —fíjese usted— he venido pujando con todo mi esfuerzo para contarle lo que le estoy contando y para que usted sepa que allá, en la placita de nuestro pueblo, está su hijo Cornelio, Capitán del Ejército Peruano, quién —como me dice usted— ya la visitó en horas de la matanza y que ahora está llorando hartos, bramando como un torillo herido, bien abrazado al cuerpo de su hermano Modesto...

Luis Nieto Degregori (Cusco, 1955)

El mimo más famoso del Perú

1

Un suceso que marcó para siempre mi vida fue el viaje que hice a Lima a los siete años desde la pequeña ciudad de la sierra donde vivía con mi madre. Por el inusual nerviosismo que se apoderó de ella cuando se acercaba el día de nuestra partida, yo intuía que algo podía frustrar esas vacaciones con tanta anticipación planeadas, pero era incapaz de determinar qué y tampoco me atrevía a preguntar. Por eso, cuando mamá me mostró los pasajes para el autobús, me apoderé de esos papelitos y los estuve mirando embelesado cual si fueran un par de esas mariposas anaranjadas que a veces se posaban en los geranios de nuestro jardín.

Lima no me defraudó. Era todavía una ciudad amable que para un niño provinciano encerraba infinidad de sorpresas: edificios de muchos pisos, un paso a desnivel en una de sus avenidas, una altísima antena de televisión, escaleras mecánicas en algunos de sus grandes almacenes y, sobre todo, la playa. Mi primer encuentro con el mar no fue, sin embargo, muy amistoso. Mamá, despertándome, me señaló su inmensidad por la ventanilla del autobús y me dijo que en un rato más pararíamos a desayunar. Cuando el vehículo por fin se detuvo, yo corrí hasta la orilla y frené en seco al ver que el agua que tan lánguidamente llegaba hasta mis pies, al regresar se arremolinaba y engullía súbitamente gran cantidad de arena. Mamá, que apareció a mi lado, me tranquilizó diciéndome que había playas como ésa, donde el mar era bravo y traicionero, y otras, a las que iríamos, donde era manso y no infundía miedo.

Quizás por lo atolondrado y contento que estaba con tanta novedad no hice mucho caso de lo distraída que a veces se mostraba mamá o de la forma como se quedaba mirándome, cual si me tuviera pena. Mucho debió de costarle dar ese último paso y cuando finalmente se atrevió, seguramente seguían siendo más sus dudas que sus certezas.

Esa mañana me vistió y arregló con tal esmero que no pude reconocer al niño que me miraba desde el espejo. Para no sentirme tan raro, deshice ese peinado relamido que no me gustaba y me desabotoné con trabajo el cuello de la camisa. Fue mala idea. Mamá se puso furiosa, me jaló y volvió a pasarme el peine haciéndome doler. Salimos cariacontecidos de la casa donde estába-

mos alojados e hicimos el trayecto hasta el centro de la ciudad sin cambiar palabra. Yo pegué la frente a la ventanilla del colectivo pero en realidad no veía nada, y mamá seguía preocupada por su apariencia, arreglándose una media o mirándose nerviosa en su espejito de cartera.

Bajamos del auto en una esquina de la Plaza San Martín y, por alguna razón que ignoraba, mamá se quedó clavada en el sitio, mirando a un grupo de gente que había junto al monumento. Hacia allí finalmente nos dirigimos, caminando tan despacio que me daba tiempo de mirar los edificios, algunos de ellos coronados con llamativos avisos. Cuando estábamos a pocos pasos del círculo que formaban esas personas, nos detuvimos y descubrí, por la explosión de carcajadas que llegó de pronto a mis oídos, que era un payaso el que las había congregado.

Me liberé de inmediato de la mano de mamá y corrí a ocupar el primer claro que encontré. El payaso, luego lo supe, no era tal sino un mimo. Tenía la cara pintada de blanco, un polo a rayas y un pantalón negro muy suelto sujeto con tirantes. Desde el instante mismo en que lo vi caminar sonriente, haciendo adiós a sus conocidos, pero sin avanzar en realidad ni un solo centímetro, quedé cautivado, ajeno totalmente a lo que ocurría a mi alrededor, como si el universo todo hubiera desaparecido y sólo quedáramos el mimo y yo, él jugando a crear un mundo de la nada y yo asistiendo asombrado, conmovido, divertido, al misterio de la creación.

El encanto se quebró cuando, después de agradecer con una venia los aplausos, el mimo habló por primera vez para explicar que era un artista de la calle que vivía del apoyo que le brindaba el pueblo. Recién entonces, asustado, volví la cabeza para cerciorarme de que no estaba solo. Él mimo, entre tanto, recogía en su sombrero el dinero que el público le alcanzaba. Yo también quise dar mi parte y miré suplicante a mamá. Ella entendió lo que le pedía y buscó en su cartera. Cuando el mimo recibió la moneda que yo le extendía, me saludó jovialmente por mi nombre, dejándome emocionado y perplejo.

Mamá me tomó de la mano, yo creí que para que siguiéramos nuestro camino, pero en lugar de ello se acercó al mimo. Él dejó en el suelo su sombrero lleno de dinero y nos recibió con una sonrisa.

—Es él —le dijo mamá mirándome.

—Ya lo sé —respondió el mimo y, cuando se cansó de estudiarme, me preguntó si sabía quién era.

“Un payaso”, hubiera podido responderle, pero me quedé mudo pues por el ligero temblor de la mano de mamá y por su extraño comportamiento de las últimas semanas yo ya había adivinado que ese hombre era papá, el papá por el que yo no me cansaba de preguntar y del que mamá hablaba de mala

gana. "Es un artista –me explicaba apenas–. Está trabajando muy lejos y por eso no puede venir a verte".

–Es tu papá, hijito. Salúdalo –intervino mamá.

–Hola... –dije, pero no volví a abrir la boca hasta que quedamos de nuevo solos mamá y yo, varias horas después. Todo ese tiempo tuve la palabra "papá" atorada en la garganta, asfixiándome y causándome un indecible padecimiento.

2

El viaje a Lima fue mi tema de conversación durante meses, pero a nadie le conté que había conocido a papá. La foto que nos tomamos los tres –él, mamá y yo– delante del monumento a San Martín la guardé en mi escondite secreto, junto con mi trompo y mis "pelis". Podía pasarme horas mirando esos trocitos de celuloide, tratando inútilmente de adivinar el destino de las personas que habían quedado allí congeladas, cual si fueran víctimas de algún hechizo. También pasaba mucho tiempo mirando la foto de papá, preguntándole todo lo que no me atreví a preguntarle ese día en Lima y contándole todo lo que quería que supiera sobre mí.

Mamá, antes tan reacia a hablar de él, me repetía a menudo que papá había insistido en que fuera a estudiar a Lima al acabar el colegio, en que él me ayudaría. "No creas que es como cualquier artista callejero. Es el mimo más famoso del Perú", me decía, no sé si para que creyese que papá estaba en condiciones de apoyarme o simplemente para que me sintiese orgulloso de él. Algunas veces, incluso, me traía periódicos o revistas en los que aparecía con su polito a rayas, su holgado pantalón negro y su rostro pintado de blanco. Yo recortaba cuidadosamente esos artículos y los pegaba en un cuaderno de dibujo de esos que tenían, alternadamente, una hoja de papel grueso y la otra de papel calca. De tanto leer esos recortes, me sabía casi de memoria lo que decían sobre papá: que era sin duda el Marcel Marceau peruano, que se había vuelto un personaje característico de la Plaza San Martín, que paseaba su arte por todas las ciudades del país. Este álbum, ni qué decir, también lo guardaba en mi escondite secreto.

Con el tiempo, sin embargo, mamá fue perdiendo su entusiasmo y dejó de mencionar a papá. Era comprensible. Pese a los intentos que ella hacía para comunicarse, él mantenía silencio, un silencio excesivo hasta para un mimo. "Igual te irás a estudiar a Lima, aunque tenga que lavar ropa para mandarte tu pensión", me decía. Mamá era profesora de un colegio de mujeres de nuestra pequeña ciudad y en realidad nunca lavaba la ropa. De eso se encargaba Agripina, la lavandera que venía los sábados por la tarde, siempre con una huahua con la nariz llena de mocos en la espalda. Si algo me asombraba, era la

destreza con la que ella levantaba a la huahua en su mantón doblado en triángulo y se la colocaba a la espalda sin dejarla caer al suelo. Yo por si acaso me paraba detrás de Agripina, pero mi intervención nunca fue necesaria.

El último año de colegio fue difícil para mí, no por los estudios, en los que seguía sacando las mejores notas, sino por mamá, empeñada siempre en mandarme a Lima cuando muy bien podía estudiar en la universidad de la capital departamental, como harían todos mis amigos. "No nos va a alcanzar la plata. ¿Para qué me voy a ir tan lejos?", le insistía yo, pero en realidad lo que me preocupaba y apenaba era dejarla sola. "Este asunto no está en discusión. Te vas a Lima y punto", se hacía la fuerte mamá, pero yo sabía, por lo que veían mis ojos y por lo que me comentaban sus amigas, que estaba triste. El día de la clausura, cuando me dieron el premio al mejor alumno, me lo confesó:

–Me da pena que te vayas, pero tú eres un buen chico y te mereces lo mejor.

Lima en esa segunda ocasión me recibió con la indiferencia de una urbe que estaba creciendo a ritmo vertiginoso y que se empezaba a cansar de la incesante afluencia de provincianos. El único remedio para la nostalgia que sentía por mi pequeña y apacible ciudad eran los estudios, a los que dedicaba casi todo mi tiempo, incluso el que otros muchachos de mi edad pasaban divirtiéndose con amigos y amigas.

–¿Has visto a tu papá? –me preguntó mamá cuando regresé a casa de vacaciones.

–¡El mimo más famoso del Perú...! No, no lo he visto –le respondí y le pareció bien.

–Si él se ha desentendido de ti, haz tú lo mismo –me aconsejó.

Papá seguía trabajando en la Plaza San Martín, por las mañanas a golpe de mediodía y en las tardes a eso de las cinco. Varias veces lo vi de lejos, desde los portales, pero no me atreví a acercarme. No por lo que decía mamá. Simplemente tenía miedo de que no me reconociera y no sabía cómo actuar en esa probable circunstancia.

Mi habitación la encontré tal cual la había dejado. En mi escondite secreto ya no había ni trompo ni "pelis", pero seguían allí la fotografía que nos tomamos en la plaza San Martín y el álbum con los artículos sobre papá. Para conseguir los últimos, de años recientes, me había visto obligado a mutilar a escondidas los periódicos y revistas que leía asiduamente en la biblioteca municipal de nuestra ciudad. Papá, siempre con su polito a rayas y su pantalón negro sujetado con tirantes, me miraba sonriente y me decía que qué hacía en Lima tan solo, que no fuera zonzó, que lo buscara, que para eso estaba él, para que seamos amigos.

Eso hice. Regresé unos días antes de lo necesario a Lima y, armándome de valor, fui a ver a papá, que como siempre estaba rodeado de un cerrado círculo de espectadores. Cuando me extendió su sombrero, puse allí esa fotografía en blanco y negro en la que estaba yo, con un peinado relamido y cara de susto, entre él y mamá. Cogió ese trozo de papel amarillado por los años y con los bordes gastados, lo estudió durante unos instantes que a mí me parecieron siglos y me dijo en voz baja y sonriendo: "Espérame, no te vayas".

—¡Esto tenemos que celebrarlo! —fueron las primeras palabras que me dirigió. Fui respondiendo a las preguntas que me hacía mientras se desmaquillaba y arreglaba sus cosas y después, cuando esperábamos que nos atendieran en un restaurante de los portales que me pareció muy lujoso, le mostré el álbum con los recortes.

—Los primeros me los dio mamá —le expliqué—. Después de que nos encontramos aquí, en Lima, siempre me decía que eres el mimo más famoso del Perú.

—Tú madre es una mujer maravillosa. No se merecía la penitencia de estar casada con un artista —me dijo.

Desde ese día nos hicimos amigos. Algunas tardes, cuando tenía un respiro en la universidad, corría a la Plaza San Martín y ayudaba a papá a pasar el sombrero. Luego separábamos a un lado los billetes para "la dueña", como él llamaba a su esposa, y con las monedas de a sol y una cantidad apreciable de calderilla nos íbamos al Palermo, un bar frecuentado por artistas a una cuadra de la plaza, en la Colmena.

Papá empezaba a saludarse con todo el mundo desde la puerta y si se encontraba con alguien que todavía no me conocía, me presentaba por mi nombre. Es algo en lo que estuvimos de acuerdo desde un comienzo, llamarnos mutuamente por nuestros nombres. "¿Qué padre puedo ser para ti? —me explicó sus razones—. Padre es el que se preocupa de sus hijos, como yo me preocupo de mis dos forajidos. Para ti puedo ser sólo un amigo, un buen amigo". Decirle "papá" me parecía a mí también forzado. Era una palabra que, con él delante, se me seguía atorando en la garganta.

Nos sentábamos siempre a la misma mesa y ordenábamos algo de comer mientras iban cayendo los amigos más cercanos de papá, escritores la mayoría, pero también algunos actores y un director de cine. Eran casi todas personas conocidas, cuyos nombres aparecían a menudo en las páginas de los periódicos. Tenía cada uno su manera de ser, pero todos en común la pasión por la buena conversación, arte en el que eran brillantes. Hablaban sobre todo de literatura, sobre su propio trabajo y el de los colegas, y eran categóricos en sus juicios; se embarcaban en ruidosos debates sobre el compromiso del artista y sobre si había que colaborar o no con el gobierno revolucionario del gene-

ral Velasco; relataban sabrosas anécdotas que pintaban a sus protagonistas de cuerpo entero y hacían comentarios generosos o lapidarios según el santo fuese o no de su devoción.

Las horas que pasaba escuchándolos eran para mí, un joven provinciano y reservado cuyos únicos amigos eran los libros que ellos mismos me prestaban, los momentos más gratificantes en un período de mi vida en el que eran muchas las cosas a las que debía renunciar. Con el tiempo, cuando casi no me quedaba tarde libre absorbido como estaba por las clases en la facultad y los trabajos que conseguía para no tener que pedirle a mamá que aumentara mi remesa mensual, me presentaba en el Palermo los viernes y sábados a eso de las ocho de la noche y ocupaba un lugar en la mesa de papá, estuviera él o no. "Llegó el agrónomo", decían sus amigos y me hacían un espacio.

Mamá nunca supo nada sobre mis incursiones en la bohemia limeña, sobre las noches que pasaba fumando y tomando un café tras otro o incluso algunos vasos de cerveza, escuchando entusiasmado discusiones sobre las razones del suicidio de Arguedas a propósito de la publicación de sus diarios o sobre los manifiestos de tal o cual grupo literario. Para ella yo era sólo el dedicado estudiante que llegaba a casa una vez al año, invariablemente con buenas noticias sobre su desempeño en la universidad. Ni siquiera me preguntaba ya por papá, dando por sentado que él había dejado de existir para mí como hacía años que había dejado de existir para ella.

A veces me preguntaba si no estaba mal guardar en secreto mi amistad con papá, como hacía de muchacho con el álbum de recortes, pero, después de darle vueltas al asunto, llegaba a la conclusión de que era mejor así. Si ni yo mismo entendía las razones últimas por las que me había acercado al padre que nunca se interesó en mí, menos las iba a entender mamá. Más aún, quizás ella se sintiera traicionada y dolida al enterarse de la facilidad con la que yo le había perdonado a papá el que no cumpliera con su ofrecimiento de ayudarme para que estudie en Lima.

Así era él, impulsivo, igual de generoso que de irresponsable, incapaz de pensar en las consecuencias de sus actos y en el día de mañana, y ese rasgo de su carácter, ese afán por sacarle el jugo al momento, esa despreocupación con la que vivía su vida, en lugar de repelerme me atraían. Me hubiera gustado ser como él, que, cuando se entusiasmaba con algo, una conversación, por ejemplo, se olvidaba de todas sus obligaciones y compromisos: de que el dinero que estaba gastando era la comida del día siguiente de su esposa y sus dos hijos, de que unas horas antes había quedado en encontrarse en otro bar con otros amigos, de que el dueño del local hacía rato que había cerrado la puerta y los mozos ya estaban barriendo y poniendo las sillas sobre las mesas.

Yo al comienzo sufría y quería convertirme en la voz de su conciencia, recordándole al oído sus citas o insistiéndole para que no gastara el dinero que había separado para llevar a casa, pero después me di cuenta de que mis esfuerzos eran inútiles y mi preocupación pueril. Así había sido él siempre y eso no había alejado a las personas de su lado ni había roto su familia. Al contrario, su presencia era siempre saludada con muestras de efusión y, según lo que decían sus amigos, su "dueña" sabía comprenderlo mejor que nadie. "Detrás de cada gran artista hay una gran mujer", sentenciaban.

Deseos de conocer a la esposa de papá no me faltaban, pero como él nunca me invitó a su casa ni yo me atreví a pedirle que lo hiciera, me contentaba con tratar de imaginar cómo era ella, si delicada, fina e inalcanzable como algunas de esas mujeres que se paseaban por los barrios elegantes de Lima o sencilla y asequible como mamá. No sé por qué, finalmente, decidí que la esposa de papá no podía ser una mujer común y corriente, por más ama de casa que fuese y por más privaciones que pasara. Quizás era una muchacha de buena familia que había renunciado por amor a una vida cómoda pero aburrida. Quizás eso mismo explicara el porqué se mantenía al margen del ambiente bohemio en el que se movía papá durante la mayor parte del tiempo.

El del Palermo era en general un mundo casi enteramente masculino, en el que la presencia de las mujeres se limitaba a la evocación que se hacía de ellas en las conversaciones, sea para enaltecerlas en su papel de abnegadas esposas y madres o para denigrarlas en el de seductoras pero pérfidas amantes. La inusual aparición de alguna mujer de carne y hueso hacía que esos hombres ya maduros empezaran a comportarse como niños disforzados que quieren llamar a toda costa la atención. Por eso yo veía con malos ojos a las damiselas que de allá en cuando se sentaban a la mesa de papá y empezaban a coquetear a diestra y siniestra y a reírse sin ton ni son. Sólo Jacqueline, una francesa que apareció un buen día de la mano del director de cine, me causó muy buena impresión desde el principio.

Era una mujer hermosa, pero, a diferencia de otras, que todo el tiempo trataban de sacar partido a sus encantos femeninos, Jacqueline parecía avergonzarse de su belleza y la escondía debajo de unas chompas sueltas y unas faldas largas de tiempos de su abuela. En cambio, lo que no se guardaba eran sus opiniones, que defendía apasionadamente, como si en ello se le fuera la vida. Con particular entusiasmo hablaba sobre las jornadas de mayo del 68 y en general sobre la bohemia parisina. Escuchándola, unos, los que tenían la suerte de conocer París, recordaban esa etapa de sus vidas y otros, como papá, se contentaban con acribillarla a preguntas o con soñar en voz alta con conocer la Ciudad Luz. "Tengo que viajar —se lamentaba papá—. No he salido nunca del Perú".

Jacqueline fue la primera mujer de la que me enamoré de verdad. Creo que todos en esa mesa estábamos más o menos enamorados de ella, pero el que tuvo la suerte de conquistarla fue papá. Yo nunca me di cuenta de nada, quizás porque, a pesar de que el deseo de verla me atormentaba, seguían siendo muy esporádicas mis escapadas al Palermo, o quizás porque cuando la tenía a ella delante me volvía ciego para otra cosa que no fuera el brillo de sus ojos y sordo para todo sonido que no fuera el de su cálida voz. La verdad, me conformaba con eso, con mirarla a hurtadillas y con imaginar infinidad de variantes de una misma historia: la de Jacqueline cayendo víctima de un súbito amor por mí al descubrir que mi silencio era sólo una compuerta que una vez abierta dejaba fluir torrentes de originales ideas y de juicios atinados sobre los asuntos más diversos.

Intempestiva y violenta debió de ser la pasión que nació entre papá y ella pues se fueron a París de un momento a otro. Cuando me lo contaron en el Palermo yo no lo podía creer. "¿A París? Será una broma. Habrán viajado a Machu Picchu por unos días", seguía yo incrédulo. "¡A París! —me repetían—, ¡a París! Nosotros los hemos acompañado al aeropuerto".

Demoré muchos días en comprender por qué, en lugar de festejar el espíritu aventurero de papá como hacían sus amigos, tuve que hacer esfuerzos para tragarme las lágrimas. Me sentía dolido. Jacqueline no tenía nada que ver en lo que me pasaba. Siempre la vi como a un maravilloso espejismo, irreal, efímero, y jamás pensé que ella se tomaría el trabajo de despedirse de mí antes de volver a su tierra. Más aún, su presencia en realidad me hacía sufrir más que su ausencia. Con quien estaba resentido era con papá. No como hijo. Como amigo. Por más rápido que todo hubiese ocurrido, pudo dejarme siquiera unas líneas de despedida o hacer el intento de buscarme. Yo vivía lejos, pero no en el fin del mundo. En un taxi, en media hora hubiera llegado a la habitación que alquilaba cerca de la universidad.

La siguiente vez que me dirigía al Palermo creyendo que ya había puesto en orden mis sentimientos, vi que en la plaza, en el mismo sitio en el que trabajaba papá, había un círculo de gente. La curiosidad hizo que me acercara. Al ver a un grupo de mimos —un adulto y dos niños— vestidos con polos a rayas y pantalones negros, pensé, molesto, que seguramente eran artistas improvisados que querían beneficiarse con la fama ajena. Un comentario que llegó a mis oídos hizo, sin embargo, que dirigiera la vista a un cartel que el mimo adulto, dando la vuelta al círculo, mostraba al público. "El famoso mimo XX ha abandonado a su familia. Lo único que nos ha dejado es su arte. Colaboren, por favor, con nosotros", rezaba el cartel. Durante un buen rato no pude apartar los ojos de esa mujer y esos niños y después, en lugar de continuar mi camino al Palermo, bar que por cierto jamás volví a pisar, regresé en un taxi a casa e hice añicos la foto que tenía sobre la mesa de noche, la de papá, mamá y yo delante del monumento a San Martín.

3

Visitar París nunca estuvo en mis planes, pero empecé a cambiar de opinión cuando me enteré que desde Ginebra, donde me encontraba por unos meses siguiendo un curso de especialización, en cuestión de horas podía trasladarme a esa ciudad que tanto atraía a los artistas. El único problema era la visa para ingresar a Francia, que debí haber solicitado en Perú, pero los amigos que me instaban a acompañarlos en una escapada de fin de semana me juraban y perjuraban que en ciertos trenes y en ciertos horarios nadie controlaba los pasaportes.

La tentación era grande y terminé mordiendo la manzana. Junto con dos compatriotas que llevaban años viviendo ilegalmente en Suiza, nos embarcamos en un tren el viernes por la noche y el sábado a primera hora de la mañana ya estábamos caminando por las calles de un París otoñal bañado por una suave luz dorada que acentuaba aún más la amarillez del follaje de los árboles. Lo único que hice durante esos dos días, después de citarme con mis amigos para regresar juntos a Ginebra el domingo por la noche, fue caminar sin prisa por un solo sector de la ciudad, el de la Isla de la Cité, el Barrio Latino y Beaubourg. El atardecer del sábado me sorprendió a espaldas de Notre Dame, contemplando absorto, a orillas de ese brazo del Sena que separa las islas de la Cité y de Saint Louis, el aspecto que ofrecía esta última a la luz del crepúsculo.

En ese momento comprendí que, sin saberlo o sin querer admitirlo, hacía tiempo que estaba enamorado de París, por lo menos desde la época en que frecuentaba el Palermo o quizás desde antes, cuando leí en algún sitio sobre artistas que empezaban su camino en las calles o los bistrot parisinos y que luego conocían la gloria. Lamenté por lo mismo no haber planeado de otra manera ese mi primer viaje a Europa, pero me consolé pensando que tenía todavía muchos fines de semana para volver a esa ciudad que en pocas horas me había cautivado, haciendo renacer en mí la asombrosa capacidad de maravillarse con el paisaje de la gran urbe que tenía el niño de siete años que alguna vez fui.

Esta primera impresión no fue engañosa, no fue producto de un pasajero estado de ánimo o de la magia de un atardecer de otoño. Volví a sentir lo mismo las siguientes veces que me escapé a París, siempre para perderme, peatón impenitente, en cualquiera de sus rincones. Los sábados por la noche, sin embargo, los pasaba recorriendo las animadas calles del Barrio Latino, hasta que por fin ocurrió lo que yo presentía que iba a ocurrir.

En el Boulevard Saint Germain, cerca de la iglesia, me encontré con un mimo rodeado de numeroso público. "¿Será?", pensé sin atreverme todavía a despejar la incógnita. Deseaba mucho que fuera él, pero no tenía nada claro lo que esperaba de ese encuentro. Habían pasado más de diez años desde la última vez que lo vi y tres desde que mamá tuvo el coma diabético que me dejó

solo en el mundo. ¿Qué me empujaba a buscarlo? ¿Simplemente saber qué era de su vida y hablarle de la mía? ¿Quería reprocharle lo que me hizo y lo que le hizo a su familia o, por el contrario, decirle o hacerle sentir que no le guardaba rencor? ¿O me impulsaba el deseo infantil de vanagloriarme de lo bien colocado que estaba? No lo sabía y, no obstante, allí estaba, rogando que fuera él.

El mimo vestía polo a rayas y un pantalón negro muy suelto sujetado con unos tirantes, pero eso no significaba nada. Tuve que estudiar su rostro durante varios minutos para cerciorarme de que era él, mejor mimo que antes, dueño de un lenguaje que no tenía las limitaciones que tienen las palabras, distintas en diferentes idiomas y a veces insuficientes incluso en el materno para que dos personas puedan llenar los silencios que las separan. "Quizás es su arte el que me atrajo y sigue atrayéndome hasta ahora —pensé viéndolo trabajar—. Quizás el padre me hizo siempre poca falta".

Estaba aplaudiendo junto con la demás gente, sin saber si él me había reconocido, cuando se acercó a mí y me dijo en voz baja: "¿Qué esperas? Ayúdame a pasar el sombrero". Fue lo que hice, como en Lima, en la Plaza San Martín, en mis años de joven estudiante perdido en la gran ciudad. Cuando terminé de dar la vuelta al círculo, él ya se había echado a la espalda su pequeña mochila y vino hacia mí con los brazos extendidos.

—¡Esto tenemos que celebrarlo! —me dijo al tiempo que nos dábamos un fuerte abrazo.

—Claro —asentí—. Vayamos a comer algo y a brindar con un buen vino.

—¿Vino? No, esto tenemos que festejarlo a lo grande, de una manera especial. ¡Sígueme!

—¿No te vas a quitar el maquillaje? —me asombré.

—No me entiendes —dijo—. Esta noche no somos dos vulgares peruanos que pasean por París. Somos los dueños de esta ciudad y haremos lo que nos dé la gana.

—¡Con tal de que no hagas locuras! —le advertí—. No tengo visa. Estoy viviendo en Ginebra y he venido a París sólo por el fin de semana.

—¡No necesitamos visa, ni pasaporte ni permiso de nadie para hacer lo que queramos! —insistió—. ¡Sígueme! ¡Este encuentro tenemos que celebrarlo!

Caminaba tan rápido que a ratos yo debía correr para no quedar rezagado. No aminoraba el paso ni para cruzar las calles, como si París fuera una pequeña ciudad de la sierra peruana en la que los automóviles eran contados. Mientras tanto, me iba comentando que nos dirigiáramos a un café en el que Vallejo escribía sus poemas y que ahora se había convertido en un restaurante lujoso, vedado para los artistas. Distráido con este relato, no me di cuenta en qué momento nos metimos en la mitad de un torrente de autos que tuvieron que

frenar en seco para no atropellarnos. Papá, como si los faros de los coches fueran los reflectores de un escenario, improvisó una pequeña función en mitad de la pista, indiferente a los bocinazos de los airados conductores. El escándalo atrajo a un policía que, deteniendo el tránsito en todos los carriles de esa gran avenida, nos obligó a cruzar a la otra acera. Yo ya me estaba despidiendo mentalmente de mi curso en Ginebra y de mi trabajo en un organismo internacional en Lima, pero el policía, al ver el gesto de arrepentimiento que papá dibujaba en su rostro, se contentó con amenazarnos con su bastón.

Fue el comienzo de una noche que viví como en sueños. En un puesto de flores cercano al café de Vallejo, papá, siempre por señas, compró un enorme ramo de claveles. Regaló algunos a los transeúntes que se cruzaban en nuestro camino y con el resto entró en el restaurante, invitándome a pasar con una venia hasta el suelo. Su súbita aparición llamó la atención de algunos comensales y hacia ellos enfiló en primer término, ofreciendo una amplia sonrisa a los caballeros y una flor a las damas. Luego hizo lo mismo en las mesas restantes, recibiendo sonrisas de agradecimiento en unas y miradas recelosas en otras. Regresó adonde yo estaba, me entregó las pocas flores que le habían sobrado y, guiñándome un ojo, se volvió de nuevo hacia los parroquianos, pero durante un rato se contentó con mirarlos.

El *maître* quiso aprovechar esa pausa para acercarse a nosotros e invitarnos seguramente a abandonar el local, pero papá, cuando lo tuvo cerca, alzó de pronto la mano derecha y dio vida, uniendo el pulgar y el índice y dejando los otros tres dedos extendidos, a una mariposa que empezó a aletear débilmente. Eso fue suficiente para que ese pingüino engominado cambiara de opinión y volviera sobre sus pasos y para que todas las miradas se enfocaran de nuevo en el mimo.

La mariposa, entre tanto, comenzó a volar grácilmente de mesa en mesa, perdiendo brío cuando las personas a las que se acercaba la ignoraban y recuperándolo al menor soplo. En realidad, bastó que esas personas tan estiradas comprendieran que eran la frialdad y la indiferencia las que mataban a esa delicada mariposa para que ya nadie más se negara a participar en el juego. Después de pasearse por todo el restaurante, papá regresó adonde yo estaba, bajó la mano e hizo una venia que fue recibida con un caluroso aplauso.

El *maître*, que al parecer sólo estaba esperando eso, se acercó de nuevo, pero ya no para echarnos a la calle sino para invitarnos a ocupar una mesa libre. "¿Desean servirse ustedes una botella de vino que les ofrece la casa?", le preguntó a papá cuando estuvimos sentados, pero él respondió que no moviendo la cabeza y acto seguido sacó del bolsillo de su holgado pantalón una tarjetita en la que decía "*Champagne*". El *maître* inclinó levemente la cabeza y al rato un mozo nos trajo una botella de *champagne* dentro de un balde con hielo.

Después de brindar con todas esas personas que ahora lo miraban con benevolencia, papá brindó conmigo.

—¡Por nuestro encuentro! —me dijo.

—¡Por nuestro encuentro! —le respondí y bebí un buen sorbo de esa bebida cosquilleante y helada.

Nos despedimos muchas horas y muchos bares más tarde, prometiéndonos que volveríamos a encontrarnos el sábado siguiente en el mismo sitio. Yo regresé a mi hotel, dormí un par de horas y, después de ducharme y de arreglar el pequeño maletín que llevaba conmigo en esas escapadas, salí a caminar. ¡Necesitaba pensar!

Estábamos a mediados de noviembre y hacía frío. Los árboles lucían indefensos en su desnudez y un cielo gris aplastaba la ciudad. Mirando el Sena acodado sobre la baranda de un puente, trataba de entender la razón de la enorme tristeza que se había apoderado de mí. La culpa de todo la tenía, claro, el encuentro con papá, el que él no se hubiera quitado el maquillaje en toda la noche y el que yo, como ocurría siempre, hubiera caído en su juego. Ni siquiera me atreví a contarle que mamá había fallecido y él, por supuesto, no me preguntó ni por ella ni por nadie de Perú, como si hubiera arrancado de su corazón al país en el que nació.

En el tren a Ginebra comprendí que no tenía ganas de volver a París, que tanto trajín me estaba dejando exhausto. Supe también que nunca más buscaría a papá y sentí pena, me sentí más solo que nunca...

4

A mi regresó al Perú, después de sopesar más de mil veces el paso que iba a dar, dejé mi trabajo en el Centro Internacional de la Papa, muy bien remunerado pero para mí cada día más insulso, y comencé a escribir. La verdad, pensaba que en algún momento me arrepentiría de la locura que estaba cometiendo y daría marcha atrás. Han pasado varios años, sin embargo, y, sin arredrarme ante las dificultades económicas de las que ya me había desacomtumbrado, sigo haciendo con gusto lo mismo que hacía de niño cuando jugaba con las "pelis" que guardaba en mi escondite secreto: imaginar historias y darles un soplo de vida a personajes que de otro modo permanecerían congelados, cual víctimas de un hechizo.

La última historia que he escrito es ésta. No es imaginada. Es la historia de mi vida, de cómo intenté escapar a mi destino y no pude. La he escrito para contar que por fin sé lo que hacía en París ese otoño: a quién buscaba, a quién he estado buscando desde que viajé a Lima a la edad de siete años, no era al padre que me abandonó sino a mí mismo. De él no he vuelto a saber nada.

Cazador de gringas

*Me enamoraste con ese aire a putas
que llamea tu mirar brichero*

Ana Bertha Vizcarra

Como le contaba, la gente nos ve como a bicho raro. Cuando camino por la calle bien aparrado de una gringa, al instante percibo sus miradas que dicen: "feo y enano y con una gringa mamacita". Pero usted sabrá que no es nada fácil computar gringas. Este oficio, no se ría, aunque no crea es un oficio como cualquier otro que tiene ventajas y desventajas. Figúrese que se encuentra con una gringa neurótica y feminista que le transfiere sus problemas. ¿Y qué me dice de las frías? ¿Conoció a una fría? ¿No conoció? Mejor no las conozca, porque ni un volcán en erupción las calienta. Ni qué hablar de las fumonas que sólo vienen al país a vacilarse con todo tipo de drogas. ¿Que si yo fumo drogas? La verdad es que alguna vez lo hice, pero no gusto de ellas ni es mi estilo computar gringas por ese medio, aunque algunos bricheros lo hacen. También llegan las que buscan exóticas aventuras, porque en sus países andan tan mecanizadas que se olvidaron de esa palabrita amor. Es por eso que gustan de nosotros los latinos y dicen que somos ardientes y cariñosos.

¿Quiere saber sobre la extranjera de anoche? Bueno, a esa gringuita la conocí en la taberna Qhatuchay. Apenas ingresé al local, la vi y me dije: así me la recomendó el médico; no se ría, es cierto, era bonita la fulana, usted la conoce y no me dejará mentir. Estaba sola en una de las mesas, mirando embobada al grupo de invidentes que interpretaban una canción andina. Como le digo, me impresionó sobremedida y como hacía días andaba pateando latas, mis bolsillos silbaban de pena. Ahora el dinero no alcanza y eso me pasa desde que se marchó la norteamericana con quien conviví durante meses. La gringa era cosa seria. Imagínese que se enamoró locamente de mí, al extremo que prometió enviarme el pasaje para visitarle. La experiencia me enseñó que de esas promesas sólo viven los tontos. Pero no me quejo de los meses que pasamos juntos. Tenía mujer que más parecía maniquí de feria comercial, habitación en un hostel céntrico y comida de lo mejor. Figúrese que mis bolsillos siempre aparecían con dinero y todo por darle a la gringa un

poco de amor. Y pensar que con ese dinero me emborrachaba hasta quedar nublado y ella, sumisa como toda esposa, me soportaba. ¿Y sabe por qué? Si algo me reprochaba se iba su *andean lover*. Las gringas podrán decir muchas cosas de mí, pero nunca que no las hice felices.

¿Que no me vaya por la rama? Bien, iré al grano. Como le decía, la vi y al toque me acerqué a su mesa. En este oficio la competencia está al día. Ahora cualquier aprendiz de brichero te gana por puesta de mano y eso jode, porque las probabilidades de computar gringas se reducen a cero. Además, la gringa de anoche era nórdica de nacimiento. Aunque no le miento al decirle: fuese de donde fuese igual la hubiese enamorado. Ya podrá imaginarse que hacía días andaba como un cazador al acecho por lugares que frecuentan las gringas: plazuelas, cafetines, tabernas y complejos arqueológicos, hasta la noche de ayer en que la pude encontrar. Lo interesante de ella, como usted pudo comprobar, es que hablaba español. Dijo haberlo aprendido durante su estadía en Cataluña, veraneando en las tórridas playas de Costa Brava. De no hablar español hubiésemos dialogado en inglés, idioma que domino desde que me inicié en este oficio. ¿Que cuánto tiempo llevo brichando? A decir verdad deben ser como diez años. Ahora recuerdo que la primera gringa que computé fue una sudafricana que era un sueño de mujer y créame que por vez primera perdí los papeles, mejor dicho me enamoré, hasta el extremo que la seguí hasta Corumbá, en Brasil, donde se me acabaron los últimos soles que tenía y tuve que regresar tirando dedo. Como ve, no todo es felicidad en este oficio. Conozco a muchos bricheros que de tan mala vida que llevaban envejecieron prematuramente y ahora las gringas no darían un solo puto dólar por ellos. Continuando con la nórdica, le diré que su profesión de sicóloga —según ella, le ayudaba a conocerse mejor y por ende a los demás— tampoco fue problema porque le cambié sus esquemas. ¿Que cómo fue? Pues se lo contaré. Con la gringuita utilicé una vieja artimaña que siempre me dio buenos resultados. Se trataba de convencerla de que este encuentro no era casual, sino que se debía al magnetismo que irradia esta ciudad, haciendo posible que esa noche nos encontráramos, pues hacía tiempo la conocía en sueños. Sonriendo trató de explicarme sobre los sueños, citando no sé si a Jung o Adler. Como ve, la gringa intentaba conducirme al campo de la sicología. Entonces, para trastocarle sus teorías, le manifesté que como iniciado en la práctica del conocimiento del mundo mágico andino, tenía otra manera de percibir la realidad. Y no era la realidad simple que ve la mayoría de la gente, sino la realidad que está dentro de la misma realidad. Y frente a ello, las intuiciones clínicas y psicoanalíticas nada tenían que hacer, ya que mi percepción provenía y se sustentaba en toda una creencia milenaria que solo se transfería a los elegidos. Ser elegido signi-

ficaba haber pasado por diversas etapas de conocimiento, en las cuales el desapego por las cosas materiales es una de nuestras principales cualidades. Bueno, no crea que toda la noche nos pasamos hablando, no señor, también tomamos nuestras cervecitas que ella necesariamente tenía que pagar. Además, entre conversación y conversación, le agarraba la mano y susurrándole dulcemente al oído, salíamos a bailar. Como bailo de maravilla no sólo huayno, también salsa y rock, la muy condenada gozaba cuando la hacía girar como a trompo. Al final la gringa quedó convencida de que nuestro encuentro era mágico, y por efecto de la conversación y la cerveza afirmaba ser la reencarnación de una valquiria que se había perdido en el tiempo. Salimos de la taberna cuando las mesas estaban vacías y los mozos se aprestaban a limpiar el local.

Como afuera hacía frío, la abracé y caminamos bajo los portales de la Plaza de Armas, donde niños de rostros demacrados y soñolientos se acercaban a ofrecernos cigarrillos o pedirnos dinero. La noche era totalmente nuestra. Así, entre besos y abrazos, deambulamos por calles silenciosas hasta llegar al hostal en el que pernoctaríamos. En la penumbra de la habitación y echado sobre una cama matrimonial, empecé lentamente a desnudarla mientras la besaba y acariciaba. Todo marchaba a pedir de boca. Cuando me disponía a realizar el contacto final, usted me entiende, ocurrió lo inesperado. La gringa, abriendo desmesuradamente los ojos, se desprendió con violencia de mis brazos y, saltando de la cama, prorrumpió a gritar y lloriquear de una forma escandalosa que despertó al hostal. Como se podrá imaginar, yo estaba aturdido y desesperado por lo que acontecía, y temiendo que la conquista se truncara, me acerqué para tranquilizarla, pero la muy histérica, olvidándose de lo amorosa que estuvo, se me abalanzó como una gata enloquecida, intentando desfigurarme el rostro. Créame que nunca hago uso de la violencia y menos con mujeres indefensas. Por eso, no pensé que al atizarle el golpe la iba a dejar inconsciente. Cuando trataba de reanimarla y estando todavía en cueros, llegaron ustedes y sin mediar palabra alguna arremetieron a golpes, poniéndome de cara a la pared. Inútil fue protestar, ya que me callaron a punta de varazos y mentadas de madre. Lo demás usted lo sabe, porque estuvo cuando me traje-ron esposado a esta comisaría. Ahora que se convenció de mi inocencia y de lo jodido que es ganarse la vida en este país, no dudará en dejarme en libertad, señor comisario.

Dante Castro Arrasco (Callao, 1959)

Jacinto Espuelas sigue rondando

Sera porque ese pueblo se secaba como los ríos que les roban el agua en las alturas, pero hubo un año malo en que ya no pasaba casi nadie. El siguiente fue igual, hasta que nos avisaron que la carretera que abrieron allá abajo se llevaba a los viajeros por otras rutas. Nos quedamos comerciando con los pocos arrieros de las minas, atendiendo a uno que otro comprador de carne de llama y sintiendo cruzar el viento que arañaba las ventanas. Y ventanas en Poronq'ollay se hicieron para cerrarlas, porque el frío de la cordillera, la helada o el granizo hacían imposible salir y menos abrir nada.

—Triste caserío de Poronq'ollay, ya no te volveré a ver —escuché decir al Melecio Baldeón antes que se largara a buscar caleta en la carretera para su negocio de aguardiente.

Los pocos que íbamos quedando lo hacíamos por no abandonar así nomás la tierra donde descansaban nuestros muertos. Y ver al resto de casas con los destrozos que le iba haciendo el tiempo, nos hacía tragar un suspiro de desesperanza.

—¿Pueblo de Poronq'ollay? ¡Cadáver de Poronq'ollay!... Pronto nos veremos igual nosotros —decía mi madre.

Pero cuando la convencía de irnos, repetía que de allí para su tumba, que quién le llevaría sus cositas a papá en el día de los muertos, igual a los abuelos en el panteón. Y ella conversaba harto con los difuntos y con el ánima del nevado Yarusyacán, que le respondían quedito dentro del corazón.

Poronq'ollay, caserío que nació de un tambo en medio del paso obligado de los que transitaban por las jalcas, se quedaba postrado como los viejos que esperaban la muerte. Y el Yarusyacán impasible, vestido de blanco, viendo desgarrarse a su pueblo como una mazorca castigada de maldición. Hasta los perros que sus dueños dejaron a su suerte, fueron muriendo de frío y de tristeza.

De esos perros recuerdo cómo aullaban en medio de la noche. Extrañaban a sus dueños, seguro. Unos los dejaban sueltos para que se buscaran el sustento. Otros, más desalmados, los abandonaban amarrados al horcón de las acémilas para que no los siguieran. De una o de otra forma, quedaban de pasto para los cóndores.

Otras cosas podía escuchar por las noches. En medio de la oscuridad, sentía el tránsito atropellado de mulas que pasaban por el camino. Parecía que

las conducía un solo arriero a pifidos y latigazos que lastimaban el silencio. Nunca había alcanzado a verlo, pero iba a llegar el día en que conociera su rostro.

* * *

Una tarde en que los rayos del sol ponían morados los peñones de la cuesta, bajaron tres mineros que marchaban a paso apretado detrás de sus mulas. Tenían el color amarillento de los hombres que viven escarbando la tierra y los uniformes tan gastados como sus cascos metálicos.

—Comida, mamá... Te pagaremos bien —dijo el mayor con voz cavernosa, escupiendo su bola de coca.

Les servimos una sopa de charqui con habas, porque no había más. Ellos comieron en silencio, sin ocuparse de aliviar a las mulas de su peso.

—¿Pa' ónde van, así de apuraditos? —les preguntó, pero mirándose entre ellos evitaron dar respuesta.

Cuando terminaron, se despidieron sin siquiera pedir un trago. Yo, inquieto por lo que oía en las noches, me acerqué a conversarles. Les conté del trasiego de mulas que escuchaba a medianoche y que subían por el camino que va a las minas. Era tanto ruido que debían ser una docena de acémilas, pero sólo notaba la voz de un hombre arreándolas. Se miraron asombrados y enseguida rompieron en carcajadas.

—Lo que te falta es una pasña pa' que le levantes su hualacho... —dijo el más trejo adivinándose la edad.

Me hicieron sonrojar de vergüenza. Pero más me hizo avergonzar mi mamá insinuándoles con gestos para que no me hicieran caso.

Desaparecieron como habían venido, entre la polvareda levantada por las pezuñas de las bestias y los chasquidos de reata para espantarlas. De lejos vimos el resplandor de sus cascos apagarse como estrellas.

—Rateros son... Caras de culpables huyéndole a la justicia —me dijo después, sin importarle lo que quería contar.

Y eran ladrones verdaderamente, porque al día siguiente llegaron guardias montados. Nada les informamos por no meternos en problemas, pero la misma pregunta les hice a los policías.

—Nadie sube, cholito. Nosotros supiéramos. Más bien ustedes deben irse a la carretera. Pueden morir aquí —respondieron mirándonos con lástima. Esa noche, ya cuando se agotaba mi vela de sebo, volví a escuchar el paso apurado de las mulas. Otra vez la misma voz arreándolas a gritos; otra vez la punta del látigo restallando en las piedras. Harto frío hacía. Aún así salí tratando de cazarlas con los ojos, pero la noche cerrada no permitía ver.

* * *

En el día, de lejos observaba la rutina del viejo Najarro. Cuando amanecía soleado el anciano salía de su casa a limpiar las acequias. Con una pala gastada y afilada en las piedras de los canales, desafiaba a las malayerbas.

La misma herramienta entre sus manos ordenaba los surcos de la huerta. ¿Desayunaba el viejo? Tal vez no, pero antes del mediodía su paso cansado lo llevaba a la pampa para cumplir con el cuerpo. Más de una hora pasaba oculto tras la maleza de retamas, sacando su cabeza canosa para mirar si no lo miraban. Pero en esa soledad sólo los quilinchos que cazaban pichones tiernos podían verle su trasero.

Conseguía trabarle las pujadas desde la puerta de mi casa. Como hacía antes con los perros, juntando meñiques y halando fuerte, miraba hacia donde estaba el viejo. "No vas a cagar", decía yo. Y tiraba arrancándole truenos a los huesos. Entonces él volvía a asomar juntando las cejas, mirando molesto a todos lados.

Esa diversión luego me hacía sentir mal. Porfirio Najarro era uno de los antiguos vecinos de Porong'ollay, respetado antes por los jóvenes que se fueron. Otra tarde, cansado de fastidiarle la cagatera, me acerqué para conversar.

—¿Todavía acá, jovencito? De este pueblo hay que salir pa' siempre...

—No me iré sin mi mamá, don Porfirio.

¡Terca la señora Emiliana. Cuando muchacha, era como florcita del campo que no se dobla con el viento... Me acuerdo yo de ella así. ¡Terca!... ¡Terca!

—Quiero saber algo, taita. Usted puede contarme.

—¿Qué será que no se sepa ya?... Mi edad no ayuda mucho al seso.

—Sabrá algo usted de eso que escucho por las noches. Viene una recua de acémilas pasando por mi casa; fuerte ruido hacen. Pero no puedo verlas, señor. Mi mamá dice que estoy volviéndome loco.

—¿Acaso el hijo de doña Emiliana no iba tener ojos pa' ver? ¿Ni oreja pa' escuchar? ¡Quién dice que no!

—Como tren de mulas, siento. Será cierto que mi cabeza anda mal.

—Tú no sabes que ésta era tierra de gentiles. Gente de antigüedad, digo siempre. Y éstos no adoraban sólo a nuestro señor Jesucristo. Si le adoraban con una mano, con la otra daban ofrendas a su gentilidad. Pastores de llamas se volvieron arrieros de mulas, pero seguían pagando a la tierra y al Yarusyacán con coca, aguardiente, tabaco...

—¿Y esa voz que atormenta mi sueño por las noches? ¿De quién es?

—El Yarusyacán cobra sus muertos de vez en cuando, caballerito. Pa' eso le hacían su pagapu los arrieros. Pa' que sus nieves no se tragaran más gente en el abra de su cordillera.

Ahora no hay quién pague al cerro, pué...

—¿El alma del Yarusyacán me espanta el sueño?

—No... Apu Yarusyacán, antes adora cuando éramos gentiles, no necesita atormentar a nadie... Este es otro... Este es un condenao que se quedó andando los caminos desde que hizo pacto con el diablo. "No quiero morirme" dijo él cuando se congelaba allá arriba. Y el maligno le ofreció la vida a cambio de algo. ¡Todo lo que ofrece es a cambio de algo! ¿Y siempre el patudo paga mal! "De lo que sea", contestó este desventurado sin saber que se condenaba. Y el diantre lo salvó sólo pa' hacerlo rondar pa' siempre los caminos, arriando y arriando mulas que nadie conoce. A ese condenao lo llamábamos Jacinto Espuelas, porque espuelas de plata tiene. Nos asustaban con Jacinto Espuelas a los changuitos que no queríamos obedecer. Y ahista, ahora que no hay quién le pague su ofrenda al Yarusyacán, ha salido de nuevo el condenao a vagar.

—¿Y qué hay que hacer pa' librarse de él? —pregunté con la boca seca. El viejo cazurro me miró, todo su rostro arrugándose en una sonrisa.

—Varón joven y bien bragao debe ser quien nos libre de este condenao. Joven que haga ñutu de hueso de cristiano y en el mismo batán prepare otras cosas. Ese ha de mandarlo de una vez al infierno, que es donde debe quedarse. Hasta ahora nadie, nadie, nadie ha podido...

* * *

Al último recodo en donde los arrieros frenaban la caballada para emprender el ascenso, antes le decían Cheq'ta y después se olvidaron cómo se llamaba. Todavía quedan allí los restos de un descanso de tejas que era bueno para hacer pascana o darle la última bendición a los viajeros.

Llevaba horas aguardándolo ahí en Cheq'ta, con oreja fina para escuchar y el ojo casi inútil en la penumbra. Buscaba valor apretando un atadito con polvo de hueso de muerto. "Si Jacinto Espuelas te mira fijo, estarás difunto antes que digas Jesús", había dicho Najarro.

De pronto sentí que venía un tropel de cien pezuñas hacia el recodo, escuché los pifidos salvajes del que las conducía y mi valentía se fue consumiendo adentro, como vela que irremediamente se apaga. "Es todo o nada, Jacinto Espuelas, aquí estamos para saber si estoy loco o soy cobarde. Te escupiré a los ojos y con rabia he de soplarte polvo de huesos murmurando la oración de San Cipriano", me dije dándome guapeza.

Hizo detener su caballo, confiado en recuperar luego a las bestias que continuaban solas el camino. Era un flaco alto, vestido y ensombrerado de negro, cuyas espuelas deslumbraban a la noche sobre los costillares del macho.

Entre él y mi escondite no se había disipado aún la polvareda, pero olía a cuero crudo, como de vaca recién matada. Largo rato estuve observándolo sin que nada ocurriera, con la luna muriéndose a mis espaldas y el viento congelándome el espinazo.

Algo olisqueaba el condenado, porque dirigió su cabalgadura hacia el cobertizo de tejas. Santiguándome con el pensamiento, crispando la mano debajo del poncho, pude sentir su respiración de fuelle, ver su boca abierta como si sudara por la lengua como los perros serranos.

Pero qué cara más lánguida lucía a la luz de la luna, como si cargara con todas las desgracias del mundo: Jacinto Espuelas parecía que me estaba mirando con sus ojos amarillos, tan tristes como si allí no estuviera nadie. Tiró las riendas frenando al animal, mientras yo soltaba un puñado arenoso que se perdía en la tierra muerta.

Y no me atreví, entonces, a cumplir el juramento. ¿Quién era para torcerle más la existencia a él que tan caro la estaba pagando? ¿Quién si no alguien que había de irse de Poronq'ollay cargando una vieja para no volver? Ambos nos hemos dicho todo, viéndonos sin mirarnos. El arriero misterioso recuperó prontamente el camino tras su recua y yo lo dejé transitando para siempre por los parajes que nadie más ha de transitar.

Ahora que en Poronq'ollay sólo deben haber casas sin techo, Jacinto Espuelas continuará cabalgando la cuesta con su desgracia pintada en el rostro. El único cristiano que ha podido decir amén antes que ese maldecido le arrebatase la vida, quiso dejar las cosas como estaban; porque a los condenados debe quedarles siquiera un lugarcito entre la tierra y el purgatorio.

Dulce huerto

—Pasado mañana tengo que irme a Yauyos. Hablaré con Silvina para que te acompañe la primera noche, los otros días, hasta mi regreso, te quedarás con Rosendo. Va a ser lo mejor, porque si te dejo solo te vas a morir de miedo.

Eso fue lo que me dijo mi tía luego de leer un telegrama que le llegó de Yauyos solicitando nuevamente su presencia para recoger unos papeles y arreglar no sé qué cosas respecto a su trabajo como profesora en la escuela primaria del pueblo. La verdad es que yo no tenía por qué morir de miedo. A pesar de todas las historias de aparecidos, duendes, pishtacos y viejas que se robaban niños, contadas por mis compañeros de clase, yo jamás me intimidé ante la idea de quedarme solo ni tuve reparos para meterme tantas veces al cementerio que quedaba en las afueras del pueblo, todo con el afán de demostrarles que si bien yo andaba cayéndome de los burros en las carreras que competíamos una vez por semana, podía hacer algo a lo que jamás ellos se habían atrevido, y era saltar una de las pircas del camposanto y orondo meterme al caer la tarde, entre destañadas flores de papel, viejas cruces de lata y madera, allí donde descansaban sus antepasados. De cualquier manera, y no otra, mi tía se quedó tranquila encargándome a Silvina la primera noche y a su hermano en las siguientes.

Llegado el día partió como a media mañana sobre uno de los mejores caballos de don Anselmo acompañada por una mula que iba trotando torpemente tras ella cargando sus maletas; se iba encabezando una improvisada comitiva formada por sus alumnos que la despidieron siguiéndola hasta la salida del pueblo quitándose a empellones un lugar cerca a sus estribos. Cabalgaba bien, ella sabía lucirse como cualquiera sobre los aperos y podía también hacerlo a pelo con la facilidad de cualquier jinete, de esos hábiles que hacen volar sobre las champas o empedrados a los caballos botando espuma y cascando los frenos cuando salen en las fiestas a vanagloriarse por las calles sobre sus monturas y a disputarse cintas de colores en la plaza principal. Apenas si se despidió de mí no sin antes volver a recordarme que sólo por esa noche me quedaría a dormir acompañado de Silvina. Luego de una andanada de recomendaciones, como si se encontrara en un púlpito y yo en una banca de la iglesia, me dejó parado bajo el viejo dintel de la puerta de madera de nuestra casa que daba a la vereda de la calle principal; y con la facilidad de quien sube el peldaño de una escalera montó

sobre el animal para espolearlo y tomar a trote el camino que conduce a la única salida del pueblo que unía a Tanta con la ruta hacia Yauyos a través de doce horas de largo camino. La seguí con la mirada pues nuestra casa se encontraba en lo alto de la calle principal y la vi perderse ya a galope después de cruzar el río que por ese lado rodea una pequeña loma por donde se descuelga el viejo cementerio. Cuando la profesora del pueblo ya era sólo un pequeño sombrero negro desapareciendo en el horizonte caí en total cuenta que me había quedado solo en ese mundo al que había llegado desde la capital sólo unos meses atrás; en verdad sí empecé a sentir algún temor ante la soledad, pero pronto experimenté una inquietud distinta, alentadora, y era porque recordé que esa noche Silvina se iba a quedar conmigo.

Ella, la hija de don Anselmo, tenía cinco años más que yo. Apenas unos días atrás Silvina había cumplido los quince años y en su casa, que quedaba a un costado del pampón que hacía de plaza principal, le hicieron una fiesta. Para esa oportunidad don Anselmo se trajo desde su estancia de Urcón media res y su mamá Griselda mandó matar para el baile un carnero, varios pares de cuyes para quien lo deseara y ocho gallinas grandes para el caldo que al día siguiente levantaría, con resaca y todo, a los muertos de la jarana. Como no había orquesta en Tanta pues los músicos sólo llegaban contratados de pueblos cercanos cuando era época de fiestas patronales, la reunión fue animada con el tocadiscos nuevo que nos había llegado de Lima unas semanas antes. El maravilloso aparato que llegó sobre una acémila en un día de viaje, sorteando quebradas y pajonales, tenía un brazo automático y un solo altavoz a donde pegábamos la oreja con Damián y Rosendo en el afán de escuchar mejor a los músicos cuando tocaban sus huaynos pasándonos bastante rato adivinando y reconociendo los instrumentos, lo cierto es que terminábamos mareados con las orejas coloradas zumbando de tanta bulla.

El único tocadiscos que habían visto en sus vidas la mayoría de los tanteños pronto se convirtió en una reliquia para la comunidad; tocaba de todo, desde discos pequeños, medianos y hasta esos grandes de setentiocho revoluciones que parecían no terminar nunca de girar. Era el mejor regalo que le había dado la capital y su modernidad a Tanta, y los quince años de Silvina no merecían menos, así que el tocadiscos "Nivico" y una buena cantidad de discos seleccionados con huaynos de todas las regiones del país así como guarachas, cumblas, valeses y hasta mambos se colocaron en medio de la sala sobre una mesa adornada con papel crepé blanco con tal reverencia que parecía haber sido colocado sobre el mismísimo altar de una iglesia. No se puso música hasta que Silvina se decidió a bailar pidiendo hacerlo con un huayno ejecutado por la filarmónica de Huayllacallán. Cuando el brazo automático fue colocado sobre el

disco e irrumpió con furor el huayno parecía realmente que una orquesta de veinte músicos se encontrara en aquella pequeña sala. Porfirio, compañero de colegio, fue quien la sacó en su primer baile; él, para zapatear mejor, se había calzado sus chimpunes de fútbol de seis tarugos de madera sujetos a la suela con sendos clavos que al reventar con fuerza, sobre el desigual piso de cemento, parecían querer traerse abajo el techo de calamina y hacer saltar al pequeño disco y a la filarmónica con músicos y todo.

Fue allí que recién pude ver bien los quince años de Silvina y descubrirla con otros ojos. Hasta la tarde anterior a la fiesta ella siguió siendo la joven campesina con las trenzas más largas en el pueblo y hermana de Rosendo, mi mejor amigo en la escuela y en la comunidad. Pero esa noche de su cumpleaños se había quitado su gris sombrero y soltado las trenzas, así su oscuro cabello se vio más negro que nunca, como un velo, un manto o una noche sin luna cayéndole por la espalda recortándose parejo al iniciar su breve cintura. Para todos era otra Silvina, otro rostro, no eran esos sus ojos ni sus mismos labios de la escuela, mi tía se los había pintado ligeramente como a una señorita, sin exagerar, decía ella, pero yo los vi encendidos como si hubieran sido bañados por la jugosa pulpa de una granadilla. Era ya una sonrisa amplia y alegre de mujer entregándose a la incisiva mirada de todos mientras bailaba, eran sus reilones labios una cascada alegre compitiendo con la coquetería de sus ojos de capulí, vivos e iluminados como piedras de río, mostrando en su brillante mirada la algarabía que tienen los fuegos artificiales que se encienden y queman cada año para la virgen del pueblo. Llevaba una falda perlada con encajes blancos en los ribetes, bien ceñido por la cintura gracias a un multicolor fajín bordado con flores y aves que estrechaban su talle, tanto que ella parecía un atadito de flores de manzanilla; sus pies llevaban dos zapatos negros de charol con hebillas cuadradas de donde salpicaban los brillos de piedritas de colores, descansando esos zapatos sobre cortos tacos tal como le gustaba a mi tía quien se los había regalado comprándolos en la última feria en el pueblo de San Lorenzo. Una blusa blanca de satén con blondas pequeñas se pegaba a su talle sujetándose con unos broches de concheperla que apretaban delante suyo algo que no se le había notado antes; eran dos bultos insinuándose en su pecho, dos brotes en ciernes como botones de claveles a punto de abrirse ante mi curiosidad. No era la Silvina de lliclla abultando alfalfa sobre su encorvada espalda a quien seguía tiernamente con la mirada, o si lo era ya tenía quince años, y los cinco que me llevaba se habían hecho más lejanos esa noche.

Algo desconocido hasta entonces para mí empezó a atraerme de ella, y era aquello nuevo que involuntariamente fue mostrando esa noche mientras bailaba con prosa tomada de la mano por Porfirio a quien, para mi desconsuelo, al

igual que para el resto de los asistentes, se le notaba gratamente sorprendido y hasta emocionado por haber descubierto a otra Silvina. Inquieto, con el corazón preocupado al notar el cruce de miradas entre ellos dos, tuve que acostumbrarme a la situación disimulando mi fastidio al comprobar que otros también la podían ver como yo descubriéndole todo aquello que mostraba como mujer mayor aunque sea por una sola noche. En las horas que duró la fiesta, hasta despuntar el alba, no me atreví ni en una sola oportunidad a sacarla a bailar, sólo pude acercármele en un solo momento cuando ella vino a sentarse a mi lado para descansar luego de bailar con el director de la escuela, fue en ese instante que atento le acerqué mi pañuelo buscando que se secara el sudor de la frente y las mejillas, aún la ayudé inclinándome frente a sus pestañas y nunca tuve más cerca en toda la noche a sus ojos encendidos y sus labios de granadilla; más aún, a esos dos bultos, como pequeños mangos, que se apretaban bajo su blusa blanca de percal. Luego me la pasé observándola de reojo, comiéndome una extraña inquietud que ácidamente me inundaba el corazón cuando ella le sonreía a cualquiera que la sacara a bailar o se le acercara tan sólo a dirigirle algunas palabras. A la mañana siguiente, según fue transcurriendo el día, volvió a ser de a pocos la misma de antes. Sus labios encendidos de fiesta recobraron el color de siempre y sus párpados, cubiertos por un celeste que le iluminó la nocturna mirada volvió a ser, sin ese cielo artificial de cosmético, la leve mirada de uvas cubiertas por tiernas y gruesas cejas curvadas que siempre me observaban con curiosidad esperando mis historias de cemento y mar de la capital que innumerables veces le conté; eran relatos tan extraños para su mundo que a ella le gustaban mucho, y que repetía a menudo estando solos pegados al fogón de su cocina abrigándonos del frío, cuyas heladas navajas raspaban todas las noches la piel haciendo tiritar hasta a las piedras de la puna.

Pasado el ajeteo y los rezagos de su fiesta de quince años, para ser más preciso, al lunes siguiente, ella volvió a ser totalmente la de antes en la escuela, ya no era aquella lejana mujer que como una aparición se presentó de pronto esa noche suplantándola y engañándonos a todos con una edad y apariencia de mujer con vestido perlado y todo; eso quise pensar, Silvina volvía a ser la misma con su sombrero gris de cinta negra, sus trenzas atadas con un lazo azul en el extremo y con su risa tan fresca como siempre riendo a cada rato mientras conversaba con Otilia y Georgina sentadas en la pequeña pirca que, a un costado del patio, separa a la pampa de juego de aquella otra donde pastan las borregas que la comunidad le había asignado a la escuela. En apariencia volvía a ser la misma para todos, pero dentro, muy dentro mío, en aquel lugar donde suelen bullir las emociones en contra de uno, algo me hacía verla diferente; era como si un travieso picaflor se hubiera

metido en mi pecho aleteando y alborotándome el corazón; y mientras hace frío en el mundo y se andan congelando las desteñidas tejas de las casas, algo se empieza a encender en el centro de uno y te lleva sin querer la mirada por donde se encuentran ella, sus ojos, labios y trenzas haciéndole sombra a los sentimientos; y cada movimiento, hasta el más leve gesto de sus manos empezó a ser motivo de mi secreta atención, aceptándolo con una dulce resignación que a su vez me fue enseñando día a día a caminar con el alma de la mano de una creciente perturbación.

Ahora, sin ese vestido perlado que le ajustaba la cintura haciéndole brotar sus pequeños e inquietos senos mientras bailaba, estaba ella envuelta por su mantón verde escondiendo al motivo más claro de sus quince años. Cada vez que se me acercaba yo buscaba un resquicio en su manta de colores por donde inmiscuir mi curiosidad buscando encontrarme con ese testimonio de mujer, pero eran vanos intentos, ni aún cuando se jugó un partido de voley con la primaria de la escuela del pueblo vecino y las chicas tuvieron que ponerse sus camisetas de juego pude descubrirle aquello que se había hecho parte de mis fantasías, pues, para mi mala suerte, las camisetas no habían secado después de haber sido lavadas así que el equipo de voley de la escuela, con Silvina como titular, tuvo que ponerse las enormes camisetas del equipo de fútbol; luego no hubo más oportunidad, ella nunca se quitaba el mantón, hasta que llegó el viaje de mi tía y la noticia que por una sola noche yo iba a dormir acompañado por Silvina y claro, como lo deseaba, sin su impertinente mantón.

Un día antes del viaje de la profesora de la escuela había empezado a llover en mangadas y a granizar sobre el pueblo, sólo escampó cuando ella partió como si el tiempo le diera permiso para salir de la comunidad sin problema alguno. Estábamos casi a fin de año y como nunca el invierno se había adelantado convirtiendo a las calles desiguales de Tanta en riachuelos continuos y en una sábana de tapiz blanco cuando el granizo, haciendo de lado a las lluvias, caía con fuerza esparciéndose entre los corrales y las casas golpeando con insistencia los techos como pidiendo permiso para ingresar. Nunca antes me habían llamado la atención esas minúsculas bolas de hielo, para mí eran sólo el aviso del invierno, un canto del cielo cuando repiqueteaban suave o estruendosamente sobre los techos de calamina en el pueblo; pero desde aquella noche, cuando Silvina se había hecho ya parte de mis días y sueños, yo había empezado a sentir, al verla de reojo jugando en correteos con Porfirio o Damián, quienes la perseguían jalándole atrevidamente el mantón, a ese granizo caer dentro de mi corazón, entonces mis venas se volvían esos riachuelos de agua helada que sólo terminaban de correr cuando ella se acercaba a mí aunque sólo sea para pedirme que le sacara punta a su lápiz. Entonces sentir su voz

cantarina y su mirada de cejas curvadas eran una bendición para mí; pero cuando ella les reía a otros, centelleando su risa de cascada, toda la soledad de la vasta pampa donde se asienta Tanta se acomodaba torpemente, oprimiéndome el pecho, en mi desolada alma.

Llegado el día yo rezaba para que se cumpliera lo indicado por mi tía al pie de la letra y fuera Silvina quien se decidiera a pasar conmigo la primera noche acompañando mis sueños. Fue por la tarde cuando tímidamente, mientras habíamos salido a cordelear truchas un grupo del colegio, que me atreví a preguntarle con el temor de una respuesta que me hiciera derrumbar si me iba a acompañar esa noche, a lo que ella respondió sonriéndome que se vendría conmigo después de la misa de las siete tal como se lo había prometido a su profesora, entonces no hubo que esperar tal hora para que la alegría de las campanas empezaran a repiquetear sólo para mí y no dejaran de hacerlo ni aún cuando las primeras gotas de lluvia que llegaron hasta nosotros, escapando del encapotado cielo, nos avisaran que pronto se vendría una mangada; y así fue, no habíamos terminado de bajar en fila por la loma de Paria cuando se nos vino el aguacero, tupido y alegre, que muy pronto oscureció a la tierra levantando ese olor a humedad que llenó mi corazón y que nos fue acompañando el día entero. El atrevimiento de la lluvia, como siempre, obligó al sol a irse más temprano que de costumbre para que las gruesas nubes negras que se fueron formando de la nada se descolgaran sobre el pueblo y terminaran sentadas sobre los cerros amenazando quedarse allí hasta que les diera la gana, lo cual tenía para rato. Era seguro que iba a llover toda la noche y qué importaba si se venía un real diluvio si esa noche Silvina se iba a quedar conmigo.

Terminada la misa abandonamos la Iglesia y mientras ella salía del brazo de su mamá Griselda yo aproveché para caminar a su lado siempre con las campanas tañendo en mí, y las sentí repiquetear más aún cuando ella volvió a entonar los cánticos de misa mientras volteaba de vez en vez a comentarme lo bello que había quedado el altar mayor después de los últimos arreglos que había mandado a hacer el párroco Antuco. Por suerte había dejado de llover. Pronto, sorteando los chopos de agua que había dejado la mangada de la tarde, llegamos hasta su casa a donde entramos a recoger su ropa de cama. No hacía mucho frío esa noche o quizá sí; la luna se insinuaba en la cúpula del mundo apenas por uno de sus costados, así la vi desde el medio del patio, como un ojal plateado en el cielo mientras esperaba a Silvina queriendo que ella se apure motivado por mis últimos temores de que algo pudiera pasar y verla salir para decirme que mejor me acompañaría Rosendo por esa primera noche; pero felizmente no fue así y la vi asomar por el dintel descuadrado de su dormitorio con el atado de su ropa de cama envuelto en una lliclla azul. Nos

despedimos de su mamá Griselda y cruzando el zaguán de su casa de adobe tomamos el camino de bajada por la calle principal hacia la pequeña casa, a media cuadra, que habitábamos con mi tía. Dos velas nos fueron alumbrando débilmente una ruta que podíamos hacerla aún con los ojos cerrados de tanto haberla transitado. Un leve empujón de Silvina abrió mi puerta de dos hojas por donde ingresamos bajando una grada irregular para dejar una de las velas sobre la pequeña mesa donde solía estudiar, la otra nos acompañó detrás de una cortina floreada de hule hasta el improvisado dormitorio donde nos esperaba la única cama de madera sobre la cual se tendía un grueso colchón de paja cubierto de pellejos de carnero y gruesas frazadas teñidas con anilinas de colores fuertes y encendidos.

Silvina me recordó que debía de orinar antes de acostarme, lo cual hice rápidamente saliendo a la calle donde sí sentí el frío de la noche. Cuando volví noté que la primera vela de la mesa había sido apagada por ella y sólo se veía el resplandor que venía detrás de la cortina de hule iluminando un rústico velador junto a la cama y mostrando su transparente silueta entre las flores desteñidas de la cortina. Sorprendido e inquieto me detuve a verla. Ella estaba sentada en la cama haciéndose una nueva trenza mientras musitaba un huayno, pude notar que ya no llevaba su mantón, no sabía si acercarme o quedarme allí, temía asustarla, interrumpir esa especie de ritual que de seguro hacía todas las noches con una paciencia artesanal mientras alisaba sus trenzas y las acomodaba con nuevos lazos antes de dormir. Su perfil de labios cerrados, musitando el huayno, se agrandaba con la sombra que le permitía el titilante resplandor de la vela; terminado su paciente trabajo ella se tiró las trenzas hacia atrás con un suave movimiento de manos quedando lista para el sueño; pronto su silueta, torneada por la penumbra, quedó recortada como una sombra tras la cortina, allí estaba su frente, recta y corta hundiéndose sutilmente al nacer su nariz y continuar hacia abajo dibujando sus jóvenes labios, los que desaparecían en su barbilla curvada hasta hundirse mostrando su delgado cuello el cual volvía a tomar volumen con la respiración acompasada de su pecho, descubriendo para mi inquietud la línea ahora más prominente y elevada de sus senos; respiró, exhaló y bostezo lentamente cubriéndose la boca para de inmediato, tanteando mi presencia, preguntarme si ya había vuelto; le contesté que sí a lo que ella respondió diciéndome que teníamos que acostarnos. Caminé nervioso hacia ella descorriendo el único obstáculo en que se había convertido la cortina de hule. Al verme aparecer me miró sonriente sentada desde la cama. "¿Qué esperas?", me dijo; "que te acuestes tú primero", le respondí en voz baja; "¿te gustaría dormir de este lado o del otro?", me preguntó señalando el borde donde estaba sentada y el que quedaba junto a la pared; "junto a la

pared", le contesté clavado como una estaca delante de la cortina de hule. Me dijo que me apurara pues hacía frío y ella ya tenía mucho sueño. De inmediato me quité los zapatos ayudado por los talones, a la vez que me deshacía del pantalón quedando sólo con el pijama que traía siempre debajo debido al frío. Una nueva chompa de dormir reemplazó a la que me servía de diario y me envolví en la chalina azul que utilizaba cada noche para evitar que el frío se me colara por algún resquicio del cuello. Al verme así ataviado Silvina rio levemente. Crucé por encima de ella y me acomodé a su costado sintiéndome más pequeño de lo que normalmente era cuando me veía a su lado a la hora del recreo en la escuela. Ella se reincorporó y de un hábil soplo apagó la única luz que reinaba en la habitación.

Quedamos a oscuras y en silencio, fue en ese momento que me puse a oír a la noche en el afán de no escuchar mi respiración que hacía saltar una y otra vez a mi pecho. Tenía los ojos muy abiertos y no alcanzaba a ver nada, oía sólo a la penumbra y con ella a los grillos, cantando, parlotando, animándose en la oscuridad, enamorándose entre ellos quizá muy juntos, tan juntos como lo estaba yo ahora de Silvina. Pronto me di cuenta que más cerca que al inacabable diálogo de esos insectos nocturnos tenía a la exhalación suave y acompasada de ella, lo sentía intuyendo en la oscuridad que sus ojos cerrados estaban dirigidos hacia el otro lado. Yo estaba quieto, inerte, como si fuera una más de las frazadas que nos cubría. No sé cuánto tiempo estuve así, mirando nada delante mío, sin moverme para no incomodarla, con las manos cruzadas sobre mi pecho semejando una lápida de cemento pero abrigado por su cercanía cuando ella volteó dando un suspiro largo que terminó en resuello abanicándose la oreja y a través de ella el alma entera. "¿Estás despierto?", era su voz como un viento suave o una brisa que se metió bajo mi frazada haciéndose un espacio entre los dos. "Ya me voy a dormir", le contesté mirando el techo negro, cegado como estaba por la oscuridad. "No tienes voz de sueño, ¿te ayudo a dormir?", me dijo acercándose más a mí siguiendo el camino de su voz. Pronto, a tientas, rozándome el rostro con una de las manos, buscó mis cabellos. De inmediato jugó con ellos acariciándolos una y otra vez masajeando suavemente mi cabeza invitándome a dormir, pero no era posible, así no iba a dormir jamás. "Cuando yo de niña no podía dormir así me hacía pues mi mamá", agregó sin dejar de jugar con mi enredado cabello. Sí, eso era yo, un niño, no era aún un hombre. Una sola palabra suya, apenas una acción maternal había desbaratado mi vana pretensión de empezar a sentirme ya un adulto esa noche durmiendo acompañado por una mujer.

—¿Te gustó el canto de la misa?

—Sí —le contesté decepcionado—, estaba bonito.

—Entonces te la canto también para que te duermas.

Ahora la misa se acomodaba entre nosotros, y la iglesia, con sus viejas bancas y sus santos de rostros torturados, se había metido también en la cama. Entonces quise dormir y olvidarme de todo, este pequeño niño no iba jamás a despertar ningún interés en aquella mujer que descubrí durante su fiesta de quince años y que desde entonces se había convertido ilusamente en un sueño aparentemente fácil de alcanzar con el solo pedido de la profesora para que ella me acompañase esa noche. Mejor me hubiera acompañado su hermano Rosendo, entonces me hubiera entretenido escuchándolo contar sus historias cuando pastando o detrás de la escuela le levantaba la falda a Otilia o a Eufemia para tocarlas todito, y después metía sus manos por debajo de sus llicllas y rebuscando entre sus blusas les cogía los senos apretándolos fuerte haciéndolas respirar agitadas como yeguas cansadas, decía, igualito como cuando son cabalgadas sin parar desde Tanta hasta su estancia.

Silvina siguió cantando y mientras yo recordaba los cuentos de su hermano noté que ella se había acercado aún más a mí, pude también darme cuenta que todo el cuerpo me temblaba como si estuviera recostado sobre la pelada pampa y no sobre tibios pellejos de carnero y cubierto por cuatro frazadas de grueso tejido. "Estás temblando hartito de frío, te voy abrigar", sin darme tiempo a entender bien lo que acababa de decirme se acercó aún más haciendo que levantara mi cabeza para deslizar por allí su brazo y así empezar a hacerme sentir su calor. Con un leve movimiento, como si acurrucara a una indefensa cría de carnero, me trajo hacia ella viéndome de pronto volteado con el rostro hacia su delgado cuello. Cogió una de mis manos e hizo que rodeara su cintura. "Tú también me abrigarás, así pues no vamos a sentir a la noche". Sí, yo no quería sentir a la noche, pero tampoco quería en ese momento que se terminara, quería quedarme así por siempre, yo era feliz, tenía el corazón a punto de saltar buscando también abrigo dentro de ella. Me acerqué aún más hasta sentir que sus piernas se cruzaban en confianza con las mías. "Ahora sí te vas poder dormir, con el calorcito el cuerpo va sentir sueño". Ese calor que de su cuerpo recibía me despertaba otros sueños y sentidos, me inquietaba, empezaba a sentir el cuerpo lleno de mariposas. Ella se acomodó comfortable por el calor que nos dábamos y se movió de tal manera elevando su postura hasta que mi rostro quedó dirigido hacia sus senos, tan cerca que podía sentir a su respirar acercándome una y otra vez en una involuntaria provocación. No sé cuánto tiempo estuve así, pegado a esa parte de ella, mirando sin ver, debido a la oscuridad, lo que tenía delante mío. Sintiendo dormida, con algo de miedo, como queriendo y no queriendo tocar al fuego, levanté una de las manos, la que no rodeaba su cintura

y la fui acomodando lentamente entre mi mejilla y uno de sus pechos. Fue en ese momento que mis dedos empezaron a tantear, jugando sutilmente sobre algo tan suave y blando que parecía un copo de algodón. De pronto una voz susurrante que parecía no venir de sus labios me contuvo.

—¿Qué haces? —quieto, me quedé así, como estaba, atemorizado con la mano abierta flotando sobre el bulto.

—Me acomodaba —fue lo único que atiné a contestarle titubeando, esperando un insulto o un empujón como cuando se bota a esos perritos que cargosean a la hora del almuerzo.

No dijo nada, se quedó callada y como si fuera otra voz que saliera de la noche, desde el húmedo rincón donde cantan los grillos entonó:

—Me estabas pues tocando.

—Yo, no, no, me estaba acomodando...

Con los ojos cerrados, apretados, esperé una acción violenta que me hiciera saltar de la cama muerto de vergüenza.

—¿Te gusta tocarme?

—...Yo, me estaba acomodando...

—Sólo una vez nomás me tocaron allí y yo le tiré pues su cachetada a quien lo hizo, pero en después me quedé piense y piense en eso por mucho tiempo.

No era una voz amenazadora ni un anticipo a algo que se pareciera al fastidio; era más bien un acento suave, risueño, un leve soplo tibio entre mis orejas.

—Yo estaba ya con sueño, me iba ya a dormir, Silvina...

—Mentiroso también habías sido... —sentí subir su mano hasta coger la mía y lentamente apretarla varias veces contra su pecho al compás de los latidos intranquillos de mi corazón. No dijo más nada, al ratito rio.

—Estás cerrando tus dedos, me estás apretando —yo no me había dado cuenta, sólo contaba las veces que ella presionaba mi mano sobre la tela que cubría su seno. Ella volvió a reír, despacio, como para no asustarme—. A todos los hombres les gusta hacer esto, ¿y a ti?...

No podía hablar, me había llamado hombre, sólo musité o quizá hice algún ruido con la garganta por lo cual ella volvió a reír, esta vez su risa fue más aguda como si estuviera feliz columpiándose en uno de los juegos oxidados que están detrás de la escuela.

—Sí pues, a ellos les gustaría estar tocándolos todo el tiempo, y también les gusta mirarlos... Yo me di cuenta cómo me mirabas en mi fiesta, hartito; no me mientas, ¿era así?

Volví a musitar, esta vez no salió de ella risa alguna, sólo pude escuchar al particular silencio de la noche con grillos, sapos y todo, era el bullicioso silencio

de la oscuridad que también podía permitir que se escuchara mi incisivo respirar delante de ella. De pronto sus dedos empezaron a moverse rápidamente sobre los botones de su chompa y pude adivinar de qué se trataba. Se apartó un poco de mí y se reincorporó hasta terminar de desabotonar la gruesa chompa que le servía de pijama. "¿Qué haces?", me dije pensándolo, pero era tanto el silencio metido entre nuestras frazadas que quizá ella pudo escucharme.

—Te las voy enseñar, ¿quieres?...

Petrificado como estaba no pude contestarle que mi desesperada curiosidad lo deseaba.

—¿Quieres?...

—Sí... —ésta vez me salió la voz como un latigazo, desde cualquier rincón de mí, como la última exhalación de mi existencia antes de que ella desistiera.

—Pero así tan oscuro como está no vas ver nada, te voy ayudar con la vela, espera.

Giró hacia la mesita que estaba junto a la cama y rápidamente encendió el cabo de vela que quedaba. Pude ver la silueta de su espalda y la claridad del resplandor que venía titilando desde la mesita. Ella giró trayendo consigo a la luz. Estaba ya frente mío y tenía la vela delante suyo, a la altura de sus aún escondidos senos. Su rostro me quedó en sombras, pero sus ojos, con una negrura que podían competir con la oscuridad, brillaban. Su sombra se alargaba tras ella rebotando en la pared de adobe. Sonriendo se descubrió la chompa separando lentamente cada parte de ella como si pelara una fruta hasta dejar descubierta a la pulpa de sus pechos que emergieron como de un sueño haciéndose un brusco espacio en mis curiosos ojos. De pronto estaban delante mío, quietas, como esperando una palabra o un leve gesto para saltar hacia mí. Dormían aún, prominentes, redondas como dos frutas solitarias en una canasta, como dos panes cocidos asomando por la boca del horno aún con humo. El calor de ellas me apuntaba a través de esos dos inmensos y tiesos lunares, afilados, oscuros como su mirada, que tenía erguidos en medio de cada uno de sus amenazantes senos.

Las había imaginado de muchas maneras, las había comparado con tantas fotos vistas y recortadas de amarillentos periódicos que solía guardar. Mis sueños habían dibujado innumerables formas, caprichosos volúmenes a cada cual más onírico; las había buscado en medio de cada fruta que veía, en el perfil de cualquier loma que asomaba en el paisaje que veía desde la ventana de mi casa; o me había detenido tantas veces, mientras caminaba atravesando la pampa que separa al pueblo de la escuela, para mirar a las nubes y sus caprichosas formas, redondas muchas, creyendo ver en ellas a los senos de Silvina, pero no eran así, nada que había imaginado podía acomodarse, dibujarse o ceñirse en el regazo de ella.

—Estás mirando como si nunca pues hubieras visto.

—No, nunca..., no.

Siguió sonriendo con la vela en una de sus manos. La cera que caía, pausadamente, se derretía en mí calentándome el cuerpo entero.

—Una vez al Porfirio le di harto lapo cuando aunque sea me rozó jugando en el recreo. Mañoso, le grité y nunca más pues se atrevió. Pero tú sólo me mirabas y eso pues me gustaba, por eso no tengo pues vergüenza de que me veas, nunca he hecho esto, pero me gusta ahora... ¿Quieres acercarte más? —no sentí miedo, sino temor o quizá era yo quien sentía vergüenza por los dos. Me acerqué un poco, ella lo hizo más como yendo a mi encuentro—. Pon tu mano encima...

Al hacerlo lo primero que sentí en la palma fue a ese rugoso y oscuro botón de en medio que formaban sus pezones, luego mis dedos cubrieron como pudieron, sin conseguirlo por el tamaño que tenían, parte de la tibia redondez de uno de los senos de Silvina. Sonrió o quizá rio, pero estaba alegre, contenta, mirándome tranquila. Ninguna fruta podía parecersele mientras la tocaba, ninguna tenía esa blandura y ninguna me hubiera echo saltar el corazón hasta latir en mi garganta como lo estaba haciendo uno de sus pechos.

—¿Por qué no jugamos a que eres una wawa?... Acércate más.

Recordé a los huashitos, a las pequeñas crías de las ovejas cuando acercan sus hocicos buscando la tibia leche de sus adoptivas madres. Me acerqué cerrando los ojos, adivinando la dirección, siguiendo un instinto natural, como un animalito detrás del olor de una leche que empecé a buscar ávidamente hociqueando en su regazo luego de pasar junto con la saliva la sensación producida por ese botón oscuro que afilaba su seno, el que se fue perdiendo entre mis labios hasta acomodarse en mi paladar.

—No sale nada —le dije sin retirar los labios y ella reventó en una sonora carcajada mientras me acariciaba la mejilla.

—No pues, tendría que tener una wawa de verdad para que salga leche de allí...

No me lo había imaginado, pensaba que sólo con acercar los labios y hacer un leve intento brotaría de ese puquio una leche tibia, espesa, como en las vacas, como cuando alguna vez me atreví a ordeñar torpemente a una con Rosendo en su estancia. De pronto sentí que un inquieto picaflor se había metido en mi espíritu y me enseñaba a beber de ese néctar succionando toda la ternura de Silvina. Ella estaba ahora más contenta, seguía acariciándome la mejilla, quizá imaginaba realmente que yo era su wawa o ese picaflor porque se puso a cantar, aunque no me importaba ya que fuera nuevamente el canto de la misa. No sé cuánto tiempo me estuve así, como un becerro y el hocico cansa-

do, casi entumecido, ni en qué momento dejó de cantar luego de estremecerse respirando como si le faltara el aire y apretarse por unos segundos aún más a mí hasta casi ahogarme para luego soltarme lentamente; sólo recuerdo que ella, soñolienta, dejó caer la vela y se recostó mientras yo seguía prendido a su dulzura. La vela dejó poco a poco de alumbrar bajo la cama y de dibujar sombras. Pronto el picaflor, aleteando feliz, abandonó mi espíritu, quedé a oscuras y no vi más. De mis ojos desaparecieron como en un parpadeo hacia las tinieblas ese par de encantos; instintivamente, dormitando, ella se cubrió con su chompa, tocó por última vez mis cabellos invitándome a dormir y se sumió en la oscuridad, perdiéndose de mí, abandonándome a su costado. Me cobijé en su regazo, hundí mi alma en su ternura, me llené de su calor y acariciado por su plácida respiración me fui quedando dormido.

Entre sueños fui oyendo el canto abrumador de las pichiuchancas, de esos pequeños zorzales que amanecen celebrando la mañana como si fuera el último día de sus cortas vidas. Abrí los ojos y me encontré frente a la mesita de noche, sin ella. La luz del día, como cintas, se descolgaba por los huecos y resquicios que dejaba el techo de calamina. La busqué en el recinto sin fortuna. Cuando me reincorporaba la sentí entrar al abrirse bruscamente la puerta ingresando, antes que nada, los rayos del sol que a esa hora de la mañana inundaban ya la calle. Ella, siguiendo a la luz que se arrastraba delante de sus pasos, apareció haciendo a un lado la cortina de hule. Su abierto caminar llegó hasta mí seguido por su sonrisa, estaba ya envuelta en su mantón y su rostro trigueño de redondas chapas de granadilla era cubierto por la sombra de su plomizo sombrero.

—Apúrate, levántate, pues, el desayuno ya casi está listo en casa de mamá Griselda, te estamos esperando.

No dijo más nada, siempre sonriéndome se dio media vuelta y salió esta vez seguida por la luz de la calle que se perdió con ella.

Esa sonrisa nunca más volvió a desaparecer de su rostro para mí, ni en su casa ni en la escuela, siempre me alumbraron esos labios extendidos como un horizonte, para nadie más en el pueblo se dibujaron así. Al día siguiente ella volvió a quedarse conmigo y fuimos nuevamente envueltos por la cómplice oscuridad, lo mismo ocurrió al tercer día antes de que llegara mi tía. Silvina siempre buscó un motivo para ser ella y no su hermano quien me acompañara. Cada una de esas noches fue un calco encantador de la anterior, con la diferencia de que ya no había invitación alguna para yo sentirme su wawa, bastaba con que nos acomodáramos entre los pellejos de carnero y las gruesas frazadas para que ella empezara a cantar ese canto de misa y yo, instintivamente, con vela o sin ella, buscara sus senos y me entregara a beber de ese manantial ofrecido en compli-

cidad. Esas fueron las tres únicas noches que estuve a su lado, nunca más se repitió aquel encuentro que me hizo sentirme por el resto del año como dueño de ella y en especial de sus senos. Nunca más me invadió esa desazón ni abandono, ni me carcomieron el alma los escorpiones, ni me mordieron el corazón perros imaginarios cada vez que veía a Silvina jugar con Porfirio, Damián o cualquier otro durante el recreo. Todos podían mirarla, pasarse la saliva soñando con sus pechos, pero no iban a hacer jamás lo que yo había hecho sintiéndome su wawa y que sabía podía volver a ocurrir el día que ella se quedara a acompañarme; pero en lo que restó del año, hasta que salí del pueblo, nunca más volvió a quedarse una sola noche conmigo. El día que partí de Tanta, concluido el año escolar, fui inundado por sus gruesas lágrimas que me siguieron hasta la salida del pueblo. Cuando ya doblaba la última curva que me alejaba definitivamente de ella y mientras agitaba una mano en lo alto gritando mi nombre, algo me decía en el corazón que nunca más la volvería a ver.

Pero me equivoqué y esta tarde vine a visitar a su hermano Rosendo, a quien encontré hace unos días después de muchos años en una fiesta patronal que organizan anualmente en la capital los residentes de Tanta. Él, ebrio de gusto por el reencuentro, efusivamente me conminó a que lo visitara en su casa donde también vive ella con sus cuatro hijos y con su esposo Porfirio, nuestro amigo de la infancia. En todo este tiempo, de una o de otra manera, como una fotografía viva en mi intimidad, siempre la he tenido presente, sobre todo a sus senos cuando he podido acercarme a palpar y beber innumerables veces de ese par de prominentes y disímiles formas de mujer. Ahora que escucho sus pasos venir de la habitación hacia la sala donde me encuentro, y mientras veo abrirse la puerta sintiéndola cerca, el inquieto picaflor que se metió en mi espíritu la primera noche que me quedé a dormir con ella empieza nuevamente a rondarme; sobrecogido y sorprendido ante su proximidad, encendiéndose mis recuerdos como el fogonazo de un relámpago, sus quince años vuelven a iluminar mis sentidos como cuando me incliné a probar las jugosas frutas de estación que, envueltos en monásticos cantos de misa, me ofreció tiernamente hace más de cuarenta años el dulce huerto de Silvina.

Luis Rivas Loayza (Apurímac, 1959)

Esperanza

Casi al final de un estrecho y serpenteante caminito, debajo de una acequia de regadío, oculta entre árboles de capulíes y alizales, en una rinconada más allá del pueblo, está la casita tan sola y tan triste, donde sólo en las tardes, cuando el sol se pone en el horizonte, la paja añosa de su frágil techo, deja pasar el humo gris de un fogón encendido, llevando la pena callada de una madre, como una plegaria silenciosa hacia el infinito.

"Doña Adiku" lo llamaban los vecinos, desde el día que se casó con el panadero Pascual, con el "tayta Pasco", un casamiento donde todos bailaron con las musiquitas del arpa de don Serapio y el violinista "Sapirun", cantando una y otra vez el huaynito acostumbrado de todos los matrimonios, entre la comida del "wallpa quwi" y la borrachera con la chicha de qora.

*"Arpaschallay violinchallay,
miskita waqaykamuy,
kumparichaywan, kumarichaywan,
tusurukunaypaq..."*

Y la bien zapateada fuguita del huayno sonaba dulce y provocador, cuando todos cantaban en coro forzando el pañuelo o las manos de la pareja...

*"Wallpalla quwilla añañaw,
por eso yo quiero casarme,
tragulla agalla añañaw,
por eso yo quiero casarme..."*

Los casados, recordando seguro esa única fiesta en su vida, los solteros ilusionándose, tal vez algún viudo o mal casado añorando casarse otra vez.

Por entonces, parecía en verdad una flor tan abierta a la vida, como las retamas silvestres de amarilla madurez y esplendor en la empinada. En esos buenos tiempos ella y su marido, levantaron con piedras, barro y paja, la casita del amor y de la unión en la pequeña chacra heredada por el tío Julián.

Todo parecía crecer rápidamente, la barriguita de la Adela, el maíz sembrado por el esposo allí en la puerta, los "yuyos" de la alegre huerta, los verdes sauces y eucaliptos, el cristalino manantial de los cántaros y las lavanderas con

las lluvias del verano. Al igual que ellos también crecía el hijo que vino un año después, a quien le pusieron el nombre de "Exaltación" por haber nacido el catorce de septiembre, día del Santo más venerado del pueblo, "el Señor de Exaltación". Nosotros sus amigos le llamábamos "Eskalcha" puka pollera "Eskal", pullirachayuq warmicha... mujercita con pollera, le gritábamos burlonamente, manan warmichu... no es mujer... hombrecito es... nos reprochaba la mamá Adela -Ñisuta ispakutinmi chaynata pachachini, mana sikichan uqu kanampaq... así le visto por lo que se orina demasiado, para que su potito no esté mojado. Tendríamos 5 ó 6 años, él llevaba bien amarrada con el chumpi a la cintura una bayeta roja en forma de pollera (awayu), nosotros, pantalones con tirantes.

La vida se prolongaba por días, meses y años como el agua limpia del riacho que nacía del manantial, llevando hojitas, espuma, palitos y basuritas, llevando nuestros sueños en barquitos de papel. Crecimos nosotros con nuestros juegos, tras los pececillos del arroyo, la pelota y las cometas; crecieron las necesidades de don "pasku" y la mamá "Adiku". Él empezó a comentar que su oficio de panadero no le rentaba más, que mejor sería irse a trabajar para algún lugar lejano, tal vez a Lima, Chanchamayo o Madre de Dios donde la gente lava oro. Una tarde de diciembre volvió como siempre lo hacía con una bolsa de plástico llena de panes, parte de su jornal de panadero, pero esta vez tenía el rostro agrandado de alegría como la luna nueva de ese anochecer vespertino. -Adela; "Adiku"... sunquchay, corazoncito... -entró diciendo-. Ya tengo trabajo, tendremos dinero, el cielo se ha acordado de nosotros, me irá a Chanchamayo a la cosecha de café... Estaba loco de ilusión, su corazón abrigaba tantas esperanzas de cambio como los tantos paisanos que fueron y volvieron con ropa nueva y una radio tocando a todo volumen bajo el brazo, también él tenía derecho a soñar. Ella lo escuchó pensativa, no se entusiasmó siquiera, sólo atinó a decirle, pero "Pasku"... -No te preocupes "Adiku", iremos muchos, todo lo ponen ellos, los pasajes y la comida, además irá conmigo nuestro compadre Rosalío, estaremos tres meses y luego volveremos con muchos regalos para luego llevarte con nosotros a ti y a nuestro Exaltación... De nada sirvieron las súplicas y rogativas de Adela su mujer pidiéndole que mejor no se fuera, que la pobreza podía remediarse, pero el abandono ya no.

Tres días antes de año nuevo le despidieron, la mamá Serafina y su esposo con un guisito de papas y cuy frito, unas copitas de cañazo y la canción de despedida...

*Piedrita del camino,
pajita de la pradera
cuida tú de mi amada,
yo ya me estoy yendo.*

Pasaron tres meses, también otros tres, un año y otro año más, Pascual, "el tayta Pasku" de la vecindad no volvió más. Primero fueron ilusiones, después añoranzas, finalmente la esperanza se fue muriendo como el sol en cada atardecer hasta enlutar el día con el silencio de la noche, dejando solamente cintas de celaje rojo en el horizonte.

Al rayar el alba con el trinar de las aves del alizal, renacían sus agonizantes ilusiones que se fueron transformando en resignación por el esposo y la consolación del hijo crecido, estudiante de secundaria. Tengo un motivo fuerte para seguir luchando se decía a sí misma, quiero que seas más que nosotros, le hablaba cariñosamente a su hijo, él asentía con el mismo sentimiento, con el apodo infantil que desde niño inventó para ella, "mamaku", "mamakucha" Seguro mamaku, no te entristezcas, tienes a tu hijo, nunca voy a dejarte, quién sabe si mi padre también volverá...

Tanto congeniamos con nuestro "Eskalcha" que todo nuestro tiempo en el colegio y fuera de él estaba planificado, nuestras "pichangas" (partidos de fulbito) nuestras "chihuaqueadas" (ir en busca de los primeros frutos de los capulíes, ciroleros o cualquier fruta de estación), nuestras "comuneadas" (visitar al anochecer tiendas y hornos para comer el pan "común" crocante de San Jerónimo). Todas nuestras andadas ingenuas, algunas veces se convertían en aventuras que tomaban de ingenuos a otros con lo que disfrutábamos demasiado, dentro de todo, Exaltación, manifestaba un respeto y una obediencia casi religiosa a su madre.

Cierta tarde, sentados en una de las bancas de la plaza, rememoramos la ilusión que sentíamos al escuchar el repique de campanas a golpe de las cuatro, porque eso significaba que un bebé o algún niño se bautizaba, entonces el padrino, si quería parecer generoso, a exigencia de nosotros los niños "mayorcitos" que gritábamos en coro "sebo padrino"... ¡sebo padrino! ... metía las manos en los bolsillos de su saco y arrojaba para arriba cientos de monedas pequeñas, una y otra vez, convirtiendo la plaza en una algazara de niños felices recontando después sus ganancias, personas adultas que se acercaban a curiosear o preguntar quiénes eran los padrinos, el señor cura y los parientes. Luego de parlotear y urdir entre orejas una "inocentada" "Eskalcha" se paró de un salto y desafió al grupo de muchachos. —Apuesto a que nadie me impedirá repicar las campanas como para un bautismo y llenar la plaza de niños y de gente mayor. Yo sé cómo, sentenció Atikucha otro muchacho del barrio. Entonces apostado contigo y con todo el grupo siguió amenazando "Eskalcha". Luego corrió hacia la torre de la iglesia y una vez arriba, empezó a repicar y repicar como lo hacía el sacristán, muy pronto algunos niños se asomaron, también los mayores, el repique era tan fuerte y escandaloso que parecía que nuestro "sa-

cristán" de turno iba a ganar la apuesta, todos le gritábamos para que deje de tocar, pues la cosa se iba poniendo muy mal, los vecinos de la plaza salieron inmediatamente preguntando por el bautizo. —"Eskalcha" ¡bájate! vienen las personas mayores... viene el señor cura... y no bajaba... viene el alcalde... la policía... continuaba el repique; hasta que "Atikucha" gritó con toda sus fuerzas —:Viene tu mamaku, el sacristán ha venido con tu mamaku...! le faltó tiempo para estar abajo y voltear la esquina de Chaski calle, el sacristán era su vecino y pariente. Allí supimos cuánto respetaba y amaba a su madre. Soñaba con ser profesor, nosotros con ingenieros y médicos. Por esos días los problemas de hoy estaban empezando, nosotros ni sabíamos el por qué, ni quiénes con quiénes, estábamos un tanto confundidos hasta con la forma de hablar de los mayores. —Muchachos cuidense, no hablen nada de nada, ni piensen salir a estudiar a otras ciudades, no salgan solos, lleven sus documentos... A través de la radio empezó nuestro aprendizaje de una semántica que jamás habíamos imaginado para nuestro vocabulario, "terrorismo", "atentado", "estado de emergencia", "coche bomba"..., etc.

Una de esas noches lúgubres, el ladrido insistente de los canes despertó a toda la vecindad, se escuchaban griteríos, maldiciones y lamentos... no atinamos a ver nada, de madrugada nos enteramos que los lobos de negra alma se habían llevado arrastrándolo sin compasión a nuestro "Eskalcha", al "puka pollera", al devoto del santo, al amigo de las aves y de los barquitos de papel, al sembrador del maíz. La mama Adela, no quería hablar con nadie, porque todo el mundo sólo sabía preguntar... —Qué ha pasado... por qué ha sido... lloraba, lloraba nada más, el llanto era su único lenguaje... como si acusara a todos de no haber hecho nada para impedir que se llevaran a su única razón de vivir. Las bocas grandes y chismosas de los vecinos decían que nuestro "Eskalcha" era un "terruco" como queriendo justificar su indiferencia.

Desde entonces en la rinconada, junto a la acequia de regadío, bajo la sombra del alizal, en la casita sola de piedra y paja, llora en silencio la mama Adela, cuando al ponerse el sol de tarde, se eleva al infinito el humo gris. De madrugada todos los días, cuando camina hacia la iglesia, lleva en el pensamiento las flores blancas de blanca paz y entre sus manos encallecidas de negro hollín, rojos geranios por las heridas de mil dolores, una velita encendida a la santa imagen, le pide a llores que el hijo viva. El viento solano lleva su oración al cielo, entonces revive otra vez su última nodriza: La esperanza.

Noche de ronda

Volteó, receloso, y confirmó su sospecha: los ojos enormes y relucientes, como dos ascuas, lo seguían observando desde la oscuridad.

—¡Mierda! —dijo—. Ese animal me da escalofríos.

—No se ponga nervioso, mi sargento —dijo el guardia, abriendo el termo para entregárselo—. Las vicuñas son inofensivas.

El sargento desplegó el cuello de la capota, con furia, cubriéndose las orejas y parte del rostro, y se frotó las manos con la esperanza de calentárselas. A lo lejos, se oía el incesante lagrimeo de un arroyo, el viento raso de la puna, los ladridos lúgubres de unos perros. El pueblo que buscaban aparecía, allá abajo, hundido en la neblina de la noche.

—Ya debe haber empezado la velada —murmuró el sargento.

—Sí, mi sargento, hasta aquí se escucha la música.

—Carajo —respondió el sargento—. Qué ganas tengo de meterme una borrachera. ¿Sabes hace cuánto que no voy a Huancayo? ¡Un mes! Imagínate, un mes sin ver a la familia, sin tomarme un trago con los amigos, sin acariciar las piernas de mis negritas.

El sargento sacó la caja de los fósforos del espacioso bolsillo de la capota y encendió uno, defendiéndolo con la otra mano del viento encarnizado de las alturas, pero no pudo abrasar el cigarrillo: el viento seguía siendo más veloz. La bruma, fina, ondulante, parecía resistirse a retroceder.

—Cómo son las cosas, ¿no? —dijo, sentenciando, el guardia—. ¿Quién iba a pensar que quince años después iba a tropezarse con su amigo en una quebrada? Cómo son las cosas, ¿no?

El sargento, por primera vez, le dio la razón: nunca había imaginado encontrar a Rodrigo en ese lugar. Por eso, cuando lo vio aparecer en el puesto policial esa tarde, el sargento había tardado en reconocerlo, en pararse, en abrazarlo. Rodrigo, que había adelgazado una barbaridad en esos años, le contó que estaba trabajando como profesor de aula en el pueblo vecino. Se habían conocido en la época escolar y, aunque nunca fueron amigos cercanos, tenían muchas andanzas que contar. Sobre todo después de que el sargento, haciendo gala de su hombría, salió en defensa de Rodrigo ante una cuadrilla de muchachos que se complacían arrinconándolo, asustándolo, emboscándolo como a una presa. Sin

pensarlo, el sargento, que entonces era un niño avisado y diestro en materia beligerante, saltó sobre los agresores y logró alejarlos aunque al final llevó la peor parte. Después de ese incidente, el sargento y Rodrigo estrecharon una efímera amistad, que terminó en cuanto finalizaron el colegio. No se veían desde esa época. Por eso era entendible la emoción del reencuentro. El sargento lo invitó a tomarse unas cervezas. Rodrigo, lamentablemente, no tenía tiempo:

—Sólo he venido a invitar al alcalde a la velada por el aniversario de la escuela —le dijo—. Me dijeron que estabas aquí y aproveché para venir a verte. Más bien pásate más tarde por la escuela para comernos unos cuyecitos. No hay cerveza, pero hay bastante chicha, y un par de cholas que te van a hacer olvidar tus penas.

El sargento vaciló un momento.

—No te hagas de rogar —lo apremió Rodrigo—. Mira que son quince años. Tengo un montón de cosas que contarte. He aprendido a tocar la guitarra.

—Qué bueno —dijo el Sargento, sonriendo, dejándose palmear por Rodrigo—. Yo también tengo mucho que contarte.

—¿Entonces en el pueblo a las ocho de la noche?

—Claro —dijo el sargento—. A las ocho.

Pero no quedó muy convencido. Las incursiones de los guerrilleros eran cosa de todos los días y justamente aprovechaban las fiestas patronales para hacer de las suyas. Tres meses antes había ocurrido una masacre en las alturas, a poca distancia de su comandancia, y se decía que los subversivos habían matado a los campesinos con sus propias herramientas de labranza, y habían secuestrado a unos mocetones en edad de enrolar. Después llegaron los militares, rompieron las puertas, sacaron a viva fuerza a los ilustres, violaron a las doncellas, acribillaron a los que habían sido obligados por los insurgentes a leer las proclamas. Desde entonces el sargento vivía a la espera de que su comandancia sea asaltada en cualquier momento. Aún así, al caer la tarde, jugueteando nostálgicamente con su arma de reglamento, decidió hacerle frente a su destino: "Si ha de llegarme la hora, será lo mismo aquí que en cualquier pueblo, estos tucos de mierda no creen en nadie", se dijo. Esperó a que anocheciera para llamar al guardia de franco, que ya se disponía a dormir, y le dijo que alistara las linternas y las capotas porque irían a una ronda de rutina. El guardia, sin replicar, hurgó en el armero.

—Lleva también algo caliente para el camino —le ordenó el sargento—. Es mejor prevenir.

Le encargaron el puesto al cabo y a los guardias de turno, que jugaban una soñolienta partida de dominó sobre el único escritorio de la recepción, y salie-

ron: la neblina estaba alta, tupida, y entre sus largas gasas nada era visible. Estuvieron caminando mucho rato entre piedras y roquedales, casi a tientas, iluminándose a duras penas con las linternas, y así llegaron a la loma donde los sorprendieron los ojos vigilantes de la vicuña. Desde entonces, aunque trataba de disimularlo, el sargento denotaba nerviosismo: cualquier ruido, por más insignificante que fuera, lo alertaba, hacía que su mano se dirigiera a su cartuchera.

—¿Siempre fue así? —le preguntó el guardia, sin dejar de caminar, y como el sargento lo miró sin entender se apresuró a reforzar la pregunta: "Su amigo. ¿Siempre fue así? Parece en otro lugar todo el tiempo".

Las botas del sargento aplastaban rabiosamente los guijarros:

—No lo sé. No nos frecuentamos mucho. Lo único que supe de él cuando terminamos el colegio es que se había metido a la universidad a estudiar para profesor. Pero, carajo, da gusto volver a ver a tu gente aunque sea en estas malditas punas.

—Sí —dijo el guardia—. Da gusto ver a los amigos.

El sargento quiso intentar de nuevo con el fósforo, pero su subalterno, que hasta ahora caminaba sin mirarlo, se detuvo, extrajo un viejo encendedor y, con un movimiento diestro de manos, consiguió una llamita amarilla, duradera, con la que incendió la punta del cigarro. El sargento chupó hondo; luego exhaló una bocanada de humo que se desvaneció, relumbrando, en la oscuridad.

—Una vez lo defendí en el colegio —dijo como para sí mismo—. El pobre estaba tan asustado que tenía los pantalones mojados.

—¿Cómo dice, mi sargento?

—Nada —respondió el sargento, lanzando una perfecta columna de humo hacia el firmamento—. Que ya estamos sobre el camino.

Era verdad: la luz acanalada de la linterna había empezado a avanzar entre las vías y durmientes del ferrocarril abandonado que llegaba hasta el pueblo vecino. Las botas pisaban la grava filuda, que campanilleaba al entrecrocarse, y cilindros y avisos ferroviarios aparecían, fantasmales, de trecho en trecho. "Pensar que este fue un ferrocarril famoso, dijo el guardia. El más alto del mundo. Los tucos quisieron volarlo una madrugada, ¿se acuerda?, pero no pudieron. Le pusieron dinamita al puente, para que el tren se despeñara con todos sus pasajeros, pero una tuerca del andamiaje resistió todo el peso y el puente se derrumbó cuando los vagones terminaron de pasar". Desde entonces nunca más se había vuelto a ver al tren por esas alturas. ¿Por qué los terroristas destruían lo poco de bueno que tenía el Perú? El sargento siguió caminando hasta la entrada del pueblo, sin responder, oteando la lejanía. La neblina comenzaba a desvanecerse y, del lado del cementerio, iban emergiendo tumbas, ramos de flores marchitas,

erucas retorcidas como malos pensamientos. La música era cada vez más estruendosa. Estaban a medio camino cuando, repentinamente, oyeron los tiros. Como impulsados por una fuerza expansiva, el sargento y el guardia se lanzaron detrás del primer peñasco que encontraron, y sacaron sus armas, pero luego se dieron cuenta que el tiroteo no era en el pueblo que visitaban, sino en el suyo. Los bombazos hacían estremecer la tierra.

—Es el puesto —dijo el guardia—. Lo están haciendo volar, mi sargento.

—Te dije que los tucos nos calan en cualquier momento —dijo el sargento—. Se darán cuenta que no estamos y vendrán a buscarnos. Estamos muertos, huevón.

Mientras la quebrada repetía el pavoroso eco del ataque, muchas veces amplificado y escabroso, ellos siguieron en su lugar, temblando. El sargento imaginaba las balas saliendo despiadadamente de los fusiles y los dinamitazos haciendo saltar en pedazos a los cabos de turno. No supieron cuánto tiempo esperaron, pero debió ser mucho porque cuando decidieron volver ya no había rastros de la neblina.

—Mejor nos vamos por el otro lado —dijo el guardia.

—No —le dijo el sargento. Empezó a caminar decididamente y, sin guardar el arma que tenía firmemente asida, agregó que los terroristas atacaban y corrían, que ese era su lema, atacar y correr. El guardia se echó a caminar detrás de él. "Seguro saquearon la armería", iba diciendo. "Seguro se llevaron los fusiles y las municiones. Después de matarlos, seguro les cortaron el cuello, como a las vicuñas de la reserva, ¿recuerda?"

Como toda respuesta, audaz, impetuoso, el sargento caminaba por la ladera arrastrando tierra y pedruscos que lo hacían trastabillar. Llegaron cuando la luz de la luna, fría y lactaria, se abatía sobre el pueblo como una finísima garúa. El pueblo parecía en calma. Al cruzar las primeras callecitas se dieron cuenta que el ataque no se había circunscrito sólo al puesto policial, sino también a la municipalidad y a la escuela, que seguían humeando y tenían las paredes resquebrajadas. En la plaza había residuos de la incursión: banderolas con lemas rebeldes, petardos solitarios, regueros de casquillos. Dos cadáveres habían sido abandonados junto a la pérgola. Llegaron al puesto policial, semiderruido, y el guardia empezó a sollozar.

—Malditos —decía, repasando con ternura sus muros perforados, sus calaminas reventadas, sus ventanas vacías como cuencas sin ojos.

El sargento también estuvo contemplando la devastación un buen rato, con rostro serio, y sólo cuando vio que el guardia pretendía adentrarse, reaccionó y lo detuvo. "Ve a tocar las campanas", le dijo. "Yo veré esto". En cuanto

el guardia se hubo alejado, el sargento accionó las entumecidas extremidades y empezó a caminar sobre los escombros para ingresar al puesto. Empujó la puerta, sostenida apenas por una de las bisagras, y adentro lo esperaba un desastre, un pequeño muladar de cascotes, papeles quemados, pedazos de calamina y piezas partidas de dominó. Un fuerte olor a pólvora persistía entre las paredes apenas sostenidas. Nada quedaba de los armarios ni de las gavetas donde guardaban los atestados. Los cuerpos yacían entre los despojos. Sobre el escritorio, el único mueble que permanecía en pie, había una nota clavada con un puñal. El sargento lo destrabó y, con un nudo en la garganta, leyó: "La velada fue un pretexto para salvar tu vida. Era el favor que te debía desde el colegio. Pero recuerda que ya no te debo nada y la próxima vez que nos encontremos cumpliré con mi deber. ¡Viva la lucha armada!". El sargento levantó los ojos.

—Rodrigo —masculló—. Hijo de puta.